

Imagen de Santa Teresa de Jesus que se venera en la iglesia de la Santa en Avila, don la suvecla que le fue ofrendada por el pueblo, en el tercer centenario de su canonizacion. 15 de Octubre de 1924.



Tibi que gentes cred, las Averni ab igne libera



DGCL

A

HOMENAJE

A

SANTA TERESA DE JESÚS



t. 145134

c. 1183181

BIBLIOTECA LUX

NIHIL OBSTAT:

FR. TEÓFILO DE LA SAGRADA FAMILIA,

CENSOR

HOMENAJE

A

Santa Teresa de Jesús

L. † S.

Documentos, discursos, poesías,

los artículos y pensamientos de

Toledo 12 de Mayo de 1925.

CON UN PRÓLOGO

DEL

Excmo. Sr. Marqués de San Juan de Pedro Alvarado

IMPRIMATUR: de la Ilustre

EL VICARIO GENERAL,

† EL OBISPO DE QUERSONESO



POR MANDADO DE S. S. ILUSTRÍSIMA:

ILDEFONSO CANO

VICE-SECRETARIO

SECRETARÍA GENERAL DE LA BIBLIOTECA LUX



NIHIL OBSTAT
Fr. Toledo de la Sagrada Familia,
Censor

L. + S.

Toledo 12 de Mayo de 1925.

IMPRIMATUR:
EL VICARIO GENERAL
Fr. Orsino de Orensanes

POR MANDADO DE S. A. ILUSTRISIMA
JUAN DE CANTO
VICARIO GENERAL

BIBLIOTECA LUX

XIV

HOMENAJE

A

Santa Teresa de Jesús

Documentos, discursos, poesías,

::: artículos y pensamientos :::

CON UN PRÓLOGO

DEL

Excmo. Sr. Marqués de San Juan de Piedras Albas,

Académico de la Real de la Historia.



TOLEDO

SEBASTIÁN RODRÍGUEZ, IMPRESOR

1925



BIBLIOTECA LUX

XIV

HOMENAJE

A

Santa Teresa de Jesús

Documentos, discursos, poesías,
artículos y pensamientos :-:

CON UN PRÓLOGO

DEL

Excmo. Sr. Marqués de San Juan de Paredes Ribas,

Académico de Real de la Historia.



TOLEDO

RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, IMPRESOR

1925



R. 110292



PROLOGO

La íntima amistad con que me honra el ilustre Director de BIBLIOTECA LUX, quebrantó los propósitos que tenía de abstenerme, o por lo menos, de escasear Prólogos (1) máxime, tratándose de libros y de autores que se bastan y sobran para por sí mismos, para presentarse al público. Y no es porque me produzca fatiga el elogio, aunque fuera incesante de la mujer insigne gloria legítima de su patria y de su raza, cuanto por el temor que abrigo de repetirme y repitiéndome de cansar a lectores todo lo indulgentes y benévolo que se quiera, pero que por suponer en todo lo amparado con mi firma, substancia teresianista, pueden, ante la deficiencia, llamarse a engaño, no con detrimento del prestigio, que esto es imposible, pero sí con menoscabo de la admiración que todos debemos a la egregia Virgen abulense, Santa Teresa de Jesús.

El Canónigo Magistral de Cádiz, don Ignacio Navarro Canales, al interpolar en su BIBLIOTECA un tomo de Homenaje a la Reformadora del Carmelo, eligiendo, con su buen gusto, autores y textos, ha respondido a la demanda de cuantos favorecen su obra, verdaderamente apostólica, de propagación de buenas y amenísimas lecturas, rindiendo, al propio tiempo, aquellos saldos de cuentos que debía a la gloria inmarcesible de la

(1) Llevo escritos 11, si mal no recuerdo.

más española de las mujeres y de la más mujer entre todas las españolas; y como esto lo hace en el lapso de tiempo que media entre las conmemoraciones del tercer Centenario de la Canonización de la Madre Teresa de Jesús, y el segundo de la de su Hijo y Coadjutor San Juan de la Cruz, que muy pronto será Doctor de la Iglesia (1), resulta este homenaje teresiano tan oportuno como interesante y además tan entusiástico como completo.

*
* *

Los insistentes requerimientos de don Teutonio de Braganza, Arzobispo de Evora, en Portugal, grande amigo y admirador de Santa Teresa, consiguieron de la monja de Avila que accediese a la publicación de sus Obras inmortales, y para dicho efecto, remitió al egregio Prelado su gran libro ascético-místico *Camino de Perfección* y unos cuantos *Avisos*. Yo no sé, ni es cosa fácil averiguarlo, si llegaron a manos de la Santa ejemplares impresos en Evora, por la viuda de Juan de Burgos, me parece que no, pues en la portada se lee **1583**, aun cuando lleva la fecha del año de su gloriosa muerte **1582** la *Vida de San Alberto*, que por exigencia de

(1) El señor Obispo de Segovia, hombre de bien probado teresianismo, patente en sus Sermones y Pastorales, tiene en su poder cartas de casi todos los Obispos del mundo, pidiendo a la Santa Sede que declare *Doctor de la Iglesia* a San Juan de la Cruz, cuyas cartas entregará personalmente en el próximo mes de Junio a Su Santidad Pío XI. La iniciativa del ilustre señor Obispo de Segovia es merecedora de las felicitaciones que está recibiendo del pueblo español, amante, como ninguno, de las glorias patrias, máxime cuando la notoriedad transpone las fronteras en Obras tan admirables y admiradas como las que brotaron de las inteligencias soberanas de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz.

Santa Teresa y con expresiva dedicatoria a ella, se adicionó a la edición primera de las obras (1).

Por los años de 1586 se instauró en Madrid, por la Priora de Granada, el primer Monasterio de Monjas Carmelitas Descalzas, bajo la advocación de Santa Ana. Personalmente colaboró a esta fundación el entonces Prior del Convento de Los Mártires, en la Alhambra, San Juan de la Cruz (2).

Bajo el priorato de la Venerable Madre Ana de Jesús, a la que la Santa llamaba con su habitual gracejo la *Capitana de las Prioras*, se remitieron al incomparable literato y Catedrático de Exégesis Bíblica, en la Universidad Salmanticense, Fray Luis de León, las Obras de Santa Teresa, excepto el Epistolario, complemento feliz de todas ellas, que se publicó 57 años después en Zaragoza y que se reprodujo en la misma Ciudad por Diego Dormer en 1658.

Alrededor de las Obras de la Santa Madre Teresa de Jesús, existía cierta atmósfera enrarecida por el furor de apasionadas discusiones. La sanción autorizadísima del Beato Juan de Avila, Apóstol de Andalucía, y el elogio del Cardenal Quiroga, Arzobispo de Toledo y Presidente del Consejo de Castilla, aplacaron censuras

(1) De este precioso libro, en España sólo se conocen dos ejemplares, el de las Monjas de Consuegra y el que yo poseo.

(2) Las interesantes vicisitudes de esta fundación, constan en un precioso Códice, que conservan las Monjas de dicho Convento, instalado hoy en la calle de Torrijos, de Madrid. Tienen las dichas Monjas otro Códice que yo copié hace algunos años, con la Vida de la Venerable Madre Beatriz de Jesús, sobrina de Santa Teresa, de tal interés, que pesa sobre mi conciencia no haberle publicado ya, porque no existe documento que aporte tantas novedades relativas a la *Historia de la Reforma* teresiana, como éste de que se trata

de tanta pertinacia, que produjeron amargor y turbación en el ánimo de la Madre Teresa de Jesús.

Comenzó mi ilustre veleidosa y desventurada abuela, la Princesa de Evoli, la triste e inicua campaña rayana en la difamación, a cuyas insistencias hipócritas por conocer la autobiografía, cedió la Santa, asistida del candor de un natural inocente y benévolo. Las mercedes divinas contenidas en el Libro inmortal, fueron objeto de burlas y chacotas en diversas tertulias cortesanas y entre la servidumbre del palacio de la Princesa, causa ocasional de que se delatasen a la Inquisición en el año de 1574.

El efecto que produjo a Fray Luis de León la lectura de los Escritos teresianos, está bien expresivamente consignado en aquel Prólogo insuperable con todas las elegancias y matices de la pluma inmortal del insigne agustino, cortada para jugar con el léxico castigo de la lengua castellana en el siglo de oro de nuestra espléndida literatura. Fray Luis, contemporáneo de la Santa, oyó mentar su nombre que absorbía el triple concepto de la tenacidad en el amor, saber y perseverancia, y a raíz de la muerte de la Madre Teresa de Jesús, acaecida en la cercana villa de Alba de Tormes, aprendió que, a más de sabia, era Santa, y quiso conocer sus tan discutidas obras denunciadas y absueltas por el Tribunal de la Inquisición. Bastó la simple lectura para convencerse de la pureza de la doctrina, y conforme con el fondo docente en orden al gobierno y observancia de la vida regular en monasterios de hombres y mujeres, hizo la declaración más explícita de excelencia que podría hacer el más apasionado de sus apologistas, con estas palabras: «Quiso el Espíritu Santo que la Madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo por que en la alteza de las cosas que trata y en la delicadeza y calidad con que las trata, excede a muchos ingenios y en la forma del decir... y facilidad del estilo y en la

gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellas se iguale».

La santidad y sabiduría del Serafín del Carmelo, no necesitaban ciertamente del encomio humano para imprimir carácter singular de inspiraciones extraordinarias, pero es indudable que el Prólogo del eximio literato a las obras de la Santa publicadas bajo su dirección en la imprenta salmantina de Guillermo Foquel (1) en 1588 y la biografía publicada también en Salamanca en 1590 por el esclarecido hijo de Ignacio de Loyola, Padre Doctor Francisco de Ribera, anticiparon la notoriedad pública de la Monja de Avila, en aquellos momentos en que los Carmelitas Descalzos, ilustres, capaces y observantes, daban preferencia a solventar discordias interiores, urdidas por el demonio, empeñado en desvanecer la eficacia de la Reforma de Santa Teresa de Jesús.

Fray Luis de León suprimió del Catálogo de Escritos teresianos, el titulado *Conceptos del Amor de Dios*, que, con prólogo dirigido a los Religiosos y Religiosas Carmelitas de la descalcez, publicó Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios (2), por que en España, la Inquisición prohibió todas las publicaciones de exposi-

(1) En esta imprenta, el año 1585 editó el Padre Gracián la segunda edición de las Obras de Santa Teresa, reproducción corregida de la que en Evora hizo don Teutonio de Braganza. De este libro preciosísimo no existe en España más ejemplar que el de mi Biblioteca de Avila y sólo se conoce otro existente en Londres en el British Museum. Con estas noticias no me propongo ponderar lo mío, sino manifestar al público *todo lo que tiene a su disposición*, que para tal efecto lo he reunido con el deseo exclusivo de honrar a Santa Teresa aportando ilustraciones para su historia.

(2) Bruselas, Imprenta de Roger Velpio; 1611.

ción de la sagrada Escritura, por la dificultad para los no letrados, de comprenderla. Estaba tan conforme la prohibición en el común sentir de aquellos tiempos, que libro tan rigurosamente ortodoxos como *Los Morales*, de San Gregorin Papa, según el ejemplar que yo poseo de la misma edición que el manejado por Santa Teresa (1), fueron tachados a mano para convertir en ilegibles todos los pasajes de la Sagrada Escritura en la espléndida obra contenidos (2).

Tampoco incluyó Fray Luis, en su edición salmanticense, otro Tratado interesantísimo de la Santa, escrito a ruego del Padre Gracián, que se intitula *Modo de Visitar los Conventos de Monjas*, que dió a luz, con Prólogo suyo, el ilustre General de la Reforma Carmelitana Fray Alonso de Jesús María (3).

Son los Homenajes ofrendas de gratitud de que nos valemos para perpetuar actos heroicos, virtudes insignes, norma, emulación y ejemplo de las generaciones sucesivas. Si se pudieran enumerar los homenajes tributados a Teresa de Jesús y examinar las cualidades y entusiasmos de cuantos escritores intervinieron en ellos, asombraría la cifra por que Santa tan patriota, admirada y aplaudida, es difícil encontrarla junto al trono de Dios, como es difícil hallar personalidad humana a quien Cristo haya dispensado mercedes y entrevistas tan íntimas, frecuentes y admirables.

Para mí no recibió jamás Santa Teresa homenajes que superen a los contenidos en las declaraciones testimoniales en múltiples expedientes apostólicos, que a los

(1) Sevilla, Jacobo Cromberger; 1.511.

(2) Los dos tomos de esta magnífica obra, que manejó Santa Teresa, se conservan con preciosas apostillas autógrafas de la Santa en el Monasterio de San José, de Avila, fundación primitiva de la Reforma.

(3) Madrid, Imprenta de Alonso Martín; 1.613.

32 años de su fallecimiento decidieron al gran Pontífice Paulo V y 8 después a Gregorio XV a Beaticarla y Canonizarla, respectivamente; ésto, en el orden espiritual, porque en el de la manifestación netamente humana, no existe ni puede existir homenaje comparable al que representa el número alcanzado por las ediciones de sus *Obras*, desde 1582 hasta la fecha, en todos los países a donde llegó la enseña de la Cruz de Cristo, gloriosa y civilizadora y en todas las lenguas, incluso orientales y malavéricas, cuyo número expresa la síntesis, por decirlo así, de la superioridad de un Magisterio acatado y demandado por el consentimiento común de todos los hombres sabios de recta conciencia y buena voluntad.

*
**

BIBLIOTECA LUX, con este nuevo tomo, oportuno, ameno, variado, de firmas prestigiosas, escogidas por el buen gusto de su Director cultísimo, presenta otro Homenaje teresiano que honra a la publicación, y bien seguro estoy de que satisfará la necesidad sentida por sus asíduos favorecedores.

Siete mil peregrinos españoles se encontraban en Roma el 15 de Octubre del año 1876 «para venerar en sus tumbas a los príncipes de los apóstoles San Pedro y San Pablo» y recibidos por el egregio Pontífice de la Inmaculada, en paternal, elocuentísimo y admirable discurso, les dijo Pío IX «... Dirigid la vista alrededor de estos sagrados muros: ved a Domingo, ved a Ignacio, ved a José de Calasanz, Juan de Dios, Pedro de Alcántara y a aquella *heroína, milagro de su sexo*, Teresa de Jesús...» En estas palabras ha visto el mundo entero el mayor homenaje ofrendado a la Doctora mística por la personalidad más alta y más insigne de la tierra, en su tiempo.

La Carta de Pío XI al Prepósito General de los Car-

melitas Descalzos, en 31 de Marzo de 1922, con motivo del III Centenario de la Canonización de Santa Teresa, ratificando los elogios de su excelso predecesor Pío X, encabeza el homenaje del Magistral de Cádiz, y de ella copio estas palabras plenas de salud espiritual y de entusiasmo teresiano: «Conmemorad, pues, en tal forma, la memoria de la Seráfica Madre, que recordando a la vez los ejemplos y enseñanzas que os legó concernientes a la propagación de la luz evangélica, vuestras almas cobren nuevo vigor y nuevos alientos». En este párrafo elocuente está sintetizada la labor de nuestra egregia compatriota, que algún Papa quiso sancionar, otorgándola el Patronato de la Ciudad eterna.

Pío X, en otra Carta al General de la Reforma, cuando el III Centenario de la Beatificación de la Madre Teresa de Jesús, Roma, 7 de Marzo de 1914, con aquella elegancia peculiar de su estilo, (que jamás divagó un ápice en torno de los sublimes conceptos de la Sagrada Escritura, base de la Cátedra Apostólica), asociándose en nombre de toda la Iglesia a la conmemoración del acontecimiento, dice: «a ello nos obliga el haber sido la Virgen de Avila honra y prez de todo el orbe católico y una de las mayores glorias que enaltecen a la Iglesia», y repite las palabras por Gregorio XV, consignadas en la Bula de Canonización: «El Señor la colmó de espíritu, de sabiduría y entendimiento y la enriqueció ...con los tesoros de su gracia, para que su esplendor y claridad brillasen en la Casa de Dios, como estrella en el firmamento, por perpetuas eternidades».

El joven y doctísimo Sacerdote de Comillas, incardinado en la diócesis abulense, mi buen amigo don Aniceto Castro y Albarrán, es uno de los teresianistas más completos de nuestros días. Escribe, predica y enseña a la Santa, maravillosamente, si vale el adjetivo, dada su calidad de investigador infatigable, y al ponderar este mérito por su colaboración en el pre-

sente Homenaje siendo yo, tal vez, el más favorecido en bibliografía teresiana publicada e inédita, aprovecho la oportunidad para poner a completa disposición de aficionados y profesionales, mi Biblioteca y Archivo de Avila, donde existen piezas aún más curiosas que el *Colloquio de la Mare Santa Teresa y San Joan de la Cruz*, inserto en este volumen, que don Aniceto copió del original que yo poseo (1).

El discurso, fogoso y elocuente, de mi querido compañero don José María González de Echávarri (2) es un canto sonoro y entusiasta al amor de Dios, que es el amor de los amores; síntesis de substancias hidalgas, cuya producción espiritual, fe y patria, depuradas en el Corazón de la Doctora salmanticense *honoris causa*, cunstituye lo más grande y lo más noble y excelso de la personalidad de Teresa de Jesús.

No conozco obra del esclarecido varón don José Fernández Montaña, de las muchas que produjo su pluma castiza que no contenga elogios para la Santa de la Raza (3); su firma, pues, sería de suyo homenaje en loor de la Monja de Avila, entusiasta acabado y perfecto, como el contenido en el Capítulo X de su folleto: *Santa Teresa y el Venerable Juan de Avila*.

Una damita ilustre que acaba de transpasar los umbrales de la niñez, para presentarse al mundo con las

(1) Este joven y ya ilustre escritor preparó en mi Biblioteca de Avila trabajos que fueron premiados en Certámenes Teresianos, el año 1922 y el novenario que predicó a la Santa (en la Iglesia establecida en el lugar de su nacimiento) en Octubre de 1924 proporcionándome con ello una satisfacción de esas que compensan todo sacrificio.

(2) Autor del precioso folleto *Santa Teresa en Valladolid*, publicado en 1913.

(3) Así llamó por primera vez a Santa Teresa con acierto irreprochable la brillante escritora doña Blanca de los Ríos, viuda de Lampérez.

dobles galas de mujer y poetisa, María Cristina de Artega, que piensa alto, siente hondo y habla claro, con tribuye con espléndida colaboración a este Homenaje teresiano. Su glosa a la letrilla: *Nada te turbe*, de la Santa; y el tríptico: *Infancia, Adolescencia y Plenitud*, inspiradísima composición teresianista, son piezas poéticas, merecedoras del lauro obtenido en Tarragona y Salamanca. La erudición y aficiones de esta joven, destacan ya su personalidad literaria y acumulan, sobre su firma, notas favorables para la consolidación del prestigio de escritora. Por aquello de que *nobleza obliga*, debe continuar gloriosas tradiciones de estirpe, recordando siempre a nuestros deudos, los Mendoza, insignes y entusiastas protectores y colaboradores de la Santa Madre Teresa de Jesús, y de su obra, cuyos nombres aparecen citados, con honrosísima frecuencia en las páginas de la *Crónica de la Reforma de los Descalzos de la Orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo*, que inició en el siglo XVII el Padre Fray Francisco de Santa María (1).

(1) Siendo el Padre Gracián Prior de los Remedios de Sevilla, se reunió Capítulo en Alcalá de Henares para la constitución de los Descalzos en provincia independiente, con autorización Real y asenso del Comisario, Fray Angel de Salazar. Además de los Religiosos asistentes, concurren en calidad de extraños a la Orden, el Abad de Alcalá, don Antonio Ferrer, el Marqués de Mondéjar y su hermano don Enrique de Mendoza, los cuales firmaron las actas del importantísimo Capítulo que eligió por primer Provincial de la Reforma al insigne Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, conocedor, como ninguno, de sus contemporáneos del espíritu de la Santa Reformadora. Cuando aquellas luchas encarnizadas entre Calzados y Descalzos, recrudescidas por la parcialidad del Nuncio Felipe Segá, sucesor de Nicolás Hormaneto, que ocasionaron la prisión y torturas de San Juan de la Cruz y Fray Germán, en la Cárcel de Toledo, de los que en su aflicción dijo Santa Teresa: «prefiero verles en

Con decir que la Real Academia Española laureó (1) la preciosa composición de Federico Mendizábal, titulada *Teresa de Jesús*, está hecho el elogio que merece el *Cantor de España*, autor de una de las poesías descriptivas más sonoras de nuestra lengua: *Las Campanas de Castilla* y de otras muchas que recuerdan al insigne salmantino Gabriel y Galán.

poder de moros», don Luis Hurtado de Mendoza, Conde de Tendilla, alma de la fundación de las Descalcez, en Granada, arremetió de tal suerte contra el Nuncio, que a instancia del propio Felipe II tuvo que dar después las explicaciones requeridas por la sumisión de los Católicos al Pontificado Don Alvaro de Mendoza, Obispo de Avila, y después de Palencia fué tan afecto y decidió protector de la Santa, que ésta al levantarle la jurisdicción del Monasterio de San José, de Avila, fundación primitiva de la Reforma, le honró amistosamente con el título de *General*. Este egregio Prelado se mandó enterrar en dicho monasterio en el lugar de la Epístola de la Capilla mayor, creyendo que en el sitio del Evangelio de dicha Capilla se enterraría a la Santa. Doña María de Mendoza, Condesa de Rivadabia, fué íntima amiga de la Madre Teresa, y su hermano don Bernardino, la donó en Valladolid una finca de su propiedad para que instalase en ella otra fundación. Doña Ana de Mendoza, Princesa de Evoli y su marido Ruy Gómez de Silva, Duque de Pastrana, favorecieron la fundación de Monasterios de monjas y frailes en la villa ducal, transportando en sus carrozas a la Santa y a sus hijas desde Toledo. Al enviudar la Princesa, con el consentimiento de la Santa, ingresó en el Monasterio de Pastrana, llamándose Ana de la Madre de Dios. La Priora Isabel de Santo Domingo (a la que pronto veremos en los altares) tan conocida tenía a la de Evoli, que al admitirla por religiosa dijo a sus compañeras: «La Princesa Monja... se cerrará el Convento» y acertó, pues las religiosas tuvieron que abandonar aquella fundación para instalarse en Segovia. Otros Mendoza, Duques del Infantado, mantuvieron con la Santa correspondencia, que revela el justo título de protectores insignes de la Reforma.

(1) Certamen literario celebrado en Avila en Marzo de 1923 para clausurar las fiestas organizadas con motivo del III Centenario de la Canonización de Santa Teresa.

Don José María Pemán, en los preciosos versos del pequeño poema: *El Huerto de los Cepeda*, describe a la patria de Santa Teresa, que

...en el ambiente mudo y solitario
 hay como un respirar calenturiento
 como un latir de fiebre,
 como un morir de sueño.
 Avila, está dormida.
 El valle está en silencio...

y los que sentimos desde todas partes la nostalgia de la vieja Ciudad Castellana, en las remembranzas de Pemán, se nos antoja Teresita de Ahumada, jugueteando alrededor de piedras duras y encinas seculares, preparándose para cerrar los ojos a la madre en quien adoraba y para ascender a la Cátedra, desde donde explicó en *Camino de Perfección* y *Las Moradas*, lo más intrincado y recóndito de la teología mística, del misticismo monacal, que, en opinión de Manuel Pérez Villamil, «lejos de cortar las alas al genio se las dilataba... y abría horizontes inmensos donde volar hacia las altas moradas de los cielos».

El cuento que Gerardo Requejo Velarde, titula *En un Mesón de Castilla*, tiene su moraleja en estas palabras que pone en labios de la Santa Madre Teresa de Jesús: «Sábetete, que la oración mental no es otra cosa que tratar a solas... con quien sabemos nos ama... Prueba a amar a Dios con todo tu corazón... hermosura que ni envejece ni se pasa».

La Cronología de la vida de Santa Teresa de Jesús por don Fernando García Escribano (I), demuestra que

(1) Se empezó a publicar en *El Siglo Futuro* el día 15 de Octubre de 1899.

su autor ha estudiado a fondo, las vicisitudes prósperas y adversas de la Monja de Avila, durante su peregrinación por este mundo que Dios entregó a las disputas de los hombres. Abarca también este trabajo, sucesos importantes acaecidos después de la muerte en Alba de Tormes. D. Vicente de la Fuente en los Preliminares a la edición clásica (1) de las obras de la Santa insertó una cronología bien estudiada y lo mismo hizo don Miguel Mir (2) al frente de su precioso y ya raro libro: *El Espíritu de Santa Teresa*. Las tres cronologías contienen errores debidos a que cuando se escribieron, la crítica no había alcanzado en sus investigaciones penetrar en el fondo de documentos que en el día de hoy son perfectamente conocidos. De aquí se deduce la conveniencia que tendría para el teresianismo una Cronología bien depurada y con detalles referentes a la vida de relación, elemento indispensable para conocer la historia civil y religiosa de la Reformadora del Carmen.

Fray Silverio de Santa Teresa, historiador literato, filósofo, conoce a su Santa Madre de Religión, como no la conocemos los más empeñados en investigaciones teresianistas. La Orden le educó con esmero y le facilitó cuantos medios necesitaba para publicar la edición crítica de las Obras de la Santa y con decir que el trabajo que aporta a este homenaje (3) es digno de su pluma, se le rinden todos los plácemes que merece.

A terno seco titula el señor Marín del Campo una narración interesantísima, en la que campean hechos y

(1) De Autores Españoles—Rivadeneira tomos 53 y 55, Madrid 1861-1862. D. Vicente hizo otra edición de las Obras de la Santa en 1881, compañía de impresores y libreros del Reino—Madrid.

(2) Cuando escribió este libro, aún pertenecía su autor a la insigne y gloriosa Compañía de Jesús.

(3) Titúlase el artículo: *La Santa de la Raza*,

dichos de la gloriosa Madre Teresa de Jesús «la Capitana más insigne de los Ejércitos de Cristo y de la Iglesia».

Son preciosos los versos de Martínez Díaz (1) y los de mi ilustre compañero el notable historiador Conde de Cedillo, cronista de Toledo (2) y lo mismo se puede decir del Pensamiento, *Santa Teresa escritora*, de Roberto Alcover y de los Diálogos sociales que el Chantre de Orihuela, Director de La Lectura Popular, don Luis Almarcha, titulados *La Caridad según la Doctora Avilesa*.

El 15 de octubre del año 1880, cuando se preparaba en Madrid el Centenario de don Pedro Calderón de la Barca, y los devotos del Serafín del Carmelo se reunían pensando en Juntas nacionales y locales, para celebrar con todo el esplendor posible el Tercero de la muerte de Teresa de Jesús, se publicó en *El Siglo Futuro*, sin firma (3) un hermoso artículo doctrinal con el título sugestivo de *Ofrenda Patriótica*. Por aquel entonces se asentaban los cimientos de una nueva institución pública denominada *Feminismo*, cuyos resultados es pronto todavía para tocarles en cuanto al fondo, porque en la forma van exteriorizándose ya, y plegue a Dios, no arrojen por la borda aquellos principios eternos de justicia, base de sustentación de todo hogar cristiano. Se curaban y preocupaban de la *Educación de la Mujer* filósofos de abolengo revolucionario conocedores de lo que puede la mujer en el seno de la familia. ¡Ah! pero todavía, apesar de la intromisión feme-

(1) *A la Santa de abrasado corazón.*

(2) *Muerte de Santa Teresa*, Versión de Jacinto Verdager, ilustre poeta catalán.

(3) Dice el Magistral de Cádiz, en la nota (1) de la página 145. «A juzgar por el estilo parece de don Ramón Nocedal».

nina en el gobierno político mediante el voto y la colaboración personal en los Municipios, la mujer española conoce y admira, acata y respeta las enseñanzas católicas a cargo de los verdaderos maestros de doctrina y los ejemplos legados a la posteridad por la gran Teresa de Jesús, madre de muchas hijas, síntesis suprema de la ejecución y desarrollo de la caridad y del amor, que casi son la misma cosa. Al amparo, y bajo el Patronato de la virgen de Avila, existen actualmente múltiples Escuelas para dotar a la mujer de los elementos de cultura cristiana que necesita para el ejercicio del Magisterio público; y esta obra, iniciada por mi admirado amigo el ilustre canónigo de Jaén y Capellán de S. M., señor Poveda, crece y se difunde por todos los ámbitos de España y ella mantendrá las tradiciones gloriosas de la *Enseñanza* que por derecho natural incumbe al padre de familia, y por derecho divino a la Iglesia de Cristo.

De *El Siglo Futuro* ha sacado también el Director de BIBLIOTECA LUX, para incorporarles a su *Homenaje teresiano*, artículos en diversas épocas publicados, como el de don Manuel Sánchez Asensio (1): *El Siglo de Teresa de Jesús*, hermoso canto a la grandeza de España durante la Monarquía de los Austria; el titulado *La nieve del Líbano*, remembranza de un culto público a la Santa, por don Emilio Ruiz Muñoz (2) y el de don Cristóbal Botella: *Enseñanzas políticas de la Reformadora del Carmelo* (3), en el que reniega de los Apóstoles de las malas causas... de los que no siguen el camino de la verdad «porque vuelven la espalda a la cruz cansados del calvario».

(1) Publicado el 24 de Abril de 1914, bajo el pseudónimo de *Ese*.

(2) Publicado el 14 de Marzo de 1922.

(3) Publicado el 15 de Octubre de 1897.

Tres piezas oratorias de primera fuerza concurren a este Homenaje teresiano, a saber: dos panegíricos y un sermón de la Transverberación. Los tres discursos se pronunciaron en Avila; en la Iglesia Mayor, por su Magistral don Jacinto Bueno Pérez (1), en la de Padres Carmelitas Descalzos, levantada en el solar de los Cepeda, donde nació la Santa, por don Francisco Martín Jiménez, párroco de Velilla (Valladolid) (2) y en la del Monasterio de la Encarnación, extramuros de la ciudad, donde precisamente el dardo de fuego de uno de los Serafines de la gloria, transpasó el corazón de la Madre Teresa, la mujer más grande y extraordinaria de su tiempo, por don Teodoro Molina Escribano (3). Cada orador, dentro de sus escogidos y oportunos temas, presentó, ante auditorios entusiastas y capacitados a la Doctora mística, con tales conocimientos de causa y con tan apropiada doctrina, que ojalá, a ejemplo de ellos, se predicara siempre así a Santa Teresa.

Siendo Beneficiado de Avila el M. I. Sr. D. Emilio Sánchez Martín, hoy Arcediano de aquella Santa Iglesia Catedral, publicó la *Vida Eucarística de Santa Teresa de Jesús*, libro de raro mérito y novedad, acogido así en España como en las Repúblicas de la América latina con la estimación y aplauso que merece (4). Don Juan Marín del Campo hizo sobre el contenido de la obra,

(1) En la gran fiesta del III Centenario de la muerte de Santa Teresa, 15 de Octubre de 1882.

(2) Este sermón, si mal no recuerdo, se predicó el último día del año 1922.

(3) El 24 de Agosto de 1924. Era el señor Molina en aquella sazón Canónigo de Cádiz, actualmente es Abad de la Real Colegiata de Jerez de la Frontera, de cuyo cargo, obtenido mediante lucidas oposiciones, acaba de posesionarse.

(4) El señor Arcediano ha publicado cuatro libros teresianistas.

un artículo bibliográfico (I), cuyo artículo parafraseando aquellas palabras de la Santa Madre: «...preferiría estar de continuo y por toda la eternidad ante la Hostia consagrada, que en la gloria viéndole y gozando de su presencia, porque viéndole en la gloria, nosotros nada le damos, lo recibimos todo, mientras que adorándole con el Sacramento, dámosle pruebas de nuestro amor», es un canto entusiasta y fervoroso al Sacramento del amor, a la eficacia de la Eucaristía, que mantiene siempre encendida la antorcha de la fe que abre de par en par a los enamorados de Cristo, las puertas de su gloria.

No podía ni debía faltar a este Homenaje la colaboración personal del sabio Director de BIBLIOTECA LUX. Previo un preliminar substancioso y erudito, de léxico castizo y elegante, nada difícil para quien es maestro del púlpito por el dominio que ejerce sobre ciencias tan difíciles y abstrusas, como la filoxofía, teología, mística, ascética, Sagrada Escritura etc., etc., con el título *Ramillote de Pensamientos y recuerdos ofrendados a Santa Teresa de Jesús*, presenta al público una *Miscelánea* teresianista referente a la persona de la esclarecida virgen abulense, con admirable conocimiento de causa rebuscada y con detalles curiosísimos de las principales Fundaciones instauradas por la egregia Madre Reformadora. El análisis de la miscelánea elegida por el Magistral de Cádiz, transpasa el espacio de lugar y tiempo de que puede disponer el prologuista temeroso del cansancio de sus lectores, por que resultaría mala preparación para penetrar en la Obra. Con esto y todo el *Índice teresiano* de *La Revista popular* que fundó el eximio Sacerdote don Félix Sardá y Salvany, apóstol de las doctrinas católicas frente al liberalismo, inventado para el extravío de la conciencia humana y

(1) Se publicó en *El Siglo Futuro* de 15 de Octubre de 1919.

los conceptos de artículos que publicó el propio señor Navarro Canales (1) refutando el editorial de *Heraldo de Madrid*, relativo a la imposición del Birrete, por el Doctorado *Honoris Causa* que otorgó la Universidad de Salamanca en Octubre de 1922 a la Monja de Avila, son piezas de gran interés que demuestran por sí solas el acendrado teresianismo de los señores Sardá y Navarro.

Con el título, *La aureola de la Santa*, cierra el Homenaje BIBLIOTECA LUX. Se refiere este artículo a la ofrenda popular de una *Corona*, dedicada a la imagen de Santa Teresa, que se venera en el Convento de Padres Carmelitas Descalzos de Avila, y precisamente en la Capilla existente en el sitio donde nació el Serafín del Carmelo, cuya hermosísima imagen se atribuye al escultor Gregorio Hernández.

Cuantos elogios se hagan de la *corona* construída por el incomparable artista, Presbítero don Félix Granda, (2) resultan pálidos, ante el mérito de su obra así en conjunto como en detalles.

Respecto de la ofrenda, dudo que haya sido tan del agrado de la Santa como se figuran los iniciadores y patrocinadores de la espléndida alhaja, y tengo esta opinión, porque conozco las actuaciones de la Monja abulense y el fin próximo de su Reforma, basado en la austeridad, pobreza, recogimiento y en el empeño que mostró porque se glorifique a sus Hijos, digna cristalización del sacrificio espinoso y abnegado mientras estuvo en la tierra, y la perseverancia con que desde el

(1) En *El Siglo Futuro*, periódico impregnado de teresianismo en proporciones para mí desconocidas hasta ahora. Por razón de salud mediante concurso, el señor Magistral es en la actualidad Canónigo de Avila.

(2) En los talleres de Madrid.

cielo mantiene, el decoro de su Orden, por la adhesión entusiasta de sus devotos incondicionales y sinceros.

*
**

Este libro de Homenaje a Santa Teresa de BIBLIOTECA LUX, ha roto los moldes viejos para vaciar en otros nuevos alabanzas y elogios con preferencia del estudio de fondo filosófico, sobre el de forma literaria. A este efecto, en vez de encargar trabajos especiales e inéditos a los autores vivos, con buen acuerdo, espigó el Magistral de Cádiz en el campo de lo publicado para recolectar colaboraciones de insignes publicistas apartados ya por Dios, del mundo de los vivos.

Además de bueno, tan nuevo resulta lo que se escribió en 1876 como lo escrito el año que discurre, pues desgraciadamente son pocos los lectores que pueden recordar el contenido de artículos periodísticos de hace 50 años.

*
**

Homenajes públicos, religiosos y profanos de certámenes poéticos, justas y torneos, los primeros que recibió la excelsa Madre Teresa de Jesús, fueron los organizados en media España para celebrar fiestas en 1614, con motivo de su Beatificación. Abiertas en Madrid (1) en los dos Conventos de la Reforma (San Her-

(1) Inauguró las fiestas asistiendo a la Misa, don Felipe III, que ya de camino para Lerma, retrocedió en compañía del Duque de Uceda. Con S. M. «asistieron los grandes Titulados y Embajadores que de ordinario le siguen». Ofició de Pontifical el Arzobispo de Cápua, Nuncio Apostólico. Predicó el Padre Maestro Tiedra, Dominico. El General de la Reforma que residía en Madrid se llamaba Fray José de Jesús María.

menegildo de Frailes (1) y Santa Ana de Monjas) (2), el Fénix de los ingenios, Lope de Vega hizo la Oración y discurso preliminar que terminaba así:

..... resta que ahora

vuestros Poetas escuchéis, Señora,
 pues el amor que nos debeis ha sido
 en vuestros hijos, causa de animarlos
 con los propuestos, prometidos premios
 y en ellos escribir vuestras grandezas
 no como merecéis, que es imposible

 que mientras vos, Señora estéis más alta
 más corta ha de quedar nuestra rudeza
 más descubierta nuestra propia falta
 y con más opinión vuestra grandeza (3).

Los certámenes fueron de Himnos y Epigramas en

(1) Era Iglesia del Convento de San Hermenegildo la que actualmente es Parroquia de San José, en Madrid, calle de Alcalá. El edificio y huerta ocupaban algo más que la manzana actual, pues parte de la Plaza del Rey estaba comprendida en el perímetro. Trae el tomo I de la *Crónica de la Reforma de los Descalzos*, detalles muy curiosos relativos a esta fundación.

(2) Para conocer la Fundación y vicisitudes de este Convento matritense que comenzó, si mal no recuerdo (he tenido que escribir todo el Prólogo sin un solo libro de consulta), en la Red de San Luis, véase el Códice relativo al asunto que conservan las Carmelitas del Convento, llamado de Santa Ana (porque es el mismo), en la calle de Torrijos.

(3) Fueron jueces del Certámen madrileño: D. Rodrigo de Castro, hijo del Conde de Lemos; don Melchor de Moscoso, hijo del Conde de Altamira; don Francisco Chacón, hijo del Conde de Casarrubios, con el Arcediano de Toledo y Lope de Vega Carpio.

latín y castellano, Canciones, Romances, Glosas (1) Emblemas, Jeroglíficos, Sonetos de consonantes forzados, Anagramas y Enigmas.

En calidad de poetas intervinieron cuantos sentían la inspiración de las Musas (2) y el gran Cervantes presentó aquellos versos admirables de pensamientos profundos, quizás los mejores que compuso en su vida:

.....
 Aunque naciste en Avila, se puede,
 Decir, que en Alba fué donde naciste
 Pues allí nace donde muere el justo.

.....
 Calma nuestra ventura,
 Oye devota y pía
 Los balidos que envía
 El rebaño infinito que criaste,
 Cuando del suelo al cielo, el vuelo alzaste,
 Que no porque dejaste nuestra vida
 La Caridad dejaste
 Que en los Cielos está más extendida.

(1) Uno de los versos gloriados fué el siguiente:

Con asombro del profundo
 Teresa, ilustre mujer,
 Nace en Alba, para ser
 sol de España y luz del mundo

(2) Doctor Bernardino de Almansa; P. Juan de Orive, jesuita; Alonso Ramírez de Prado; Godofredo Marín Alaba; P. Manuel de la Cerda, jesuita tambien; Fr. Martín Ruiz, Carmelita Calzado; Antonio Coloma...; Maestro Vicente de Espinel... Christóbal Ferreira de San Payo, portugués...; Pedro de Orozco...; Agustín Collado; doña Mariana de Ciria y hasta un centenar, incluyendo a los Religiosos Carmelitas Descalzos y del Paño (A los Carmelitas Calzados los decía Santa Teresa, en sus cartas del Paño).

Acudió también a este Certamen don Pablo Verdu-
go de la Cuerva, Beneficiado de la Iglesia de San
Vicente de Avila (1), con dos décimas: una dedicada al
Papa Paulo V que Beatificó a la Santa y que dice así:

Padre Santo: Vuestros pies
(descalzos los suyos) besa
La Religión de Teresa
Que es vuestra y suya después
De hacer Santa a quien lo es
Vuestra Santidad no huya
Lo empezado se concluya
Por que con toda verdad
Deba a Vuestra Santidad
Teresa, lo que a la suya.

la dirigida al Rey don Felipe III, termina de esta ma-
nera:

Y ponga vuestra persona
A Teresa la corona
Que ella ensanchará la vuestra.

Durante el año 1614 se celebraron fiestas de Home-
naje a Santa Teresa (2) en 66 ciudades españolas y 22
capitales de provincia.

(1) De este autor poseo una vida de Santa Teresa en verso,
publicada en Madrid, ejemplar rarísimo. Escribió una mono-
grafía de la gran Basílica de los Santos Mártires Vicente
Sobina y Cristeta de Avila, que no llegó a publicarse, pero
el M. S. obra en mi poder. Dicen que escribió una Historia
de Avila, pero de ella, que yo sepa, no existe rastro para la
investigación.

(2) Relaciones de Fiestas en honra y gloria de Santa Te-
resa, existen varias publicadas y manuscritas de la época,
que, por lo rarísimas, han alcanzado considerable valor. En

Portugal las tuvo muy solemnes en Lisboa, Coimbra, Evora y Cascaes.

Francia en Perpiñan.

Las fiestas consistieron en Procesiones públicas, Vísperas y Misas solemnes, con sermón y capilla de cantos, torneos literarios, toros alanceados por caballeros y ensogados para solaz del pueblo (1); cañas; gorras, pólvora... etc., etc.

En suma, manifestaciones suntuosas del culto divino, producciones escogidas del ingenio humano y otros regocijos populares de destreza y valor, han sido los Homenajes tributados a la Santa Madre Teresa de Jesús, desde el instante mismo de su notoriedad oficial, o sea desde que la iniciaron en la escala por donde subió ocho años después a los altares, porque desde entonces imprimió en el alma española y la en de la

mi Biblioteca teresiana de Avila, tengo unas cuantas a disposición de investigadores y curiosos, y repito que si nombro a mi Biblioteca es por el deseo que tengo de que se la visite y de que se estudie en ella a la Santa, pues desgraciadamente permanece no ya días, sino trimestres en *espantosa soledad*.

El Reverendo Padre Fray Diego de San Joseph, Carmelita Descalzo, siendo Secretario de Fray José de Jesús María, General de la Reforma, recopiló en un libro publicado en Madrid, Imprenta de Alonso Martín, año 1615, muchas relaciones de Fiestas teresianas, cuyo libro es hoy de extraordinaria rareza.

(1) En Avila se corrieron de las dos maneras en el Coso de San Juan, que luego se llamó Mercado Chico, y actualmente Plaza de la Constitución. Desde fines del siglo XI, en Avila se celebraron todos los grandes acontecimientos, corriendo toros en los cosos de las parroquias de San Vicente y de San Juan (en ésta fué bautizada Santa Tesesa).

raza latina, para universales y saludables enseñanzas del porvenir, el triple carácter de la virtud, sabiduría y patriotismo.

El Marqués de San Juan de Piedras Albas.

El Rosal.—Dos Hermanas.—Sevilla, Mayo de 1925.



Carta de Su Santidad Pío XI
con motivo del III Centenario
de la Canonización
de
Santa Teresa de Jesús.

Al amado Hijo Lucas de Ma-
ría Santísima y a toda la Or-
den de los Hermanos Carmeli-
— — — tas Descalzos. — — —

PÍO, PAPA XI.

Amado Hijo: Salud y bendición apostólica.

Si bien no ha mucho tiempo que Nuestro Predecesor de feliz memoria, Pío X, en Carta a vosotros dirigida, honraba con altísimo elogio a Teresa, vuestra Madre Legisladora, con todo, Nos, por nuestra parte, creemos oportuno ofrecerla el tributo de nuestra alabanza este año, no tanto por ser el tricentenario de su elevación al honor supremo de los bienaventurados—honor que al mismo tiempo fué tributado a otros cuatro dignísimos varones—, cuanto por celebrarse simultáneamente el año, también tres veces centenario, del nacimiento de la Congregación encargada de propagar el nombre cristiano. Porque en Teresa no solo admira su singular sabiduría, sino tam-

bién aquel celo con que, abrasada de una manera increíble, anhelaba la reunión de todos los católicos del mundo en torno de la Iglesia. Ya en sus primeros años demostró éste su ardor apostólico, cuando, hurtándose a la casa paterna, trató de pasar al Africa para predicar allí el Evangelio o sufrir martirio. Y aunque no le fué posible realizar su propósito, este mismo nos permite entrever el plan de la Divina Providencia, que les reservaba para otros tiempos en que pudiera trabajar más y con éxito más feliz.

Si en toda ocasión se ha visto cumplida la promesa de Jesucristo a su Iglesia, de asistirle con su perdurable presencia, se vió de una manera singular al surgir la herejía luterana; porque el nacer de dicha herejía coincidió, precisamente, con el surgir de no escaso número de almas, admirables por la santidad de su vida de acción. Pues bien; entre éstas, Teresa reclama para si un puesto distinguido. De ella, en efecto, leemos lo siguiente, en las importantísimas Letras de Nuestro Predecesor Gregorio XV: «En nuestros tiempos ha hecho Dios una gran obra de salud por medio de una mujer..., la cual, aspirando siempre a lo más alto y superado con la magnanimidad de su espíritu la natural flaqueza de su sexo, ceñida de fortaleza, con mano poderosa y firme, organizó un ejército de fuertes, que pelearán con armas naturales por la Casa de Dios de los Ejércitos, por su Ley y por la observancia de sus mandamientos.» (Bula de Canoniz). Amando a Dios con amor seráfico y sin más ansias en su pecho que en un celo anhe-

lante por la gloria del Señor, Teresa no podía sufrir que tuviera límites el Reino de Cristo, antes ansiaba vehementísimamente que se extendiera más y más por toda la redondez de la tierra. Por lo cual, después de infundir con todo ardor en el pecho de sus hijos el espíritu de Elías, que palpitaba en el suyo, los lanzó a combatir la contumacia y perfidia de los herejes, y viendo que, a pesar de todo, el pueblo fiel padecía graves y desastrosas normas, hizo que éstos, sus mismos hijos, se encaminaran a tierra de infelices, a fin de compensar con nuevas adquisiciones las pérdidas de la Iglesia. Al mismo tiempo, prestó a los Obreros del Evangelio un auxilio de maravillosa oportunidad, instituyendo en cada convento de Carmelitas el comunmente dicho «apostolado de oración y penitencia», mediante el cual, las vírgenes consagradas al Señor, no cesan de impetrar copiosos favores del cielo sobre el apostólico ministerio de sus Hermanos.

Modelos conforme a las exhortaciones y enseñanzas de tan sapientísima Madre, no es de extrañar que los Carmelitas se ofrecieran con prontitud y alegría ejemplares a la conversión de los bárbaros y que regaran con abundantes sudores y hasta con su propia sangre, cuantas veces fué preciso, la parte del campo del Señor, que les fuera confiada. Sobre esta misma materia no queremos pasar en silencio la influencia que tuvieron los Carmelitas Descalzos en la Congregación de Propaganda Fide, a cuya fundación contribuyeron, y no en pequeña parte, con sus consejos y con su esforzada labor cerca de ésta Sede

Apostólica, según lo atestiguan las Actas de Clemente VIII, Paulo V y Gregorio XV.

Por tanto, amadísimos Hijos, Nos, asociándonos a vuestra interna alegría en este tiempo de tan fausto recuerdo para la familia teresiana, deseamos que el actual Centenario, que os proponéis celebrar, os aumente estas saludables aspiraciones. Conmemorad, pues, en tal forma la memoria de la Seráfica Madre, que, recordando a la vez los ejemplos y enseñanzas que os legó, concernientes a la propagación de la luz evangélica, vuestras almas cobren nuevo vigor y nuevos alientos. Y del recuerdo de vuestros mayores, que, imbuídos del espíritu teresiano, trabajaron en tierra de infieles con más que regular utilidad de la Iglesia, recoged este mismo fruto, a saber: dedicaros con nuevo ahinco a la obra de las Misiones. Con ello prestaréis a vuestra muy santa Madre un obsequio gratísimo y satisfaceréis, cuanto es de vuestra parte, Nuestros votos. Porque os hacemos saber que ninguno tenemos más arraigado en el corazón que el de comunicar la luz y la vida de Cristo Redentor al incontable número de almas que yacen en tinieblas y sombras de muerte.

Como augurio de los divinos carismas y testimonio de nuestra paternal benevolencia, a tí, amado hijo, y a toda la Orden que presides, damos amantísimamente la bendición apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, a XXXI de marzo del año MCMXXII, primero de Nuestro Pontificado.

PIUS PP. XI



Versos antiguos y nuevos

EN HONOR

de

Santa Teresa de Jesús,

por

Don Aniceto Castro Albarrán,

PRESBITERO

I

VERSOS ANTIGUOS (1740)

Colloquio de la Sta. Mare.

Tal vez hoy por primera vez se presenta al público este «*Colloquio de la Mare Santa Teresa y Sto. Joan de la Creu*», que debemos a la diligencia del excelentísimo Sr. Marqués de San Juan de Piedras Albas.

Entre el tesoro de autógrafos y documentos inéditos

tos Teresianos, que son quizás la joya más envidiable de su riquísima Biblioteca, le vimos por primera vez, y desde luego nos excitó el deseo de darle a conocer, no tanto por su mérito poético, como por ser una verdadera curiosidad literaria Teresiana. Con exquisita amabilidad, que desde estas líneas nos complacemos en agradecer, le puso a nuestra disposición el Marqués, y gustosos le reproducimos en estas páginas.

El título lo lleva en catalán, aunque todo él está escrito en correctísimo castellano; pertenece a la primera mitad del siglo XVIII, el año 1740, fecha que se lee al pie del manuscrito, y que tal vez no echarían de menos gustos acostumbrados a las maneras literarias de aquéllos tiempos.

Sin caer en el amaneramiento enfadoso de la frase, y con distar tanto del culteranismo y conceptismo de Gracián y de Góngora, legados al siglo XVIII por Montoro y Sor Juana Inés de la Cruz, y en boga entonces, lo mismo que por los días del Hechizado, presenta, sin embargo, los rasgos característicos de la época, bien disimulados con cierto aire popular sano y confortante.

*
* *

No por pretendidas tendencias nacionales, pues el hecho se registra al mismo tiempo en Inglaterra, con ser tan opuesto al suyo, nuestro carácter latino y meridional, sino por un conjunto de causas, las mis-

mas en todas las decadencias; es lo cierto que con la ruina nacional, iniciada en los días aciagos de Felipe IV, y consumida bajo el cetro de los Borbones, cayó sobre nuestra patria, con todo el peso de un maleficio, aquella postración literaria que ha hecho del siglo XVIII, el siglo más estéril y perverso de nuestra literatura.

Un espíritu cortesano muy mal avenido con nuestro carácter nacional, por ser de importancia genuinamente francesa, y llevado a los extremos de la afectación y del refinamiento, reducía la inspiración poética a un juego de frases y de palabras, patrimonio de discretos y elegantes.

Por otra parte, la aristocracia de las letras, que hacía gala y profesión del gusto más corrompido, encauzaba a su antojo todo el movimiento literario, sin exceptuar de esta común prevaricación a algunos ingenios, que de haberse adelantado un solo siglo, hubieran logrado nombre de altísimos poetas.

Con esto, nuestra tradición literaria de tan fresca y legítima poesía, vino por desgracia de la suerte a degenerar en aquella mezcla de afectación y de artificio, enredo de conceptos extravagantes y peregrinos alambicamientos, en que acabó por estrellarse la misma poesía sagrada, tan abundante en aquel siglo.

El estilo, si así puede llamarse aquel pugilato de conceptos, de versos y de palabras, es de lo más detestable, ridículo sobre todo y aborrecible por aquel ambiente de chocarrería y trivialidad en que se desenvuelven hasta los temas más venerables, no por

cinismo irreligioso, sino por la frivolidad y depravación artística de los tiempos.

*
**

El «*Colloquio de la Sta. Mare*», como nacido por entonces, no se sustrajo del todo al ambiente de la época. El asunto mismo, con estar perfumado de ese aroma de encanto y de sencillez, entra bastante, al menos por la forma de su desarrollo, en la categoría de tantos temas triviales, como se trataron en aquel siglo.

Y si bien es cierto que aparece libre de toda influencia francesa y conceptualista, no lo es menos que el estilo de familiaridad en que está escrito, ese gracejo popular de que el autor hace gala y el mismo metro, unas humildes seguidillas, denuncian claramente a su autor un poetilla popular de pleno siglo dieciocho.

Confieso, sin embargo, que esos defectos, no del autor, sino de la época, en parte están dispensados, y tal vez llegan a desvanecerse si se tiene en cuenta el carácter del «*Colloquio*» tan popular y espontáneo, lo impecable de la forma, a pesar de cierta pobreza poética, y sobre todo el conocimiento de las relaciones y de los escritos de los dos Santos Reformadores. El humor festivo de la Sta. Madre y aquella charla suya «*de vieja castellana junto al fuego*»; aquélla especie de supremacía que toda su vida ejerció sobre el espíritu más encogido de San Juan de la Cruz; la dulce libertad de espíritu y la mutua confianza y amor en Dios de aquéllos dos seres milagrosos,

están suavemente, ingenuamente retratados en estas dulces seguidillas de fiesta y de buen humor.

Por estas razones, nos inclinamos a creer que su autor pudiera ser alguno de aquéllos frailes devotos y eruditos, muy leídos en los escritos de San Juan y Santa Teresa; quizás uno de aquéllos rimadores populares y anónimos que acudían en muchedumbre a los certámenes y torneos literarios, como 150 juglares que en 1727 tomaron parte en las justas poéticas celebradas en Murcia en honor de San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka.

El diálogo se desenvuelve graciosamente entre alusiones cariñosamente burlonas a los libros y a los hechos de los dos místicos. La Santa empieza llamándole «*mi senequito*», corrección por la fuerza del asonante de «*Senequita*», apodo cariñoso con que la Santa solía nombrar a San Juan de la Cruz, que era, como dice el autor de las *Memorias Historiales*, un *Séneca en lo grave del juicio, en lo claro del entendimiento, en lo profundo del ingenio, en lo sólido del sentir y en lo acertado del resolver*. Ella se burla de la traza espiritual y del camino sublime que el Doctor extático describe en la *Subida del Monte Carmelo*, aquéllas ocho canciones «*en que canta el alma la dichosa ventura que tuvo en pasar por la obscura noche de la fe en desnudez y purgación suya a la unión del Amado*». Y aun con una osadía, que parecería inverosímil, ridiculiza la divina oscuridad de aquella «*Noche oscura del alma que buscando, buscando al Amado*».

En una noche oscura
con ansias en amores infamada,
¡oh dichosa ventura!
salió sin ser notada
por la secreta escala disfrazada».

El, el bendito Fr. Juan, se atreve a criticar las celestiales Moradas de la Seráfica Doctora...

Pecados parecen de irreverencia semejantes bromas profanadoras... Pero ya hemos dicho que en todo caso el pecado no sería del autor, sino de su siglo.

Y aun hoy mismo, tan fuera del ambiente en que el diálogo se escribió, no deja de parecer la chanza de buena ley.

Lo mismo escribió ya D. Carlos Mendoza en su obra «*Varones del ilustre Renacimiento*», aludiendo quizás a estas mismas seguidillas, al hablar de un romance de ciego, en el cual San Juan de la Cruz y Santa Teresa sostienen un sabroso debate en seguidillas sobre los respectivos méritos de cada uno».

No podemos afirmar con certeza si el romance que cita Mendoza es nuestro mismo *Colloquio*.

Los datos ciertamente coinciden, sobre todo si se tiene en cuenta que dice haberle visto en un tomo de «*Varios*» de la Biblioteca Provincial de Tarragona, que el autor del *Colloquio* es sin duda catalán y que en Barcelona, en 1915, adquirió el documento el Marqués de Piedras Albas.

En este caso, el *Colloquio* no sería rigurosamente inédito, pero bien puede considerarse como tal por

ser casi absolutamente desconocido, y merece presentarse hoy a los eruditos y aun a los devotos Teresianistas como una rareza y una curiosidad de la literatura Teresiana.

Mate Santa Teresa

San Juan de la Cruz

A un colloquio comido,
todos atiendan
que le tienen con gracia
Juan y Teresa.

==
:: Santa Teresa ::
==

Cierto
mucho me espanto,
que siendo tan chidito
supa tan alto,
que pasos tales
casi son imposibles
al más gigante.

==
-:- San Juan -:-
==

Asegúrate Mate
por cosa cierta,
que a no ser tan chidito

COLLOQUIO
de la

Mare Santa Teresa

y

San Joan de la Cruz.

A un colloquio combido,
todos atiendan
que le tienen con gracia
Joan y Teresa.

:: Santa Teresa. ::

Cierto mi senequito
mucho me espanto,
que siendo tan chiquito
suba tan alto,
que passos tales
casi son impossibles
al más gigante.

- ::: San Joan. ::: -

Assegúrole Madre
por cosa cierta,
que a no ser tan chiquito

nunca subiera,
que en esse caso,
el que es más chiquito
sube más ato.

:-: Santa Teresa. :-:

Siempre usencia mi Padre
va por enigmas
para que no le entiendan
su algaravía;
hábleme claro,
mire que yo no leo
vocabulario.

:-: San Juan. :-:

Possible que siempre
ande de chanza
siendo acción tan agena
de una descalza;
hable más grave,
que en una Fundadora
chanzas no caben.

:-: Santa Teresa :-:

Acuérdase mi Padre
quando ya en Marras
aquéllos segadores

nos daban vaya
y yo le dixé:
la Dama no se enoja
y el galán gime.

:--: San Juan. :--:

Bayase poco a poco
en esos puntos,
mire que se le muestran
no se qué humos;
y en una Monja
no poco le desdice
ser tan señora.

::: Santa Teresa. :::

En eso que me advierte
por más que haga,
se que toda la vida
quedaré Humada;
y el ser señora,
como viene de casta
no me desdora.

:--: San Juan. :--:

Sepa que esas escusas
en su defensa
son contra la doctrina

que nos enseña:
vaya con tino
no desmientan sus obras
a sus escritos.

:-: Santa Teresa. :-:

No soy como Vsencia
tan resumida
que solo en una senda
funda su vida:
calle ques pobre
que no sabe dar passo
sino en su Monte.

:-: San Juan. :-:

Tan segura es mi senda
si bien se anda
como lo es su camino
y sus moradas,
y si presume,
le diré, que mi senda
más alto sube

:-: Santa Teresa. :-:

Por más alto que suba,
como es estrecha,
han de querer muy pocos

subir por ella,
y los que acudan,
como tanto les niega
dudo que suban.

: -- : San Juan. : -- :

Mayor inconveniente
en sus manciones
es contar a las almas
revelaciones;
porque con eso
llevadas del aquel gusto
dexan lo resto.

:--: Santa Teresa :--:

Usencia es como el Buo
en sus canciones,
que ni buela, ni canta
sino es de noche,
y es de manera
que no ensenya hacer cosa
sino es a ciegas

: -- : San Juan. : -- :

Por vivir a esse modo,
que me retrahe
he llegado a la honra

que hoy se me hace;
mire si es bueno
pues la tierra se goza
y alegra el cielo.

:-: Santa Teresa. :-:

Como estamos en fiesta
de un hijo mío
con santo desahogo
me regocijo
sin embarazo,
porque ya me parece
que somos santos.

Por la mano y pluma
de uno de los más mínimos
devotos de la Santa Madre
Teresa de JESUS

1740.



II

VERSOS NUEVOS

en fiestas y alegrías del III Centenario.

1922

Voces de Romería.

I

¡Vienen los peregrinos!

¡Ya vienen los romeros

por antiguos caminos,

por heroicos senderos...!

Amor de la Santa, como estrella los guía...

Cantan las canciones de su romería,

y en sus labios florecen gestas y romanceros.

La ciudad de la Santa, *Ciudad de Caballeros*,
está toda vestida de inefable alegría...

¡Voces de romería!

¡Vienen los peregrinos! ¡Ya vienen los romeros...!

II

Por la misma vía,
que anduvo la Santa;
por las estaciones,
que ungía su planta
de aromas divinos,

cantando canciones
van los peregrinos.
¡Ah los peregrinos!
Todos de rodillas
recogen aroma de la flor Avilesa,
efluvios del alma de las Castillas,
y en las mismas piedras, que sus labios besa,
en cada una de ellas—blasón de una hazaña,—
beben en las huellas—, que dejó Teresa,
espíritu y alma de la noble España!

III

Por las calles unguidas con unción de leyenda,
—leyenda milagrosa de los viejos palmeros,—
—leyenda milagrosa de santos y guerreros—
los hijos de la Raza van dejando su ofrenda.

—Van dejando su ofrenda,
y al pasar los romeros
palpitan en los muros escudos y blasones,
y caminos y calles y puertas y senderos
quedan florecidos de mil corazones
en ofrenda arrojados a los pies de la Santa...
¡Y la Santa pone sobre ellos su planta!!

III



LAS ANDAS DE PLATA

I

¡Qué reina y Señora
en sus andas de plata,
la Seráfica Madre, la Divina Doctora!
¡Digan que es aurora
vestida de escarlata!
¡Digan que es un Cielo, que los Cielos retrata!
¡Qué Reina y Señora
la extática Doctora
en su trono de plata!...

II

Las andas de plata son un relicario...
Las andas de plata son un incensario...
Guardan como reliquias infinitos amores,
hechos joyas y anillos y diademas y flores,
que ha ofrendado la estirpe a la Santa Española,
al ponerla en sus sienes su propia aureola!
¡Las andas de plata son un relicario!

III

¡Las andas de plata son un incensario!
Todos los corazones son los granos de incienso
arrojados en juro con amor inmenso...

Corazones incienso,
que arden y se queman con las llamaradas
del ardor, que todos los pechos respiran;
con el fuego que brotan todas las miradas
de todos los ojos
que anhelantes la miran,
cuando, todos de hñojos,
pasa triunfadora
la Divina Doctora,
como una Señora.

que camina pisando flores y despojos ..
Cuando por las calles, ¡tu sola, Teresa,
en tu trono de plata, como una Princesa
de grandes hazañas;
pasas como Reina de las dos Castillas
y al pasar se doblan todas las rodillas!
¡Reina de las Españas!
¡Reina de las Castillas!



JAQUE-MATE

Juegos de ajedrez
de la Santa Madre
Teresa de Jesús.

I

Erase una Dama, Dama Castellana,
la flor más galana
de ambas Castillas...

Jugaba esta dama juegos de ajedrez,
y sonaban las perlas de sus dos manillas
al mover las piezas con sus manos de nieve,
—¡el mover de sus manos era un vuelo leve!—
cada vez que jugaba juegos de ajedrez...

Era su tablero de ébano y de plata,
y jugando, jugando, quien jaque, quien mata
de repente el juego cambiósese una vez,
y halló la doncella, diestra en el jugar
que ella era la dama que querían matar.

Como sabe de galas codiciála el Rey
con mucha afición...

Bien sabe la dama del juego la ley,
pero es en el lance tan diestro el galán
que ha jurado *dar mate* a la Reina a traición.

y jugando el juego,
ha puesto su afán,
—¡miren qué pasión!—

en clavarle a la Reina su dardo de fuego
en el corazón.

Jugaba Teresa juegos de ajedrez...
Teresa era dama, galante y esquivada...
Como el juego se ha vuelto todo del revés,
está herida y se rinde del Rey a los pies...
¡Miren la doncella galana y altiva!
Es Reina sí, es Reina, pero está cautiva...

II

Teresa es *honrosa*...

Con la flecha de oro en mitad de la herida,
como una saeta en mitad de una rosa,
Teresa se hiergue toda enardecida
y jura tomarse venganza cumplida
del galán traidor...

Y ¡a jugar de nuevo, que no le arrebathe
la corona de Reina el Rey vencedor!
¡A jugar! ¡A jugar! ¡Hasta darle mate
con traición de amor!

Y, allá va la Monja por todos los caminos;
todos los senderos son sendas amigas,
ni entorpecen su planta los malos espinos,
ni cansan su cuerpo de andar las fatigas...

¡El Rey va delante, la Reina detrás!

El Rey se le esconde por la noche oscura,
la Reina le sigue y le persigue más...

Abrense caminos, calles de amargura,
brotan los senderos rosas de pasión...



¡El Rey va delante, la Reina detrás!
Abrense caminos bañados de lumbres
de una luz de milagro de divina visión...

¡El Rey va delante, la Reina detrás!
Suben los caminos por místicas cumbres,
águilas reales no suben jamás...

¡El Rey va delante, la Reina detrás!
Y la Reina lleva; ¡miren qué pasión
lleva, sí, la Reina, para herirle en el juego
aquel mismo dardo, aquel dardo de fuego
que El puso en la aljaba de su corazón!

.....
¡Flecha enrojecida en aquéllas entrañas!
Teresa la vibra como una centella...
Miren la Monjita, miren la doncella,
que acaba del juego todas las hazañas
con aquella flecha toda llameante...

¡El Rey está herido! ¡La Reina triunfante!

.....
¡Ay el juego divino del divino ajedrez
que empezó en el tablero de ébano y de plata!
¡Al cabo ha matado la dama otra vez!
¡Ay el juego divino del divino ajedrez!
¡Ay amor que mata!
¡Ay el viejo tablero de ébano y de plata!



FLOR DE LA RAZA

Esta canción de júbilo, oh Teresa,
que hoy hasta tí en mis versos se levanta,
es el alma de España que te canta,
es toda España que radiante besa
el alma de su Santa.

Desde la estéril noche, que atraviesa,
sin ruta y sin destino,
vuelve a tí su mirada
y de nuevo divisa en su camino
iluminando el fin de su jornada,
tu Corazón divino,
como una llamarada.

Por la rústica paz de la llanura,
de la heroica llanura legendaria,
cuya hidalga y romántica bravura
tiene la majestad del romancero
y la sagrada unción de la plegaria;
por el paisaje ascético y austero
de la noble Castilla,
como una aparición, radiante y pura,
atraviesa de nuevo tu figura,
y otra vez en el campo y en la villa,
en el viejo mesón y en la dehesa
nos va dejando tu sandalia impresa
una ruta de luz de maravilla...

Es el reflejo heroico de la hazaña,
que la *fémima inquieta*
grabó en el mismo corazón de España;
de aquella gesta singular y extraña
de una monja «heroína a lo divino»,
que la escribió con pluma de poeta
«para marcarle a un pueblo su destino».

Ibase abriendo plaza
por el solar inmenso de dos mundos
el cortejo triunfante de tu raza
andariega y quimérica;
en la entraña volcánica de América,
en los surcos profundos,
que iban abriendo por el mar sus quillas,
reyes, frailes, soldados,
sembraban a puñados
alma sagrada de las dos Castillas...

Tu también, encendida en el anhelo
de conquistar, con fiebre y con locura
de heroísmo y de amor, tendiste el vuelo
sobre la cumbre mística... El Carmelo
no dió a tus alas de éxtasis hartura,
y, puestos al abrigo
de tu sayal los hijos de tu suelo,
te llevaste contigo
toda tu raza a conquistar el Cielo.

¡En Rosa, sí! Los ímpetus lejanos
de los héroes del viejo romancero;

el cortejo guerrero
de los héroes hermanos,
Reyes, Nobles, Hidalgos Castellanos,
toda la antigua España, legendaria
como tú, peregrina y visionaria,
llegó hasta tí, como visión de gloria,
y al besar tu blancura
se hizo espíritu y carne en tu figura,
y en tus hazañas condensó su historia.

En tus divinos labios
puso *fablas* del Cid, recias y adustas,
puso sentencias de sus hijos sabios
y palabras augustas
de Reinas de Castilla coronadas...
Y las hablas guerreras y arrogantes,
fueron hablas sagradas,
fueron rosas fragantes
de nupcial alegría,
que en las *noches oscuras* el Esposo
en el rosal alegre y oloroso
de tu espíritu ingénuo florecía,
mientras El sus secretos te decía...

¡Oh, las hablas, los hechos, el poema
de amor y de heroísmo y de hidalguía,
la tizona y el manto y la diadema
de la Raza Española,
en la Monja Avilesa, en ella sola
todo fundido, como en un emblema!

¡No era tan sólo, no, la Monja errante,
la que en la paz del claustro era una aroma
milagroso de amor puro y fragante,
y en las llagas de Cristo una paloma
y a través de Castilla una romera...!
¡Era el alma de España, toda entera,
hecha una rosa mística, una rosa
florecida en las llamas inmortales
de un incendio divino,
con flor milagrosa
brotada en el carmín de los rosales,
que aroman el dorado pergamino
de los viejos misales...

¡Esa eres tú, mi Patria! Sangre y llanto
y traición y sudor de la jornada
quizás han enturbiado aquel encanto
de tu noble figura inmaculada...

Si quieres conocerte con los trazos
de tu ser arrojante,
tendiéndote los brazos,
Teresa de Jesús, toda radiante,
con su visión tus ojos ilumina...

¡Es el sol de la Patria! ¡Blanca estrella,
que delante tí siempre camina!
¡Mírala con amor! ¡Mírate en ella!

Premiada en los juegos florales celebrados por la Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida el 15 de Octubre de 1922.

HIMNO NACIONAL
del
III Centenario de la Canonización
de
Santa Teresa de Jesús.

CORO

¡Gloria a ti, Serafín del Carmelo!
Tú de España el más puro blasón;
en tu pecho hizo Dios otro Cielo
y de un pueblo encerró el corazón.

¡Gloria, gloria a Teresa, que brilla
como el sol de la Raza en su altar!
Peregrinos, venid a Castilla,
su sepulcro y su cuna a besar!

ESTROFAS

I

De aureola un fulgor soberano
en las sienes te puso el Señor;

de Doct ora una pluma en la mano
y en el alma un incendio de amor.

II

Cuando a Dios te empujaba tu anhelo
a tus hijos llevabas en pos...
¡Desde entonces por eso el Carmelo
está siempre tan cerca de Dios!

III

Es Teresa la cifra de gloria
donde España su propia alma ve;
jella sola resume su historia
de heroismo, de honor y de fe!

IV

Al subir al altar ¡oh Teresa!
coronada de luz como el sol,
no fué solo la Santa Avilesa,
¡subió el alma del pueblo español!

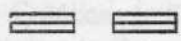
V

De una Raza y de un alma pedazos
separaba dos mundos el mar:
hoy se encuentran los dos en tus brazos,
¡tú los fundes al pie de tu altar!

VI

Al cantar hoy tu triunfo, en su canto
este pueblo, que, besa tu pie,
sólo pide envolver en tu manto
su bandera, su hogar y su fe.

EXCMO. SR. D. J. JOSÉ M. G. DE TORRES
Caudatario de la Librería de J. G. Torres
con motivo de la concesión del Título de
Doctor «Honoris Causa» a Santa Teresa
de Jesús (17) - Madrid - 1921



La Profesora de Instrucción Primaria Soltur
fines leídas y reproducidas en forma de libro que recoge
esta y otras obras de carácter artístico en una de
sus posesiones los autores respectivos, sin que
sin vivir en mí. Con ellos, las Comisiones de los
Centros Laborales de Madrid, Valencia, Valla-
dolid y Zaragoza, se reunen y nombran a la Secretaría

Las circunstancias de la presente se refieren a la re-
locación de la oficina de trabajo en los lugares mencionados
que se refieren en adelante a la misma.

Vuestros compañeros que también están in-
fante sindical y obrero en un día de...

(Premiado en el concurso nacional celebrado en Madrid
el 15 de Diciembre de 1921).



DISCURSO

del

Excmo. Sr. D. José M.^a G.^z de Echávarri,

Catedrático de la Universidad de Valladolid,

con motivo de la concesión del Título de

Doctor « Honoris Causa » a Santa Teresa

de Jesús (1).

La Federación Católica de Estudiantes Salmantinos festeja y obsequia a la Gran Señora que escogió una modesta casa de escolares para cantar en una de sus poesías los dulces requiebros amorosos del «Vivo sin vivir en mí». Con ellos, las Comisiones de los Centros Universitarios de Madrid, Valencia, Valladolid y Zaragoza, se suman al homenaje a la Santa.

Las circunstancias de la tramoya escénica me colocan en situación de hablar en la figurada mansión que escogió en Salamanca la mística Doctora.

Vuestros compañeros que rondaban calles, tañendo músicas y ojeando ventanas en un día final de

(1) Según el texto publicado en *La Gaceta Regional*, diario de Salamanca.

un mes de Octubre de 1570, vivamente requeridos a ello, dejaron la casa en que habitaban para que la soberana andariega, después de harto caminar entre ayunos y nieves, encontrase en la ciudad insigne del Tormes reposo y aquietamiento.

Fe, Patria y Amor suelen cantarse en los públicos certámenes. Dificilmente podrá encontrarse marco más apropiado que Salamanca, cuadro que con más felicidad exprese aquellas virtudes que éste, en que juntos se presentan Teresa de Jesús, la Monarquía española y la Universidad de Salamanca. Teresa de Jesús, que es la viva encarnación, el fiel reflejo del íntimo consorcio de la Patria española con la divina, a través de la única senda de infalible verdad: la Cátedra de Pedro; Monarquía española, tutora de las glorias patrias, instrumento providencial de la gobernación y régimen de España; Universidad de Salamanca, relicario de toda la cultura de nuestra Nación, maestra de los más insignes ingenios, vigilante de la pureza doctrinal, madre prolífica de Alcalá y Coimbra.

Aquella alma apasionada de aficiones divinas que gozó en vida mortal y conserva en su existencia gloriosa el señalado privilegio de comunicar a los espíritus las finezas de su encendido corazón, no hubiera podido llegar al frenesí del querer si la fe no hubiera alumbrado su inteligencia gigante y contrastara su sublime existencia, la abnegación y sacrificio. La fe fué la llave que franqueó la entrada del corazón de la mística Doctora a los raudales de divinas comunica-

ciones, pero fué acompañada de la oración y el sacrificio.

En Teresa se daba como en ninguna otra alma aquel maravilloso vaivén entre la fe y el amor, que pintaba con sin igual maestría Lacordaire. Bastábale la contradicción y el dolor si de Dios lo recibía. En su amor gratuito así pudo escribir:

Muéveme, en fin, tu amor de tal manera
Que aunque no hubiera cielo yo te amara
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.

Trabajaba la virtud, habría el corazón y se convertía en fe, y ésta, a su vez, cambiaba en caridad el amor inicial, y así como a los rayos del sol surgen las flores, así de la fe de Teresa nacían la abnegación, el sacrificio, la perseverancia, la penitencia, la dulzura, la paciencia en el sufrir, y todas estas virtudes fundidas en el crisol de la caridad.

El amor y la fe brillaban al comienzo y al final; la recompensa y el premio permanecían alejados.

No me tienes que dar porque te quiera,
Porque si cuanto espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

La belleza divina inflamaba y encendía el amor de la Fundadora. Las armas de Cristo, decía, son sus cinco llagas; sírvanos de divisa; los éxtasis apagaban la sed de su alma, y colmados de dulzura sus sentidos,

rebotaban los rayos de luz del corazón al rostro, encendiéndola como glorioso querubín.

¡Cuánto amó y cuántas comunicaciones de su afecto dió a España la que supo granjear corazones y subyugar voluntades!

Vengan a deponer ante ella los que, viviendo en reinado de miseria moral, quieren desasirse de la fe; los que, rindiendo armas a la fe natural para descubrir tras de los fenómenos la sustancia, sin embargo, en el ordenamiento providencial y en los fenómenos divinos no quieren ver la sustancia divina. ¡Pobres sordomudos del orden sobrenatural!

¡Fe portentosa la de Teresa, expresión elocuente del sentir de la fe española, que no conoce otra senda que la católica, cuya verdad e interpretación resplandece en el Vaticano! Sabía la Santa que la autoridad proveniente de Dios y conservada en su Vicario, es la piedra de toque de nuestras creencias, que no caben componendas a modo individual o nacional; por eso su fe, que es la española, se detenía ante las leyes de la Iglesia y Dios que le dictaba sus escritos e inspiraba sus resoluciones, ordenábale obediencia, y cuando por cumplir ésta parecían cerrarse todos los caminos, providencialmente hacía coincidir en Avila, en el mismo día, a la Santa, regresando de Toledo y la autorización que de Roma venía para fundar el primer monasterio.

Abrasada en los místicos coloquios de sus éxtasis, escribe que no quería que sus negocios se juzgasen por sus revelaciones, sino por el Evangelio y por las

==: 37 :==
 reglas que Dios tiene puestas en su Iglesia. En cosas de la fe y leyes de la Iglesia, me pusiera yo a morir mil muertes antes de no seguirla—decía.

La fe y el amor de Teresa no eran egoistas, no se encerraban en su pecho, se comunicaban a los demás con vivificante claridad, con inimitable ternura, brotaban ardorosas obras de apostolado. Su fe es aquella que canta en endechas Juan de la Cruz, la que conservan intangible los conventos de la Reforma, la que lleva a los misioneros carmelitas a propagar el Evangelio, la que dió alientos a las Carmelitas de Compiègne, arrodilladas junto a la guillotina. No creo pueda compendiarse con frase de más energía el divino fuego de Teresa, que los versos de Lope en las fiestas de su beatificación:

Amastes vos y amastes de tal modo,

Que tuvistes en vos el amor todo.

(Muy bien. Grandes aplausos.)

Razón tenía vuestro ilustre rector, señor Maldonado, cuando en su admirable discurso de ayer, decía que Teresa no era letrada.

Conoció la verdad infinita, no por ciencia, sino por presencia, y pudo, merced a los auxilios de lo Alto, escalar el cielo y ver a Dios cara a cara. No fué fruto del estudio, y sin embargo, su gloria ha eclipsado en la mística española a todos los Santos

de su época; la prosa escogida de sus escritos, ha nublado las riquezas de los hablistas del siglo de oro, y con sólo los recursos de ardiente amor a Dios, ha podido lucir el sol de Teresa entre los esplendores de una edad insigne. ¿Cómo extrañar que la Universidad de Salamanca y sus animosos escolares celebren estas fiestas, si ya en la beatificación un rector, el hijo de los condes de Benavente, como hoy el señor Maldonado, prestaba su valioso concurso, entonces que ya se la reputaba Doctora, y Salamanca hacía voto de guardar fiesta en su día?

Virgen legisladora la ha llamado también León XIII, en uno de sus Breves. ¿Y podéis extrañar que esta escuela que en tantas ocasiones, desde la redacción de las Partidas, ha contribuido al desarrollo del Derecho, se olvidase de esos méritos?

Iluminaba el mundo desde su cátedra el Padre Victoria, aquel mi ilustre paisano, al que Menéndez y Pelayo llama el Sócrates alavés, y Giorgi, el fundador del Derecho Internacional; pues, sin oscurecer sus glorias, en una sola carta de Teresa al Arzobispo de Evora, se plantean y resuelven derechos de España y relaciones internacionales entre los principes cristianos.

Los grandes teólogos salmantinos Melchor Cano, Soto, el Padre Báñez, su confesor, maestros de causas primeras, pilares de la Iglesia en sus Concilios, son portento de ciencia teológica; pero Teresa, sin la fría concepción científica de la venerable Agreda, con sus argumentos y métodos de Escoto, es la mujer su-

blime que sabe de Dios cuanto Este le enseñó al dictado y por revelación.

¡La realeza española, honrando a nuestra Santa! Justa reciprocidad y soberana devolución de amores? En una de sus incomparables epístolas a Felipe II, escribe: A los pobres oye el Señor y como vuestra majestad está en su lugar, no pienso haya de cansarse. ¿Quién puede extrañar que el alma que tanto amaba a Dios, reverenciase y amase al que juzgaba colocado en su lugar y del cual esperaba justicia? Respecto a la trascendencia que la reforma carmelitana había de tener en favor de los reyes de España, claramente lo declara en varios pasajes. Pondera su celo ardiente y las ansias del bien, salud y acierto de los Reyes Católicos y, ¿cómo no había de hacerlo la que, entre sus revelaciones, tuvo el inefable consuelo de escuchar de Dios que acudiera al rey, que le hallaría en todo como padre?

Acude a su protección en el caso del Padre Gracián; pretende, más tarde, la defensa real en favor de la reforma y del nombramiento de Provincial, y siempre encuentra solícita a la Corona. En 1569 es el rey quien desea ver a esa «mujer», porque con amor, sin ser atrevimiento y con independencia que dulcifica el efecto, le ha dicho, por mediación de la infanta doña Juana, que se acordase que el rey Saúl había sido escogido y ungido. Esto, en labios de una monja, cerca del rey, osadía y acometimiento parece; pero no fué insolencia ni atrevida determinación. Teresa era embajadora del Rey celestial legado *ad latere* del sobe-

rano emperador. Vedla más adelante, conferenciando con el rey en El Escorial. Escalofríos de emoción cristiana y patriótica produce el cuadro que la misma Santa relata, despidiéndose de rodillas del rey católico.

La faz seria y respetuosa del monarca, trocose en rostro amable, diciendo a la fundadora: «Vete tranquila; se proveerá».

¡Espectáculo sublime!

Todavía hay un espectáculo de mayor sublimidad. De él fueron testigos mudos, ayer, los tapices de piedra de vuestra Plaza Mayor.

Cuando al discurrir la procesión por ella, la imagen de la Santa dió vista al balcón en que se encontraban los reyes, volvióse hacia los monarcas: Santa Teresa no se arrodilló como lo había hecho en El Escorial; fueron los reyes los que se arrodillaron ante ella.

(Grandes y prolongados aplausos interrumpen al orador).

Castellanas, bellísimas castellanas, aun cuando sean preclaras las glorias e ingenios españoles y podáis vanagloriaros de que en los dos órdenes de la vida intelectual, de las ciencias y de las artes tenéis insignes cultivadores, teólogos profundos, filósofos insignes, diplomáticos, hombres de Estado, descubridores, artistas, también el extranjero puede presentaros competencia.

Una sólo excepción tenéis; privilegio que excluye toda competencia y emulación. Después de nuestra

amorosa Madre la Virgen Santísima, en las variedades del espacio y en las oscilaciones del tiempo, no hay dos mujeres comparables a Teresa de Jesús e Isabel I de Castilla.

(Bravos; aplausos nutridísimos y entusiastas).

Teresa vió la luz en Avila, pero la cuna de su gloria es Salamanca,

En realidad en Alba nació, que ya Cervantes escribía al glorificarla en el certamen de su beatificación, que allí nace donde muere el justo.

Castellana era la reina insigne, que sin los preclaros entendimientos de hombres de ciencia y con solo el mágico poder de su religiosidad sin distingos y del amor patrio, elevó a España del estado de abyección al pináculo de la grandeza, realizando la unidad religiosa y nacional, y como si tales glorias fueran pequeñas, como si la fe católica no tuviese en España espacio suficiente para desarrollarse, impulsó la obra magna del descubrimiento de América para que, surcando los españoles las aguas de mares desconocidos, con otras aguas de santidad redimiesen en el bautismo millones de almas. Castellana era la Santa que festejamos y vivió en aquélla época de caracteres bien delineados, de españoles de ánimo levantado y espíritu caballeresco de soberanas virtudes, mitad hidalgos, mitad místicos, la que abrasó su pecho en incendios de amor, la que robaba voluntades y cautivaba espíritus. Teresa, no era Teresa; era Cristo que en ella vivía y en ella mostraba predilecciones a Castilla. No tuvo que salir de sí para buscar a Dios,

que lo que Este era por naturaleza, Teresa lo fué por gracia.

Esta es mi hija en quien me agrado tanto.

Oidle lo que escribe, yo lo ffo.

Porque sabed que cuanto dice, es mfo.

No se engañaba Lope de Vega en estos versos que pone en labios de Jesús.

Por Teresa ha escrito el Salvador del mundo en el habla portentosa con que llevamos a dos Continentes Religión, Derecho, Cultura, espíritu de honor; por Teresa quedan en monumento perenne esas enseñanzas sublimes, esos protocolos de letra divina, y no contenta con tales recuerdos y legados, ha dejado una prenda inapreciable, ha pignorado en nuestro favor y de España entera, el templo de sus amores, su encendido corazón.

Aquí, en tierra de Salamanca, sobre el ara de un altar salmantino, está el corazón de Teresa de Jesús. Hace trescientos años que se ofrece a Dios transverberado por dardos celestiales, y al proclamar un milagro de amor, no cesa en sus demandas, no descansa en sus peticiones, no suspende sus ruegos y súplicas por Castilla y por España toda.


Allí están los bordes de la herida tostados y quemados, herida de afectuosos estímulos que debe hacernos enternecer de amor y desfallecer de cariño.

Corazón de mujer fuerte y varonil, que intercede con el cielo para que la mujer castellana conserve en la familia, que es la cédula social, recato, pudor, au-

toridad y buen ejemplo: corazón magnánimo que solicita de vosotros empresas extraordinarias de apostolado; corazón sencillo, que sigue llamando a las puertas de la misericordia divina; corazón agradecido, que, al terminar estas fiestas, ofrendará a los pies del Trono del Corazón de Jesús, los votos unánimes del Pontífice, de la Monarquía, del Episcopado, de la Universidad de Salamanca y de esta juventud estudiosa, para cuyo triunfo y victoria tiene un talismán insuperable, el amor; el amor a la fe católica, el amor a la Patria española. (Grandes aplausos).

Era un pueblo remoto que, forjado
 por sueños de leyendas y batallas,
 levantaba su círculo almenado
 como un rey recatado, medio enterrado,
 bajo el velo blason de sus murallas.
 Pueblo recio de activa ejecutoria
 que miraba con terror de la historia;
 que dió con Isabel y con Reyes,
 y que guarda en la cumbre de sus reyes,
 el fabuloso emporio de su gloria...
 Pueblo que ha sido el por, santo y guerrero
 testado en las estepas castellanas,
 de noble corazón y alma de acero
 cuyo momento fué,
 proclama el ritual de sus conquistas...
 (En la cruz fué y en el ambiente
 donde el rayo del sol, hizo la frente)

toridad y buen ejemplo: corazón magnánimo que so-
 licita de vosotros empresas extraordinarias de amor-
 todos; corazón sencillo, que sigue llamando a las
 puertas de la misericordia divina; corazón es-
 cudo, que al terminar estas fiestas, ofrecidas a los
 pies del Trono del Corazón de Jesús, los votos más
 nimes del Pontífice de la Monarquía, del Episcopa-
 do, de la Universidad de Salamanca y de esta juven-
 tud estudiosa, para cuyo triunfo y victoria tiene un
 talismán insuperable, el amor; el amor a la católi-
 ca, el amor a la Patria española. (Grandes aplausos).



... y rogamos que se dignen ...
 ... y rogamos que se dignen ...
 ... y rogamos que se dignen ...



TERESA DE JESUS

Única composición premiada por la
Real Academia Española en el tema
poético del Gran Certamen Teresiano
Internacional conmemorativo del III
Centenario. Marzo de 1923.

Era un pueblo remoto que, forjado
por sueños de leyendas y batallas,
levantaba su círculo almenado
como un rey secular, medio enterrado,
bajo el rudo blasón de sus murallas...
Pueblo recio de altiva ejecutoria
que antaño fué tesoro de la Historia;
que dió con Isabel, al mundo leyes,
y que guarda en la tumba de sus reyes,
el fabuloso emporio de su gloria..
Pueblo que ha sido al par, santo y guerrero
tendido en las estepas castellanas;
de noble corazón y alma de acero
cuyo indómito fuero,
proclamaba el metal de sus campanas!...
¡Esa la cuna fué y ese el ambiente
donde el rayo del sol, besó la frente

de aquel místico Fénix del Carmelo,
 cuyo espíritu azul, eterno brilla
 sobre el recio destino de Castilla
 y bajo el ancho pórtico del cielo!...
 ¡Espíritu de gloria inmarcesible
 como la Raza hispánica, invencible;
 firme, como la fe de nuestra tierra!
 ¡Sobrio, austero, tenaz; cuya semilla
 como el árido campo de Castilla,
 bajo el rayo de Dios la vida encierra!
 ¡Espíritu inmortal, que habiendo visto
 la Fe de Jesucristo

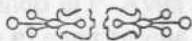
en riesgo por Lutero, luchó tanto
 y ganó tantas almas por laureles,
 como aceros rindiéronse de infieles,
 en las tierras de Mulberg y en Lepanto!...
 ¡Espíritu feliz, alma gloriosa
 que cuando fué la Santa, peregrina,
 deja, como una huella prodigiosa,
 los templos de su Fe, cuando camina...;
 ¡la fe de su oración, cuando reposa!...

Así, bajo la luz de tu destino,
 de luchas y esperanzas y pesares,
 emprendiste, profética, el camino
 por sembrar a tu paso, los altares
 donde amar al Señor... ¡aquel potente
 y misterioso anhelo de martirio,
 que era el beso de Dios, sobre tu frente
 y que al soplo divino, dulcemente
 floreció en tu niñez, cual santo lirio!...

Y así fuiste, por gracia omnipotente;
 Constancia, Fe, Valor, Piedad, Ejemplo;
 Esperanza de Dios, que el mundo irisa;
 en cada corazón, dejaste un templo;
 dejaste en cada verso una sonrisa...
 Dulzura, luz de Amor, divino fuego,
 funden el nimbo astral de tu aureola,
 porque fuiste mujer... y porque luego,
 ¡además de mujer, fuiste española!...

Salve, salve, celeste soberana
 del Parnaso Español; mística gloria
 cuya eterna memoria
 honrará, ¡vive Dios! la tierra hispana,
 mientras fiel a tu amor, quede un hidalgo
 mientras de tu canción, recuerden algo,
 las estrofas del habla castellana...
 ¡Mientras tengan los hombres, fantasía
 digna de alzar a tí, su raudó vuelo!...
 ¡Mientras haya en la Tierra, Poesía;
 en los ámbitos, luz; Dios, en el cielo!...
 ¡Y, mientras viva el pueblo, que, forjado
 por sueños de leyendas y batallas,
 extremece su círculo almenado,
 al pensar, que tu gloria, se ha encarnado
 entre el viejo solar de sus murallas!...

FEDERICO DE MENDIZÁBAL Y GARCIA LAVIN



Y así hilaste, por gracia omnipotente,
 Constanza, Fe, Valor, Fiebre, Tiempo;
 Esperanza de Dios, que el mundo hisa;
 en cada corazón, dejaste un templo;
 dejaste en cada verso una sonata...
 Dulzura, luz de Amor, divino juego,
 funden el himno anual de tu escuela,
 porque fuiste mujer... y porque luego,
 además de mujer, fuiste española...
 Salve, salve, casta soberana
 del Parnaso Español; música gloria

cuya eterna memoria
 honrará, ¡vive Dios! la tierra hispana,
 mientras fiel a tu amor, puede dar himno
 mientras de tu canción, recuerden algo,
 las estrofas del habla castellana...
 ¡Mientras tengan los hombres, tanta
 digna de alzar a ti, su rando, verso,
 ¡Mientras haya en la Tierra, Fiestas,
 en los ámbitos, luz; Dios, en el cielo...
 ¡Y, mientras viva el pueblo, que, forjado
 por sueños de leyendas y batallas,
 extreme su cinto almenado,
 al pensar, que tu gloria, se ha olvidado
 entre el vicio solar de sus murallas...

FEDERICO DE MARQUENAT Y GARCIA LAVIN


 1911



Santa Teresa y el Venerable Juan de Avila.

Publicó, por el año 1894, el sabio y virtuosísimo don José Fernández Montaña, Presbítero, hoy ilustrísimo Decano de la Rota española, interesante folleto, titulado «El Venerable Maestro Juan de Avila», reseñando, con gran erudición y copia de documentos—según lo tiene por costumbre en sus autorizados y sólidos escritos—la portentosa vida y heroicas virtudes de tan esclarecido Apóstol. El capítulo X se encabeza así: «Santa Teresa y el Venerable», y, dice de esta suerte:

«La fama de virtudes y santidad del Venerable Maestro era, aun viviendo acá, grande dentro y fuera de España; por lo cual acudían a él y buscaban su consejo muchos varones sabios y santos de su tiempo. Y hasta la mística y celebradísima Doctora de Avila, Santa Teresa de Jesús, procuró sosiego a su corazón consultando al P. Avila acerca del camino por donde la llevaba el espíritu que la animaba, y el cual resultó bueno, como de Dios. Porque viéndose tan

subida y levantada allá por las alturas de favores celestiales entre continuas visiones y revelaciones del Divino Esposo; teniendo raptos, éxtasis, hablas interiores y tanto linaje de gracias y misericordias con que la enriquecía el cielo, comenzó a temer y recelar, siempre con mucha humildad, si no sería buen espíritu el que la gobernaba y dirigía. Lo cual, era sin duda, como lastre o contrapeso que suele dar la divina Providencia aun a las almas extraordinariamente favorecidas con gracias y dones del Espíritu Santo. El mismo San Pablo, Apóstol de las gentes, sintió en medio de sus revelaciones aquel ardor y estímulo de la carne que tanto le pesaba y afligía. Y cuando rogó a Dios que le librase de tal martirio, no pudo lograr de arriba sino aquella célebre respuesta: «Bástate, Pablo, mi gracia (1).»

Hablando Luis Muñoz de este negocio, dice que «la santa Madre (Teresa) nunca se aseguraba del todo, por grandes que fuesen las misericordias de Dios, y que las mayores letras de España, los hombres más espirituales la certificasen de su buen camino»; y así, por hallar sosiego y ahuyentar los temores y celos de su alma, resolvió enviar los admirables

(1) Fundó su primer convento de la descalcez carmelita Santa Teresa en Avila, donde nació, año 1515. Murió en Alba de Tormes, 1582, y fué canonizada en 1622. Tuvo por directores y consejeros a San Juan de la Cruz, San Pedro de Alcántara, Fr. Luis de León y otros varones santos y grandes letrados. El Rey Prudente le prestó auxilio contra las corrientes del siglo y del infierno que la contrariaban y perseguían.

hechos de su vida, escrita de propia mano, al Maestro Avila, cuya discreción de espíritu y fama de santidad volaba de un extremo a otro de nuestra patria y más allá de sus fronteras. Con el libro de la vida envió a Fr. García de Toledo carta asimismo autógrafa, tan sencilla y elocuente como todas las suyas, y en ella le decía: «Suplico a vuesa merced lo enmiende y mande trasladar si ha de llevar al P. Maestro Avila, porque podría conocer alguno la letra. Yo deseo harto se dé orden como lo vea, pues con este intento lo comencé a escribir; porque como a él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada, que ya no me queda más que hacer lo que es en mí.» Pronta y diestramente conoció nuestro Venerable por el escrito cómo la Santa Madre iba y había caminado llevada de la mano de Dios, no del mal espíritu tenebroso, que suele transformarse en ángel de luz. Y así, resolvió contestar con carta particular, volviendo el áureo libro a su santa autora, aquélla grande amadora de Cristo, diciendo entre otras cosas estas elegantísimas palabras que siguen:

«La gracia y paz de Jesucristo, nuestro Señor, sea con vuesa merced siempre. Cuando acepté el leer el libro que se me envió, no fué tanto por pensar que yo era suficiente para juzgar las cosas dél, como por pensar que podía yo, en el favor de nuestro Señor, aprovecharme algo de la doctrina dél. Y gracias a Cristo que, aunque lo he leído con el reposo que era menester, más me he consolado, y podría sacar edificación si por mí no queda. Y aunque cierto yo me

consolara en esta parte, sin tocar en lo demás, no me parece que el respeto que debo al negocio y a quien me lo encomienda me da licencia para dejar de decir algo de lo que siento, a lo menos en general. La doctrina de la oración está buena por la mayor parte, y bien puede vuesa merced fiarse della y seguirla. Y en los raptos hallo las señas que tienen los que son verdaderos. El modo de enseñar Dios el ánima sin imaginación y sin palabras interiores ni exteriores es muy seguro, y no hallo en él que tropezar, y San Agustín habla bien dél. Las hablas interiores y exteriores han engañado a muchos en nuestros tiempos, y las exteriores son las menos seguras. El ver que no son de espíritu propio en cosa fácil; el discernir si son de espíritu bueno o malo es más dificultoso... Visiones imaginarias o corporales son las que más duda tienen, y éstas de ninguna manera se deben desear... Mas si todo esto hecho duran las visiones, y el ánima saca provecho dellas y no induce su vista a vanidad, sino a mayor humildad, y lo que dicen es doctrina de la Iglesia..., no hay para qué huir dellas, aunque ninguno se debe fiar de su juicio en esto, sin comunicarlo luego con quien le pueda dar lumbre...

• Paréceme, según del libro consta, que vuesa merced ha resistido a estas cosas, y aun más de lo justo. Paréceme que le han aprovechado a su ánima; especialmente le han hecho más conocer su miseria propia y faltas y enmendarse dellas... Incítanla a amor de Dios y a propio desprecio, y a hacer penitencia. No veo por qué condenarlas; inclínome más a tenerlas

por buenas... También digo que las cosas de este libro acaecen, aun en nuestros tiempos, a otras personas, y con mucha certidumbre que son de Dios... Vuesa merced siga su camino, mas siempre con recelo de los ladrones, y preguntando por el camino derecho, y dé gracias a Nuestro Señor, que la ha dado su amor y el propio conocimiento y amor de penitencia y de cruz... Yo no puedo creer que he escrito esto con mis fuerzas, pues no las tengo, pero la oración de vuesa merced lo ha hecho. Pídole por amor de Jesucristo Nuestro Señor se encargue de suplicar por mí, que él sabe que lo pido con mucha necesidad, y creo basta esto para que vuesa merced haga lo que le suplico. Y pido licencia para acabar ésta, pues quedo obligado a escribir otra. Jesús sea glorificado de todos y en todos. Amén».

Esta carta profunda, verdadero tesoro de ciencia mística y del arte difícil de discernir espíritus, muestra muy claramente el especial conocimiento y altísimos favores con que el cielo había dotado al Santo Apóstol de Andalucía. Muestra además que el inestimable y preciosísimo libro de la vida de Santa Teresa de Jesús fué compuesto para llevar a cabo la susodicha consulta. De suerte que la religión, la historia y las letras patrias, al P. Maestro Avila vienen a ser deudas de aquel volumen que bien merece apellidarse celestial. Lo cual se colige al punto en leyendo aquéllas palabras de la Santa donde dice: «Yo deseo harto se dé orden como lo vea (el libro), pues con ese intento lo comencé a escribir.» Ni era solamente

la reformadora del Carmelo quien consultaba entonces a nuestro Venerable, sino que hasta el insigne fundador de la ínclita Compañía de Jesús quiso también desahogar su alma, abrasada del divino amor, en el corazón magnánimo del Santo Maestro, dándole gracias por los continuos favores que dispensaba a la naciente y celestial milicia suya, y buscando su aprobación de la defensa discreta y acertada hecha en pro de sus hijos ante la Santa Sede por causa de la contradicción que acá les procuraron algunas personas principales, religiosas y seculares. Adquiere mayor brillo y se purifica más el oro en el crisol. Sobre todo ello respondió Juan de Avila con gran cortesía y reverencia a San Ignacio «que tenía por don y beneficio divino en haber puesto Nuestro Señor en su Iglesia la religión de la Compañía de Jesús...» Añadiendo que esta nueva planta era obra manifiesta de la Sabiduría divina, y gran acierto el haberla defendido, como era justo, ante el Romano Pontífice (1).

De donde, finalmente, resulta no poca gloria para nuestro Venerable, por haber sido desde el principio defensor y amigo entusiasta de la nueva familia religiosa, y también para la mínima Compañía, como la titulaba su Santo Fundador, teniendo la aprobación y los favores de un varón tan insigne y apostólico cual se va viendo haber sido el P. Avila».

(1) El Instituto gloriosísimo de la Compañía de Jesús fué confirmado en 1540, y ha venido desde su nacimiento llenando al mundo de sabios, a la gentilidad de misioneros, a las escuelas y bibliotecas de libros, y al cielo de mártires y de santos.



Por la Santa de la Raza.

SANTA TERESA

TRÍPTICO

Poesía premiada con la Medalla de Honor en el Certamen Literario organizado por la Federación de Estudiantes católicos de Salamanca en las recientes solemnidades teresianas (1).

INFANCIA

I

•Concertábamos irnos a
tierra de moros, pidiendo por
amor de Dios para que allá
nos descabezasen •

Vida, cap. I. 2.

De casa partió la niña.
¿A dónde la niña irá
Por esos campos desiertos,
Sin nadie por la cuidar?

(1) Otra poesía de la misma autora obtuvo accésit en dicho premio.

El hermanito pequeño
 Bien la quiso acompañar,
 Y sin apoyo ni guía
 Entrambos los niños van.
 Nada temen de las fieras,
 Nada temen de su mal
 Ni de los muchos caminos
 Sin un mendrugo de pan,
 Que es la niña niña hidalga,
 De corazón sin igual,
 De corazón con esfuerzos
 Que no son para su edad,
 Donde grabó unas palabras
 Que no se borran jamás:
 «Para siempre, siempre, siempre
 Pena y gloria han de durar».
 Así por los campos yermos
 Solitos los niños van,
 Sin saber que los caminos
 Se hacen largos al andar.

*
*
*

El pariente que los viera
 Bien los comienza a mirar,
 ¿Dónde van los niños solos,
 A dónde los niños van?
 La niña, como discreta,
 La respuesta le fué a dar:
 «Por amor de Dios andamos,
 No tememos ningún mal,

Vamos a tierra de moros,
Nos han de descabezar».

*
**

Vuélvase, vuélvase, la niña,
Vuélvase la niña ya,
Que para buscar dolores
No es preciso caminar,
Y martirios dolorosos
Bien presto la cercarán,
Pues que el Amor la ha guiado,
El Amor la ha de matar.

II

ADOLESCENCIA

«Yo comencé a quedarme
en costumbre de leerlos... y
parecíame no era malo, con
gastar muchas horas del día
y la noche en tan vario ejer-
cicio aunque escondida de mi
padre.»

Vida, cap. II, 1.

Todos en casa del padre,
Todos ha tiempo dormían,
La doncella, desvelada,
Con raro placer leía.
Estaba el libro entreabierto
Sobre sus mismas rodillas,
Grandes cosas le contaba,
Cosas de caballerías.

Las hazañas de Amadís,
Las hazañas fenecidas
De lejanos caballeros
De Francia y de Normandía,
Con sus damas, sus batallas
Y el ardor de sus intrigas.
Y la joven, silenciosa,
Dulcemente pensativa,
Dejaba vagar sus ojos
Por la nocturna campiña
Como si de ella surgiesen
Yelmos, espadas, lorigas...
Tal vez soñara en historias
Que relejera aquel día,
Tal vez su mente vibrase
Con las frases encendidas
De unas palabras de amor
Por primera vez oídas,
Pues soñaba la doncella
Como sueñan embebidas
Las niñas enamoradas;
Y soñando sonreía
Por galas y devaneos
Que deslumbraban sus días.

*
*
*

¡Ah!, no pensaba Teresa,
Por vanidades prendida,
Que iba a prenderse en un fuego
De perpetua llama viva,

Y que el Amor se acercaba
Lentamente hasta su vida
Con sus regalos de bodas:
Una cruz y unas espinas.

III

PLENITUD

•Vivo sin vivir en mí
y en tan alta vida espero
que muero porque no muero •

En la celda solitaria,
Donde en silente oración
La Santa Madre Teresa
Ya toda se entregó y dió
Trocándose de tal suerte
Que en ella vive su Dios,
En la celda recogida
Brilla un radiante fulgor,
Y un serafín, extasiado
Mensajero del amor,
Llega hasta la Criatura
Por orden del Creador
Y con el dardo encendido,
Todo sufrir, todo ardor,
Ha abierto la eterna herida
Muy dentro del corazón.
Intensamente extasiada,
Ardiendo toda en dolor
Bajo el fuego inapagable

De aquesta divina unión,
Sumida en su interno abismo,
Sintiendo el hondo pavor
Que da el derroche infinito
De las piedades de Dios,
Teresa, desfallecida,
Desfallecida de amor,
Pide a la muerte que acuda
Para calmar su pasión,
Porque vivir de esa suerte
Es su tormento mayor...



Y es tan ardiente la hoguera
De esa suprema tensión,
Que se ignora si a Teresa
Baja el fuego del Señor,
O si el fuego de su alma
Es el que sube hacia Dios.

MARÍA CRISTINA DE ARTEAGA



(De la revista *Raza Española*—Septiembre, Octubre-
1922).



Santa Teresa de Jesús

loada y enaltecida

por

Su Santidad PÍO X

Carta sobre el Tercer Centenario de la so-
lemne Beatificación de Santa Teresa de
Jesús (1).

AL AMADO HIJO CLEMENTE DE LOS SANTOS FAUSTINO
Y JOVITA, PREPÓSITO GENERAL, Y A TODA LA
ORDEN DE LOS CARMELITAS DESCALZOS

AMADOS HIJOS:

Salud y Bendición Apostólica.

Desde el momento en que la bondad divina se dignó elevar a nuestra humilde persona a la sublime cumbre del Pontificado, Nos consideramos como un deber sagrado del ministerio Apostólico el aprovechar

(1) Se han añadido a esta carta los subtítulos en que aparece dividida para más facilitar su inteligencia y lectura.

con la mayor diligencia todas cuantas ocasiones se nos ofreciesen para ensalzar a los hijos más ilustres de nuestra Santa Iglesia, y que más se distinguieron por el esplendor de sus virtudes; por la aureola de su doctrina y por la fama nunca empañada de sus hechos gloriosos.

* * *

Siendo cosa probada que para mover los espíritus valen más los ejemplos que las palabras, Nos estamos íntimamente persuadidos que para lograr el fin que perseguimos de restaurar todas las cosas en Cristo, serán más eficaces que Nuestras exhortaciones los hechos más preclaros de aquéllos héroes, que siguiendo de cerca a Jesucristo Nuestro Señor, supieran grabar en si mismos la imagen de santidad de tan divino modelo. Por esta razón, al celebrarse las fiestas seculares de San Gregorio Magno, San Juan Crisóstomo y San Anselmo de Aosta, dirigimos al orbe católico Nuestras Cartas encíclicas, ponderando en ellas sus glorias, y con idéntico fin recordamos no ha mucho la vida y virtudes de San Carlos Borromeo, en el siglo tercero de su canonización.

I
LA VIRGEN DE ÁVILA, HONRA Y PREZ DEL ORBE
CATÓLICO

Ahora bien, amados hijos, en el próximo mes de Abril, celebrará vuestra ínclita Orden una fiesta se-

mejante, pues en él se cumplirán trescientos años desde que Nuestro predecesor Paulo V honró con el título de beata a vuestra legisladora y Madre Santa Teresa de Jesús, por lo cual, según Nos han comunicado, acordásteis en vuestro último Capítulo general conmemorar con solemnes funciones religiosas y otras demostraciones de gratitud y alegría el recuerdo de tan fausto acontecimiento.

Con este motivo Nos es grato comunicaros que aprobamos plenamente vuestra resolución y Nos asociamos a ella en nombre de toda la Iglesia.

A ella Nos obliga el haber sido la Virgen de Avila honra y prez de todo el orbe católico, y una de las mayores glorias que enaltecen a la Iglesia, puesto que «el Señor la colmó de espíritu, de sabiduría y entendimiento, y la enriqueció en sumo grado con los tesoros de su gracia, para que su esplendor y claridad brillasen en la Casa de Dios, como estrella en el firmamento, por perpetuas eternidades» (Bull Canoniz). Con estas palabras ensalza Gregorio XV a Teresa de Jesús, y con sobrada razón; ya que su doctrina sobre la ciencia de la salvación fué tan eficaz y elevada, que en poco o en nada cede a la de los grandes Padres y Doctores de la Iglesia antes mencionados.

II

CUALIDADES DE LA SANTA

Generosa y pródiga fué con ella la naturaleza, disponiéndola maravillosamente para el celestial ma-

gisterio de la santa doctrina que había de enseñar. Dotada de singular penetración de espíritu, grandeza de ánimo, bondad de corazón, energía de carácter, admirable sentido práctico en sus relaciones sociales y gran destreza en el manejo de los negocios, junto con una índole apacible y muy discretas y gentiles formas, lograba conquistarse con fuerza irresistible todas las voluntades. Pero mucho más admirables eran todavía los dones sobrenaturales que adornaban su alma. Muchos y muy preclaros varones honraron el siglo y la nación de Teresa con el esplendor de su santidad y de su doctrina, por la cual, no sin razón, fueron llamados época de oro aquellos gloriosos tiempos de la católica España; pues bien, Santa Teresa reunió en sí las grandes virtudes y los ricos carismas de aquellos hombres insignes, cuya dirección y amistad cultivó con tanto cuidado.

III

SUS VIRTUDES

No hace a nuestro propósito estudiar minuciosamente todos los dones de naturaleza y de gracia que brillaron en ella; pero no estarán de más, amados hijos, que recordemos algunas de sus virtudes más necesarias en nuestro siglo, para que las meditéis atentamente y se las mostréis al pueblo cristiano.

1) Su firmeza en la fe.

Así, pues, ya que en nuestros días se olvidan temerariamente y hasta se desprecian con obstinación

todas las verdades que pasan los límites de la razón humana y salen de la reducida esfera del orden natural, bueno será recordar la fe incommovible de Teresa. Siendo esta virtud *la substancia de las cosas que se esperan*, y como la raíz de la vida celestial y divina en el hombre, y el fundamento que sirve de base a todo el edificio de la perfección cristiana, ella animó siempre el espíritu de Teresa y dirigía todos sus proyectos, palabras y acciones.

Sumisa en todo instante al magisterio de la Iglesia, nadie se adhirió con más firmeza a sus enseñanzas; por lo cual, ni las falacias de los herejes ni la astucia del diablo la hicieron jamás titubear, siendo, por el contrario, tan firme su fe, que no dudó en escribir, que aunque un ángel le revelase o una voz del Cielo le anunciara alguna cosa menos conforme con la doctrina de la Iglesia, no haría el menor caso de ella. Por eso se gozaba en repetir que daría mil veces la vida por la menor verdad de la fe. Nada había para ella tan cierto como los dogmas cristianos, los cuales eran admitidos por Teresa con tanto mayor fervor cuanto más impenetrables son a la razón humana.

De aquí que cuando se acercaba a recibir el augusto Sacramento, se hallaba tan engolfada en la contemplación de tan gran misterio, que, como dice Nuestro ya citado Predecesor: «veía tan claro y distintamente con los ojos del entendimiento el cuerpo de Jesucristo en la sagrada Eucaristía, que no dudo en afirmar que no tenía por qué envidiar a los que vieron al Señor con los ojos corporales». (Bull. Can.)

Con la firmeza de su fe mereció llegar en el conocimiento de los altísimos arcanos de Dios, hasta donde es dable llegar a la inteligencia humana, por lo cual los explicó con tanta precisión y claridad, que no anduvieron desacertados sus directores espirituales, cuando la compararon a Moisés, que conversaba familiarmente con Dios y le veía cara a cara.

Y ¿quién ignora con cuánto ardor ansiaba que todos los hombres participasen del don precioso de la fe? Siendo niña todavía, se puso en camino para el Africa ganosa de atraer al fiero moghreb a la fe de Cristo o dar su vida por ella. (Himno del Brev.) Habiéndose frustrado sus nobles intentos, lloró compasiva mientras vivió la desdichada suerte de los paganos y herejes, y miró con santa envidia a los que consagraban su vida a sacar a los hombres de las tinieblas del error y conducirlos a la luz de la verdad y a la práctica de la virtud. Pero como su sexo y el estado de vida que abrazara le impidiese a las funciones propias del ministerio apostólico, revestida con el espíritu de Elías, estableció el apostolado de la *oración* y de la *penitencia*.

Animada de tan elevados sentimientos, ya que no podía dedicarse a la propagación de la fe, resolvió consagrar su preciosa vida a la observancia perfecta de los consejos evangélicos, convencida de que sus oraciones por el incremento del nombre cristiano y la salvación de las almas, sería tanto más meritorias cuanto estuviesen acompañadas de mayor inocencia y santidad de vida. Prueba es también del grande

interés que se tomaba por la conservación y difusión de las enseñanzas cristianas, el grande aprecio que hacía del Catecismo, el cual deseaba que fuese el libro de sus hijas, y el que leyesen con más frecuencia.

2) **Tierna devoción que Santa Teresa tuvo siempre a Nuestro Señor Jesucristo.**

Es igualmente glorioso para Teresa, y muy digno de particular mención en estos tiempos de indiferencia religiosa, la tierna devoción que tuvo siempre a Nuestro Señor Jesucristo. Da pena y contrista el ánimo ver como se olvidan hoy aquellas palabras de Jesucristo, con las que no enseñó la senda que hemos de seguir para llegar a Dios: «Yo soy el camino, la verdad y la vida, ninguno llegará al Padre sino por mí». Esta admirable sentencia, tan olvidada de los antiguos *quietistas* como de los innovadores modernos, echó hondas raíces en el corazón de Teresa. Por eso atribuía a Jesucristo cuantos beneficios recibía de la mano de Dios; de Cristo esperaba todos los bienes y a Cristo tenía por el mejor Maestro, así para progresar en la perfección cristiana, como para subir los grados de la divina contemplación, reputando felices a los que abundaban en este sentir, y desgraciados y faltos de fe a los que pensaban de otro modo.

Estos sentimientos que obliga en su mente se traducían perfectamente a la vida práctica de Teresa; de aquí aquel su constante anhelo de conformar sus

actos y su vida entera a los actos y vida de Jesucristo, y de transformarse en una imagen perfecta del Redentor, por lo cual pudo exclamar con el Apóstol: «Mi vivir es Cristo y el morir mi galardón». (Joan. XVI, 6).

Aleccionada por tan divino Maestro y teniendo siempre a la vista un ejemplar tan perfecto de santidad, pronto consiguió romper todos los lazos de las aficiones terrenas, purgar su alma de las menores manchas y engolfarse en la práctica de las virtudes más excelsas. Así es como Teresa llegó a identificarse de tal modo con el Señor, que experimentaba en sí misma y sentía como propios los trabajos, sufrimientos y cuidados que Cristo padeció en su vida mortal, junto con los gozos y consuelos que alegraron su corazón. Como la caridad que inflamaba su alma iluminaba también su inteligencia con divinas ilustraciones, pudo elevarse del conocimiento de las perfecciones humanas de Cristo a la más subida contemplación de los misterios del Verbo, en el cual se le descubrieron los más profundos arcanos de la Trinidad augusta, y hasta mereció escuchar de labios del Hijo de Dios: «En adelante velarás por mi honor cual verdadera esposa; yo soy todo tuyo, y tu eres toda mía». (Bull. Can.)

Huelga decir con cuánta fidelidad guardó Teresa las obligaciones que le imponía este pacto nupcial; pues si antes de recibir tan señalado favor buscaba con tanto afán la gloria de Jesucristo, desde aquel feliz momento no vivió ya para sí, toda fué para

Cristo. Lo que no dejaremos de notar es la conducta que observó, cada día más solícita por la gloria de Esposo, con las dos obras principales que brotaron de la caridad infinita de Jesús, y que por haberlas instituido hacia el fin de su vida o en aquellos solemnes momentos en que se inmolaba por nosotros en la cruz, deben ser objeto predilecto del amor de todo cristiano fervoroso: Nos referimos a la Eucaristía y a la Iglesia.

3) **Su entrañable amor a la Eucaristía.**

¿Quién supo jamás ensalzar con tan elevados conceptos ni cantar en tonos tan delicados la bondad y sabiduría de Dios que resplandecen en la institución de este admirable Sacramento, el que satisfizo a su caridad inmensa, acomodándose a nuestra pequeñez y perpetuó el sacrificio cruento de la cruz, con el cual rescató al género humano? ¿Quién deseó con más ardor recibir el Pan de los Angeles? En un tiempo en que ni aun las almas piadosas frecuentaban la sagrada mesa, Teresa se acercaba diariamente a ella, y con tales ansias lo hacía, que ninguna fuerza hubiera sido capaz de impedirselo y hasta hubiera pasado por entre lanzas para recibir el divino Manjar. ¿Quién sintió con tanta viveza como ella la indiferencia e impiedad de los hombres para con este Sacramento? ¿Quién procuró con tanto afán desagraciar al buen Jesús de las ofensas que recibe en este sacramento de inmensa caridad? No contenta con derramar su alma generosa en el tabernáculo busca la compañía de sus hijas,

instándolas constantemente a que se ejercitasen con toda la intensidad de sus corazones, en esta obra de reparación. Aún más, en un transporte de intenso dolor a vista de tanta ingratitude, dirige a Dios Padre fervorosa oración, suplicándole que, o ponga fin a tamaña perfidia o decrete sin tardanza el fin del mundo.

4) **Santa Teresa, hija devotísima de la Iglesia.**

Y ¿cómo expresar el tierno amor que profesaba a la que es madre común de los cristianos, ella, que tenía por imposible que pueda amar a Dios de verdad el que a la vez no se interesa por el honor de Jesucristo y por la gloria de su regalada Esposa? ¡Qué respeto y amor de hija devotísima de la Iglesia a todo lo que con ella se relaciona! ¡Con qué alabanzas ensalza la potestad que Cristo se dignó otorgar a la Iglesia! Cosa admirable, que una mujer enriquecida con los dones más preciosos del Espíritu Santo, y acostumbrada al trato familiar con la divina Majestad, haga tan alto aprecio de los signos sagrados llamados sacramentales, que por ellos y por la menor ceremonia de la Iglesia estuviera dispuesta a dar mil veces la vida. Y no se limitaba su amor a la Iglesia de estas expansiones devotas de su corazón; pues dotada de sagaz ingenio y llena de ciencia infusa, comprendía perfectamente que los triunfos y derrotas de la Iglesia dependían en gran parte de la conducta que observaban sus ministros, y que uno sólo de éstos, hecho

a medida del corazón de Dios, contribuiría más a la salvación de las almas, que muchos faltos de espíritu sacerdotal. Por esta razón, al mismo tiempo que lloraba con amargura las calamidades que afligían a la Iglesia y la pérdida de tantas almas, maceraba su inocente cuerpo con todo género de austeridades y hacía violencia al Cielo para que deparase a la Iglesia gran número de sacerdotes no menos virtuosos que instruidos, los cuales de tal modo entendiesen en la salvación de los demás, que no sufriera detrimento la propia.

IV

SANTA TERESA, REFORMADORA DE LA ORDEN CARMELITANA

Pero siendo condición propia de la caridad el hacer sentir su benéfica influencia a todas las personas y por todos los medios imaginables, no se contentó Teresa con inmolarse ella sólo por el bien de las almas, sino que buscó quien le ayudase y en quien pudiera perpetuar su vida de oración, sacrificio y celo por la salvación del prójimo. «Después de haber vencido y triunfado de su carne con perpetua virginidad, y del mundo con admirable humildad, y de todas las asechanzas y lazos del demonio con grandes y exuberantes virtudes, abatiendo y desechando de sí las cosas grandes, y habiendo excedido y sobrepujado con grande valor y fortaleza de ánimo la naturaleza femenil, mostrándose vencedora, se pertrechó y fortaleció su brazo, y formó su ánimo ejército y escuadro-

nes valientes y fuertes, para que pelearan con gran denuedo, fortaleza y valor por la Casa de Dios de Sabaoth y por su ley y cumplimiento de sus mandatos, con las armas espirituales de todas las virtudes. (Bull. Can.) Revestida, en efecto, con el doble espíritu de Elías, y uniéndose providencialmente en común aspiración con vuestro extático padre San Juan, emprendió la reforma de la Orden ilustre a que pertenecía por su profesión.

Empresa gigante y de difícil realización, la cual, sin embargo, llevó a cabo con una rapidez que nadie hubiera imaginado. Merced a los trabajos y desvelos de Teresa, admiró entonces el siglo a una multitud inmensa de almas escogidas, que se retiraban del bullicio de la vida mundana a la soledad y al trato continuo con Dios; émulos dignos de los antiguos anacoretas del Carmelo y de la Tebaida, que suavizaban las austeridades corporales con las delicias de la celeste contemplación, y que solícitos a la vez de su perfeccionamiento del bien del prójimo, anhelaban hacerles participantes de los bienes eternos por ellos contemplados, quiénes con el apostolado de la penitencia y de la oración, de que hemos hablado, quiénes con los oficios propios del ministerio sacerdotal, celosa y dignamente desempeñado.

V

LA ORDEN CARMELITANA ENSALZADA POR S. S. PÍO X

Muchos años hace, amados hijos, que conocimos y tratamos íntima y familiarmente vuestra Orden, por

lo cual sabemos muy bien cuánto estimáis las virtudes de vuestros mayores, y, sobre todo, cuán adheridos estáis al espíritu de Teresa. Por eso aprovechamos gustosos esta ocasión para testimoniar públicamente el particular amor con que distinguimos tanto a las hijas como los hijos de Madre tan insigne. Nunca se alabará lo bastante el género de vida de esas religiosas, que prefiriendo la desnudez de la Cruz a las riquezas, honras y delicias del mundo, y felices en el silencio de su retiro, se inmolan a Dios como víctimas inocentes consumidas por el fuego de la caridad en aras de la penitencia cristiana, y aunque separadas del siglo, ni de día ni de noche cesan de rogar por él. Ni son menos dignos de aplauso esos varones religiosos, que de tal modo se entregan a la divina contemplación, que no por ello descuidan la vida activa; antes bien, distribuyendo ordenada y metódicamente el tiempo entre ambas vidas, difunden al exterior el buen olor de Cristo que conciben en el retiro del claustro con el constante ejercicio de las virtudes monásticas.

Estimad, pues, amados hijos, y perseverad en esta doble vida de contemplación y acción en la forma y del modo que os lo trazaron vuestros padres, y procurar que florezca siempre y aumente cada día entre vosotros. Esto habéis de procurar con tanto más fervor cuanto que hoy más que nunca hacen falta en la Iglesia ministros que se distinguan por su íntima unión con Dios, y por su activa caridad para con los hombres; de este modo seréis tales cuales los quería la gran Madre Teresa.

VI

SUS ESCRITOS, FUENTE DE SANTIDAD

Finalmente, ya que el amor a la novedad que hoy priva en demasía ha penetrado hasta en el campo de la ascética y de la mística cristianas, bien se hecha de ver cuánto importa mantener religiosamente lo que enseñó Teresa sobre estas materias. Puesto que «el Omnipotente la colmó de espíritu de inteligencia divina, para que no solamente diera y dejara ejemplos y dechados de buenas obras en la Iglesia de Dios, sino que esparciera también y la ilustrara con los rocíos de la celestial sabiduría escribiendo tantos libros de Mística, Teología y otros llenos de piedad, de los cuales el entendimiento y el espíritu de los fieles perciben y sacan abundantísimos frutos para el alma, y con ellos son encendidos, elevados y guiados a la patria celestial. (Bull. Canoniz).

Cuantos leyeren devotamente sus escritos, hallarán, sin duda, en ellos los documentos que necesitan para acomodar su vida a las normas de una verdadera santidad. En ello expone esta gran Maestra de la piedad cristiana las vías de la perfección desde sus comienzos hasta lo más encumbrado de la misma. Allí propone los medios más adecuados, ya sea para corregir los vicios, ya para dominar las pasiones y purgar el alma de las manchas del pecado. Allí, por fin, hallará el lector los más eficaces estímulos para abrazarse resueltamente con la virtud. Y no solo llama la atención el conocimiento perfecto de las cosas divinas

que manifiesta al explicar todas estas materias sino también aquella penetración y clarividencia de los secretos y complicados movimientos del corazón humano de que da pruebas evidentes. Este profundo conocimiento de las humanas flaquezas, que conmovía hondamente su tierno pecho junto con la compasiva y ardiente caridad que reinaba en su alma, comunicaban a los escritos de Teresa aquella eficacia, ese suave atractivo que tan dulcemente cautiva al lector, y que con tanta donosura describió Nuestro predecesor León XIII, de feliz memoria, con estas palabras: «Hay en los escritos de Teresa cierta virtud, más bien celestial que humana, maravillosamente eficaz para promover la enmienda de la vida, de modo que de su lectura sacarán óptimos frutos, no solamente los que de él se ocupan en la dirección de las almas y los que aspiran a una santidad eminente, sino también todos aquellos que aprecian en algo la virtud cristiana y trabajan algún tanto en el negocio de su salvación». (Epis. ad M. Bouix S. J., die 17 Martii 1883).

VII

TEOLOGÍA MÍSTICA DE LA DOCTORA AVILESA

Por lo tocante a la teología mística, camina con tanta libertad por las supremas regiones del espíritu, que se diría vive en ellas como de su propio reino. No hay secreto en esta ciencia que la Santa no haya escudriñado profundamente, pues discurriendo por todos los grados de la contemplación remonta el vuelo tan alto que no es posible lleguen a comprenderla los

que no han experimentado estas divinas operaciones del alma. Y a pesar de esto, nada enseña que no esté rigurosamente conforme con la más sana teología católica, exponiendo sus doctrinas con tanta sencillez y claridad, que ya en su tiempo era la admiración de los demás insignes doctores, quienes no llegaban a comprender cómo pudo esta Virgen reducir con tanta maestría y elegancia a un cuerpo de doctrina lo que sin orden y confusamente enseñaron los Padres de la Iglesia. Aún hay más; teniendo en cuenta los errores de este siglo sobre esta materia, Nos ha parecido muy digno de notarse que Teresa no solo distingue perfectamente lo que hay de humano y de divino en los movimientos místicos del alma y señala oportunamente los actos que en ellos pertenecen a la inteligencia y a la voluntad, sino que también exige que vayan acompañados con el ejercicio y prácticas de las virtudes. Enseña que cada uno de los grados de la oración debe ser como un escalón de la perfección cristiana, que el medio más apropiado para conocer los quilates de la oración y los progresos que en ella se hacen, es el examen minucioso de los adelantos que se han hecho en el fiel cumplimiento de las obligaciones propias de cada uno y de la reforma de la vida, y, por fin, que cuanto más se une una alma en transportes místicos con Dios, tanto más ardiente debe ser su caridad para con el prójimo y mayor su celo por la salvación de las almas. Quien haya reflexionado acerca de lo que vamos diciendo sobre la excelencia de la doctrina teresiana compren-

derá con cuanta razón han tomado a Teresa por maestra cuantos después de ella han escrito sobre tan difíciles materias y cuán justamente concede la Iglesia los honores propios de los Doctores a esta esclarecida Virgen, pidiendo a Dios en la liturgia que «nos sustentemos con el alimento de su celestial doctrina y recibamos con ella el fervor de una santa devoción». Ojalá que los que se dedican al estudio de la llamada psicología mística no se aparten de las enseñanzas de esta incomparable maestra.

VIII

CONCLUSIÓN

Hemos apuntado ya, amados hijos, algunos de los principales elogios que podemos tributar a Santa Teresa, los cuales, expuestos al pueblo por vosotros, pueden contribuir al aumento de su culto y dar realce a las solemnes fiestas seculares que habéis de celebrar. Es realmente muy digno de desear el que se propagase cada día más entre los buenos el conocimiento y la devoción a aquella mujer «que brilló como astro esplendoroso del Carmelo e iluminó a la Iglesia católica con las virtudes de una vida angelical, con documentos de celestial sabiduría y, finalmente, con una escogida familia consagrada a la imitación de tan gran madre y maestra» (León XIII. Epist. ad Ep. Salmanticensem). Ahora, a fin de que las dichas solemnes fiestas resulten más provechosas para vosotros y para los demás fieles, concedemos indulgencia plenaria de todos sus pecados, cuatro veces en el

curso del año de 1914, a los fieles que cumplieren lo prescripto por la Iglesia para ganar estas gracias a los que en particular o junto con otro visitaren una de las siguientes Iglesias:

La iglesia de Carmelitas Descalzos de Avila, en el lugar donde nació Santa Teresa.

La iglesia de las Carmelitas Descalzas de Avila, donde dió principio a la reforma de su Orden.

La iglesia de las Carmelitas Calzadas de Avila, en el lugar donde moró muchos años la Santa.

La iglesia de las Carmelitas Descalzas de Alba, donde reposa su sagrado cuerpo.

Concedemos también indulgencia plenaria a los que asistieren a los triduos o novenas que se celebran en honor de la santa en iglesias, oratorios públicos y semipúblicos de la primera, segunda y tercera Orden de los Carmelitas Descalzos.

Entretanto, como prenda de celestiales dones y testimonio de nuestra paternal benevolencia concedemos amantísimamente a tí, amado hijo, y' a todos los demás hijos y devotos de Santa Teresa, la Bendición Apostólica.

Dado en San Pedro de Roma el 7 de Marzo, fiesta de Santo Tomás de Aquino, año de 1914, de Nuestro Pontificado año undécimo.

Pío PP. X.





El huerto de los Cepeda.

«...como vía los martirios, que por Dios los santos pasaban.... deseaba yo mucho morir así... y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allí nos descabezasen...»

(De la Vida de Santa Teresa de Jesús, por ella misma.)

En las ramas de un árbol centenario,
que está apoyado en el tapial del huerto,
huyendo las llanuras
tostados del bochorno veraniego,
se ha refugiado un bando de zorzales,
con un rumor de trinos y aleteos...
Es un atardecer de pleno estío
sobre los campos de Castilla. Fuego
parecen que despiden los pedruscos
de las viejas murallas y del suelo,
y en el ambiente mudo y solitario
hay como un respirar calenturiento,
como un latir de fiebre,
como un morir de sueño...

Ávila está dormida,
El valle está en silencio...

Sólo se escucha el toque de oraciones
en la torre lejana de un convento;
el murmurar del agua en las acequias
que, medio exhaustas, van regando el huerto,
y el rebullir del bando de zorzales
con un rumor de trinos y aleteos...

En las acequias del huerto
dos niños están jugando.

La niña es de gentil talle;
ojos grandes y arrobados;
los hermosos rizos, negros;
la color del rostro, blanco.

Viste basquiña bordada,
faldellín adamascado,
y en el cuello un alcorci
por mayor gala y ornato.

El niño viste jubón
de vellud atrencillado,
lindas calzas aforradas
y borceguíes de paño.

Juegan a fundar conventos,
como que son ermitaños.

En los ojos de ambos brilla
un divino fuego extraño,
como una lumbre celeste
como un resplandor de encanto,
como un fuego que por dentro
los estuviese abrasando.

De pronto dice la niña,
con su hablar atropellado:

—¿Qué decís de irnos al moro
a morir por Cristo, hermano?—

Oyéndola hablar, el niño
pensativo se ha quedado.

Con sus ojos celestiales
la niña lo está mirando.

—Leyéndoos estoy, le dice,
un pensamentillo malo...

¡Desfallecéis tan aína
y aún no habemos comenzado!...

¿No véis que ansí habremos gozo
para siempre muy colmado?

¡Oh si vinieran los moros
a nos prender, y en sus manos,

como mártires de Cristo,
muriéramos degollados!...

Alza los ojos la niña;
mirándola está su hermano.

Un relámpago del cielo
por sus ojos ha pasado...

Ya palidece la tarde,
cuando dice el niño—¡Vamos!

Muy de quedo han abierto un portoncillo
que está escondido en un rincón del huerto...

El sol de los ponientes de Castilla
el rojo sol de fuego,

el que dora los trigos apretados
y ennegrece y calcina los barbechos,

el que enciende las locas aventuras,
el que ilumina los osados sueños,
el sol de la leyenda castellana,
como luz de ilusión, inunda el huerto...
Todo el valle de Amblés, pardo y brumoso
se muestra ante los niños. Por el suelo,
calcinado del sol de pleno estío,
las aguas del Adaja van corriendo,
con un pausado murmurar de vida
entre las piedras de los campos muertos,
y arropado en las brumas de la tarde
el valle mudo y quieto
parece adormecido en la modorra
de un delirio febril, como un enfermo...

Mirando aquellos campos,
sin límites ni términos,
mirando aquellas brumas,
mirando aquellos cielos,
han sentido los niños en sus almas
la divina poesía de lo eterno...

¿Vamos al moro?... ¡Vamos!...

No han dicho más palabras. Tras de ellos
han girado los goznes de la puerta
que está escondida en un rincón del huerto...

La pesada neblina de la tarde,
como el manto de un hada, vá cayendo.
El huerto se ha quedado silencioso,
silenciosa la torre del convento,
y en los dormidos solitarios campos
y en el vetusto murallado pueblo,

reina un vago misterio religioso
todo solemnidad, todo silencio...
El bando de zorzales se ha dormido
sobre las ramas del tapial del huerto...

JOSÉ MARÍA PEMÁN



teina un vago misterio religioso
todo solemnidad, toda silencio...
El bando de corales se ha dormido
sobre las ranas del tapiz del huerto...

JOSE MARIA BEMAN

A veces cuando yo me voy
de la ciudad me quedo pensando
en los caminos que he recorrido
y en las personas que he conocido
y en las cosas que he vivido
y en las cosas que he sentido
y en las cosas que he querido
y en las cosas que he deseado
y en las cosas que he temido
y en las cosas que he esperado
y en las cosas que he vivido
y en las cosas que he sentido
y en las cosas que he querido
y en las cosas que he deseado
y en las cosas que he temido
y en las cosas que he esperado

Mirando al cielo
y pensando en el mundo
y en las cosas que he vivido
y en las cosas que he sentido
y en las cosas que he querido
y en las cosas que he deseado
y en las cosas que he temido
y en las cosas que he esperado



... y en las cosas que he temido
y en las cosas que he esperado
y en las cosas que he vivido
y en las cosas que he sentido
y en las cosas que he querido
y en las cosas que he deseado
y en las cosas que he temido
y en las cosas que he esperado
y en las cosas que he vivido
y en las cosas que he sentido
y en las cosas que he querido
y en las cosas que he deseado
y en las cosas que he temido
y en las cosas que he esperado



Una de las primeras glorias españolas.

Con el título «**Santa Teresa de Jesús**», publicó en *El Siglo Futuro*, el 15 de octubre de 1875, el siguiente luminosísimo artículo don Manuel Pérez Villamil, Académico de la Historia, autor del incomparable libro *Sobre la Catedral de Sigüenza*:

«Una de las glorias más puras, más brillantes, más dignas de respeto y admiración de nuestra patria, es la ilustre doctora de Avila, la incomparable Santa, cuyo nombre hoy resuena en los altares y encabeza estas humildes líneas consagradas a su memoria.

El nombre de Teresa de Jesús es el blasón más noble de España, la flor más lozana del fecundo jardín de nuestros claustros, la estrella que desde el siglo XVI derrama torrentes de luz sobre la Cristianidad entera.

Los filósofos, los literatos, los místicos han querido juzgar a la sapientísima doctora, a la sublime poetisa, a la admirable penitente; pero el juicio de los hombres, a pesar de todos sus esfuerzos, no han logrado penetrar en ese tesoro de maravillas que la vida

de Santa Teresa encierra como un arcano cuya llave solo existe en las manos de Dios.

Juzgar a Santa Teresa sólo por su ciencia, es empequeñecer su grandiosa figura, donde al lado de su sabiduría prodigiosa arde la llama de un amor inmenso; juzgarla sólo por su inspiración poética, es desvirtuar su carácter, en el que resaltan las profundas huellas de sus austeras virtudes; juzgarla por sus rudas penitencias es amortiguar el brillo de su alma iluminada por los resplandores de la verdad eterna e inflamada por el fuego del amor divino. Santa Teresa es superior al juicio de los hombres, porque, analizada, se atenúa su figura, y estudiada en su conjunto no cabe en los estrechos límites del entendimiento humano.

Al recordar nosotros el nombre de Santa Teresa, no pretendemos, pues, juzgar a la gran Santa, cuyas obras y virtudes nos entusiasman y cuyo solo nombre exalta nuestro patriotismo; no intentamos referir su vida, que conoce todo el mundo, queremos sólo indicar la relación que a nuestro juicio existe entre este gran astro de la Iglesia española y la civilización de nuestra patria en el siglo en que comenzó a brillar; aspiramos a consignar sencillamente que Santa Teresa de Jesús es la personificación de la España Católica en el siglo de su mayor esplendor.

El siglo XVI es, sin duda alguna, el más brillante de nuestra historia. El testamento de los Reyes Católicos tiene entre sus legados las llaves de Granada y del Nuevo Mundo, el afianzamiento de la unidad cató-

lica y de la unidad nacional, el esplendor de las instituciones monásticas y la lozanía de un pueblo, que, después de un pasado glorioso, vislumbra un porvenir de nuevas conquistas y victorias.

El espíritu católico que había guiado a nuestros padres en ocho siglos de lucha contra el islamismo, inflamaba con nuevo ardor el corazón de nuestro pueblo para luchar contra el protestantismo que iba a trastornar a Europa. Destinada España a ser el campeón de la Iglesia, el valladar insuperable de todas las invasiones impías, al comenzar el siglo XVI aparece por un momento ceñida la frente por los laureles de la Reconquista, extendiendo sus brazos poderosos de uno a otro continente, fija la vista en el cielo, como si al dar gracias a Dios por los pasados tiempos pidiera nuevo campo en que esgrimir sus armas vencedoras. La ciencia de nuestros teólogos, el ingenio de nuestros poetas y artistas, el poder de nuestros reyes, el valor de nuestros soldados, la santidad de nuestros monjes, la nobleza de nuestro pueblo, todo concurría a engrandecer el cuadro de la civilización cristiana, de que daba ejemplo nuestra patria a todas las naciones del mundo.

Europa iba a sufrir el terrible azote de la herejía luterana. Un fraile apóstata, desde el regazo de una monja apóstata, iba a sembrar el error en la sociedad cristiana. Algunos príncipes, instigados por la codicia, se preparaban a despojar a la Iglesia de sus derechos y libertades; guerreros sin fe afilaban sus armas para luchar contra el catolicismo, a quien debían sus pri-

meros laureles; filósofos corrompidos, ebrios de soberbia, forjaban todo género de sofismas contra la verdad revelada y contra las doctrinas de la Iglesia; pueblos, en fin, extraviados, se disponían a seguir las huellas de la impiedad y a precipitarse en el abismo de las revoluciones modernas.

En este momento crítico, al estallar la terrible tormenta, es cuando aparece en España la ilustre doctora de Avila, el faro que había de guiar a las almas por entre los escollos de la herejía y de la indiferencia religiosa al puerto seguro de la verdad eterna. Santa Teresa, como doctora, enseña las saludables doctrinas de la Iglesia católica, para preservar las inteligencias contra el contagio del protestantismo naciente; como monja austera y penitente, extiende por España el cordón sanitario de las Ordenes religiosas, valladar insuperable contra las conquistas de la impiedad; como poetisa, comunica a las almas en sus arrebatos de amor divino el fuego purísimo de la gracia que las fortalece para las futuras contiendas; como vivo dechado de virtudes cristianas, es la edificación de sus contemporáneos y el asombro de toda la cristiandad.

Santa Teresa de Jesús es conquistadora, como lo fueron los caudillos que en aquéllos tiempos consolidaban la unidad nacional, o ensanchaban por todo el mundo nuestras fronteras, teniendo por armas, en su calidad de religiosa, la oración y la penitencia; por soldados, humildes vírgenes; por campo el claustro y por corona la del martirio; es doctora, como nuestros esclarecidos teólogos que en Trento brillaban con

todos los resplandores de su celestial sabiduría; es artista como los poetas y pintores que en aquélla época enaltecían las glorias de España; glorias del catolicismo, en sus obras, donde resplandecía la clara luz de la belleza infinita; era noble en sus pensamientos, constante en sus empresas, firme en la lucha, serena en el triunfo, ardiente en sus deseos; era, en fin, una Santa española.

A los que en estos días de indiferencia religiosa, de odio a las instituciones católicas, de completo olvido para lo pasado, ignoran lo que fué la España del siglo XVI, fijen sus ojos en la ilustre doctora y admiren en aquel sol de santidad y grandeza lo que valía la sociedad donde brotó tan extraordinaria maravilla. Vean allí cómo el misticismo monacal, lejos de cortar las alas del genio, se las dilataba y les abría horizontes inmensos, donde volar hacia altas moradas del cielo; cómo el espíritu religioso producía a la patria glorias, cuyo resplandor jamás se amortigua, antes con el tiempo se aviva y se aquilata.

El nombre de Santa Teresa de Jesús será siempre una de las primeras glorias españolas.»

MANUEL PÉREZ VILLAMIL





Glosa al "Nada te turbe,"

(Premiada en el Certamen de la «Acción Católica de la Mujer», de Tarragona.).

—Torne a tu fuente
Dulce Teresa
Mi vida ardiente
Mi alma pavesa;
Alma que un día
Bebió en tu prosa
La melodía
Más armoniosa;
Tengo modernas
Fiebres de urbe,
Sedes eternas.
—«*Nada te turbe*»

—Tengo un gusano
que roe el alma,
Perdí el arcano
Queda la calma,
Voy sin consuelo
Por el camino

Con el anhelo
 Del peregrino.
 ¡Tengo pavores
 De ir adelante
 Con mis dolores!
 —«*Nada te espante.*»

—Mas si es mi vida
 Tan solitaria,
 Tan dolorida,
 Sin luminaria;
 Si los placeres
 Me dan enojos;
 Si entre querer
 Encuentro abrojos;
 Si cuanto miro
 Luego me abrasa,
 ¿Por quién suspiro?
 —«*Todo se pasa.*»

—¡Todo terminal
 Pero si todo
 No es más que ruina
 Ceniza y lodo,
 Nubes que vienen
 Y van aladas
 ¿Dó se detienen
 Nuestras miradas?
 ¿Dónde el destino
 Que nos ayuda

¡Fuerza del sino?

—«*Dios no se muda.*»

—Dios está lejos

De mis dolores,

Ni sus reflejos

Ni sus fulgores

Dan claridades

A mi alma triste

De oscuridades

Que se resiste...

¡Grave es su ciencia!

¿Quién allí avanza?

—«*Pues la paciencia*

Todo lo alcanza.»

—Hay altas cimas

Nunca alcanzadas

Desde las simas

De nuestras nada.

¡Y Dios es cumbre

Inaccesible!

¿Cuál es la cumbre

De esa indecible

Cumbre perenne

Suprema y alta?

—«*Quien a Dios tiene*

Nada le falta.»

—¡Ah! si ese ensueño

Para bien mío

Se hiciese dueño
De mi albedrío...!
¿No amaré sombras
De lo pasado
En lo que nombras
Tan dulce estado?
¿Amores viles
De tierra y casta?
¿Goces serviles?
—«Sólo Dios basta.»

MARIA CRISTINA DE ARTEAGA





DISCURSO

DE

Su Santidad Pío IX

a los

peregrinos españoles el 15 de Octubre de 1876 (1).

Perteneciendo todos vosotros, queridísimos hijos, a la católica nación española, venidos a Roma con la fe que os distingue para venerar en sus tumbas a

(1) Lo publicó tal como aparece a continuación, *El Siglo Futuro* (23 de octubre de 1876), con la siguiente nota:

«Tomamos este discurso, ya traducido al castellano, de la *Voce della Verità*. No es exacto el que ayer publicaron algunos periódicos de Madrid.»

En este día de Santa Teresa tributó la España Católica ferviente homenaje de inquebrantable y filial adhesión al Papa. Fué magna e imponente aquella Peregrinación, alentada por todo el Episcopado e iniciada por el fundador y director de dicho periódico español, don Ramón Nocedal.

Acerca de esta peregrinación o romería tenemos a la vista una carta escrita desde Roma el día de Santa Teresa, en la que leemos: «A juzgar por los últimos cálculos, se aproxima a *SIETE MIL* el número de los peregrinos que estamos en Roma, número extraordinario, si se considera el poco tiempo de que se ha podido disponer para organizar la romería y las dificultades que ha habido que vencer para llevarla a cabo. Refiérense casos admirables de algunos peregrinos pobres, que, impulsados sólo por su entusiasmo religioso y su amor a la Santa Sede, han llegado a Roma a través de infinitos trabajos. En Monserrat hay unas pobres

los Príncipes de los Apóstoles, San Pedro y San Pablo, al sólo veros reconozco a mis hijos y me viene a la mente toda aquella larga y numerosísima serie de santos que enriquecieron vuestra tierra y ennoblecieron vuestra Patria; los mártires derramando su sangre para confirmar la fe; los doctores con la luz de su sabiduría para iluminar el mundo; los confesores con ejemplos de celo y penitencia para hacer más refulgente la santidad; los fundadores de diversas Ordenes Regulares, esparciendo por doquiera la práctica de las virtudes; todos, en fin, con las obras de la caridad contribuyeron a la verdadera grandeza de vuestra nación, conservando en su seno uno e indiviso, merced al divino auxilio, el tesoro preciosísimo de la fe.

Ahora mismo, encontrándoos vosotros reunidos

mujeres que han venido desde Zamora hasta Marsella a pie. En esta población se embarcaron en una lancha de pescadores y así lograron arribar a Génova, desde donde emprendieron nuevamente a pie su peregrinación hasta Roma. Rasgos de este género que recuerdan, o, mejor dicho, resucitan el espíritu de las antiguas peregrinaciones, dan a la romería española un carácter tan sublime, que nada tiene de extraño que sea la admiración de todo el mundo.»

L' Unità Cattolica, periódico de Turín, dirigido por el gran Margotti, honra del clero italiano y de la prensa católica, dedicaba el día mismo de Santa Teresa, su artículo de fondo a Pío IX y a los peregrinos españoles, cerrándolo con estas frases consoladoras: «Un aplauso cordialísimo a la Católica España, que defiende en 1876 la causa de Pío IX todavía mejor que en 1848 y en 1849. Los conciudadanos de Santa Teresa, rogando unidos por la iglesia y por el Papa, forman un ejército invencible que ciertamente triunfará. En la historia de los nuevos triunfos del Papado, habrá una nueva página para los católicos españoles; y esperamos que, a su tiempo, proclamará Pío IX a Santa Teresa de Jesús, Patrona de Roma».

en el recinto de este gran templo, podéis reconocer las imágenes de algunos de aquellos héroes que tanto ilustran vuestra patria. Dirigid la vista alrededor de estos sagrados muros: ved a Domingo, ved a Ignacio, ved a José de Calasanz, Juan de Dios, Pedro de Alcántara, y a aquella heroína, milagro de su sexo, Teresa de Jesús. Estas imágenes son de frío mármol, estas imágenes son mudas; pero representando a aquellos Santos que parecen hablan todavía. Hablan con las diversas familias religiosas fundadas por ellos, que sirven a la Iglesia de varias maneras. Hablan con los grandes ejemplos dados por sus originales vivientes. Hablan con la conversión de tantos pecadores y de tantos pueblos infieles, que en Oriente y en Occidente, disipadas las tinieblas del error, abrazaron la Religión Santísima de Jesucristo. Hablan, por último, con los escritos y con las obras, que sirven muy a menudo de reproche hasta a los revolucionarios de hoy.

Pero a los hombres de la revolución, hijos carísimos, desagrada hablar de los Santos, y quisieran oponer un dique a estas voces, y con burlas y con desprecios y con violencias y con la misma persecución intentan y procuran que enmudezca la verdad.

Y para dejar libre el campo y dar lugar solamente a todos aquellos que siembran errores y profanan las cosas santas, obligan al silencio a los ministros del Santuario, y, con el fin de conseguir mejor su intento, les despojan, les arrancan de sus pacíficos domicilios, y en unión de todos los demás que pertenecen a la jerarquía eclesiástica, les hacen blanco de sus

mordaces palabras del odio masónico, del desprecio de los impíos. Continúan en su perverso camino los perseguidores; pero no reparan que en manos de la Providencia son instrumentos para separar el buen grano de la cizaña, a la cual unos y otros pertenecen y en el día designado por Dios, serán reunidos en haces y arrojados al fuego *ad comburendum*.

Entre tanto los revolucionarios prosiguen y nunca se sacian de insultar a la Iglesia y de usurparla sus derechos. ¿De qué les sirve, pues, presentarles algunas de las máximas de los Santos? Por ejemplo: *sólo Dios basta*,—decía la gran Madre Santa Teresa—; pero si la sentencia se recordase a la numerosa catterva de los anticristianos, se reirían de ella y quizá les diese motivo de blasfemar, porque a ellos no les basta nada ni se satisfacen jamás, y quisieran siempre tomar y coger más de lo que han quitado; ¿y por qué? porque los que respiran la iniquidad, los que viven en la cueva de los malvados, que se alimentan de las cebollas de Egipto, que se saborean con las bellotas tan agradables a las animales inmundos, esos no, no pueden gustar las dulzuras de la Religión ni contentarse con Dios.

A la vez, para tomar vigor en la gran lucha, se multiplican las devotas peregrinaciones; y ésta, que ahora tengo ante mis ojos, me consuela mucho y se aumentan las oraciones fervorosas y las obras de caridad y el Orbe católico se vuelve a Dios para aplacar su enojo y alcanzar los efectos de su misericordia. Pero éstos no llegan todavía. Y ¿por qué hijos

míos? Los pecados del pueblo, y quizá también los míos, son los que sostienen la mano de Dios, que continúa pendiente sobre nuestras cabezas. Y dejadme, que en estas circunstancias repita yo una lección de San Pedro de Alcántara, una sentencia de oro de aquel gran milagro de penitencia, la cual explica en pocas palabras los motivos por qué el orden no vuelve aún a regular la sociedad.

La fama de santidad de este gran siervo de Dios, atraía muchos a su celda o para recibir consejo o para confiarse a sus oraciones o para otros saludables motivos. Iba frecuentemente a visitarle, entre otros, un ilustre caballero español, el cual quejábese siempre de los desórdenes de su época, y señalaba como causa ora ésta, ora aquella Autoridad, por no tomar las justas providencias que, según él, correspondían. Habiendo escuchado repetidas veces las mismas lamentaciones, el buen Siervo de Dios, no sabía qué hacer; al fin creyó podía contestar y dar un consejo.

«Señor, dijo un día el buen San Pedro de Alcántara, me he postrado a los pies de Jesucristo y le he pedido luz para conocer lo que debía hacer para hallar el remedio y reparar los males que deplora; me he sentido inspirar lo que voy a deciros. En cuanto a mí, he prometido a Dios hacer todo cuanto de mí depende para cooperar a la consecución del orden tan deseado. Soy Superior, y con ayuda de Dios, haré que todos los que pertenecen a mi jurisdicción se conduzcan en perfecta observancia. Vigilaré el noviciado y haré que se cumpla con la mayor regularidad.

Vigilaré las aulas, y procuraré que los estudios se hagan con amor y diligencia. Vigilaré la Comunidad entera, y obraré de modo que la disciplina regular sea escrupulosamente guardada. Hecho esto, bien veis, señor Marqués (tal era el título del interlocutor) que en todo lo que a mí toca, conservaré el orden en la sociedad. Vos sois casado, tenéis hijos, criados y colonos; trabajad, pues, con asiduosidad, a fin de que todos aquellos que dependen de Vos, cumplan exactamente con su deber, y entonces habréis cumplido plenamente el vuestro; porque es demasiado cierto que muchos son los que lamentan los desórdenes de la sociedad, pero no son muchos los que se aplican a remediar el desorden de su propia casa».

Con esto se ve, cómo cada uno debe hacer lo posible para que vuelvan los extraviados al buen camino y cooperar para que se anticipe el día de la divina misericordia. Es verdad que los tiempos que corren son difíciles, como es también verdad que los enemigos de la Iglesia son muchos y fuertes por la posición que ocupan y por los medios de que pueden disponer; pero es verdad asimismo que la unión y la concordia entre los muchísimos buenos, sería un obstáculo inmenso al progreso de los malvados que les obligaría finalmente a retroceder.

Yo me acuerdo de haber hablado, hace pocos años, con un distinguido personaje español, que me describía cómo se hacen en algunos de vuestros pueblos las corridas de toros. Me decía cómo este robusto, fuerte y fiero animal, que nada teme, sin em-

bargo, en ciertas ocasiones, se arredra y huye des-
 pavorido; y es cuando los lidiadores, formando un haz
 compacto, y unidos hombro con hombro y hierro en
 mano, se le aproximan a paso lento. ¡Oh, queridos
 hijos! Estemos también nosotros acordes y unidos
 bajo el estandarte de Jesucristo. Veo por aquí algunas
 banderas, pero la nuestra principal debe ser la Cruz.
 Con la cruz en la mano y en el corazón, podremos
 vencer a nuestros enemigos y estrechamente enlaza-
 dos haremos retroceder los toros de la revolución,
 aunque sean *tauri pingües*, la veremos abatida con
 la ayuda del brazo omnipotente del Señor.

¡Oh, Dios mío! Vos véis el corazón de este pue-
 blo escogido. Yo os suplico que levantéis vuestra
 diestra Omnipotente y sostengáis mi débil mano para
 poderle dar una eficaz bendición que le haga animo-
 so contra todos sus enemigos, firme en la fe y unido
 entre sí para combatir victoriosamente vuestras bata-
 llas. Bendecid a sus pastores, a fin de que con aque-
 lla doctrina, piedad y celo que les honra, sean siem-
 pre sus guías fieles y valerosos. Bendecid sus fami-
 lias en las almas y en los cuerpos, preservándolos de
 todo mal. Bendecid toda la España y haced que esta
 tierra pueda una vez más mostrarse fértil de las más
 preclaras virtudes.

¡Jesús mío! En vuestro nombre les bendigo ahora
 y en el momento de la muerte, para que acompañados
 siempre de vuestra bendición, puedan un día bende-
 ciros en el cielo por toda la eternidad.

BENEDICTIO ETC.



...en el cielo por toda la eternidad. Amen. Amen.
siempre de vuestra bendición: puedan un día ser
que el momento de la muerte, para que acompañados
con los míos. En vuestra nombre les bendigo: ahora
procuras virtudes. Acordados a la eternidad.
tirme puede una vez más mostraros fétil de las más
todo mal. Bendecid toda la España y haced que esta
fés en las almas y en los cuerpos, preservándolos de
que sus virtudes y valores. Bendecid sus fami-
las doctores, piedad y celo que los honra, sean como
las. Bendecid a sus pastores, a fin de que con aque-
llos se pueda combatir victoriosamente vuestros falsos
es contra todos sus enemigos, siempre la lo y unido
poder de una única bendición que lo haga animo-
diestra. Bendecid y os dirigis mi débil mano para
lo escogido. En os suplico que levantéis vuestras
a los míos. Veréis el cuidado de este que
la verdad del gran momento del Señor. Amen.
compra bendiciones y piedad, la semana sabida con
dos temas: el poder de los reyes de la revolución
y amor a nuestros enemigos y estrechamente con las
Contra sus enemigos y en el corazón: portamos
bendiciones, para la nuestra principal debe ser la Cruz;
para el estadista de la justicia. Ver por aquí algunas
figuras. Entonces también nosotros, acordes y unidos
mundo, es la máxima: a Dios todo. Amen. Amen. Amen.
compacto y unidos: unidos con mano y brazo en
patrocinador y os cuando los bendiciones, formando un haz
patrocinador de las ocasiones, en medio y luego, de las



DEL RETABLO ESPAÑOL

En un mesón de Castilla.

Soy un doctorcillo en ciernes, a la sazón no más que un alegre sopista por Salamanca, que va, de mesón en mesón, hacia la muy noble y gloriosa ciudad de Avila de los Caballeros, para disfrutar, dentro de sus muros, las vacaciones estivales...

En la tarde ardorosa de junio, la fatiga dió con mis ajetreídos huesos en este mesón castellano, en el que pasaré la noche y repondré mis fuerzas con magras de lo bueno y tinto de lo mejor.

El patio posaderil está pletórico de arrieros y trajinantes, nata y flor de los caminos de Castilla.

Todo brilla y relumbra en este mesón. Las paredes enjabelgadas, los baldeados y picudos guijos del patizuelo, el azófar de las espeteras y la loza fina que relimpia sale de las manos laboriosas de la bizarrísima «Fregona» que, incansable, va de la cocina al patio, entre donaires y requiebros de espoliques y mozos de mulas.

Esperamos la hora de la cena sentados en banquillos y tajuelas en el fresco y delicioso patio, embalsa-

mado de tomillo, escuchando la charla picaresca, salpimentada de cuentecillos de un trajinante.

—Érase que se era...

Más de pronto han llegado al mesón, sobre pacienzudos asnillos, dos monjas del Carmelo. Es una, menuda, de rostro enjuto y natural tímido y silencioso; parece la sombra de la otra, más bien alta, recia, de rostro perfecto y ojos hermosos, en los que resplandece la majestad, la pureza y la apacibilidad de los cielos.

Una dueña quintañona, toda tocas y anteojos, rosarios y cristales, nos entera, parlanchina... Esa monja alta y bien parecida es la Madre Teresa, la monja andariega, la fundadora... Va de camino también para Avila de los Caballeros. Cuenta y no acaba la quintañona de las virtudes y sabiduría de la carmelita. Más la «Fregona», desde la puerta de la cocina, comienza a dar voces, de que se enfría la cena, y unos, detrás de otros, llevando de cabecera a los huéspedes, damos en la cocina.

Después del yantar, ni parco ni con repulgos, apetecióme contemplar la turquesa luminosa del cielo desde el patizuelo del mesón. Allí estaba, en místico coloquio con la monja menuda, la Madre Teresa.

Pronto travé conversación con ella, prendándome su elocuencia sin afeites, su gracia sin chocarrería, su saber sin pretensiones.

—Nada prepara tanto las luces del entendimiento para el estudio como la oración mental. ¿Os estregáis a ella?

Respondíla que no, por antojárseme agria y enfadosa cuesta; que con rezar breve y aprisa con los labios, y esto no siempre, dábame por satisfecho.

—¿Amáis?—me preguntó, observando mi alborozada juventud.

—Amo, señora.

Y con no poco lujo de pormenores ponderé la centella de mi amor encendida en el pecho más puro de la más hermosa y garrida Dulcinea, que en el mundo había, según se la imaginaban mi amor y mi fantasía.

—Pues hijo—díjome, con palabras llenas de doinaire. Ya que amas y en gastar pláticas de amor con el ser amado hallas deleite, sábetete que la oración mental no es otra cosa que tratar a solas, y con frecuencia, amistosamente, con quien sabemos nos ama. Prueba a amar a Dios con todo tu corazón, que es El hermosa que ni envejece ni se pasa, como las humanas que, embaucados te tienen los sentidos, y tendrás oración mental, subida y provechosa...

Aún charlamos un rato, y como ella me hablase de su gran amor a la Iglesia, entusiasméme yo cual hombre de fe arraigada y díjele que en ésto, ya que no en más alquitarados menesteres, deseaba imitarla y ser siempre hasta mi muerte, soldado militante e hijo devotísimo de la Iglesia de Jesucristo.

Alborozóse mucho con ello la Madre Teresa y tuvo para mí una leve sonrisa de complacencia la monja menuda, de rostro enjuto.

En la noche estival aparecíanseme las dos religio-

sas carmelitas, como dos santas de fachada catedralicia, iluminadas por la luna, que embrujaba el pati-zuelo del mesón castellano.

GERARDO REQUEJO VELARDE



CRONOLOGIA

de la

Vida de Santa

Teresa de Jesús. ⁽¹⁾

La cronología y la geografía son los ojos de la historia...

Santa Teresa escribió su vida por mandato de sus confesores, el Padre Pedro Ibáñez, hasta el capítulo XXXII, y lo restante por orden del Padre García de Toledo, ambos de la Orden de Santo Domingo, y aun «el Señor así lo quería», como lo dice la Santa en el prólogo de su Vida. Mucho padeció en ello su humildad, pero la obediencia era el guía de sus actos. No se propuso escribir una historia para el público, sino para dar cuenta a los directores de su alma. De aquí que no expresó fechas ni nombres de las personas que intervinieron en aquéllos maravillosos sucesos, ni el lugar a veces. Sus primeros biógrafos, los Padres Ribera y Yepes, son también deficientes mu-

(1) La reproducimos textualmente de *El Siglo Futuro* donde la dió a luz su autor. Empezó a publicarla este periódico el 15 de octubre de 1899.

chas veces en la cronología, no poniendo el año en que sucedieron ni los nombres de algunas personas.

Creo que los devotos de la Santa, cuando lean su vida, escrita por ella misma, gustarán saber estas cosas, y así las expondré respecto a los hechos principales, y para que sepan los años de edad de la Santa en cada hecho de su vida y el lugar de los sucesos.

: Año 1515. :

El 28 de marzo, nació Santa Teresa.

: Año 1522. :

Huye con su hermano Rodrigo a tierra de moros en busca del martirio.

: Año 1527. :

Muere su madre doña Beatriz de Ahumada, y ora ante una imagen de la Virgen Santísima, suplicándola con muchas lágrimas fuese su madre. Experimentó el efecto de esta oración toda su vida. Tenía entonces doce años de edad, poco menos.

: Año 1529. :

Languidece algo en el bien, y condesciende con algunas vanidades, no malas, pero peligrosas. Tenía catorce años.

: Año 1531. :

A principio de este año su padre la lleva al Convento de Nuestra Señora de Gracia, en Avila, donde

se arrepiente de su tibieza y recobra el primitivo fervor. En todo el tiempo de su tibieza no llegó a cometer pecado alguno grave. Permanece allí año y medio.

: Año 1532. :

(Hacia agosto).—Por causa de enfermedad, vuelve a la casa paterna, y es llevada a Castellanos de la Cañada, a casa de su hermana doña María de Cepeda. En el camino se detiene en Hortigosa unos días en casa de su tío don Pedro Sánchez de Cepeda, quien la hace leer libros piadosos.

Esta lectura la enfervoriza y se resuelve a ser monja.

: Año 1533. :

El dos de noviembre, según la opinión más probable (otros dicen que el de 1535), toma el hábito en la Encarnación de Avila. Al año hace la profesión.

: Año 1535. :

Enferma de nuevo, y en noviembre, marcha a casa de su dicha hermana María. En el camino se detuvo unos días en casa de su dicho tío y empezó a tener oración mental. Allí permanece hasta la primavera del año siguiente.

: Año 1536. :

Marcha a Becedas, diócesis de Plasencia, para curarse. En este lugar convierte a un sacerdote escandaloso. Recibe el don de oración sobrenatural, y en

julio del mismo año vuelve a casa de su padre, donde, agravada su enfermedad, recibió la Extremaunción y estuvo cuatro días en un paroxismo, como si estuviera muerta, tanto, que quisieron todos, menos su padre, enterrarla.

: Año 1537. :

En Pascua florida vuelve al convento de la Encarnación, en donde padeció gravísimas y penosísimas enfermedades, hasta que en 1539, por intercesión de San José, recobró la salud. Fomenta amistades honestas, pero que la distraían y eran impedimento para mayor santidad. Se le apareció Cristo, según unos en 1637, según otros en 1541, y la reprende por estas amistades.

: Año 1541. :

(O, según otros, en 1540).—Deja el ejercicio de la oración mental y, después de un año o poco más, vuelve a ella por consejo del Padre Vicente Varrón, dominico. En estos mismos días murió su padre don Alfonso Sánchez de Cepeda. Siguió en aquellas conversaciones que la disipaban algo de fervor, hasta el año 1555, en que a la vista de una imagen del Salvador, muy llagado, se conmueve y se arroja a sus pies «con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle.»

Desde este día empezó otra vida de más fervor y

santidad. En los diez y siete años anteriores su vida fué menos perfecta, pero buena y muy buena.

: Año 1556. :

Empieza el Señor a llenarla de mercedes singulares en la oración, dándosela de quietud muy de ordinario y de unión viva con Dios, muchas veces. Temiendo que estos dones fuesen ilusiones diabólicas, por consejo de Francisco Salcedo, caballero santo, consulta al maestro Gaspar Daga, Sacerdote muy experto en las cosas del espíritu; pero ni éste ni aquél, a quien también consultó, supieron tranquilizarla.

Por este tiempo el Señor la habló por primera vez, cuando la dijo: *Sírveme tu a mí y no te metas en eso.* (*Vida*, cap. XIX, núm. 5). Después de nuevas consultas a aquellos dos varones santos, éstos opinaron que eran ilusiones diabólicas los favores celestiales de la Santa, y la aconsejaron que diese cuenta de toda su vida y modo de oración a los Padres de la Compañía de Jesús, y en efecto, en el principio del año 1557, se pone bajo la dirección del Padre Juan Prádanos, Jesuíta; hace con él la confesión general, la anima diciéndola que aquello era claramente espíritu de Dios; y con su ayuda, hace admirables progresos en la virtud. En este mismo año, por la primavera, viene a Avila San Francisco de Borja y aprueba el espíritu de la Santa.

Marcha de esta ciudad el Padre Prádanos y otro confesor de la Compañía (se ignora si el Padre Fernando Alvarez o el Padre Araoz o el Padre Baltasar

Alvarez) la llevó a mayor perfección. La hace el Señor merced de arrobamiento por vez primera y en él la habló por segunda vez y la dijo: *Ya no quiero que tengas conversación con hombres sino con ángeles.* Desde entonces renunció generosamente a toda amistad humana.

Segunda mi-
tad de 1557 a
segunda mi-
tad de 1559.

En este bienio el Señor la habló varias veces y estas locuciones las refiere la Santa en su *Vida*, en los capítulos XXV y XXVI. En este mismo bienio (año 1557, según opinión de la mayor parte de los cronistas) tuvo aquella célebre visión del infierno, que refiere la Santa fuera del orden cronológico en el capítulo XXXII.

En el año 1559 toma por confesor al Padre Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesús, que la dirigió por tiempo de seis años.

Segunda mi-
tad de 1559
a fin de 1561.

En estos dos años y medio sucedieron muchas e insignes visiones, que refiere en los capítulos XXVII, XXVIII y siguientes, hasta el XXXIII inclusive.

La primera, que se repitió muchas veces, en que

sintió a Cristo presente por modo maravilloso y la hablaba pero sin verle.

Después tuvo otras tres visiones imaginarias, en que vió las manos, la cara y por último toda la Humanidad de Jesucristo.

Según la sentencia más probable, de estas cuatro mercedes la primera fué en la fiesta de San Pedro del año 1559 y la cuarta en la conversión de San Pablo o en el día de su conmemoración, 30 de Junio de 1560.

Estas gracias tan sublimes la hicieron volar por el camino de la santidad.

Tuvo además otras muchas visiones del Salvador en la Pasión y Resucitado, de suerte que era una continua y familiar aparición del Señor a la Santa, como ésta narra en el capítulo XXIX y siguientes.

La primera visión, que fué intelectual, duró casi un año y fué muy continua, y las imaginarias por dos años y medio. Esto es cosa para mí nueva y que no he oído ni leído de ningún santo—dice su historiador, Padre Yepes—pues, aunque el mostrarse Dios a sus amigos y hablar con ellos es cosa que a cada paso leemos en las vidas de los Santos, pero aparecimientos y visiones tan continuas no se sabe de ninguno. Se lee de muchos a los cuales de ordinario hablaba Dios y tendrían por ventura éstos y mayores favores; pero ellos, por humildad o por otras razones no lo revelaron a sus historiadores; lo pasaron en silencio. Esta fué una razón, entre otras, que turbó a sus confesores en los principios y les hizo dudar. Por este

tiempo, temiendo un confesor que esas visiones fuesen diabólicas, la mandó dar higas.

En este bienio (según algunos en 1559) fué la transverberación de su corazón, y en el mismo año, o en el siguiente, hizo el voto *maxime arduum*, dice la Iglesia, de hacer siempre lo más perfecto, voto que llenó de estupor a los mismos varones santos, dice San Ligorio.

Los varones espirituales temían que tan sublimes dones fuesen ilusiones y la Santa padeció mucho por esta causa; pues temía que no había de hallar quien la confesase; sin embargo, el Padre Baltasar Alvarez, siempre la consoló, y juzgó que el espíritu de Dios obraba en ella—(Véase en el cap. XXVIII, número 12)—. Y, por último, vino a Avila en el año 1560, San Pedro de Alcántara, el cual la tranquilizó, asegurando ser Dios el autor de tantas maravillas.

Después permitió el Señor que padeciese grandes trabajos de espíritu, ansiedades, desolaciones y obscuridad de alma; pero el benignísimo Señor deshacía estos nublados de vez en cuando, ya con alguna visión, ya hablándola y diciéndola: *No estés fatigada, no tengas miedo.* (Cap. XXX.)

Estas agonías de su espíritu eran tan acerbos y tan miserablemente la torturaban, que la Santa llegó a decir: «*Que ello es un poco traslado del infierno, como el Señor en una visión me dió a entender*», cuando la hizo sentir estos tormentos en la visión del infierno.

A esto se añadió que el demonio, en formas horri-

bles, se le aparecía muchas veces y la daba grandes tormentos en el cuerpo y en el alma. (Cap. XXXI.) Por este tiempo, libró con sus oraciones a un sacerdote de un pecado muy abominable en que estaba ya hacía dos años y medio, y, aunque deseaba, no podía librarse de él.

: Año 1559 :

Continúa la Santa su vida, y en el cap. XXXII refiere la Visión del infierno que tuvo en 1557, de que ya hablé arriba.

Dilató contar esta visión hasta este capítulo, no por olvido, sino por connexión con la idea que entonces concibió de reformar su orden carmelitana, cuya reforma empieza a narrar aquí. Por la misma causa refiere fuera del orden cronológico una visión en que la mandó el Señor fundar el primer convento de la Reforma, que fué el de San José de Avila.

: Año 1560 :

San Pedro de Alcántara y San Luis Beltrán, la confirmaron en esta idea, y también el Padre Pedro Ibáñez, dominico.

El elogio de este Padre le hace la Santa en el capítulo XXXVIII, núm. 9.

: Año 1561 :

El Padre Dionisio Vázquez, Rector del Colegio de la Compañía de Jesús en Avila, es trasladado de esta ciudad y le sustituye el Padre Gaspar de Salazar.

Este protegió mucho a la Santa, aprobó su espíritu, y junto con el Padre Baltasar Alvarez, Ministro de este Colegio y Confesor ordinario de la Santa, dió licencia para fundar el convento de San José de Avila.

En agosto empieza a edificar el convento.

Resucita a Gonzalo, hijo de su hermana doña Juana de Ahumada. Este milagro fué después de las dos apariciones siguientes: en el día de la Asunción, se le aparecen la Virgen Santísima y San José, y pocos días antes, Santa Clara en el día de su fiesta.

: Año 1562 :

En enero marcha a Toledo a casa de doña Luisa de la Cerda, hermana del Duque de Medinaceli. En esta ciudad vió a un Padre de la Orden de Santo Domingo, quien se dió a una vida fervorosa y perfecta por las oraciones de la Santa. Es más probable que fuera el Padre Vicente Varrón, el que en 1541 ó 1542, la hizo volver al ejercicio de la oración mental. Otros opinan que fué el Padre García de Toledo.

Sabe por una revelación, que su hermana doña Maria de Cepeda, había de morir repentinamente, y la dispone para una santa muerte. San Pedro de Alcántara, contra el parecer de otros, la confirma en la idea de no admitir rentas para el nuevo monasterio. El Salvador se le aparece y la manda lo mismo.

En julio del mismo año, sale de Toledo y viene a Avila, donde al llegar recibe las letras apostólicas en que se la da licencia para la fundación.

Y el día de San Bartolomé, de este mismo año

1562, tomó posesión del monasterio, poniendo al Santísimo Sacramento, y tomaron el hábito cuatro novicias.

: Del 24 de :

: agosto de :

1562 a media-

dos de marzo

: de 1563. :

Sucedió todo lo que narra la Santa en el capítulo XXXVI, respecto a las contradicciones y persecuciones que sufrió por parte de los Prelados, autoridades civiles y ciudad. Sólo el Padre Domingo Bañez, célebre teólogo, la defendió en esta grave tempestad.

En el dicho año de 1562, el Padre García de Toledo, su confesor, la manda continuar el libro de su *Vida*, desde el cap. XXXII hasta el fin.

: Año 1563 :

Se apaciguan aquellas persecuciones y la Santa pasa a habitar su pobre convento de San José hacia el 18 de marzo y allí permanece hasta que salió a fundar en 1567.

Estos años dice que fueron los más tranquilos de su vida. En ellos escribió la dicha segunda parte de su *Vida* y el *Camino de Perfección*.

Forma a sus monjas en la santidad y las inspira el celo de la salvación de las almas, para que con la

oración y santidad debida repasen las ofensas que al Señor hacían los herejes de su tiempo y logre la conversión de éstos, y para que ruegue por los teólogos y predicadores que defienden a la Iglesia con su doctrina.

: Año 1567 :

El 13 agosto.—Sale de Avila para la fundación de Medina del Campo. Llega el 14 a media noche; y el día 15 se funda el Monasterio.

En noviembre de este año viene a Medina don Bernardino de Mendoza, le ofrece a la Santa una casa para fundar en Valladolid. Por ruegos de doña Leonor Mascareñas, marcha la Santa de Medina a Alcalá de Henares. De camino para esta ciudad, pasa por Madrid, en donde se detiene casi todo el mes de noviembre, hospedándose primero en casa de doña Leonor y después en el convento de Descalzas Reales de Santa Clara, fundado por doña Juana, hermana de Felipe II. En casa de doña Leonor, la visitaron muchas damas principales, atraídas por la fama de Su Santidad y unas la interrogaban sobre cosas de espíritu; otras la pedían anunciase cosas futuras, y la Santa, desentendiéndose de todo, respondió: «¡Qué hermosas calles tiene Madrid!» Por lo cual formaron de ella un concepto bajo las que creían ver una Santa; pero a las monjas no se las escapó, que aquella respuesta sagaz fué efecto de una humildad profunda. Sale para Alcalá, en donde permanece más de dos meses.

: Año 1568 :

En esta ciudad, recibe la noticia de la muerte de don Bernardino de Mendoza, cuya salvación estuvo en *harta aventura*.

En febrero marcha a Toledo, y de esta ciudad a Malagón para fundar, llegando ocho días antes del Domingo de Ramos, y en este día fundó el Convento.

En 19 de mayo sale de Malagón y llega a Avila en 2 de junio. Después del día 28 de este mes, sale para Valladolid a fundar allí; pasa por Duruelo y traza una casa para fundar después el primer monasterio de frailes descalzos. Llega a Medina del Campo y conviene con San Juan de la Cruz y con Fray Antonio Heredia en fundar en la dicha casa de Duruelo. En Medina, el Señor la dice que apresure la fundación de Valladolid, porque padecía mucho en el purgatorio don Bernardino de Mendoza, y llega a Valladolid en 10 de agosto. Al domingo siguiente, oyendo misa la Santa, se la apareció don Bernardino ya libre de penas. En 15 de agosto se puso el Santísimo Sacramento.

En 28 de noviembre, primer domingo de Adviento, se celebra la primera misa en el monasterio de Duruelo, pero la Santa Madre no salió de Valladolid hasta que marchó a la fundación de Toledo.

: Año 1569 :

El 21 de febrero sale de Valladolid, y pasando por Medina, Duruelo y Avila, llega a Madrid, donde volvió

a tratar con su amiga la serenísima princesa doña Juana, hermana de Felipe II.

Este desea ver y hablar a la Santa, pero ésta había salido ya para Toledo, adonde llegó en 24 de marzo, y el 14 de mayo fundó y se puso el Santísimo Sacramento. En el mismo mes sale para Pastrana, de donde sale el 21 de julio, regresando a Toledo, en donde permanece.

: Año 1570 :

Un año, o sea hasta agosto de 1570; pero haciendo en este año algunas excursiones a Medina, Alba de Tormes, a Medina, segunda vez, a Pastrana, segunda vez, en julio. En agosto vuelve de Toledo a Avila para ir a la fundación de Salamanca. En 15 de julio, estando en Pastrana, tuvo revelación del martirio de San Ignacio de Acevedo y de sus treinta y nueve compañeros de la Compañía de Jesús.

En 1.º de noviembre funda en Salamanca.

: Año 1571 :

Funda el monasterio de Alba de Tormes en 25 de enero. Vuelve a Salamanca y sana milagrosa y repentinamente a María de Artiaga, criada del Conde de Monterrey, la que se encontraba ya a las puertas de la muerte, y a una hija de dicho conde, llamada María Pimentel, que después fué madre de Gaspar de Guzmán, tercer Conde de Olivares y gran favorito de

Felipe IV. La Santa hizo oración por ésta, y apareciéndose Santo Domingo y Santa Catalina de Sena, la dijeron que había sido oída su oración.

En agosto es elegida Priora de Medina del Campo, y en octubre, de la Encarnación de Avila. Mucha oposición hicieron a esta elección las monjas de la Encarnación, pero la Santa logró ganarse las voluntades de todas y reformó las costumbres y disciplina, que estaban algo decaídas.

: Año 1572. :

En 19 de enero tiene aquella visión, que refiere en las *Adiciones* a su *Vida*, núm. 7.º En otra vió el cadáver de su sobrina Leonor de Cepeda, ser llevado procesionalmente por manos de los ángeles.

En 18 de noviembre, Cristo la adopta por esposa, dándole un clavo y la mano derecha, como narra en el núm. 17 de dichas *Adiciones*. Este desposorio fué preparación para la oración de matrimonio espiritual, que tuvo en sus últimos años, y que describe en la *Morada VII*, capítulo I y II.

San Juan de la Cruz era confesor y vicario de este convento cuando la Santa tuvo esa visión, cargo que desempeñó desde mayo de este año hasta más de cuatro años después. Hablando un día los dos Santos del Misterio de la Santísima Trinidad en el locutorio de este convento, se arrojaron y se elevaron de la tierra. San Pío V se aparece a la Santa en el mismo día de su muerte en 1.º de mayo. Tiene revelación del martirio que había de sufrir el Padre Martín Gu-

tiérrez, Rector del Colegio de la Compañía de Jesús en Salamanca.

: Año 1573. :

Después de haber pasado en el priorato de la Encarnación hasta fin de julio, marcha a Salamanca, en donde milagrosamente serena una lluvia y empieza el libro de las Fundaciones.

: Año 1574. :

A principios de este año sale de Salamanca, permanece dos días en Alba con la duquesa, y marcha a Medina y Avila, y después a Segovia, donde llega en 18 de marzo. En 11 de junio se aparece en Salamanca (sin salir de Segovia) a una monja que estaba enferma; la tranquiliza en sus escrúpulos, y la asegura que en aquel mismo día iría a gozar de gran gloria. Tuvo en Segovia otras muchas revelaciones, y entre otras, dijo a un canónigo, pariente del Obispo Covarrubias: «Hoy he considerado que casi todos mis amigos han sido promovidos al Episcopado», y que vos habéis de llegar a esa dignidad». La profecía se cumplió. En 7 de agosto tuvo una visión del Salvador y de San Alberto. Otra en 30 de septiembre, en que también se la apareció el Señor y Santo Domingo, quien la prometió favorecer su Orden carmelitana y otras cosas que la dieron mucho gozo.

En este mismo día 30 de septiembre de 1574, marcha de Segovia a Avila, donde en 6 de octubre se cumplieron los tres años de su priorato en la Encar-

nación, y es elegida para este cargo en el de San José de esta ciudad. Marcha a Valladolid a remover los obstáculos, que los parientes de doña Casilda de Padilla ponían a ésta para tomar el hábito de Carmelitas.

: Año 1575. :

Se ofrecen a la Santa las fundaciones de Zamora, Torrijos, en la provincia de Toledo, y Madrid. Rehusa las dos primeras, por graves dificultades y deja la de Madrid para más adelante. En 12 de enero sale de Valladolid, y, pasando por Toledo y Malagón llega a Beas, diócesis de Jaén, y funda su convento en el día de San Matías.

Al ir a Beas, pasó por Almodóvar del Campo, en la Mancha, y se hospedó en casa de los padres del Beato Juan Bautista de la Concepción, y profetizó que este niño había de ser gran santo y reformador insigne. La profecía se cumplió, pues lo fué de la Orden de la Santísima Trinidad. Profetizó también que un hermano del Beato había de sufrir muchos trabajos, y que otro hermano, después de pasados los cinco años de muerto, había de tener su cuerpo del todo entero y sin corrupción.

Todo se cumplió.

Al salir de Almodóvar suceden los prodigios. El carro se perdió en las gargantas de los montes Mariánicos, en Sierra Morena, de suerte que no podía avanzar ni retroceder sin grave peligro.

La Santa se encomienda a San José, y oyen los de

la comitiva una voz de anciano que dice: «*Parad, que si andáis, caéis en el precipicio*», y les indicó el camino. Era San José.

También milagrosamente pasaron el río Guadalquivir.

Sale para la fundación de Sevilla, donde llega el jueves antes de la Santísima Trinidad, pasando insuperables dolores, y un gran peligro en el río Guadalquivir. Díjose la primera misa en 29 de mayo.

Pasa grandes trabajos y persecuciones en esta ciudad, y la Inquisición, después de examinar cuanto contra ella se había levantado, la absuelve.

Por graves calumnias contra la Santa, en fines de este año de 1575, recibe una orden del Capítulo general placentino, prohibiéndola hacer fundaciones y mandándola retirarse a un convento, que eligiere a su voluntad, sin poder salir de él.

Envía a sus monjas a fundar en Caravaca, y se hizo la fundación en 1.º de enero de 1576.

: Año 1576 :

En 3 de junio se puso el Santísimo Sacramento en la nueva casa que compró en Sevilla en la primavera con ayuda de su hermano, don Lorenzo de Cepeda, recién llegado de América con sus hijos, en donde había desempeñado cargos importantes por más de treinta y cuatro años.

En 4 de junio sale de Sevilla para el convento de Toledo, que escogió por cárcel, en el cual permaneció más de tres años.

Llegó a él después del 18 de dicho mes, y después del 11 de julio del mismo año, marcha a Avila, regresando a Toledo en 9 de agosto. En su retiro de Toledo gobernaba sus Monasterios por cartas, respondía a muchísimas consultas, no sólo de sus monjas, sino también de los frailes descalzos de su reforma. Escribía y recibía infinitas cartas de magnates y Prelados, y estaba abrumada de negocios, y todo con dolor continuo de cabeza y otras enfermedades, y tan debilitada, que temió quedar perpetuamente inhábil para todo trabajo, y aun para la oración mental; pero el Señor, maravillosamente, le daba el fruto de ésta, uniéndose a su alma como si ya estuviera en el cielo.

Prosigue en este año escribiendo el libro de las *Fundaciones*, que acabó en la misma ciudad, en la cual tenía por confesor al Padre Yepes, que después fué biógrafo, y habiéndole llamado un día por tres veces, intentó ir, y una fuerza oculta le detuvo. Entonces el Señor la dijo que tomase por confesor al doctor Velázquez, canónigo de aquella ciudad, y después obispo de Osma y arzobispo de Compostela.

: Año 1577 :

En 2 de enero envía a su hermano don Lorenzo aquéllos versos.

¡Oh! hermosura que excedéis,
que están en la carta 16 de las insertas en sus obras.
Escribió la carta del Vejamen en uno de los primeros meses de este año.

En 2 de junio, empieza el libro de las Moradas. Con permiso de los superiores viene a Avila en julio a sujetar las monjas de San José a la Orden, pues lo estaban al Obispo.

En 13 de septiembre escribe una carta a Felipe II para que reprima a los calumniadores del Padre Gracián, y consiguió lo que pedía, pues aquéllos se retractaron.

El Nuncio, monseñor Segá, mal informado, se propuso acabar con la reforma carmelitana, y empezó a desterrar, encarcelar, entre otros, a San Juan de la Cruz, Vicario en la Encarnación, y a sentenciar generalmente a todos. La cosa estaba ya desesperada, y todas las obras de las fundaciones en peligro, próximo de deshacerse. La Santa, arrinconada, maltratada y sin apoyo de nadie, acude por carta al rey Felipe II, que amaba mucho a la Santa, y a los frailes de la reforma; y por la influencia del rey se sosegó la ira del Nuncio, y cesó aquélla grave tempestad.

En 24 de diciembre la arrojó el demonio de lo alto de una escalera y la fracturó un brazo. La Santa exclamó: «Señor mío, éste me ha querido matar». Y el Señor la respondió: «Eso quiso, pero yo estaba contigo».

: Año 1578 :

La reforma carmelitana está en gran peligro, pues el Nuncio Segá, excitado por los Calzados, se hizo enemigo de los Descalzos, y su ira se recrudeció por que el rey dió un edicto mandando a todos los magis-

trados tuviesen por nulo todo lo que el Nuncio estatuyese sobre las Ordenes religiosas.

Este no dudó en llamar a la Santa mujer inquieta, andariega, indócil e inventora de malas doctrinas.

El general era también contrario a los Descalzos.

El Nuncio destierra a los superiores y manda de nuevo a Santa Teresa encerrar en Toledo, y promulgando severísimos decretos, en 16 de octubre empezó con vehemencia la entera destrucción de la Orden teresiana.

La Santa Madre, llena de angustias y enferma, fué rogada por una monja que bajase al refectorio, en donde se le aparece Cristo, quien parte el pan y metió un pedazo en la boca de su amada esposa, diciendo: «Come, hija; bien veo cuánto padeces; ten ánimo, pues no puede ser de otro modo». Se hace otra denuncia del libro de su vida.

: Año 1579 :

Cuando estaba en sumo peligro la Orden reformada, orando la Santa en la víspera de San José, se le aparece el Santo Patriarca y María Santísima con el Niño Jesús, el cual la dijo: «que las potestades del infierno y muchos hombres meditaban la ruina de la Orden, pero que Dios la había confirmado y que acudiese al rey, que había de ser su padre en todo el negocio, y que ella, dentro de veinte días, había de salir de cárcel.

Todo se cumplió, y con el auxilio del rey cesó esta tempestad. Se levantó el destierro a la Santa en

principio de abril y se decretó por el Nuncio retener y fomentar la reforma teresiana.

En 18 de abril se hace la separación de los Descalzos y Calzados, eximiendo a aquéllos de la jurisdicción de éstos, y antes se nombró a fray Angel de Salazar, Prelado de los Descalzos.

La Santa marcha a Avila antes del 6 de junio, probablemente sería en abril, así que se levantó el destierro.

Las fundaciones habían estado suspensas casi cuatro años por causa de estas persecuciones, y la Santa empezó sus viajes de nuevo, por mandato del Padre Salazar; primero a Valladolid, en 25 de junio, y estuvo allí hasta el 30 de julio, después a Medina del Campo, donde estuvo tres a cuatro días; luego a Alba de Tormes, en donde permaneció ocho o menos, y después a Salamanca, a comprar casa para sus monjas, adonde llegó hacia el 15 de agosto.

En esta ciudad, apurada por no poder contestar a la multitud de cartas que recibió, consiguió del Señor que Ana de San Bartolomé, que no sabía escribir y solo leer impresos, aprendiese de repente a escribir y la ayudase. En el mes anterior había sanado milagrosamente a esta monja. En Salamanca permanece dos meses y medio y marcha a Avila, probablemente a principios de noviembre, y después de algunos días emprende el viaje a Malagón para visitar aquél convento, por obediencia a su superior el Padre Salazar, aunque la víspera del viaje la atacó una parálisis. En este viaje, la lluvia por tres días, mojó su cuerpo y

llega a Toledo, y en el 25 de dicho mes llega a Malagón. En el 8 de diciembre una monja vió una hermosa paloma volar alrededor de la cabeza de la Santa.

: Año 1580. :

En 21 de febrero llega a Villanueva de la Jara, y unos días antes se hospeda en un arrabal de este pueblo, en casa de Miguel Mondéjar, y profetiza que tres hijas de éste, que aborrecían el estado religioso, habían de ser monjas Carmelitas, lo que se cumplió. Había una pertinaz sequía de cinco meses, y cayó una abundante lluvia, que aquellos vecinos atribuyeron a los méritos de la Santa. En el dicho día 21, se funda el Monasterio.

Al despedirse de las monjas de Villanueva, viendo que quedaban en mucha pobreza, las prometió que no les faltaría nunca lo necesario. Y en efecto, en un tiempo de gran carestía y hambre, Dios las sustentó milagrosamente, multiplicando el trigo que tenían.

En otra ocasión, haciendo que un peral produjese abundante y milagrosa fruta, con la que se sustentaron, y otra vez halló la provisor, milagrosamente, tres duros, los que se multiplicaron también milagrosamente, por más de un año.

En 26 de marzo llega a Toledo, y escribe una carta a la duquesa de Alba, doña María Enríquez, para consolarla por la prisión del duque, su marido, don Fernando, quien en el tedio de su prisión se consolaba leyendo la *Vida* de la Santa, escrita por

ella misma, y decía que no tenía mayor deseo que de gozar de la presencia de la Santa.

En 7 de junio salió de Toledo por mandato de su Superior el Padre Salazar, para Segovia, adonde llegó en 13 del mismo.

En Segovia, supo la muerte de su hermano Lorenzo, y le vió subir al cielo. Salió y marchó a Avila, y de allí va, a principios de agosto, a Medina del Campo, en donde milagrosamente sana a una monja de gravedad con sólo el tacto de su mano. Sabe por revelación la muerte del Padre Baltasar Alvarez, su célebre confesor. Marcha a Valladolid, donde padeció tan gravísima enfermedad, que todos creían moría.

En 4 de octubre, estaba convaleciendo.

En 28 de diciembre sale para Palencia a fundar. El jefe en lo político de esta ciudad no dió permiso, pero instó el Padre Gracián, y aquél respondió:

«Hágase, pues tiene la Madre Teresa en su seno no sé que edicto de Dios, que nos obliga a hacer lo que ella quiere aunque no queramos». En 27 de dicho diciembre, se tomó posesión del Monasterio, y se acabó la fundación en los tres primeros meses. En 29 de mayo sale para Soria, adonde llega en 2 de junio.

: Año 1581 :

Funda el Monasterio y se celebra en él la primera misa en el día siguiente.

En 16 de agosto emprende el viaje a Segovia, llega a Osuna al siguiente día, a las ocho de la noche. En el día 19, por la mañana, marcha a Segovia,

adonde llega el 23. En 4 de septiembre llega a Villacastín, y al siguiente día a Avila, en donde es elegida Priora de San José.

: Año 1582 :

En 2 de enero sale de Avila para la fundación de Burgos; llega a Medina el 4, donde sana milagrosamente a la Priora, enferma de gravedad.

Sale de esta ciudad en el 9 del mismo mes; pasa en Valladolid cuatro días, sale para Palencia y llega a Burgos en el día 26 del mismo enero; en 21 del mismo había llegado a Granada la venerable Ana de Jesús para la fundación de allí.

La Santa en Burgos.

En 18 de marzo compra una casa, y en 19 de abril se celebró la primera misa. Permanece en Burgos hasta fin de julio, y sale para Palencia y Valladolid, en donde ya estaba en 26 de agosto, y en 15 de septiembre sale para Avila, llegando el 16 a Medina del Campo.

Por mandato de su Superior, el Padre Antonio de Jesús, marcha, ya enferma, a Alba de Tormes, en el día 17, adonde llega el 20, a las seis de la tarde, ya muy enferma.

Tres días antes de morir tiene revelación del día de su muerte, pero respecto al año y lugar la había tenido muchos años antes. En 4 de octubre, a las nueve de la noche, fué su felicísimo tránsito de este

valle de lágrimas a la gloria del cielo, a impulsos de su ardentísimo incendio de amor divino, más que por la fuerza de la enfermedad. Su rostro quedó hermoso, sin arruga alguna y blanco como alabastro, y de su cuerpo manaba un olor suavísimo, sobrenatural, que llenó toda la casa. Al contacto del santo cuerpo sanaron de repente tres monjas de enfermedad inveterada.

No citaré todos, sino algunos de los muchos prodigios celestiales que precedieron y siguieron próximamente a su muerte. Las monjas vieron una estrella muy grande y de un resplandor extraordinario sobre la Iglesia del convento. También se vió un rayo hermosísimo de color cristalino y otras luces milagrosas. Se vieron una multitud de Santos que resplandecían con fulgor maravilloso y vestidos con blancas estolas, los que se acercaron al lecho de la Santa, la cual expiró al momento. Se cree eran los diez mil mártires que años anteriores se la aparecieron y prometieron acompañarla al cielo en el día de su muerte.

Cristo se la aparece con muchos santos y ángeles; un árbol seco, que estaba próximo a la celda, florece de repente, y al expirar se vió salir el alma de la Santa de su boca, en forma de una paloma blanca, que voló al cielo.

Referir la multitud de apariciones después de su muerte y los milagros que obró, sería tarea larga. Los devotos pueden verlos en Rivera y Yepes.

En 5 de octubre, que en aquel año se contó el 15 por la corrección gregoriana del calendario, fué enterrado el santo cuerpo.

: Año 1585. :

En 24 de noviembre es llevado a Avila.

: Año 1586. :

En 23 de agosto es trasladado a Alba de Tormes.

: Año 1589. :

Sixto V decreta que permanezca en Alba.

: Año 1614. :

Es beatificada la Santa en 24 de abril.

: Año 1622. :

En 12 de marzo es canonizada.

Para conclusión de esta cronología, diré que las revelaciones que narra la Santa en el capítulo XI de la *Vida*, son relativas las del número 8 a la Compañía de Jesús, y la de los números 9 y 10, según opinión más probable y general, a la Orden de Santo Domingo.

Aquellos admirables versos que se hallan al final de los *Conceptos del amor de Dios*, que terminan todas las estrofas con estas palabras: *Que muero porque no muero*, fueron escritos en Salamanca con esta ocasión. Estando en recreación una novicia, cantó este cantarcillo:

Véante mis ojos
Dulce Jesús bueno;
Véante mis ojos
Y muera yo luego.

Al oírlos, la Santa sufrió un éxtasis doloroso, en 15 de abril de 1581, Domingo de Resurrección. Quedó sin sentido y como muerta, y al siguiente día 16, estando aún como fuera de sí, herida de aquel dardo de amor, prorrumpió en esa sublime poesía.

Lo que narra en los números 10 y 12 del apéndice de la *Vida*, sucedió después del año 1572, o sea después que la tomó por esposa Jesucristo, dándole el clavo, según narra en el 17.

La del número 14, en 1571.

FERNANDO GARCÍA ESCRIBANO

Plasencia, enero 1900.



NOTA.—Fundó la Santa diecisiete conventos de monjas y quince de frailes, pero como a la fundación de éstos no asistió personalmente, no se han puesto las fechas de ellos en esta cronología.



La Santa de la Raza.

Dos palabras a vuelo pluma acerca del título que las encabeza, para corresponder a una invitación amable, a la que no hay modo de hurtar la pluma.

Para los que vivimos en España y tenemos por misión pulsar y justipreciar las manifestaciones más íntimas y delicadas de la religiosidad de nuestro pueblo, no es difícil hallar en Teresa de Jesús la personificación más excelsa de ellas. Un pueblo de fe tan sana, sencilla y robusta como el español, había de estar representado por una gloria tan grande como la Virgen de Avila, que en ser hija de la Iglesia cifró su única dicha. Por eso ha podido decir un escritor extraño, arrebatado de admiración por la insigne Reformadora del Carmen, que ella es, con San Irineo, la figura más representativamente católica que se registra en la Historia eclesiástica. Fruto digno de una raza nacida para unir sus destinos en este mundo a los de la fe católica, sin la cual, afortunadamente, no acierta a vivir, porque es como el aire de sus pulmones.

El haber personificado en sí por tan eminente manera las cualidades más nobles de la gente española, le ha dado tal popularidad entre nosotros, que

nadie osará hoy arrebatarle la palma. Es verdaderamente la Santa de la Raza.

Un reciente viaje por las principales Repúblicas hispano-americanas, hermanas nuestras, me ha convencido por completo, de que también allí es la reina, la Santa de la Raza ilustre, que dió religión, lengua y costumbres a más de veinte pueblos gloriosos de confines dilatadísimos, doblando los dominios de la fe y de la civilización. La Santa es en ellos popularísima. Las anécdotas teresianas, tan naturales, tan donairosas, tan cristianas, corren por las pampas argentinas o por los valles peruanos, como por las tierras manchegas, andaluzas o castellanas. Todo el mundo la conoce tal cual es, sincera, jovial, discreta en el hablar, sin melindres ni mogigaterías en el obrar, y profundamente cristiana. Sus obras se aprecian, se leen y se comentan con el mismo cariño y devoción tierna que en España.

Sin dejar de ser su nombre uno de los que más intenso fulgor despiden en el firmamento católico y de los que más simpatías excitan, es con todo nuestra Santa, *la Santa de la Raza*.

FR. SILVERIO DE SANTA TERESA





A TERNO SECO

I

Treinta o treinta y un años hará, poco más o menos, que abrió en Valladolid mi camarada y colega Miralles su afamada notaría. Y como quiera que por aquellas calendas, ya remotas, tuve que pasar por la ciudad del Pisuerga, hice jornada, con mucho contentamiento mío, en la antigua corte de Castilla para darle la enhorabuena y un abrazo a mi amigo Miralles, con el cual y con otros (cuyos rostros y nombres llevo grabados en el corazón), había yo librado algunas batallas en la Universidad Central contra Azcárate (Dios le haya perdonado) y contra el actual decano de la Facultad de Derecho don Rafael Ureña, que, gracias a Dios, fué vencido por la **extrema derecha**, como en su jerga medio krausista y medio anticlerical nos llamaba.

Y aconteció que en casa de Miralles conocí a un amigo suyo, médico por más señas, y aconteció también que el médico y yo nos pusimos a platicar muy gustosa y amigablemente, en el balcón principal de la casa, y aconteció, finalmente, que en medio de nuestra plática, comenzó a cantar al pie de aquel balcón unas coplas, cierto ciego que iba en compañía de la inseparable guitarra y de una mujer.

La cual, después que el ciego hubo cantado, se dirigió a nosotros y nos dijo:

—Señoritos, una limosna para el pobre ciego.

—Perdone usted, por Dios, la dijo el médico, algo atufado porque le habían cortado el hilo del discurso en lo mejor de la plática.

—Señorito (insistió la mendiga), ¡una perrilla siquiera!

—¡Ni una, ni media!, respondió incontinenti y con cierta crueldad el fogoso médico.

—Señorito (volvió a decir la pobre); ¡hágalo usted siquiera por la Santísima Virgen del Carmen!

—¡¡Cará...!! (dijo el médico, y echó redondo el terno seco)... Ha pronunciado usted un nombre ante cual el hijo de mi madre no niega nunca nada.

Y diciendo y haciendo, requirió el bolsillo del chaleco, y nerviosamente y rumbosamente echó a la mendiga mucho más de lo que la mendiga había pedido.

II

Hoy, día de nuestra seráfica Madre SANTA TERESA DE JESÚS, y al cabo de los años mil, me acontece con el hermano FABIO algo parecido a lo que al médico de mi cuento (que no es cuento, sino verdadera historia) le aconteció con la mendiga.

Flaca mi cabeza y flaca mi voluntad, la pluma se me cae de las manos como la amiga espada al veterano herido. Y no sé yo cuántos arbitrios ha trazado y cuántas razones me tiene dichas nuestro FABIO.

insigne para sacarme de mi amodorramiento y mis casillas. Mas todo ha sido predicar en desierto y machacar en hierro frío.

Ayer, sin embargo, me hizo este conjuro:

—Pero, ¿ni siquiera vas a blandir la pluma, por no decir la tizona, en honor y por amor de SANTA TERESA DE JESUS?

.....

.....

Yo he oído y rumiado estas palabras como si la propia Santa Madre me las dijera. Cabalmente estos días estoy pidiéndola una gracia muy necesaria y urgente. ¿Sería razón que me niegue a lo que invocando el poderoso y amadísimo nombre de la Santa se me pide?

Ella nos alcance, pues, del Señor lo que más necesitemos; pero ante todo y sobre todo alcáncenos a los católicos jornaleros de la pluma una chispa siquiera (**partem áliquam**) de aquel seráfico celo que tenía por la salvación de las almas y por la propagación de la sana y católica doctrina, a lo cual cabalmente están encaminadas todas las fundaciones y empresas hazañosas de la inmortal y endiosada Reformadora del Carmelo.

III

Siempre que pienso en aquella bienaventuranza que predicaba Nuestro Señor cuando decía **Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia,**

porque ellos serán hartos, siempre me acuerdo de lo que le avino a SANTA TERESA cuando pasó por Avila el Padre fray Alonso Maldonado, de la Orden de San Francisco.

He aquí cómo cuenta este episodio, tan breve como sublime, el más famoso entre los historiadores de la Santa, el gran teólogo, gran clásico y gran santo, el Padre Francisco de RIBERA, de la ínclita Compañía de Jesús:

—«Acertó a venir por allí el Padre Fray Alonso Maldonado, Descalzo de la Orden de San Francisco, que poco antes había venido de las Indias, y contóla de la infinita muchedumbre de almas que en aquella tierra se perdía por falta de doctrina. Holgóse la Madre de verle con deseos tan vivos de aprovechar las almas, como quien los tenía también, y húbole mucha envidia, que podía él cumplirlos ayudando y tratando a los prójimos, lo que ella no podía. Pero con aquello de las almas que se perdían hirióla el corazón y lastimóla de manera que no cabía en sí. Váse luego a una ermita de las que tenía en la huerta, para recogerse con más soledad, y llena de lágrimas, clamaba al Soberano Criador de las almas diese algún medio cómo ella pudiese algo para ganar alguna alma para él, pues tantas llevaba el demonio, y que valiesen sus oraciones algo, pues ella no valía para más. No cesaba de pedir esto, hasta que una noche, estando en oración, se le representó el Señor de la manera que otras veces solía, y mostrándola mucho amor, a manera de quererla consolar, la dijo: «**Espera un**

poco, hija, y verás grandes cosas.» Quedáronla estas palabras fijadas en el corazón y no las podía quitar de su memoria.»

Hasta aquí el Padre Ribera.

Esas **grandes cosas** por el Señor profetizadas a su sierva eran las épicas FUNDACIONES de la Reforma carmelita; fundaciones encaminadas por la inmortal reformadora, no tanto a la santificación de frailes y monjas como a la generosísima apostólica empresa de rescatar y salvar almas, de vencer y aplastar a los herejes, de hacer penitencias y oraciones por los doctores, predicadores, misioneros, apolo-gistas, catequistas, propagandistas y por todos los defensores de los derechos de Cristo y de la Iglesia.

Comenzando, pues, por el Papa que es el primer Doctor, predicador y misionero, y acabando por el último soldado raso de la Ciudad de Dios o del Ejército de Cristo, aunque sea seglar o lego, hombre o mujer, niño, ignorante o pobre, con tal que sea soldado **en activo**, todos estamos perpetuamente encomendados por la Santa a los ayunos, oraciones, comuniones y penitencias de las Monjas Carmelitas, y todos logramos la honra y la ventura de ser la gente más predilecta del corazón magnánimo de SANTA TERESA DE JESÚS.

A todos y a cada uno serviría mil años y los serviría de rodillas; y por servirlos, se olvidaría de sí misma (dice la Santa) **AUN A TRUEQUE DE PADECER PURGATORIO.**

No lo olvidéis, varones apostólicos; no lo olvidéis,

apologistas de la Religión; no lo olvidéis, periodistas católicos; no lo olvidéis vosotras, oh **Damas propagandistas**, que ya habéis comenzado aquí, en Madrid, y en estos mismos días, a vivir en comunidad para mejor propagar la sana y católica doctrina. ¡Con qué envidia santa os saludo desde mi rincón!

Acrciéntese, pues, en todos los que batallamos las batallas del Señor la más ferviente y amorosa confianza en el poderoso patrocinio de SANTA TERESA DE JESUS, que de la Santísima Virgen abajo es la capitana más insigne de los ejércitos de Cristo y de la Iglesia.

J. MARÍN DEL CAMPO

Madrid 15 octubre 1925.





A la Santa de abrasado corazón.

Tú, serafín del Carmelo,
Que mueres porque no mueres,
Que con tal ternura quieres,
Que Dios por tí hiciera un cielo;
Tú, que tuviste en el suelo
Por Amado a tu Señor
Y amaste con tanto ardor,
Que, siendo hoguera encendida,
Mueres cual paloma herida
Por una flecha de amor;

Tú, que día y noche entera
Pasabas junto a tu Amado,
Habiendo tu amor logrado
Que en tí su cárcel hiciera;
Tú, divina carcelera,
Dime, dime, ¿en qué lugar
Te abrasó ese amor sin par,
Esa ardiente luminaria?
Dímelo, dulce incendiaria,
Que yo también quiero amar!

JOSÉ MARTÍNEZ DÍAZ,
De la Juventud I. de Tolosa.

Tolosa septiembre 1923.



A la Santa de
abrazado corazón

Tú, serafín del Carmelo,
Que nunca porde no muere el alma
Que con tal forma pures,
Que Dios por ti hiciera un cielo
Tú, que tuviste en el suelo
Por Amado a tu Señor
Y amaste con tanto ardor,
Que, siendo hoguera encendida,
Mueres cual paloma herida
Por una flecha de amor;
Tú, que día y noche entera
Pasabas junto a tu Amado,
Hablando tu amor logrado
Que en ti su cárcel hiciera;
Tú, divina cautiva,
Dime, dime, ¿en qué lugar
Te abrasó ese amor sin par,
Esa ardiente luminaria,
Dime, dulce incendiaria,
Que yo también quiero amar.

José Martínez Díaz

Dr. de Leyes y de Teología

Tolosa septiembre 1873.



OFRENDA PATRIÓTICA

Con este título publicó, sin firma (1), *El Siglo Futuro* (15 octubre 1880), el siguiente hermosísimo artículo:

«Teresa de Cepeda la llamó el siglo; Teresa de Jesús el Claustro; Seráfica Doctora la llama la Iglesia; ¿quién puede imaginar cómo la nombra en el Cielo? De ella se cuenta que dijo un testigo de mayor excepción que era mucha mujer de tejas abajo, y hartó mayor de tejas arriba.

Quizás entre todos los personajes que ilustran los anales de nuestra patria, no pudiera escogerse otro cuya biografía cautivase más el ánimo de lectores aún meramente curiosos, y en rigor con haberse escrito ya tanto y tan bueno y tan útil para bien intentarlo, creemos que aún falta en nuestra literatura un libro sobre esta materia y totalmente adecuado a las condiciones intelectuales y morales de la edad presente. Trazado le tenía nuestro inolvidable amigo Eduardo González Pedroso, y aun casi podemos decir que se lo vimos recitar completo durante los últimos fatigosos días de aquélla vida prematuramente

(1) A juzgar por el estilo parece de don Ramón Nocedal.

arrebatada a la causa de la Religión y de las buenas letras. Propósito era, si mal no recordamos, de aquel perspicaz ingenio ceñirse, cuanto posible fuese, a describir la vida terrena y si cabe así decirlo, meramente humana de nuestra celestial compatriota, seguro de que no era menester más para percibir los esplendores de su vida sobrehumana.

Y ciertamente, muy obtuso ha de tener el sentido de la piedad y muy pobre actitud para levantarse un palmo de sobre flor de tierra quien no sepa leer entre renglones de cualquier verídica y sincera biografía de Teresa de Jesús, todos y cada uno de sus títulos a la veneración que la tributamos en los altares. Cualquier cristiano que sepa del Serafín de Avila, lo que sobre todo a un español no es lícito ignorar, repetirá de seguro con persuasión plena las bellas palabras de Fray Luis de León: «Yo no conocí, ni ví a la Santa Madre Teresa de Jesús, mientras estuvo en la tierra; más ahora que vive en el cielo la conozco, y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros.»

No hay más dificultad para los españoles de hoy, sino que algunos, y aún quiera Dios no sean muchos, han perdido no tanto la ciencia como la conciencia necesaria para entender los libros de la Santa Madre, y en cuanto a sus hijas, no todos los españoles, ni en cualquier parte, pueden conocerla y verla; pues la España de hoy las ha expulsado de muchas partes y quiera Dios también que haya cesado de seguir cometiendo tan insensato crimen.

En esta misma patria, cuna de mujer tan insigne, en los momentos mismos de escribir nosotros las presentes líneas, hay españoles que, con permiso de la ley, pueden pregonar y de hecho pregonan, entre innumerables desatinos total y radicalmente opuestos a cuanto se lee en los libros de Santa Teresa, las más estrambóticas teorías sobre un ridículo tema que llaman «la emancipación de la mujer.»

Sí; esta invención de un filosofismo que tiene de antisocial lo que de impío tiene, hay quien la proclame en esta nación católica por antonomasia, y como tal hija predilecta de la Iglesia, que llena sus dípticos sagrados con los nombres de innumerables heroínas; en la nación que ha llenado el trono de sus católicos reyes con Isabeles y Berenguelas; en la nación cuyas leyes y costumbres la han hecho emporio de galantería, y donde la mujer goza de derechos en el orden civil y de prerrogativas e inmunidades en la vida social como no los posee tal vez en ninguna otra nación cristiana; en esta España, por último, cuyo seno ha dado tan gloriosa muestra de fecundidad al engendrar tal madre de tales hijas como es esta maravilla de santidad que hoy conmemoramos. Sí; en esta nación hay también quienes repitiendo como papagayos frases exóticas o segundando con satánica pravedad planes verdaderamente diabólicos de social perversión, piden «la emancipación de la mujer.»

¡Ah, reformadores insensatos, que presumís de enmendar la plana al legislador supremo de la naturaleza y de la sociedad! Posible es que, con vuestras

escuelas normales de maestras de instrucción pública obligatoria, gratuita y laical, o mejor dicho, atea; posible es que, con vuestros liceos y academias, y periódicos y revistas destinados a lo que vuestra geringonza llama educación del bello sexo; posible es, en fin, que con toda esta atmósfera de libertinaje que vuestras leyes y costumbres han formado a vuestras hijas y a las madres de vuestros hijos, logréis toda una generación de marisabidillas impertinentes, de safos libidinosas o de viragos feroces; pero solamente la escuela de Cristo, sólo el hogar de la familia cristiana tendrán virtud para engendrar prodigios calcados en el molde de esta maravilla de ingenio, de gracia femenil misteriosamente junta con un pensar y un sentir varoniles, y lo que todo esto avalora con precio inestimable, de esta santidad a quien nombramos Teresa de Jesús.

¡Oh, Doctora incomparable de ciencia, que jamás brotará en mente alguna humana sino al calor directo de rayos celestiales! ¡Oh, pureza de Serafín que engolfada como estuviste en las peligrosas realidades de la vida terrenal, das tan clara muestra de no haber manchado jamás, ni aun la orla de tu humana vestidura con el fango del suelo! ¡Oh, enamorada esposa del Cordero sin mancha, que con tantas y tales delicias te regalaste en su seno tan pródigo de amor para contigo!

¿Cómo, dinos, cómo ha podido haber en humana ceguedad ni aun en perversión meramente humana, la increíble mole de sacrílegas ineptias disparadas con-

tra tu carácter y tu vida y tus hechos y tus escritos, por este naturalismo bárbaramente ignaro de nuestra mísera edad? Misterio es éste de error o de malicia cuya profundidad no podemos medir hasta llegar a la mansión donde se nos descubra con todos sus horrores la causa íntima del odio que, hora tras hora va, y hasta la consumación de los siglos irá, persiguiendo a todos los amigos de tu divino esposo.

Pero al menos, ¡oh, Santa compatriota nuestra!, intercede allá en la región superior del cielo, donde sin duda, te asientas entre serafines; intercede para con Jesús de tí tan amante y tan amado; ¡pídele que al menos tu Patria sea exenta de semejante ignominia. Pídele su intercesión Soberana para hacer que esta tierra española vuelva a ser digna de mencionarte en el catálogo de sus más preciados hijos!...

Teresa de Jesús; ruega por nosotros, ruega por tu España!...





El Siglo de Teresa de Jesús. (1)

En el áureo siglo XVI, el más glorioso y magnífico de los siglos españoles, y en el curso de los años 1515 a 1582, vivió su santa vida en esta nación española, por antonomasia apellidada *católica* en la Historia universal de las naciones, aquella mujer incomparable, y por antonomasia también denominada *la Santa*, Teresa de Jesús, beatificada, *hoy mismo cumple tres centurias*, por el Papa Paulo V, y poco después (1622) solemnemente canonizada por el Papa Gregorio XV.

La España católica o tradicional conmemoró en 1882 con devotas peregrinaciones a los *Lugares Teresianos*, con brillantísimas fiestas religiosas y literarias, la fecha tres veces secular del tránsito dichoso de Teresa de Jesús de esta precedera vida a la

(1) Artículo de D. Manuel Sánchez Asensio, maestro de periodistas católicos, y celebrado como polígrafo eminente por el Emmo. Cardenal Benlloch, en el prólogo que puso al libro de don Manuel Sánchez Cuesta, titulado *Ciudades de Leyenda-Cáceres la romántica*.

Publicó este artículo, con su habitual pseudónimo ESE, en *El Siglo Futuro* (24 Abril 1914).

eterna y verdadera, *como hoy conmemora su beatificación*, y seguramente hará lo mismo el año venidero de 1922, glorificando a Dios en sus santos, recordando al mundo la fecha venturosa del triunfo y gloria de la Virgen castellana, la Reformadora del Carmelo, la mística Doctora, proclamada Santa por el juicio infalible, supremo e inapelable del Vicario de Cristo en la tierra.

Quizá no haya ejemplo de devoción a un santo tan intensa, tan viva como la del pueblo español a Santa Teresa de Jesús, que no parece sino que los españoles andan espiando las ocasiones de mostrársela y mostrarla paladinamente. Otros muchos, muchísimos santos ¡y grandes santos! y en toda época, florecieron aquí en España, cuna de santos, de sabios, de héroes, de varones ilustrísimos, y con ninguno extremaron las generaciones españolas sus entusiasmos, ni con ninguno se ufanaron tanto los españoles como con la humildísima *monja andariega*, la penitente religiosa Carmelitana.

Reformadores y fundadores santos de santas familias religiosas fueron contemporáneos de Teresa de Jesús: el Venerable Tomé de Jesús, el Beato Orozco y Santo Tomás de Villanueva, reforman la Orden Eremita de San Agustín; San Pedro Alcántara hace la reforma de los Franciscanos; el Padre Alonso de Monroy con el Venerable Fr. Juan del Santísimo Sacramento, y luego la Beata Mariana de Jesús, hacen la ya preparada reforma de la Merced; el Venerable Padre Juan de la Concepción y San Miguel de

los Santos logran hacer la reforma de los Trinitarios; funda San Ignacio la Compañía de Jesús; San Juan de Dios, los Hospitalarios; el Venerable Obregón, la Congregación de su nombre; Bernardo Alvarez, los Hospitalarios de San Hipólito; el Venerable Pedro de Betancourt, la Congregación de los Betlemitas; San José de Calasanz, las Escuelas Pías...

Y mientras la Santa meditaba su celestial doctrina, recorriendo, ignorada de todos, las sendas de sus fundaciones, o escribía sus cartas en las posadas, o su vida y libros en lo callado de las celdas de sus nacientes conventos, una pléyade ingente de sabios de primer orden iluminaba el mundo con la lumbre de entendimientos príncipes y elocuencia soberana desde la cumbre de las cátedras, que eran trono de la ciencia española en Salamanca y Alcalá, París y Bolonia, Oxford, Cambridge, Viena, Roma...: los Soto, Suárez, Báñez, Vázquez, Arriaga, Vives, el *Brocense*..., ¿quién los reducirá a número? Brillan en la literatura religiosa Juan de Avila y Rivadeneira, Fr. Luis de Granada y Fr. Luis de León, y San Juan de la Cruz y Sigüenza, y el Padre Alonso Rodríguez y el Padre Nieremberg, y Fr. Diego de Estella y Malón de Chaide...; y en la poesía, con muchos de los anteriores, Boscán y Garcilaso y Herrera, y Gutiérrez de Cetina y Castillejo, y Lope de Vega y Cervantes...

Y en medio de estas grandezas intelectuales y morales, ni superadas ni igualadas, rige y gobierna España y el Nuevo Mundo, y es su árbitro de Europa en-

tera el poderoso cetro de Felipe II, de quien fué devotísima la Santa, servidos por esa legión de grandes políticos y de grandes capitanes, cuyos nombres están y estarán siempre en la memoria de los buenos españoles, y cuya prudencia y hazañas respectivas han hecho confesar a Cánovas del Castillo que *«no ha habido grandeza para nosotros sino en los días de la monarquía austriaca... por las altas calidades militares y políticas que a la sazón poseíamos; NI ANTES NI DESPUÉS DE AQUÉLLA ÉPOCA ha sido otra cosa España que UN RINCÓN del continente europeo»*.

¡Pues en *aquélla España* tan grande, en *aquélla España* tan santa en sus santos, tan sabia con sus sabio, tan poderosa y temida con sus caudillos, tan rica con su rico vasto imperio, vivió Teresa de Jesús, y fué grande y gloriosa, y santa tan gloriosa y grande; y en tan incomparable cuadro figura en primer término, y los resplandores de su gloria acrecen la gloria de *aquélla España!*

¿Cómo no entender ya que santa tan españolísima mueva los corazones verdaderamente españoles y al clamor de su nombre y al recuerdo de su santa vida, se unan con la devoción popular que se reveló y revela en las pasadas y en las presentes fiestas Teresianas?

Aquella incomparable mujer, Dios nos la deparó por blasón de nuestra raza y por ella habló el espíritu español: viva, cuando dijo *¡sólo Dios basta!*: agonizante y como ya muerta al siglo, y en los dinteles del cielo, cuando fijando sus ojos en el Crucifijo que le

ofrecía asilo y recompensa en los abiertos brazos del Redentor, prorrumpió en aquéllas últimas palabras: *Yo soy hija de la Iglesia.*

¡Como España tradicional! ¡Como la España de Teresa de Jesús! ¡Bendita sea!





Muerte de Santa Teresa.

Versión de una poesía catalana de
Jacinto Verdaguer.

Agonizante en su lecho
está la madre Teresa,
abrazada con la cruz
cual a árbol fuerte la yedra.
—Mi Esposo y Señor, el hilo
de mi vida ya se quiebra.
La que os ha añorado siempre—
es hora ya de que os vea!—
Oyela el esposo y luego
baja del cielo a la tierra;
las palabras que le dice
trascienden a vida eterna.
—Ven, mi amada, mi paloma,
remonta el vuelo y no temas.
Para tí pasó el invierno
y viene la primavera;
llega el tiempo de las flores
y tú eres la flor más bella.—
Las monjas del monasterio
lloran todas de tristeza,
Una que está a la ventana

de codos sobre el alféizar
 oye la voz de Jesús
 y las tonadas angélicas
 y virgenes vé que acuden
 y querubes que aletean
 y santos con albas vestes
 mira pasar por centenas
 y mártires a millares
 con vestiduras bermejas.
 Del cielo aún siguen bajando
 y Jesús entra en la celda;
 no sale el sol tan hermoso
 tras de la aurora serena.
 Para su amante y amada
 ¡cuán presto el cielo comienza!
 —Ven luego— a decirle torna—
 vuela, mi paloma, vuela.—
 Acercásele amoroso
 como a una rosa la abeja
 y a un beso de amor de Cristo
 expira Santa Teresa.

EL CONDE DE CEDILLO





La nieve del Líbano. (1)

Dios, para hablar con el hombre, se sirvió del fuego en la zarza bíblica, en la Pentápolis y en el día de Pentecostés.

Se sirvió del agua en el diluvio, en el Jordán y también andando sobre las olas.

Se sirvió de la tierra en el lodo adámico, en el lodo de las curaciones evangélicas y en el castigo de israelitas prevaricadores.

Se sirvió del aire por medio de su soplo creador en el Paraíso y de su soplo redentor en el Evangelio, y escogiéndolo para morir en él entre el cielo y la tierra.

No es mucho que Dios permita a sus amigos, a sus santos, que se sirvan de los elementos naturales para comunicarse con los hombres, en provecho de éstos y gloria suya y en honra de sus mismos santos,

(1) Artículo del Muy Ilustre Sr. D. Emilio Ruiz Muñoz, canónigo archivero de Málaga, publicado, con su habitual pseudónimo de *Fabio*, en *El Siglo Futuro* (martes, 14 de marzo de 1922), refiriéndose a la copiosa nevada que cayó sobre Avila el día 12, en que tan solemnemente se celebraba el III Centenario de su Canonización.

de sus amigos, mostrando cómo los ama y cómo les comunica en cuanto quiere su omnipotencia.

Algún lector sospechará que nos vamos demasiado lejos para contemplar el espectáculo de la nevada del domingo en Avila, de que dieron cuenta en su discreta crónica nuestro querido redactor-corresponsal y en las tuyas los demás periodistas asistentes a las fiestas centenarias en la ciudad de Santa Teresa de Jesús. Pero no calificamos de sobrenatural aquel espectáculo. Nos basta con recrear el espíritu en lo que parece significar... Porque enteramente parece que aquel día tan grande, donde las fiestas centenarias culminaron ante innumerable concurso de pueblos, allí presentes visiblemente, y el otro concurso invisible y más numeroso de fieles que tenían el aliento de sus almas en el corazón transverberado de la Santa Madre, comunicándose con ella desde todas las naciones del mundo mediante una radiotelegrafía anterior y superior a la de Marconi, la Seráfica Doctora habló desde la cumbre eterna con el valle de las lágrimas, sirviéndose del lenguaje de la nieve.

Aquella nevada nos hace más interesante y misteriosa la interrogación de Jeremías:

«¿Acaso faltará la nieve del Líbano?» (1)

La nieve del Líbano... ¿Qué es esto de faltar la nieve del Líbano? ¿Qué imposibilidad o qué dificultad impide que falte?

Sobre esto nos parece que versaría el diálogo

entre los hombres desde el valle y Santa Teresa desde la cumbre con el lenguaje de la nieve.

Evapora el calor solar un poco de agua del océano. El viento recoge las evaporaciones y vuela tierra adentro. De súbito tropieza con un muro que le estorba el paso: es la montaña. Para salvarla, el viento trepa por ella y escala su altura. Pero en la cumbre altísima se hielan las evaporaciones que traía del mar, y cae formando copos de nieve que fecunda los campos.

Subieron las plegarias del alma nacional, del alma católica, como una evaporación del mar humano, hasta el trono de Santa Teresa. Y las plegarias vuelven en diluvio de copos de gracias, fecundadoras de los campos, de los corazones y de los pueblos. ¿Había de no atendernos a todos, en gracia siquiera de los muchos buenos que te imploraron? ¿Había de faltar la nieve del Líbano?

La fantasía oriental veía en las nevadas como una lluvia de cándidas aves que del cielo venían a alegrar la tierra.

No es menester fantasía oriental para acordarse de la lluvia del maná viendo las nevadas.

Esos copos de nieve que descendían, y descendían sin término, como macizando la atmósfera e hinchéndola de blancura, parecen revelarnos un deseo de Santa Teresa en orden a nuestra regeneración. Así ha de nevar la Eucaristía. Así ha de ser el número de las comuniones en el mundo. No basta orar, hay que comulgar y comulgar todos, para vivir todos

la vida de Jesucristo y que Jesucristo viva en todos, de manera que nuestro conjunto social viva de El y El obre por nuestras sociedades.

Nieve del Líbano que no ha de faltar a los hombres.

El agua de la nieve, como transubstanciada en la solidez de los glaciares, brota a las caricias del calor solar; y baja de la cumbre desperezándose y destrenzándose por la escarpa, espumándose en la cascada del salto a la sima, precipitándose en el torrente y serenándose en el río que camina por la llanura. En las orillas del río ponen sus turbinas las máquinas de la Industria, y lozanan los plantíos de la agricultura. Es el trabajo que la naturaleza brinda al hombre para que la actividad humana pueda abastecer a las necesidades de la vida y a la prosperidad y al progreso.

Con el lenguaje de la nieve parecía decir Santa Teresa. Además de orar y de comulgar, hay que practicar la oración y la comunión con una actividad diligente y solícita, que coopere con la Providencia en el orden sobrenatural, y por la salvación eterna, y por la regeneración moral, y por la vida espiritual, con más empeño que en el orden natural cooperamos con la Providencia, estimulados por las necesidades, y tal vez por las codicias, de la vida temporal.

Y esta nieve del Líbano de la gracia de Dios, que con la cooperación de la libertad humana quiere salvarnos, dándonoslo hecho casi todo, no faltará.

En alguna parte leímos la siguiente expresión kilogramétrica del copo de nieve.

Una fuerza capaz de levantar dos veces en un segundo, desde la sima más honda hasta la cumbres más alta de los Alpes, el más enorme canchal.

Toda esta energía le ha costado a la naturaleza la formación del copo de nieve.

Cuánta fuerza de la omnipotencia; cuánta energía del amor divino; cuánta gracia acumulada en este copo de nieve del espíritu purísimo de la Santa Madre.

A qué altura la elevó la Caridad desde las profundidades de este mundo.

De modo que en su intercesión hay fuerza bastante para levantarnos de nuestra postración y hacer otra vez sinónimo los nombres de Teresa de Jesús y España de Jesús.

Rosario ALCOVER



En algunas partes leímos la siguiente expresión litológica del copo de nieve:

Una fuerza capaz de levantar dos veces en un segundo, desde la sima más honda hasta la cumbre más alta de los Alpes, el más enorme canchal.

Toda esta energía le ha costado a la naturaleza la formación del copo de nieve.

¿Cuánta fuerza de la omnipotencia divina energía del amor divino; cuánta gracia acumulada en este copo de nieve del espíritu purísimo de la Santa Madre?

A qué altura la elevó la Caridad desde las profundidades de este mundo?

De modo que en su intersección hay fuerza bastante para levantarnos de nuestra postración y hacer

otra vez sinónimo los nombres de Teresa de Jesús y España de Jesús.

El mundo se ha de levantar al rayo de su palabra.

El mundo se ha de levantar al rayo de su palabra.

El mundo se ha de levantar al rayo de su palabra.

El mundo se ha de levantar al rayo de su palabra.

El mundo se ha de levantar al rayo de su palabra.

El mundo se ha de levantar al rayo de su palabra.

El mundo se ha de levantar al rayo de su palabra.



Santa Teresa, escritora.

(Pensamiento).

Frente a las modernas tendencias literarias, propugnadoras de la anarquía del fondo y de la forma, álzase, como hermosísimo relieve de inimitables líneas y figuras, la imagen de Santa Teresa como escritora, toda sencillez, toda gracia, toda transparencia y claridad, enfocando los potentísimos rayos de sus maravillosos pensamientos hacia la divina belleza de Jesucristo, y hablando con un lenguaje que, como dijo muy bien el Maestro Fray Luis de León, es la misma elegancia y pureza de nuestra lengua castellana.

ROBERTO ALCOVER





Santa Teresa, escritora.

(Pensamiento).

Frente a las modernas tendencias literarias, profundas de la aurora del fondo y de la forma, álzase, como hermosísimo relieve de inimitables líneas y figuras, la imagen de Santa Teresa como escritora, toda sencilla, toda gracia, toda transparencia y claridad, enfocando los potentísimos rayos de sus maravillosos pensamientos hacia la divina belleza de Jesucristo, y hablando con un lenguaje que, como dijo muy bien el Maestro Fray Luis de León, es la misma elegancia y pureza de nuestra lengua castellana.

ROBERTO ALCOVER





La caridad, según la Doctora Avilesa.

:: Diálogos sociales. ::

- ¿Qué pretendes?
- Remediar necesidades, socorrer pobres, consolar tristes...
- ¿Cómo?
- Allegando dinero.
- ¿Dónde?
- En espectáculos públicos, en impuestos al vicio...
- ¡¡Calla!!
- ¿De qué manera sinó encontraré el dinero que busco?
- De la manera callada que dice el Evangelio, sin que la izquierda sepa lo que hace la derecha, de la manera que gráficamente expresaba Santa Teresa, cuando decía: «Los pobres verdaderos no han de hacer ruido, gente sin ruido ha de ser.»
- Pero ¿cómo lograr el oro que es mundano sin contentar a los del mundo?
- Decía la misma Santa a sus pobrísimas hijas:

«No penséis, hermanas mías, que por no andar a contentar a los del mundo os ha de faltar de comer.»

—Las santas saben muy poco de las cosas de la tierra.

—Pero saben mucho de las cosas de la Divina Providencia, olvidadas o no aprendidas por vosotros.

—Vivimos tiempos en que todo se ha de proveer, ordenar, reducir a sistemas definidos, hasta la misma caridad debe ser organizada...

—¡Palabras! ¡palabras! ¡palabras! Tanta previsión y tanto ordenamiento, tantos sistemas y tantas organizaciones; no son caridad, son tañido de campana sonora, son ruido; la caridad es suave como las cosas del corazón; es dulce y silenciosa como las cosas del espíritu; es benigna y es ingénua...; es efectiva, quiere ¡obras, obras! Por eso aquélla santa, tan santa, que si mucho sabía de las cosas del cielo, sabía también mucho de las cosas de la tierra, pero vistas a la luz del Evangelio, decía: «Que enseñen más con obras que con palabras».

—Hermosa lección para las gentes de hoy, que tergiversan el sentido de la caridad o llevan siempre a sus hermanos en la boca, pero no en el corazón.

LUIS ALMARCHA HERNÁNDEZ

Chantre de Orhuela y Director de *La Lectura Popular*.





Enseñanzas políticas de la Reformadora del Carmelo.

Con el título «Enseñanzas de Santa Teresa», publicó *El Siglo Futuro* (15 de octubre de 1897), este precioso artículo:

I

Aquel Fray Juan de la Miseria, lego de la descalcez carmelitana, a quien cupo la honra de retratar a Santa Teresa, fué, según todas las señas, tan gran siervo de Dios como mediano pintor, y refiérese de la Santa Madre, que, al ver el retrato del lego, le dijo con su natural viveza y donaire:

—Dios te lo perdone, Fray Juan, que me hiciste padecer aquí lo que Dios sabe y al cabo me has sacado fea y legañosa.

Con razón se quejó el docto Padre Ribera de que el Padre Gracián no buscase para retratar a la Santa al mejor pintor que había en España, de lo cual se disculpa el Prelado alegando que lo hizo *por mortificarla*.

Que fué sano propósito y fecundo en resultados, pues merced a él no sólo resultó mortificada aquel

dechado de mortificación y penitencia, sino todos los amigos y entusiastas de Santa Teresa, que son cuantos tuvieron y tienen noticia de sus empresas y sienten una chispa siquiera del santo temor de Dios.

Pero consolémonos con aquellas palabras que el Maestro Fray Luis de León puso en el prólogo de la *Vida de la Santa*, tan sabias y discretas como las más inspiradas de nuestro clásico:

«Yo no conocí—dice—ni ví a la Madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra; más agora que vive en el cielo, la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que dejó de sí, que son sus hijas y sus libros...»

Y puesto que uno de los retratos que *dejó de sí* la Santa, que son sus hijas, está santamente escondido a las miradas del vulgo, no hay sino echar mano en el día de la fiesta de la insigne avilesa, gloria de España y honor singular de su sexo, del otro retrato, que son sus libros.

Y puesto que nosotros, católicos y políticos, no escribimos, ¿ni cómo podríamos hacerlo? para los que apartados del mundo eligieron la mejor parte, como María, sino para los que, en el hervor del siglo, quieren seguir la bandera de Jesucristo y salvar a España salvándose a sí propios y a los suyos, nada más justo y oportuno que refrescar hoy nuestro corazón con las enseñanzas políticas de la Reformadora del Carmelo, que, para dicha nuestra, también ella fué política y escribió. Su programa de buen gobierno, e inspirada de Dios, dejó trazado el camino para

los que quieran servir a nuestro Rey y Señor Jesucristo, único Rey que no engaña, ni se acomoda con la injusticia, ni se muere, ni deja de recompensar largamente a los que, confesándole de palabra y obra ante los hombres, fueron soldados de su Santa Causa en esta vida.

II

Un corazón generoso y despegado de las cosas de la tierra, que busque primero todo el reino de Dios y su justicia, y en vida quiera seguir aquella política y conducta que desearía haber seguido a la hora de la muerte, no podrá menos de sentirse fuertemente emocionado al leer en el libro de su vida estas palabras de Santa Teresa:

«Bienaventurada el alma a la que el Señor la trajese a entender verdades. ¡Oh, qué estado éste para los Reyes! ¡Cómo les valdría mucho más procurarle que no gran señorío! ¡Qué rectitud habría el reino! ¡Qué de males se excusarían y habrían excusado! Aquí no se teme perder vida ni honra por amor de Dios. ¡Qué gran bien éste para quien está más obligado a mirar la honra del Señor, que todos los que son menos, pues han de ser los reyes a quien sigan! Por un punto de aumento en la fe y de haber dado luz en algo a los herejes, perdería mil reinos y con razón: otro ganar es un reino que no se acaba, que sólo una gota que gusta el alma de esta agua de él, parece asco todo lo de acá. Pues cuando fuere estar engolfada en todo ¿qué será? ¡Oh Señor! Si me dié-

rades estado para decir a voces ésto, no me creyeran—como hacen a muchos que lo saben decir de otra suerte que yo—mas al menos satisfaciérame yo.»

¡Qué regaladas palabras y cómo penetran en el corazón y calman las dudas y aquietan las angustias y son bálsamo y consuelo en las más crueles heridas, que son las heridas y defecciones y cansancio de los que con nosotros estaban y no eran de los nuestros!

Proclamémoslo a los cuatro vientos; nosotros que tenemos estado para decir a voces esto, pues nuestra condición de periodistas católicos a ello nos obliga; que si no servimos para eso ¿para qué servimos?

Por un punto de aumento en la fe; por cuanto atañe al servicio y honra de Dios nuestro Señor; por no quebrantar sus santos mandamientos, por no consentir ni tolerar lo que Él no permite que se consienta ni tolere, han de estar determinados los reyes que están más obligados a mirar la honra del Señor, a perder mil reinos, y con razón. Y si se pierden por mantener incólumes los derechos de la verdad, ¡bendita pérdida!, que no importan todos los reinos del mundo, lo que importa la más pequeña ofensa a Dios, ni vale el universo entero lo que una sola gota que gusta un alma de esta agua de Él.

¡Intransigencia e intolerancia funestas! gritan los oportunistas y los que, cansados de pelear, les hacen coro.

Y es verdad.
Son la intolerancia e intransigencia que pusieron en labios de Carlos V aquella sublime respuesta

suya a los Principes alemanes que le ofrecían su ayuda contra el turco a cambio de la libertad religiosa.

—Yo no quiero reinos tan caros como esos, ni con esa condición quiero Alemania, Francia, España e Italia, sino a Jesús Crucificado.

Son la intolerancia e intransigencia que inspiraron aquellas letras de Felipe II al gran Comendador de Castilla, sobre los asuntos de Flandes.

—Diréis a Su Santidad, que, antes de consentir la menor cosa en perjuicio de la Religión y del servicio de Dios, perderé todos mis Estados, y hasta cien vidas que tuviera por que no quiero ni pretendo ser soberano de herejes.

Y fué estos fueron tales arranques de fervor para la causa de la herejía que estrelló en nuestro suelo bendito; pero nunca fué España tan grande ni temida como cuando, identificados con el sentir del verdadero pueblo español, fueron sus reyes brazo armado de los derechos de la verdad.

III

Para estos miserables tiempos en que tantas gentes miran más al provecho y a la cantidad que a la honra y a la calidad y antes de comenzar un camino, son muchos los que preguntan si es corto y fácil, sin parar mientes en si es el único camino que conduce al término deseado, aunque sea largo y penoso, parece escrito aquel primer capítulo de *Camino de Perfección*, tan lleno de santas enseñanzas y advertencias.

«Venida a saber los daños de Francia de estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta, fatiguéme mucho y como si yo pudiera algo, si fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Paréceme que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que vía perder. Y como me ví mujer y ruin, imposibilitada de aprovechar en nada el servicio del Señor, *que toda mi ansia era y aún es que, pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos, y así determiné hacer ese poquito que yo puedo y es en mí*, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiere y procurar estas poquitas que están aquí hiciesen los mismo...»

¡Qué hermoso programa de partido a la mayor gloria de Dios! En él se condenan las vanas empresas de los que piensan servir al Señor achicando de tal manera la doctrina católica, que dentro de ella quepan holgadamente toda casta de herejes e impíos, llámense protestantes, liberales, masones o excépticos. Como si el remedio del mundo hubiese venido alguna vez de esas apostasías vergonzosas que atan la lengua y cruzan las manos; son ya muchos los que, *pues Cristo tiene muchos enemigos*, no quieren singularizarse de contrarios y hacen lo posible para ponerse al nivel de ellos (hasta que para su desdicha lo consiguen) predicando a todas horas prudencia de la carne, silencio culpable y templanza, que es cobardía.

¡No, y mil veces no! y hora es ya de sacudir esa vergonzosa tiranía, venga de donde viniere, y que toda

nuestra ansia sea, *pues el Señor tiene tantos enemigos en la política y tan pocos amigos, que esos sean buenos* y merezcan nombre de tales. Y puesto el corazón en El, y sin mirar atrás para no ver los que ceden y caen a derecha e izquierda y abandonan el camino seducidos por esperanzas que fallan, y que si se lograrán, serían nuevo y mayor tormento; pues sólo la verdad de Jesucristo, generosamente aceptada y defendida pueden hacernos salvos y libres; *haga cada uno ese poquito que pueda y es en él*, a imitación de Santa Teresa, como si de cada uno en particular dependiese la salud de la sociedad y el advenimiento del reinado social de Jesucristo.

Después de lo cual, de sobra sabemos que somos siervos inútiles.

Ibamos a firmar este artículo, cuando abrimos las Obras de la Santa por el libro de las *Relaciones*, y topamos con estas palabras de la Relación tercera, verdadero despertador de dormidos y alivio y sobremesa de caminantes. No son palabras de la Santa Madre, son de Cristo Nuestro Señor, divina glosa de aquéllas otras que dijo Jesucristo a sus Apóstoles, *que no ha de ser más el siervo que el Señor*:

—Cree, hija, que a quien mi Padre más ama, da mayores trabajos y a estos responde el amor.

¿En qué te lo puedo más mostrar que en querer para tí lo que quise para mí? *Mira estas llagas, que*

nunca llegarán aquí tus dolores. Este es el camino de la verdad.

Y pasarán las generaciones y se hundirán en la fosa del olvido los partidos que escarnecen y mutilan la verdad, y serán víctimas del desprecio universal, los que predicán un catolicismo sin lucha, una redención sin sacrificio y un cielo sin trabajos; y los apóstoles de malas causas se agitarán en el vacío, tratando de concertar y soldar lo que no puede soldarse ni reconciliarse, y, sobre todas esas desventuras, perdurará la palabra de Cristo a su amantísima esposa e insigne compatriota nuestra:

Este es el camino de la verdad.

Y todos los otros son caminos de mentira, aunque salgan fiadores de ellos los grandes, los poderosos, los sabios, los que ejercen jurisdicción y señorío... ¡Aunque un ángel bajado del cielo predicase las glorias y venturas de ciertas apostasías políticas, de las miserias y flaquezas de aquéllos que vuelven la espalda a la Cruz, cansados del Calvario!

CRISTÓBAL BOTELLA





PANEGÍRICO

que

de la gloriosa y Seráfica Doctora

SANTA TERESA DE JESÚS

predicó en la Santa Apostólica Iglesia Catedral de Ávila el día 15 de Octubre de 1882, el Licenciado Sr. D. Jacinto Bueno Pérez, Canónigo Magistral de la misma.

*Habebo claritatem ad turbas, in
conspectu potentium admirabilis ero,
et memoriam aeternam his, qui post
me futuri sunt, relinquam.*

*(Sapientie Capite VIII. Versiculis
10 et sequentibus).*

Tendré gloria entre las gentes, seré admirable a los ojos de los poderosos, y dejaré eterna memoria a los que han de venir después de mí.

(El libro de la sabiduría al Capítulo VIII. Versículo 10 y siguientes).

¿Qué es esto, excelentísimo Prelado, respetable Cabildo, venerable clero, auditorio todo cristiano y católico? ¿Qué es esto, hijos privilegiados de Ávila y habitantes de esta noble ciudad? A vosotros, a vosotros es a quien principalmente me dirijo, al hacer yo

esta pregunta, ¿qué es esto? Qué, ¿no llama vuestra atención una particularidad en este día? ¿No hay alguno entre vosotros, que preocupado por una religiosa sorpresa, esté diciendo allá en el interior de su corazón, cómo, cómo es que el año pasado, en el segundo centenario de la muerte de nuestro eminente literato don Pedro Calderón de la Barca, celebrado con toda magnificencia en este suntuoso templo, vimos en ese centro una lúgubre tumba. vestidos los Ministros sagrados de ornamentos tristes y de luto, colgado ese santo púlpito de un paño negro; y hoy, tercer centenario de la muerte de Teresa de Jesús, en vez de ese catafalco, en que parece se sienta como con majestad la Parca, para abatir con su planta poderosa todas las grandezas del mundo y todas las vanidades del siglo; en vez de esos adornos y velos de tristeza, que no traían a nuestra alma sino recuerdos de desolación y de amargura, y en vez de aquel aparato de ceremonias, que no producía en los ánimos del inmenso concurso, que a él asistía, sino un fúnebre espectáculo; cómo es, repito, que hoy, tercer centenario de la muerte de Teresa de Jesús, no vemos nada de eso que inspire dolor, duelo ni tristeza, sino por el contrario, todo es lujo, todo alegría, todo gozo, todo como victorias y como triunfos sobre la misma muerte? ¿Cómo es que la santa Sión, la ciudad del Santo, que aquel día estaba adornada por todas partes de adornos fúnebres, como llorando la muerte de aquel hombre ilustre, cómo es, repito, que hoy, despojándose de aquéllas lúgubres vestiduras, se enga-

lana con todos los vestidos de su gloria, como alegrándose de la muerte de nuestra Santa? ¿Qué es esto, excelentísimo señor? ¿Qué es esto, auditorio católico? Ah! es que de la eterna suerte de nuestro Calderón, como os dije el año pasado, no estamos enteramente seguros, y de la de Teresa sí; es que las oraciones, las ceremonias y ¡la santa Misa que aquel día se hacían por aquel hombre eminente, se dirigían todas a implorar de Dios perdón y misericordia para su alma, y las que hoy emplean la Iglesia y sus Ministros, se encaminan todas a glorificar al Señor, que tan admirable se ostenta en nuestra Santa, también ya glorificada; es que la muerte, que en aquel célebre hombre hizo ostentación de su poder, dando al mundo un testimonio de su nada, en Teresa ha respetado sus huellas; y si aniquiló, como en todos, esta existencia efímera, labró también con su misma mano destructora otra existencia eterna, esculpiendo en las columnas de la santa Jerusalén sus acciones heroicas, canonizadas ya por el oráculo infalible de la Iglesia. Sí; Teresa, señores, no ha muerto como mueren los hombres célebres del mundo; el día de hoy, hace trescientos años, fué el principio de la vida de aquel ser inmortal y privilegiado. Pasarán siglos y siglos sobre los tres que han pasado; habrá mil revoluciones, cambiarán las dinastías, se destruirán los imperios; desaparecerán como el humo las fortunas más brillantes; se disiparán como un sutil vapor los honores, las dignidades y distinciones de los héroes más memorables; se concluirán con el tiempo el nombre y la fama de

todos esos que, por su ciencia, por su valor y posición social, tanto ruido han hecho en las diferentes épocas, porque todo esto es obra del mundo, y todo lo que es obra del mundo, desaparece con la muerte como un fantasma y se pierde en la noche del eterno olvido; la memoria de Teresa permanecerá siempre; su celebridad y su recuerdo pasarán de generación en generación eternamente, porque Teresa, con sus virtudes, constituyó en gran manera a la mayor gloria de Dios, y Dios, en recompensa de ello, ha impreso en la historia de su vida un sello de duración perpetua.

Para elogiar, pues, a nuestra gloriosa Santa, no tomaré yo adornos de esas acciones y esas prendas que, ante los ojos de los hombres, son una gran realidad y una gran cosa, y que ante los ojos de Dios, no son sino una vanidad y una nada, no, señores; lo que hoy ha de engalar el panegírico de Teresa, ha de ser aquéllo que consagra la religión y que recomienda a la piedad, lo que tal vez en el siglo se desprecia como una puerilidad, pero que en el cielo vale mucho como de gran mérito. Así, pues, fijando mi proposición, digo:

Que las virtudes de Teresa, todas en grado heroico, y su vida ejemplarísima, lo mismo en el siglo que en el claustro, son las que la han adquirido esa nombradía que tiene entre las gentes, las que la han hecho admirable a la vida de los poderosos y las que la han granjeado esa memoria eterna que ha gozado para con toda la posteridad que ha pasado ya y que gozará para con todas las generaciones que

han de venir después de ella; *habebó claritatem ad turbas, in conspectu potentium admirabilis ero, et memorian eternan his, qui post me futuri sunt, relinquam.* Tengo indicado mi pensamiento.

Para desenvolverle con gloria de Teresa y con fruto de nuestras almas, pidamos a su Esposo Jesús las luces celestiales que ella tuvo, y para que nos las conceda, interpongamos la poderosa mediación de aquélla Inmaculada Madre de la Caridad, Madre por naturaleza de Jesús y Madre por adopción de Teresa y también nuestra; saludándola todos con filial afecto y diciéndola humildes, postrados y reverentes con el Angel, *Ave María.*

*
* *

EXCELENTÍSIMO E ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Al dar principio yo al panegírico de Teresa me ha parecido muy oportuno empezar diciendo en boca de nuestra Santa, lo que de sí mismo decía el más sabio de los reyes; *pes meus ambulavit iter rectum a juventute mea, et zelo zelatus sum bonum;* mis pies han andado desde mi juventud por el camino recto del Señor y el celo por el bien me ha decorado siempre.

Con efecto, señores. Teresa desde su tierna niñez dió pruebas de esta rectitud de corazón, y avanzando en la práctica del bien, cuando en otros no se ha desarrollado todavía la razón, empezó a correr como un gigante en la carrera de la virtud, por donde suelen

concluir los espíritus más elevados y más sublimes. A los siete años de su infantil edad, busca ya como un ejercitado anacoreta la desierta soledad, para ganar allí las dulzuras de la gracia, y empleando su talento, aquel talento que poesía, claro, perspicaz y precoz, en leer las vidas de los Mártires, entra en vivos deseos de ofrecer a su Criador el sacrificio costoso de su vida, como los más grandes atletas de la fe. España, en el siglo XVI, no era país a propósito para consumir este agradable holocausto, porque la Iglesia aquí disfrutaba entonces de una verdadera paz; pero ahí cerca está el Africa, decía ella, exhortando a su hermano Rodrigo, ahí cerca está el Africa, donde podremos, si no hacer triunfar la fe de Dios, satisfacer al menos nuestros ardientes deseos; y con efecto, Teresa sale de casa de sus padres y se dirige al Africa en busca de su deseado sacrificio; *Christum datura aut sanguinem.*

Más, ¿adónde, adónde vas, tiernecita niña? ¿Adónde te encaminas, Teresa de Jesús? Qué, ¿piensas que el África es el teatro destinado a tus combates y el campo de honor donde una espada ha de ceñirte la corona? Detente, detente, honra y gloria de Avila, no des un paso más adelante, porque Dios ha aceptado ya tus generosas intenciones, pero no, no quiere admitir el sacrificio de tu martirio; te destina a otras guerras más crueles y te prepara otra corona más gloriosa: sí; las persecuciones que has de sufrir, las mortificaciones que has de tolerar y hasta el mismo divino amor que has de profesar a tu Esposo Jesús, vendrán

a ser unos verdugos que han de labrar en tí un martirio, si no tan cruento, al menos más prolijo.

Con efecto. El Angel tutelar, a quien estaba encomendada la gloria del Carmelo, inspira a Teresa estas determinaciones del cielo, y si no va ya a Marruecos a confundir con su palabra al estúpido mahometismo y a fecundizar con su sangre el campo de la fe, la casa de sus padres es el augusto templo, donde todos los días se ofrece a su Criador en víctima y en holocausto. Don Alfonso Sánchez de Cepeda y doña Beatriz Dávila y Ahumada, tan piadosos como hidalgos, no había un día en que no dieran a sus hijos lecciones de virtud, y aunque ésta no se hereda con la sangre, no hay duda que su esmerada educación contribuyó extraordinariamente a formar aquella tierna planta, que después tanto se robusteció y tan ricos frutos dió a la Iglesia y al Estado. ¡Ah, y qué ejemplo, padres de familia, qué ejemplo el de los padres de Teresa tan digno de imitar! ¡Qué cierto es que no bastan los buenos instintos de la naturaleza, ni tampoco las buenas leyes de los códigos, sino que la educación, como decía el grande orador de Roma, Cicerón, la educación es la que hace, no sólo buenos observantes en cualquiera religión, sino también hasta buenos ciudadanos en cualquiera de las repúblicas; *non bona indole non bonis legibus, sed bona educatione boni cives procreantur.* ¿Tenéis, pues, hijos? educadles como os aconseja el Espíritu Santo, educadles bien desde su niñez; *fili tibi sunt? erudi illos a pueritia illorum;* porque si en su niñez



se vician, se inocularán los vicios hasta en sus huesos, y con ellos dormirán en el sepulcro; *ossa eorum implebuntur vitiiis, et cum eis in pulvere dormient.* Un poco de descuido en los padres de Teresa hubo de hechar a pique la inocencia de esta niña, que como ella misma dice, no estuvo más que dos dedos del precipicio. ¡Ah, y qué delicadas son las obras de la gracia! ¡En qué poco tiempo y con qué facilidad se marchitan las flores de una primavera que promete! Sí; apenas la niña Teresa, descuidada y distraída un poco, empieza a gustar el néctar de ciertas conversaciones, cuando ya se resfría en ella aquel gran fervor que ardía antes de virtud. La que había hecho un claustro de retiro la casa de sus padres, ya busca la sociedad; la que poco ha no quería trato sino con Dios, ya quiere mezclarse en el mundo, y olvidada de la eternidad, que la ocupaba siempre, ya no habla sino del tiempo; la que antes tenía todo su placer en leer las vidas de los Santos, ya después no encuentra gusto sino en la lectura de novelas, de romances y de fábulas; digámoslo de una vez, Teresa inocente, devota y Santa, es ya una mujer cualquiera, una mujer vulgar y común.

¡Ay padres de familia... y qué lección tan terrible! Una niña formada puede decirse en la perfección, se deja arrastrar de un mal ejemplo, y una joven, un poco libre, parienta suya, es bastante para borrar en ella todos los buenos sentimientos de virtud, y para inspirar en su corazón las corrompidas máximas del siglo; y luego decís vosotros que conviene que vues-

tros hijos conozcan en su juventud al mundo para que, desengañados de lo que es, se consagren después mejor a servir a Dios: no, no es esto una verdad; es una máxima reprobada por todos los ascéticos. Rara vez sucede tener ese conocimiento del mundo, sin que después cueste caro el haberle conocido, y esta experiencia se compra siempre a mucha costa. Las primeras impresiones son muy fuertes y suelen dejar en nuestro corazón surcos muy profundos: las primeras amistades, las primeras conversaciones y los primeros tratos, suelen enseñarnos lo que no se olvida jamás, y desengañáos, que por más que uno se violente en destruir aquellos malos hábitos que se adquirieron en la niñez, generalmente sucede, salva alguna rara excepción, que son inútiles los esfuerzos más heroicos e infructuosas las más decisivas resoluciones: *adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea.* ¿Y qué importa, señores, qué importa que después digan, pues este niño era de buena índole, esta niña era de buen natural, eran de buenos instintos, eran de favorable disposición? Nada, señores, nada, porque esa buena índole se ha pervertido por el mal ejemplo; nada, porque ese buen natural se ha inutilizado por la iniquidad prepotente; nada, porque esos buenos instintos y esa favorable disposición han desaparecido por una segunda naturaleza. Así, pues, padres de familia, velad mucho por la buena educación de vuestros hijos, porque si sois con ellos descuidados, condescendientes y tolerantes más de lo que debéis, las malas compañías, los malos

libros y los malos tratos, serán otros tantos escollos para que caigan en el pecado, y si caen, no sé yo si después de su caída tendrán valor bastante para levantarse, como se levantó nuestra gloriosa Santa.

Con efecto. Unos penetrantes rayos de luz divina hicieron a Teresa ver muy pronto el peligro del abismo a que había estado avocada, e inquieto su corazón por volver al centro, que gozaba antes de reposo, no descansaba día y noche, para ver de encontrar a su Dios, a quien le parecía haber perdido para siempre. ¿Véis cómo un viajero, abrasado por los ardores del sol en un día de agosto, desea encontrar una fuente para refrigerar la ardiente sed que le devora? Pues así Teresa, devorada por la inquietud de si había o no perdido a su Dios, busca ansiosa la fuente de la gracia, para dar en ella algún refrigerio a su alma. ¿Qué, Señor, decía ella, te habré perdido? Y si te he perdido, ¿te encontraré, Señor? Ah, duda temible, señores, duda temible ésta, que producía en la mente de Teresa la más violenta perplejidad y que agitaba de continuo a su convulso espíritu. ¡Incertidumbre angustiosa que abría en su corazón la más profunda llaga y que arrancaba de él los más tiernos suspiros! Pequeña infidelidad la de haber sólo cobrado un poco de amor al mundo, pero infidelidad, católicos, que no sirvió sino para hacer a Teresa más fiel en adelante! ¡Tropiezo ligero, a cuyo recuerdo solo se estremecía y temblaba, pero tropiezo, que no la hizo retroceder en el camino de la virtud, sino que, por el contrario, la hizo adelantar en él, expiando con rigurosas mor-

tificaciones y con inauditos suplicios aquella pequeña falta. Ah, niña inocente! ¿Y qué, qué hubieras hecho, si, como nosotros, hubieras empleado toda o la mayor parte de tu vida en seguir las vanidades y las locuras del mundo? ¿Qué hubieras hecho, si, como nosotros, hubieras gustado solo de diversiones poco lícitas y de espectáculos peligrosos? ¿Qué hubieras hecho, si, como nosotros, hubieras dejado al mundo, cuando el mundo más bien te hubiera dejado a tí, reservando para Dios las reliquias y los despojos que no quisiera el mundo? Pues así, católicos, en esta vida penitente se ejercitó Teresa en casa de sus padres desde los siete años a los catorce, a cuya edad entró de educanda en el convento de las Angustias de esta ciudad, donde se robusteció aquel fondo de inocencia, aquélla buena aptitud de corazón, aquélla docilidad de espíritu, aquel amor a la penitencia y todas aquéllas buenas gracias, de que, como dice ella, la dotara con prodigalidad la misma naturaleza.

Pero todo esto, católicos, todo esto para Teresa es poco; todo esto lo cree muy insuficiente esta niña para expiar aquellos extravíos, que, abultando ella en su imaginación, le parecían muy graves, y que yo, pesándolos en la balanza de la justicia, nunca me atreveré a calificar sino de muy leves; así, pues, no se contenta con ofrecer a Dios las primicias de su vida, colmadas con los abundantes frutos de una rigurosa penitencia, sino que quiere darle por completo todo lo que es, y para realizar un voto de supererogación tan alta, se resuelve a dejar al mundo y abrazar el

estado de Religiosa. Más, cuál, católicos, cuál sería la repugnancia y la resistencia que en sí sentiría Teresa al concebir semejante resolución? Ah! ella misma dice que ninguno acaso ha tenido más aversión al claustro, y que, con sólo pensarlo, se estremecían todos sus huesos, y que luchaban unos con otros, como si quisieran salir de sus posturas y sus articulaciones. Sin embargo, como para Teresa no hay dificultad que sea insuperable, vence también ésta, venciendo a sí misma, y tomando el hábito en el convento de las Carmelitas calzadas de esta ciudad. Ah! dichosa ciudad de Avila, dichosa y mil veces afortunada, pues que no eres ya solamente madre y cuna de esta mujer extraordinaria, más eres vergel también de una oliva preciosa que tantos retoños ha de brotar y tan ricos frutos ha de producir. Bien puedes decir, antigua ciudad de Caballeros; bien puedes decir que, al dejarse ver sobre éste tu horizonte el hermoso astro de Teresa, quedaron oscurecidos todos tus nobles títulos, eclipsados tus gloriosos emblemas, olvidados todos sus brillantes recuerdos. Ah! convento de la Encarnación; y qué ideas tan gratas excitas en mi reminiscencia, al ver yo desde aquí, con los ojos de mi espíritu, los muchos milagros, prodigios y portentos que en esa tu localidad obrara el Señor con su sierva Teresa, y de que son testigos tu coro, tu locutorio, tus paredes y tus claustros! Vamos, pues, cristianos, vamos al convento de la Encarnación todos a contemplar allí a este Serafín encarnado, que es la admiración, no solo de los hombres, sino también de

los mismos Angeles. Vamos a ensalzar allí las misericordias del Señor, que hace en ésta su criatura ostentación de todo su poder, y como alarde de toda su magnificencia. Vamos allí a darle gracias por los singulares favores con que distinguió a ésta su hija predilecta. Vamos a publicar allí, y desde allí a publicar en todas partes, que Teresa es un prodigio de la naturaleza, un milagro y un portento de la gracia.

¿Y qué os diré católicos, qué os diré yo de las virtudes de Teresa en el claustro? Ah! sus penitencias y mortificaciones fueron tantas y tales, que no pueden decirse sin el corazón estremecerse. Su cuerpo arrastra una pesada cadena; su oración continua, sus rigurosos ayunos y sus vigiliias diarias la ponen como a un enfermo en el último grado de languidez y de extenuación. Sus ásperos cilicios, abren en todos sus miembros profundas llagas y heridas, y para curarlas ¿sabéis qué medicina adopta? pues recostarse los pocos momentos de descanso, si es que descanso puede llamarse, sobre unos duros guijarros y sobre unas punzantes espinas. ¿Os parece esto mucho, católicos? pues todo esto para Teresa es poco, y cuanto más padece, más desea padecer. Mis pecados—decía ella—, han merecido un infierno, y sólo la bondad de Dios me ha podido librar de él; pues ya que aquí no padezca lo que allí había de padecer, justo y muy justo es que yo haga aquí en el tiempo lo que hubiera de hacer por toda una eternidad, si aquí por toda una eternidad viviera; o padecer, pues, siempre, o moría de una vez; *aut pati, aut mori*: este era católi-

cos, éste era el lema de Teresa; ésta era su divisa, ah! y qué lema tan heroico, qué divisa tan gloriosa. Tobías, afligido en su cautividad, pedía a Dios con lágrimas que le quitara la vida, porque en semejante desgracia, decía él, le era mejor morir que vivir; *expedit mihi magis mori quam vivere*. Elías, patriarca de la Santa, conociendo el gran riesgo y peligro que corría su vida en la persecución de Jezabel, él mismo invoca y pide la muerte; bástame, decía, bástame haber triunfado de Acáb, y haber hecho degollar a los falsos profetas de Baal, arranca ahora, Señor, mi alma, porque no quiero vivir más; *sufficit mihi Dómine, tolle animam meam*. El esforzado Matatías, al ver la desolación del templo y los males que afligían a su Nación, exhortaba a sus hijos y a todos sus soldados a que se arrojaran con intrepidez a la muerte, porque mejor es morir, decía él, en el glorioso campo del combate que presenciar y sobrevivir a tamaña calamidad; *quia melius est nos mori in bello, quam videre mala Gentis nostrae*. Pero ¿qué más, señores? el modelo de la paciencia, el ejemplar de la rectitud, el pacientísimo Job, aquel hombre sencillo y recto de que dice el mismo Dios que no había semejante en la tierra, pues ese mismo, acosado por el dolor y por las muchas aflicciones que le inundan, que le causa tedio el vivir, y da libertad a su lengua para que se desate en razonamientos contra su propia vida; *taedet animam meam vitae meae, dimitam adversum me eloquium meum*. En todos estos hombres rectos, justos y santos, se echa de ver, católicos, se

echa de ver un no sé qué de debilidad que, no pudiendo hacerse superiores a los reveses y a las contradicciones de la vida, les hacía prorrumpir en deseos de la muerte; pero en Teresa no, señores; en Teresa no se oye ese language; Teresa no desea, como ellos, en sentido absoluto morir; desea en sentido disyuntivo o morir de una vez o de vivir, vivir padeciendo siempre; esto, señores, es más heroico, esto es más glorioso, esto es lo que se llama el apogeo de la gloria y del heroísmo. Vamos más adelante católicos, y dejando ya a Teresa como penitente, considerémosla en el ejercicio de otras virtudes.

Su obediencia en el claustro fué ejemplarísima. Teresa no tuvo nunca voluntad propia, porque jamás, jamás siguió otro camino que el que la marcaba Dios por medio de las superiores. Se la llamaba a la oración? Volaba, y allí se anegaba en el abismo de las meditaciones. ¿Se la mandaba descender a otros ejercicios de piedad? Lo hacía sin la menor demora. ¿Había que aumentar la mortificación? Teresa redoblabla la constancia. ¿Había que moderarla? Sacrificaba su propio amor. ¿Había que trabajar? Se preparaba a la fatiga; ¿había que padecer? Se determinaba a la paciencia; en una palabra, señores; Teresa estaba siempre pronta, siempre dispuesta a respetar y a obedecer a Dios, a quien veía en la superiora, que la mandaba, fuera quién fuera.

¿Y qué os diré católicos, qué os diré yo de la humildad de Teresa? ¡Ah! apesar de las eminentes gracias con que Dios la había enriquecido, tan lejos

estaba de creer que éstas fueran indicio de su virtud, que las tenía más bien por una prueba de su debilidad, pues que en su humilde concepto necesitaba de todos estos auxilios para no caer en el pecado y para no hacerse peor. En medio de sus grandes revelaciones y sus elevados conocimientos no tuvo necesidad, como el Apóstol del ángel de Satanás, que la humillara, porque, concentrándose siempre en el círculo pequeño de su nada, reconocía todos estos dones como puras gracias de la divina beneficencia de los que ella se reputaba por la más indigna de todos. Manifestándola Dios en sus éxtasis lo que debía de hacer para su mayor gloria, se humilla y se somete al dictamen de su Director espiritual, que la manda tenga estas inspiraciones por ilusiones de su imaginación, y a la más leve indicación que la hace éste su Director, arroja al fuego una rica y admirable composición, en la que había expuesto, como el mejor santo Padre el libro de los Cantares de la Sagrada Escritura. ¡Ah, Dios mío, y qué generosidad tan grande esta de Teresa. ¡Qué humildad tan profunda! perder en un momento un trabajo que tanto tiempo la había costado, y privarse a sí misma, privar a los fieles y privar a toda la Iglesia del interesante provecho que a todos podría proporcionar la explicación de un libro, que entre los canónicos, es acaso el más difícil de explicar; y esto, católicos, solo por obedecer a un confesor, ligero acaso e indiscreto; pero Teresa, señores, Teresa no raciocina; Teresa no vacila; Teresa no duda, cuando se trata de obedecer. Sabe con seguri-

dad que Dios la ha mandado dilucidar aquel libro; sabe también que Dios la manda obedecer al confesor; obedece a Dios haciendo aquella composición y obedece al confesor arrojándola al fuego: obediencia ciega, señores, obediencia ciega ésta de Teresa, pero obediencia que nacía de su humildad profundísima.

Nada os diré católicos, nada os diré de la pureza angelical de Teresa, porque su santa virginidad, a ejemplo de la primera de las Vírgenes, traspasando como dice San Ambrosio, las nubes, los aires, los cielos y hasta los mismos coros angélicos, en el seno del Padre encontró al Verbo Dios, y enamorándole con su rara hermosura, le hizo descender del cielo a la tierra y celebrar con ella los más castos desposorios. Nada os diré tampoco de su pobreza evangélica, porque Teresa, renunciando a todos los bienes que pudieran pertenecerla de sus padres, sabía bien que a quien Dios tiene nada le falta, y sentando aquel principio de que solo Dios basta, se hizo solemnemente pobre, y fué Fundadora, como sabéis, de innumerables conventos que profesan la más estricta pobreza.

Pero no quiero, católicos, no quiero dejar de hablaros de aquel amor que Teresa profesó siempre a su Dios; de aquel amor, señores, de aquel amor que era el principal carácter de nuestra Santa; de aquel amor que, sin que esto sea una hipérbole, era en Teresa tan vehemente, como el de aquel encendido Serafín que traspasó su corazón con un inflamado dardo ¿De dónde sino, católicos, de dónde os parece sino nacían

en ella aquellas llamaradas de fuego, que sentían con frecuencia en su interior y que la ponían casi a expirar? ¿De dónde aquéllos raptos y aquéllos éxtasis que experimentaba cuando se ponía a orar? ¿De dónde aquéllos arrobamientos extáticos que, despojándola casi de la materialidad de la carne, la transformaba en un seráfico espíritu, y que, haciéndola dejar las bajas mansiones de la tierra, la elevaban a las más altas regiones del Empíreo? ¿De dónde aquéllas tiernas quejas que en medio de sus desolaciones y arideces dirigía contra su esposo Jesús? ¿De dónde aquéllas santas impacencias, aquéllos vehementes deseos y aquéllas violentas convulsiones que la atormentaban terriblemente por ver a Dios? ¿De dónde aquélla generosa compasión que profesaba hacia los pobres pecadores, aquel santo celo y aquel fuerte conato por reducirse a Jesucristo? ¿De dónde aquéllas abundantes lágrimas que derramaban sus ojos al oír los estragos que hacía la herejía en Francia, en América y otros países? ¿De dónde, en fin, aquel trato íntimo y familiar que tenía con su Dios, y en el que Dios no sólo la comunicaba las impresiones, las delicias y dulzuras de su amor, sino que también, precipitándola en el inmenso abismo del infinito, le hacía conocer cuanto es posible a una criatura su esencia, sus atributos y sus más sublimes misterios? Pues todo esto, católicos, todo esto nacía en Teresa del amor entrañable que profesaba a Jesús, y el que hizo también decir a Jesús, como para manifestarla su fiel correspondencia: toda eres mía Teresa, y yo todo soy tuyo: Yo seré

celoso amante de tu amor, y tú serás celosa amante del mío; tú serás Teresa de Jesús, y yo seré Jesús de Teresa; tanto te amo, tanto te idolatro y tanto te quiero, que si hecho no hubiera el cielo y la tierra, por tí sólo creara el universo. ¡Ah, y qué dignación tan alta la de nuestra Santa! Ciertamente, cristianos, ciertamente que si exceptuamos a la Santísima Madre de Dios, ninguna criatura ha merecido tal honra; tan enamorado estaba Jesús de su querida Teresa, pero no lo estaba menos Teresa de su querido Jesús, pues desde este feliz desposorio el corazón de Teresa ardía en un volcán de amor, y fué necesario que un Angel le dividiera con un inflamado dardo para dilatar su inmenso cráter, y dar algún desahogo a sus violentas erupciones.

Pero Teresa, señores, no se contenta con amar ella así a su Dios, quiere inflamar a todos en ese mismo divino amor, y ved aquí, católicos, ved aquí lo que la impulsó a escribir esas primeras obras, que a la vez que asombran a los sabios, hechizan y emblesan a los santos. ¡Qué cosa tan rara, señores!, hablar, hablan muchas de las mujeres, pero escribir, lo hacen pocas, y las que escriben, escriben poco y regularmente mal; sólo Teresa, señores, sólo Teresa, escribe mucho y todo bien; pues que sus escritos pueden compararse con los de un Ambrosio, con los de un Jerónimo, con los de un Agustín y los de un Tomás de Aquino, acatándolos, por lo mismo, las Universidades más célebres, mereciendo por ellos la censura más brillante del tribunal santo de la Rota, el

título y la investidura de doctora, con la que honra el mismo Vaticano, y lo que es más, señores, sirviendo de texto con la misma santa Escritura en el célebre Concilio de Trento, para resolver las muchas y difíciles cuestiones que en él habían de discutirse. Y muy justamente, señores, porque en efecto; ¿en qué obras se describe una moral más sana, una enseñanza más sólida y una doctrina más profunda que en las obras de Teresa? ¿Cuáles hay que en su lenguaje, en su estilo y en su tono, muevan, persuadan y convencen de una manera tan eficaz como ellas? ¿Cuáles que encierren un espíritu y una unción que, con un no se qué de atractivo, arrastren en pos de sí a cualquiera que las lea? Ah, que en las obras de Teresa se echa de ver, como hoy dice la Iglesia, una inspiración celestial, sí; no hay justo, que en ellas lea, que no se justifique más y que no adelante en la justicia; no hay pecador, que con buenos deseos las maneje, que no se compunja y no se convierta; no hay hereje que de buena fe las estudie, que no renuncie a su error y a su herejía; y esto, señores, no es una ilusión ni una fábula, no; son hechos positivos, prácticos y públicos que se han visto en Alemania, en Austria, en Francia, en Inglaterra, en Italia y hasta en nuestra España; digo más, señores; yo tengo para mí, como cosa cierta, que las obras de Teresa mataron en su cuna al protestantismo del siglo XVI, y que le están matando hoy mismo, en el siglo XIX, en este siglo en que tantos esfuerzos están haciendo sus prosélitos para resucitarle y para extenderle por todo

el mundo. Mas, no; no me he propuesto yo hoy ensalzar el mérito de Teresa en su sabiduría, que fué verdaderamente extraordinaria; sin embargo, ya que, como por incidencia, he tocado con el Protestantismo y su escuela, no debo pasar en silencio un asunto que tan relacionado está con la vida, con los escritos y la reforma de nuestra gloriosa Santa.

La escuela nueva reformista que fundó en el siglo XVI el Doctor de Wittemberg, el monstruo de Sajonia, el apóstata de la Orden de San Agustín, el concubinario sacrílego de Catalina de Boré, el infernal Lutero, era señores, la escuela de descreer; era lo que se llama anarquismo religioso; era poco menos que el indiferentismo y la negación de toda religión, que si algo tenía de positivo, era el no creer nada. Acababa la Iglesia en aquel tiempo de extinguir hasta las cenizas de un horroroso cisma, que dividía a las provincias occidentales de Europa; y cuando disfrutaba de una paz octaviana y al parecer estable, entonces fué cuando aquel hombre tan impío como inmoral y tan orgulloso como revolucionario, apoyado por Enrique VIII de Inglaterra, por el Príncipe Langradve de Hesse, por los Duques de Saboya, de Ginebra y de Sajonia, cuya soberanía única y suprema se reconocía en la Iglesia por aquellos reformistas, entonces fué, repito, cuando aquel Genio diabólico, reuniendo facciones más o menos numerosas según la actitud, que encontrara en los incautos y mal prevenidos ánimos, pretendió en la Iglesia de Dios una reforma, que so color de un celo santo, trastornaba toda su disciplina

y hasta sus mismos dogmas. La Alemania toda, señores, la Francia, la Inglaterra, la Hungría, la Suiza, la Helvecia, la mayor parte de la Europa, cincuenta millones acaso de habitantes se hallaban sumidos en la herejía y los errores que pululaban por todas partes, conmovían el grande edificio de la verdad católica, que hubieran derribado sin duda, sino descansara sobre cimientos indefectibles. El principio de independencia religiosa se proclamaba en todos aquellos países, y a esta voz, que se acogía con entusiasmo, se introducía el derecho de libre examen, según el cual cada uno era competente para entender, para explicar e interpretar la Sagrada Escritura conforme a su propio juicio, resultando de aquí, como era lógico y consiguiente, la necesidad de tener que admitir en la palabra de Dios contradicciones innumerables, anómalas y monstruosas. Se negaba la autoridad de la Iglesia y se impugnaba su infalibilidad. Se confundía su jerarquía y se sentaba la jurisdicción del Romano Pontífice, como derecho sólo humano. Se despreciaban las decisiones de los sagrados concilios y a la venerable tradición no se daba ningún valor. Y no paraban, católicos, no paraban aquí las teorías repugnantes de aquellos hombres miserables, que en su proyecto ideal se propusieran hacer obra de los hombres la que fuera obra de Dios, porque variaban el culto que al supremo Hacedor tributaban todos los buenos creyentes; negaban el sacrificio de la Misa, la necesidad de los Sacramentos, la veneración de los Santos y sus reliquias, y también

el valor de las indulgencias; abolían el celibato, anulaban los votos monásticos, derogaban las leyes del ayuno, de la mortificación y de la abstinencia; en una palabra, señores, trastornaban por completo todo el sistema religioso, y so pretexto de una reforma santa, no pretendían sino introducir en la Iglesia de Dios el debate público, la anarquía, la confusión, la licencia, la herejía y el cisma. Aquí tenéis, católicos, aquí tenéis en compendio el programa de doctrina que presentaba al público la Iglesia de aquéllos reformadores; estas eran las tesis, que con tanta impiedad como desvergüenza se atrevió a defender en la Universidad de Wittemberg, el hijo espureo de Eislebi; tal era la propaganda que se proponía hacer aquel espíritu satánico, ya de viva voz, y ya también por medio de la prensa que, aunque no bien desarrollada todavía, era ya entonces como lo es hoy, una fuerza social, muy rápida y muy fuerte.

IV Y bien, señores; de una escuela así, que no enseñaba aquí sino la nada en la fe, y allá después un vacío en la esperanza, ¿qué máximas habían de surgir? Ah, aquellas, que eran muy naturales y muy lógicas; aquellas que están en oposición directa con lo que dicta la recta razón y el buen sentido en orden al bien moral y en orden también al bien social. El no creer nada, señores, es, como dije antes, lo que se llama anarquismo religioso, y del anarquismo religioso no hay más que un paso imperceptible al anarquismo social. Por eso, cuando a la religión se ataca en sus principios, la sociedad se transforma, y cuando se

combate la Iglesia, los Estados se hunden. Así sucedió entonces. A la voz de abajo la Iglesia, abajo el Papa, abajo la intolerancia religiosa, se oyó también decir, abajo la Autoridad, abajo el Magistrado, abajo la obediencia, y esta voz que, como una pequeña chispa, se encendió en el corazón de Alemania, se propagó como la electricidad y como un grande incendio por todos los países de Europa. Se proclamó la igualdad absoluta de Rousseau, el derecho de todos a lo de todos, el *jus omnium in omnia*, y a este grito, que tanto alegraba a las masas, sucedió lo que era muy lógico, la sedición, la desobediencia, la anarquía, el despotismo, el robo, el asesinato, el *bellum omnium in omnes*; la guerra de todos contra todos; se pronunció la impiedad en grande escala y la perturbación social se hizo general.

¡Ah, desgraciada Europa! ¿Y no habrá quién ponga un dique al torrente del mal que lo arrastra y que lo inunda todo? Sí, tened fe, hombres del siglo XVI; no os asustéis a vista de fenómeno que pone en espanto al mundo; no temáis en medio de esa horrorosa tormenta que, como diluvio universal, envuelve a todos en general cataclismo; sí, tened fe, no os asustéis, no temáis de vuestra sociedad, porque hay en esa misma Europa una valiente Judith, una esforzada Débora y una intrépida Jahél que desconcertará todos los planes maquiavelicos de los Jabines, de los Holofernes y los Sisaras; no temáis de vuestra Iglesia, porque hay en España una Lucrecia santa que, sin tener parte en el crimen, como la de Roma, vengará

la deshonra hecha por los Tarquinos soberbios a su inocente Esposo; no temáis de vuestra religión, porque hay en un rincón de Castilla una mujer sabia y fuerte, que a la voz destructora de la débil filosofía, sabrá oponer su voz poderosa y edificante, cuya voz, como la saeta de Jonatás, nunca yerra el tiro, y que, como la espada de Saúl, siempre vuelve victoriosa; no temáis tampoco de vuestra fe, porque hay en Avila, antigua ciudad de Caballeros, una Teresa Sánchez de Cepeda, Dávila y Ahumada, que en un tiempo, en que tanto triunfa el demonio por la multitud de infieles y de herejes, levantará pendón contra él, como decía el venerable Padre F. Luis de León, y le vencerá, y le postrará, y le hollará; ¿y cómo?, pues muy sencillamente, señores, oponiendo a la hipócrita e impía reforma de Lutero, la reforma justa y santa del Orden del Carmelo; de aquel Orden que contaba ya dos mil quinientos años de existencia, y que en sus leyes, en su disciplina, en su regla y en su primitivo fervor, se había relajado. Con efecto, señores, Teresa, a vista de la espantosa situación que ofrece el mundo, se para un poco y vió la tierra llena toda de vicios, vacía toda de virtudes; *aspexi terram, et ecce vacua erat*; fija sus ojos en el cielo de la Iglesia, y vió que por las tinieblas del error, la luz había faltado en ella; *aspexi cælum, et non erat lux in eo*; observa con detención el monte del Carmelo, y nota que su antiguo verdor se había en él agotado; *vidi Carmelum, et ecce exicatus vertex ejus*; é inflamada entonces con el doble espíritu de su patriarca Elías, funda la

reforma del Orden, poniendo su primera piedra en el Convento de San José de esta ciudad, el día 24 de Agosto de 1562. ¡Ah, día 24 de Agosto de 1562!, día antonomástico y solemne, que con solo articularle, recuerda ese acontecimiento grandioso que inmortaliza a Teresa y que forma en su historia la página acaso más brillante; día dichoso y feliz, en que Teresa asoma sobre este nuestro horizonte como un resplandeciente sol, y en que con los rayos que despide su brillante disco, ilumina a Avila y va a iluminar al mundo todo; día augusto y memorable, en que si un Bartolomé concluyó la carrera de su apostolado, llevando la fe a la Lircaonia, a la Albania, a las Indias, a la Armenia y a otras provincias del Asia, Teresa, por una coincidencia particular da también principio al suyo, llevando su misión con feliz éxito, y a pesar de todas las contradicciones, a Toledo y a Sevilla, a Salamanca y a Alba, a Medina y a Valladolid, a Palencia y a Soria, a Burgos y a Granada, a Málaga y a otros pueblos de España, pero ¿qué digo, a otros pueblos de España?, a todo el mundo, señores, a todo el mundo; si, pues que con el tiempo sus Institutos y sus doctrinas se extienden y se propagan por Francia y por Italia, por Alemania y por la Polonia, por el Asia y por la América, por todo el globo, señores, por un hemisferio y otro de la tierra.

112 No extraño, pues, católicos, no extraño ya que a Avila vengan como a un centro, Reyes y Príncipes, fieles de España y de fuera, a visitar con religiosa piedad la casa y la cuna de Teresa, a saludar con afec-

tuoso entusiasmo a esta mujer extraordinaria, a elevar con ardiente fe sus votos y plegarias a este Angel custodio y tutelar y a besar con profundo respeto este dichoso suelo que pisaron sus santas y virginales plantas; *venient ad eum omnes Gentes*. No extraño ya tampoco que afluayan a Alba de Tormes gentes de todas las naciones, personas de todas las edades, de todas las categorías y todas las clases, a postrarse humildes ante su sepulcro glorioso y a tributar sus religiosos homenajes a aquel corazón magnánimo; a aquel corazón, que, como el corazón de San Pablo, era un corazón de todos; a aquel corazón que, después de trescientos años, está brotando las espinas del Calvario, con cuya savia se alimentó siempre, y a satisfacer así el imperioso deseo que arde en los suyos de dar al mundo entero un testimonio irrefragable de su acendrada devoción hacia este prodigio de virtudes; *et erit sepulchrum ejus gloriosum*. Y no extraño ya, en fin, que en vista de todo esto, Teresa haya adquirido esa nombradía que tiene en todos los pueblos del orbe, que sea un objeto de admiración a los ojos de los grandes y de los sabios, que su memoria haya sido imperecedera en los trescientos años que han pasado desde su muerte hasta nosotros, y que permanezca inmortal desde nosotros a todas las generaciones que vengan: *habebo claritatem ad turbas, in conspectu potentium admirabilis ero, et memoriam æternam his, qui post me futuri sunt, reliquam.*

He concluido, gloriosa Santa. Perdóname, perdóname, si no te he elogiado cual te mereces. Eres muy

grande, y en las cosas grandes, como dice un poeta, empezarlas es muy bastante; *ardua prima via, et in magnis sat est cœpisse*. Yo he empezado solo; concluir tus merecidos elogios, ensalzar mejor tus eminentes virtudes y tributarte por ellas las justas alabanzas, que el mérito y la gratitud requieren y demandan, lo dejo para otra inteligencia más erudita, para otra lengua más elocuente y para otra pluma más bien cortada; *hæc fuerant, fateor, plectro meliore cænenda*.

Ah, y qué falta, señores, qué falta nos hacía en el siglo XIX un genio y un espíritu como el de Teresa de Jesús! en este siglo, que en su fisonomía y en sus fases presenta un aspecto muy parecido al del siglo XVI, en este siglo, que si es ciertamente un siglo de glorioso progreso porque ha resuelto problemas ocultos hasta aquí a los cálculos de la razón humana; también, también puede llamarse un siglo de vergonzoso retroceso, pues que con sus torpezas y sus aberraciones hace retroceder a la humnidad hasta a los siglos medios del obscurantismo y de la ignorancia. Pues qué ¿no es una verdad, señores, que hoy se atacan los buenos principios sociales, combatiendo con Espinosa y con Rousseau el principio de Autoridad, y defendiendo eso que se llama emancipación e independencía del hombre? ¿No es una verdad que hoy, conforme a las teorías de Prohudón, se invaden los derechos individuales de las personas o de las cosas, sin que el hombre honrado y pacífico pueda estar garantizado ni seguro ni en su casa ni

fuera de ella? ¿No se proclama hoy, como bandera de salvación, eso a que se da el nombre de socialismo, sin duda por antífrasis, porque ese es el mayor enemigo que la sociedad tiene, puesto que envuelve a la sociedad en todos los horrores, canonizando, como canoniza, el robo, el incendio, el asesinato y el suicidio? ¿No se levanta hoy contra la Iglesia de Dios una voz amenazante y destructora, no menos que la de los Calvinistas y Luteranos en el siglo XVI? ¿No se habla, no se escribe y no se dispara hoy en materia de religión, tanto como pudo hacerlo Lutero en Alemania, Calvino en la Suiza, Enrique en Inglaterra, Jordan Bruno en Italia, Voltaire en sus famosas sátiras y Rousseau en sus extravagantes cartas de la Montaña? ¿No se recapitula hoy en contra de la fé, de sus verdades y sus dogmas, cuanto de impío se ha dicho desde Cerinto y Ebión en el siglo I, hasta el Sínodo jansenístico Pistoya en el siglo XVII? ¿No es este un siglo, señores, escéptico, epicúreo y material en que, como en el siglo XVI, no piensan ciertos hombres sino en satisfacer las brutales pasiones de la sensualidad y de la molicie, sin reconocer más región que la del tiempo, ni nada más que un vacío y un caos para después de él? ¿No es éste un siglo en que, metalizados los hombres como en aquel, no tratan sino de saciar la hidrópica sed del oro esterilizando con agios y con usuras el costoso sudor del pobre, como esterilizan las langostas la fertilidad de los campos, valiéndome de la comparación que muy oportunamente empleó un célebre monarca nuestro,

que fué el señor Felipe II? ¿No es éste un siglo, en fin, en que, como en aquel, predomina una ambición desmedida, queriendo ciertos genios, como los gigantes de la fábula, escalar los cielos y arrancar de su trono al mismo Dios, para ocupar puestos que no les corresponden y privar de ellos a los que por justos títulos debieran ocuparlos?

¿Y qué remedio, señores, qué remedio nos queda, que pueda salvar a la sociedad de tantos males, que, como seguros síntomas, presagian su destrucción y pronostican su ruina? Pues uno solo, señores; uno solo y este es, acudir a las doctrinas salvadoras de Teresa, no hay otro. Pues bien; Teresa muerta, hace hoy trescientos años, nos está hablando todavía; *defuncta adhuc loquitur*: desde el cielo nos dice con elocuente voz, que solo la fe católica y la buena moral de ella, que solo eso es lo que puede salvar al mundo del irresistible torrente que le empuja y que amenaza sumergirle en sus ondulaciones. A las creencias, pues, religiosas y a las costumbres puras, que tanto brillaron en Teresa por sus virtudes y sus éxitos, a esas hay que asirnos si queremos que el mundo cambie de aspecto, y que al desorden que le envuelve en las calamidades y en los errores, substituya el verdadero orden, que es el que pone a los pueblos y a las naciones en la vía de las prosperidades y de las luces.

Ahora pues, habitantes todos del orbe, venid, venid todos a Avila a contemplar a Teresa, que tan conocida es en todo el mundo, lo mismo por sus


virtudes que por su ciencia. Venid todos a Avila a visitar la casa natal de ese gran personaje, cuyo nombre tanto suena, lo mismo que en España, en toda Europa y que tan celebrado es en el Asia como en el Africa, tan respetable en el hemisferio que pisamos nosotros, como en el que pisán nuestros antípodas. Venid todos a Avila a prestar el justo tributo y homenaje que se debe al heroísmo y al mérito, a la fortaleza y a la constancia de corazón, a la generosidad y la grandeza de alma. Venid todos a Avila a felicitar también a sus padres, Alfonso Sánchez de Cepeda y Beatriz Davila y Ahumada, tronco glorioso y fecundo, que germinó a esa palma prodigiosa, cuyas ramas se han extendido por todo el orbe para prosperidad de toda la Iglesia y para bien de toda la humanidad. Venid todos a Avila a honrar con vuestra presencia a esta dichosa ciudad, madre y cuna que ha dado a luz a este portento de la naturaleza y la gracia, que después de la Madre de Dios (permítaseme, si acaso es una hipérbole), no reconoce superior en la tierra; a esa mujer sabia y fuerte, que con santa envidia quisieran suya todas las naciones; a ese vergel de oliva fructífera que tantos retoños ha brotado de virtud y de santidad; a esa rara perla, a esa margarita preciosa, cuyo valor no puede graduarse en la balanza de la estimación humana, porque vale más que todo el oro de Ofir, más que toda la plata y todo el marfil de Tarso, más que todas las riquezas del Asia, más que todos los tesoros del Universo.

Y vosotros, hijos de Avila, felicidad también con-

migo a todos estos devotos peregrinos y forasteros; felicitadles conmigo y muy cordialmente en este día. *Dicite quoniam bené;* decidles conmigo, que han hecho muy bien en acometer la piadosa empresa de venir aquí, a dar al Orbe entero una prueba de su piedad y devoción hacia este prodigio del Altísimo. *Dicite quoniam bené;* decidles, conmigo que ha sido un magnífico pensamiento el suyo, inspirado sin duda por el cielo, para dar a la España del siglo XIX un testimonio solemne de su profunda adhesión a la santa Iglesia católica, a sus eternas verdades y a su inmortal Jefe, a quienes tanto afecto mostró siempre nuestra gloriosa Santa, y por cuya defensa diera ella mil vidas, si las tuviera, como ella misma decía. *Dicite quoniam bene;* decidles conmigo, que han hecho muy bien; pero decidles también, que algún día, y acaso muy pronto, gustarán el rico fruto de sus religiosas incomodidades y fatigas: *quoniam bene fructum adinventionum suarum comedent.*

Vamos pues, católicos, vamos todos a postrarnos con respeto y con humildad ante aquella gloriosa Santa. Vamos todos a pedirla por la prosperidad de todas las naciones, y muy particularmente por la de este reino de España, de quien es compatrona con la Inmaculada siempre María Santísima. Vamos todos a interesar a Teresa, a su Esposo Jesús y a aquella su Madre de la Caridad, para que unan a todos los pueblos en un mismo espíritu de fe y en un mismo sentimiento de amor de Dios, a fin de que, prosperando todos con verdadera paz de corazón espiritual y tem-

poralmente aquí en la tierra, todos lleguemos a disfrutar de aquella paz y prosperidad, que no se pierde nunca, en el reino eterno y dichoso de la Gloria. Amén.

LA SANTA DE LOS SERÁFICOS AMORES
EUCARÍSTICO  EUCARÍSTICA DE
SANTA TERESA DE JESÚS, por don Emilio
Labiche Martín, presbítero y beneficiado de la Santa
Iglesia Catedral de Avila.—Avila.—Tipografía y
administración de «Sucesores de A. Jimenez».—
1919.

Entre las virtudes más teresianas que en el mundo
de hoy debe celebrarse siempre con especial de
coración siempre el nombre del Padre Felipe Martín,
de la Sagrada Orden de Predicadores, y el cual, en
uno de veinte años de profesión religiosa, no dejó

de ser M. I. Sr. Arcellano de la Catedral de Avila.

potestades equitativas, todos lleguemos a disfrutar de aquella paz y prosperidad, que no se pierde nunca en el reino eterno y dichoso de la Gloria.

Añadido. Escudad la retórica en vuestras oídos, y sed para el Orbe entero una prueba de la dignidad de vuestros nobles y laboriosos. *Diuite quoniam deo; decidis* conmigo que ha sido un magnífico pensamiento el vuestro, inspirado sin duda por el cielo, para dar a la España del siglo XIX un testimonio solemne de su profunda adhesión a la santa Iglesia católica, a sus eternas verdades y a su glorioso Jefe, a quienes tanto el cielo como siempre nuestra gloriosa Santa, y por cuya defensa diere ella mil vidas, si las tuviera, como ella misma decía: *Diuite quoniam bene; decidis* conmigo que han hecho muy bien; pero decidis también que sigáis así, y acabad muy pronto, gustando el fruto de sus religiosas incomodidades y fatigas: *quoniam bene fructum adventurorum suorum concipiet.*

Vamos pues católicos, vamos todos a postrarnos con respeto y con humildad ante aquella gloriosa Santa. Vamos todos a pedir por la prosperidad de todas las naciones, y muy particularmente por la de este reino de España, de quien es comparable con la Inmaculada siempre María Santísima. Vamos todos a interesar a Teresa, a su Esposo Jesús y a aquella su Madre de la Caridad, para que envíen a todos los pueblos en un mismo espíritu de fe y en un mismo sentimiento de amor de Dios, a fin de que, prosperando todos con verdadera paz de corazón espiritual y tem-



UN LIBRO

DEL

P. Emilio Sánchez Martín. (1)

Con este título publicó don Juan Marín del Campo en *El Siglo Futuro* (15 octubre 1919), el siguiente artículo bibliográfico:

I

LA SANTA DE LOS SERÁFICOS AMORES EUCARÍSTICOS.—VIDA EUCARÍSTICA DE SANTA TERESA DE JESÚS, por don Emilio Sánchez Martín, presbítero y beneficiado de la Santa Iglesia Catedral de Avila.—Avila.—Tipografía y encuadernación de «Sucesores de A. Jiménez.—1919.»

Entre los varones más teresianos que en el mundo han sido, será celebrado siempre con extremos de mucha alabanza el nombre del Padre Felipe Martín, de la Sagrada Orden de Predicadores, y el cual, en más de treinta años de profesión religiosa, no dejó

(1) Hoy M. I. Sr. Arcediano de la Catedral de Avila.

pasar ni un solo día sin leer en las obras de la Santa Madre. Por lo cual se ha dicho de este escritor dominicano que sabía y conocía dichas obras mejor que la propia Santa Teresa de Jesús.

Vale, por tanto, por muchos el testimonio de este Padre cuando da fe del encendido amor de la Santa Madre al Santísimo Sacramento con las siguientes palabras:

«Brilla como estrella de primera magnitud en el cielo de la Iglesia Católica por su fe y por su amor al Sacramento del Altar la Mística Doctora Santa Teresa de Jesús. Sus obras y escritos abundan en pensamientos, mejor diremos, en sentimientos y afectos los más tiernos y encendidos hacia este misterio de amor...»

De esa fe heroica de la Santa Madre en la Presencia Real y de ese encendido seráfico amor con que amaba al Santísimo Sacramento (amor que era tan heroico como aquella fe) dan también testimonio algunos dichos verdaderamente sublimes de la propia santa, entre los cuales sacaré a colación y por vía de muestra, los dos siguientes:

Cuenta, pues, el clásico Padre Yepes que solía decir la Santa Madre que *«no tenía envidia a los que en esta vida habían visto y tratado con Cristo Nuestro Redentor; porque le parecía a ella que con los ojos de la fe le veía tan presente en el Santísimo Sacramento del Altar, que no le hacía falta cuanto a esto su corporal presencia, y muchos años cuando comulgaba, tenía tan viva esta vista de la fe como si viera*

«Entrar al mismo Señor corporalmente por su celda.»
(¡Qué fe tan heroica!)

Hasta aquí el Padre Yepes.

—Oid ahora estas palabras de la Santa:

—«Si no pusiera espanto en mi ánimo el pensamiento de poderle aquí perder, *preferiría estar de continuo y por toda la eternidad ante la Hostia Consagrada, que en la gloria viéndole y gozando de su presencia;* porque viéndole en la gloria nosotros nada le damos, lo recibimos todo; mientras que adorándole en el Sacramento, dámosle pruebas de nuestro amor».

(¡Qué amor tan grandel!)

Esa fe heroica de la Santa Madre en el Misterio de la Fe (*Mysterium Fidei*), y este encendido seráfico amor al Sacramento del Amor, son riquezas y amores que no pueden estar escondidos; porque si de las riquezas y de los amores de acá abajo canta un refrán castellano que

*los dineros y el amor
no se pueden ocultar,*

con mucha más razón se predica lo mismo y acontece, en efecto, con las riquezas celestiales y con la *locura* santa del amor de Dios.

Sí; aquella fe heroica de la Santa Madre en la Presencia Real, era antorcha de luz perpetua y esplendorosa; y aquel seráfico amor con que amaba día y noche al Santísimo Sacramento era hoguera indeficiente capaz de incendiar mil mundos.

Estaba, por tanto, muy puesto en razón que un

teresiano ilustre, gran conocedor no solamente de la vida seráfica y apostólica de Santa Teresa de Jesús y de todas sus obras, sino también de muchos otros peregrinos escritos tocantes y concernientes a la Santa Madre, haya acabado felizmente la gloriosa empresa de escribir en buen hora una vida eucarística de la incomparable Doctora Santa Teresa de Jesús.

Tal es el libro que ha compuesto el sabio teresiano y fervorosísimo Presbítero don Emilio Sánchez Martín, beneficiado de la Santa Iglesia Catedral de Avila.

II

Forman y hacen tan sabroso libro unas 500 páginas en cuarto menor y está dividido en tres partes.

En los 18 capítulos de la primera se contiene la referida historia eucarística desde sus comienzos y desarrollo al través de enfermedades y tentaciones, hasta que recibiendo la Santa Madre un día el Santísimo Sacramento, mereció ser místicamente desposada con Jesucristo nuestro Redentor.

En otros diez y siete capítulos, correspondientes a la segunda parte de la obra, se contiene la vida eucarística de Santa Teresa desde que la recibió en toda su plenitud y exuberancia, y en dicha parte se trata de las extraordinarias manifestaciones de esa vida divina de Santa Teresa delante del Santísimo, tanto al comulgar como cuando escribía sus obras inmortales.

Finalmente, en la tercera parte de este libro vemos

cómo con la famosa reformatión de la Orden Carmelitana emprende la apostólica Santa su apostolado eucarístico por la España del siglo XVI, convirtiendo los conventos que va fundando en centros de adoración continua al Santísimo Sacramento y centros también de comuniones y adoración que siempre mantienen y fomentan los religiosos observantes profesos de la Descalcez carmelitana. Y después de recibir al Señor por Viático, muere por fin la Santa en un impetuoso arrobamiento de amor eucarístico. ○

67: Muy gallardamente ha acabado el autor su teresiana empresa, pues después de haberse engolfado en la lectura y relectura de todos los escritos de la Santa y en la consideración de sus principales biografías, ha logrado hacer acopio de un riquísimo e inestimable tesoro de joyas eucarísticas, las cuales ha aquilatado después y clasificado, como lapidario discreto, engarzándolas finalmente con verdadero hilo de oro, tal y como aparecen en las sabrosas páginas de este libro.

68: ¡Libro eucarístico de rica veta y abundosa enjundia para todo fiel amante de la Eucaristía, y mayormente quizá para los grandes amigos y devotos de la Santa Madre que tanto se holgarán ahora y tanto alabarán a Dios Nuestro Señor escondido en el Sacramento, cuando tan clara y distintamente vean, cual se pone de manifiesto en este libro, cómo Jesucristo Sacramentado es el centro y la fuente y la vida y el corazón y el alma del alma, del corazón y de la vida y virtudes, de los escritos, de las fundaciones, de la

Reforma carmelitana y de todas las divinas empresas de Santa Teresa de Jesús.

Amén de lo cual ¿qué obra eucarística de entre tantas como se conocen desde la Santa Misa y de la Sagrada Comunión, hasta las religiosas adoratrices y reparadoras y *hasta las Marías de los Sagrarios* no tiene su ejemplar y modelo en esta vida eucarística de la amante enamorada de Jesucristo Sacramentado?

Confieso en verdad que si se hubieran publicado estas áureas páginas hace ya algunos años, hubiera salido enriquecido con muchas riquezas teresianas y casi mejorado en tercio y quinto cierto libro eucarístico que en público certamen fué premiado, y para el cual libro, aunque aproveché alguna de ellas, mucho me hubieran valido algunas otras de tantas y tantas como en este de don Emilio se contienen.

Remito, pues, al lector a tan doradas páginas en donde tanta riqueza eucarística se atesora.

Al repasar de sus hojas surge en mi memoria y en mi corazón el gratísimo recuerdo del egregio González Pedroso, el gran amigo de la Santa Madre y del Santísimo Sacramento, el gran escritor castellano que inmortalizó su nombre cuando labró en buen hora el magnífico pórtico literario de los *Autos Sacramentales* en la Biblioteca de Rivadeneyra, el teresiano insigne que conocía como pocos el endiosado espíritu de Santa Teresa de Jesús, a quien con tanta sabiduría y con tanta devoción y ternura estudió durante tantos años a mediados del pasado siglo XIX.

De haber vivido González Pedroso, tengo para mí que a él hubiera sido dedicado también este libro. Su dedicacion va ahora, particularmente enderezada, al ilustrísimo de Olimpo, porque es gran amante e insigne Apóstol del Santísimo Sacramento, y al Marqués de San Juan de Piedras Albas, por ser gran devoto de la Santa Madre y curioso, erudito y sabio archivero de peregrinos tesoros teresianos con algunos de los cuales sale y va muy honrada esta vida eucarística de Santa Teresa de Jesús.

Muchas cosas buenas me quedan por decir a cuento de tan eucarístico y teresiano libro; a cuyo autor, que amén de Sacerdote es varón en cuya vida resplandeció siempre suma integridad de sana y católica doctrina (y muy bien que resplandece, si va a decir verdad, en los primeros capítulos de la tercera parte de su obra), ya le premiará la Santa a manos llenas, como suele galardonar a los pregoneros de sus glorias. Pero quien quiera ser participante de su celestial protección y valimiento, lea y relea y propague esta vida eucarística suya, y alguna o algunas aguas sacará de tan rica fuente: fuente derivada de las mismas Fuentes del Salvador. En aquélla, como en éstas, *siempre está bullendo el amor*, como dice hermosamente Santa Teresa en el lindo, tiernísimo y clásico pasaje de la «Samaritana», con el cual cerraré, como con broche de oro, estos apuntamientos bibliográficos: —«Esto tienen los grandes ímpetus de amor que he dicho, a quien Dios los da. Es como una fuentecica que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer mo-

vimiento el arena hacia arriba. Siempre esta bullendo el amor y pensando qué hará; no cabe en sí, como en la tierra parece no cabe aquel agua, sino que la echa de sí. Ansi está el alma muy de ordinario, que no sosiega ni cabe en sí con el amor que tiene. Ya la tiene a ella empapada en sí; querría bebiesen los otros (pues a ella no le hace falta), para que la ayudasen a alabar a Dios.

«¡Oh, qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana!

.....
¡¡ Domine: da mihi aquam!! »

¿Les agrada este texto a mis lectores? ¿Les agrada aquellos otros tan magníficos que en el comienzo de este artículo se han citado? Pues a montones los hallaran por doquiera en las páginas de esta vida eucarística de Santa Teresa de Jesús. ¡Qué tesoro tan a la mano tienen aquí los escritores ascéticos, los directores de almas, los predicadores de la palabra divina, los amantes de la Eucaristía y los devotos de la Santa Madre!

Reciba el autor de este libro mis plácemes más fervientes; y páginas tan sabrosas propáguense por España entera, como la *Mística Ciudad de Dios* de nuestra Madre la Venerable Sor María de Agreda. En entrambos libros (españolísimos y católicos a carta cabal) resplandece con luz divina aquélla sublime verdad que salió de los labios del divino Maestro, cuando dijo que Dios revela a los humildes (como a la seráfica monja de Avila y a la seráfica monja francis-

cana) grandes secretos y misterios que para los soberbios son ocultos. Y ¡qué misterios los que se cantan en entrambos libros! Cabalmente, los dos misterios que más amorosamente amaron nuestros padres: el Santísimo Sacramento del Altar y la pura y limpia Concepción de Nuestra Señora, como también los reza o los canta la devota y españolísima jaculatoria que desde niños aprendimos todavía todos los españoles; los dos misterios que en todas las ciudades, villas y aldeas cantaban nuestros abuelos en aquéllas estrofas que tan populares fueron en la España del siglo XVII:

*Dios para darse en comida
En este Pan celestial
Tomó la carne escogida
De María concebida
Sin pecado original.*



Teresianista Ilustre

Excmo. Sr. Marqués de San Juan de Pietram Albua y Benavites

caña) grandes secretos y misterios que para los se-
berprios son ocultos. Y ¡qué misterios los que se can-
tan en entrampos libres! Cabalmente los dos miste-
rios que más amorosamente amaron nuestros padres:
el Santísimo Sacramento del Altar y la pura y limpia
Concepción de Nuestra Señora, como también los
rezos o los cantos la devota y españolísima jaculatoria
que desde niños aprendimos todavía todos los espa-
ñoles; los dos misterios que en todas las ciudades, vi-
llas y aldeas cantaban nuestros abuelos en aquellas
estrofas que tan populares fueron en la España del

siglo XVII:

Dios para hácese en comida
 En este pan celestial
 Tomó la carne escogida
 De María concebida
 Sin pecado original.

=====

Dios para hácese en comida
 En este pan celestial
 Tomó la carne escogida
 De María concebida
 Sin pecado original.

SANTA TERESA DE JESÚS,

gloria de la

Iglesia y de España.

PANEGÍRICO

pronunciado por el

Presbítero

Don Francisco Martín Jiménez,

Párroco de Velilla (Valladolid)

en la

Iglesia de Padres Carmelitas Descalzos (La Santa)

de la ciudad de Ávila

EL 14 DE OCTUBRE DE 1922

CON MOTIVO

del

III Centenario de la Canonización de Santa Teresa

y por iniciativa

del

Teresianista ilustre

Excmo. Sr. Marqués de San Juan de Piedras Albas y Benavites



SANTA TERESA DE JESÚS,

gloria de la

Iglesia y de España.

PANEGÍRICO

pronunciado por el

Predicador

Don Francisco Martín Jiménez,

Párroco de Vallid (Valladolid)

en la

Iglesia de Padres Carmelitas Descalzas (La Santa)

de la ciudad de Ávila

EL 14 DE OCTUBRE DE 1922

CON MOTIVO

del

III Centenario de la Canonización de Santa Teresa

y por iniciativa

del

Teresianista Ilustre

Excmo. Sr. Marqués de San Juan de Piedras Albas y Benavides





Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur a generatione in generationem.

No perecerá su memoria, y su nombre será repetido de generación en generación.

(Eclesiástico: cap. XXXIX, v. 13).

Videte quoniam non soli michi laboravi, sed omnibus exquirentibus veritatem.

Ved que yo no he trabajado solo para mí, sino para todos los que buscan la verdad.

(Id. cap. XXIV, v. 47).

Fué inmemorial costumbre de todos los pueblos civilizados transmitir a las generaciones futuras el recuerdo de las grandes gestas, extraordinarios sucesos, célebres mujeres y hombres ilustres que enaltecieron a su patria. Los antiguos romanos celebraron los centenarios de la fundación de Roma; aún existen aquellos arcos soberbios, aquellos obeliscos, aquellas elevadas columnas, que los romanos erigieron en honor de sus héroes; todavía pueden verse aquellas vías triunfales por donde subían al Capitolio los vencedores, orlando sus sienes el laurel de la victoria.

Recordad con el pensamiento los campos históricos de las naciones; ved a sus reyes, a sus conquistadores, a sus sabios, a sus artistas, a sus literatos, que lograron penetrar en el deseado templo de la Fama; consignáronse en los respectivos anales pa-

trios sus gloriosos hechos; hánse pronunciado magníficos discursos y escrito en su honor bellísimos poemas; se han esculpido en bronce y grabado en mármoles sus nombres; se han erigido estatuas y alzados monumentos para perpetuar su memoria a través de las edades. Conducta digna de cumplida loa, porque los heroicos o simplemente meritorios hechos de los pasados sirven de espejo clarísimo, de enseñanza, acicate y estímulo a las generaciones venideras.

Pero reparad cómo esas grandezas humanas van pasando ante los hombres; unas veces con glacial indiferencia de estos, otras, con olvido, o a lo más, con el frío respeto que inspiran las ruinas de un vetusto edificio, o las mismas losas funerarias.

¿Qué interés despiertan hoy las hazañas de Alejandro Magno, ante quien muda se postró la tierra? ¿Qué emociones registra nuestro espíritu ante el recuerdo de César Augusto? Es ley casi inmutable de las cosas humanas, según expresión de los Libros Santos, no dejar en pos de sí más que un recuerdo vano, semejante al tenue vapor que presto se disipa.

¿Más por qué de este olvido e indiferencia no alcanza a los héroes del Catolicismo? Por qué radicaron cual árbol lozano en la tierra fecunda de la divina verdad, y se nutrieron de savia celeste, de vida eterna, y así fué su fama inmortal, y su floración perenne. Plantadas junto a la corriente de las aguas en los atrios de la casa del Señor... *folium non de fluet et omnia quaecumque facient prosperabuntur*, que dice

el Profeta Rey en el primero de sus arrobados cánticos.

Cortar del frondoso árbol de la vida de Teresa de Jesús algunas de sus ramas floridísimas, de real y positiva gloria para tejer una guirnalda en su honor, es mi propósito esta mañana en que conmemoramos el recuerdo centenario de la canonización de la Santa. La Iglesia, al rememorarle, nos muestra dónde está la verdadera gloria; nos pone a la vista las excelentes virtudes de Teresa, para que procuremos imitarla. Ellas las constituyen gloria inmarcesible de la Iglesia y de España. He aquí el tema propuesto a vuestra ilustración piadosa. Para que produzca en nuestras almas frutos de salud eterna, imploremos los auxilios de la divina gracia, por intercesión de la Santísima Virgen, saludándola con el Angel. *Ave María.*

* *

Gloria es la reputación, la fama y honor que resulta a cualquiera de sus buenas acciones, de sus excelentes cualidades. Gloria es también todo lo que ilustra, ennoblece, o en gran manera favorece a un individuo, a una familia, a una institución, a un país; y en este sentido se dice que una persona es gloria de su nación; que el hijo es la gloria del padre. En uno y otro sentido es Santa Teresa de Jesús, gloria inmarcesible de la Iglesia y de España; en el segundo especialmente lo es desde el punto de vista religioso, moral y social.

Quando tienen lugar los centenarios de los hom-

bres célebres, suelen recordarse sus perfecciones, sus talentos, sus hechos, pretendiendo así con este recuerdo, entreteter una corona que sirva de marco a su nombre, o se apela a los recursos del arte que acierta a levantar sobre airosos pedestales acabados bustos o perfectas estatuas. Teresa de Jesús tiene un pedestal labrado por la mano del mismo Dios, pedestal sólido e incommovible de los dones extraordinarios y de las virtudes heroicas que dan realce a su figura, orgullo de propios y admiración de extraños. Sabios e ignorantes, amigos y adversarios, reconocen su mérito. El magnífico pedestal de su gloria ostenta riquísima y brillante corona tejida por las manos expertas de la Iglesia y de la patria.

La Iglesia, en el Introito de la Misa de Santa Teresa, le aplica estas palabras de la Escritura: *Le dió el Señor una sabiduría y prudencia incomparable, y una magnanimidad de corazón como la arena que está en las playas del mar* (1). Y en el Prefacio dice de ella: *El Señor la enriqueció con la ciencia de los Santos, e inflamó su corazón en el fuego del divino amor*. He aquí las ricas piedras que constituyen el pedestal de Teresa: *Inteligencia y Corazón; inteligencia*, que había de penetrar en los senos de la Divinidad y descubrir los mundos del *Amor; Corazón* magnánimo, ancho, dilatado como las llanuras castellanas, fecundo como su tierra, transparente y diáfano como los cielos patrios; *inteligencia*, ilumi-

(1) Libro tercero de los Reyes. IV., 29.

nada con los resplandores en que se bañan los cielos; *corazón*, que parecía el cráter del volcán de la Patria, el cráter por donde España lanzaba, expariéndolas por el mundo, las llamaradas de su fe, de su hidalguía, de su heroísmo; *Inteligencia y Corazón*, por donde se manifestaba con sus gallardas y clásicas bizarrías el intrépido y gigantesco espíritu tradicional español y las prendas que hermocean la genuina alma española.

Parece que Dios quiso significar al mundo hasta dónde podía encumbrar los bríos de nuestra raza.

Había llegado España al punto culminante de su grandeza con la expulsión de los moros de Granada, último de sus baluartes, y con el descubrimiento de América, espléndida añadidura con que Dios nos premió cuando sólo batallábamos por su reino y el de su justicia; España era entonces el corazón de Europa; y como si todo esto no bastara, quiso Dios hacer como el resumen de todas las virtudes de aquella edad de oro y formó a una mujer y la dotó de la habilidad del escritor, y de su áurea pluma brotaron sublimes pensamientos expresivos de la más original filosofía y de la más elevada concepción teológica; y la dió la invencible fortaleza de sus mártires, el celo apostólico de sus misioneros y la intrepidez de sus conquistadores; prendió en su generoso corazón el celo flamígero del sagrado entusiasmo y dió alas de águila a su privilegiada inteligencia, para que uno y otra pudieran elevarse majestuosos a las sublimes regiones del Empíreo, donde reina eterna poesía.

Y la enriqueció con amor angélico seráfico, y la hizo Madre fecunda de innúmera prole espiritual. Y así enriquecida, la ofreció a España diciendo: España, en premio de tu fe, en recompensa de tus virtudes y de los combates que por mi verdad y justicia has sostenido en el mundo, toma esta joya que será la más preciada entre todas las que brillan en tu imponderable corona de gloria. Y la entregó a Teresa de Jesús. Desde entonces aparece ante el mundo esta mujer española y santa, llena de refulgente majestad, no siendo posible hallar otra figura que disminuya o empañe el brillo de su esplendor soberano.

No es, pues, de maravillar que la Iglesia y la Patria en todo tiempo hayan tributado a Teresa cumplidas alabanzas. *Lumbrera de desusados fulgores*, la llamó el Papa Gregorio XII; *Prodigio de ciencia y santidad, Padre de la Iglesia por sus luces y escritos, una de las almas más grandes suscitadas por Dios para bien del Cristianismo*, Clemente XV; *Maestra de sabios, nueva y brillante luz de la Iglesia*, Gregorio XV; *Gran Santa, milagro de su sexo*, Pío IX; *Serafín del Carmelo, insigne ornamento de España, Lumbrera de la Iglesia*, León XIII; *Honra y Prez de todo el orbe católico y una de las mayores glorias que enaltecen a la Iglesia*, el gran Pío X.

Y a la voz de los Sumos Pontífices únese, en armonioso concierto, la de los Obispos proclamando a Teresa *Apóstol por su celo, pasmo del orbe* (El V. Palafox); *la heroína más ilustre del nuevo Testamento, quitada la bienaventurada siempre Virgen Ma-*

ría (El Obispo de Avila); *Ornamento preclarísimo de la Iglesia católica y orgullo legítimo de la humanidad* (Salvador y Barrera, Obispo de Madrid-Alcalá). *Gran Santa, que supo reflejar en su carácter todas las nobles cualidades del pueblo español del siglo XVI* (El Cardenal Almaraz). Así otros muchos Obispos van depositando cabe el pedestal de Teresa las flores de su ingenio y de su alabanza, calificándola de *Príncipe de la Teología Mística*, según la llamaron los Padres del Concilio de Tolosa. ¿Quién no recuerda con deleite aquellas frases que nos la presentan como *la flor más peregrina del suelo castellano, la Débora española, la Jael de la Iglesia católica, la Judith de su siglo, el honor, la envidia y el ornamento de su sexo?*... Y aquéllas otras que serían necesarias innumerables eternidades para pagar a Dios la merced inestimable que nos ha otorgado, dándonos, así a nosotros como a su Iglesia, *la Seráfica Madre Santa Teresa de Jesús?*

Resuena a la par la voz autorizada de los historiadores, proclamando a Teresa *Honra de nuestra nación, la Mujer más grande que han producido los siglos después de la Madre de Dios*, y llegan a compararla con Cervantes y con Isabel la Católica, la más grande de las reinas españolas.

Júntanse a la voz de los historiadores, la de los literatos, afirmando que los escritos de Santa Teresa son *la más alta y generosa filosofía que jamás los hombres imaginaran; la misma elegancia; que no son idioma español, sino celestial; que ella sola bas-*

ta para dar celebridad a un país y a una literatura; y que no brilló en el siglo XVI ninguna otra escritora, ni española ni extranjera que pudiera rivalizar con ella. Magníficamente se expresó el Filósofo Rancio, cuando dijo: *De la España salió esta mujer que no tiene rival entre todas las mujeres de todos los países y siglos (excluyo siempre a la Inmaculada Madre de mi Dios) hablo de Santa Teresa, de la española Santa Teresa de Jesús y Ahumada, que ha llenado de su nombre y admiración al mundo sabio.* Y el insigne polígrafo Menéndez Pelayo no titubeó en afirmar que *por una sólo página de Santa Teresa pueden darse infinitos celebrados libros de nuestra literatura y de las extrañas, y por la gloria que nuestro país tiene de haberla producido, cambiaría, si hubiéramos de perder una de ambas cosas, toda nuestra gloria militar.*

Por esto el gran Rey Felipe II mandó colocar en la Real Biblioteca del Escorial, las obras de Santa Teresa entre las de San Agustín y San Juan Crisóstomo. Y las obras de Santa Teresa exornan la Biblioteca Vaticana y las más preciadas bibliotecas del mundo, y son universalmente leídas por los sabios.

Y a la manera del astrónomo, que en las noches claras, serenas, sondea con el telescopio los espacios celestes para ver de sorprender en su carrera un nuevo astro, un nuevo sol, así sobre los escritos de Santa Teresa se inclinan los sabios, para ver de descubrir en ellos algún nuevo latido de aquel corazón, algún nuevo destello de aquella soberana inteligencia, cuyas

órbitas sólo alcanza a penetrar el Señor que las formó. He aquí, pues, la Filosofía, la Teología, la Oratoria, la Historia, la Literatura, la Iglesia y la Patria, diciendo a Teresa: *Tú eres gloria nuestra inmarcesible.*

Al mismo tiempo en España, dos seres privilegiados, dos emprenden y llevan a cabo una obra grandiosa, opuestas totalmente a la obra destructora de Lutero.

* * *

Pero si Santa Teresa es gloria de la Iglesia y de la Patria en el primer sentido, lo es muy particularmente en el segundo, desde el punto de vista religioso, moral y social.

Una revolución, la más grande de todas las revoluciones, porque fué origen y causa de todas las que después se han sucedido, estalló allá, en el Norte de Europa, en la nebulosa Alemania.

Aquella revolución fué la rebelión del espíritu del hombre contra Dios. Esta revolución se llamó al principio Reforma; después y ahora, Protestantismo. Su autor, al mismo tiempo que levantaba tronos al desorden, a la anarquía, a la discordia, a la confusión, proclamando el libre examen de los Libros Sagrados, erigía el patíbulo donde pretendía ajusticiar la Moral, el Dogma y la Unidad de la Iglesia. Lutero lanza a los pueblos y a los príncipes contra la Iglesia; a los pueblos contra los príncipes; a los príncipes contra los pueblos, promoviendo aquellas tremendas guerras, en las que la sangre corre a torrentes, las ciudades son destruidas, los templos profanados, los sacerdotes y monjes, que no siguen al heresiarca, vilmente asesinados. Otros monjes, convertidos en instrumento de

la ambición de los príncipes, abandonan sus conventos, y religiosas consagradas al Señor, abandonan también sus monasterios. Estos eran los primeros amargos frutos del funesto árbol del Protestantismo.

Al mismo tiempo en España, dos seres privilegiados, emprenden y llevan a cabo una obra grandiosa, opuesta totalmente a la obra destructora de Lutero. Estos dos seres eran San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús. San Ignacio funda la benemérita Compañía de Jesús; Santa Teresa emprende la Reforma del Carmelo. Santa Teresa, al contemplar los estragos de la herejía luterana y los escándalos que de ella nacían, viendo la ruina de innumerables almas, en el ardimiento de su celo por la gloria de Dios y la salvación de los hombres, quisiera ser apóstol, misionero, teólogo, soldado, para lanzarse a todos los campos de batalla donde eran atacados los derechos de Jesucristo y de su Iglesia. Y llora, suspira y gime al no poder realizar los vehementes deseos de su grande alma, por su condición de *ruin mujer*, como ella, en su humildad se consideraba. Pero ¡ah! mientras la reforma de Lutero despoblaba los monasterios en Alemania, ella levantaba en España nuevos conventos a la pureza y a la virginidad. Y no conformándose con inmolarse ella sola por el bien de las almas, buscó quien la ayudase y pudiera perpetuar su obra de celo, de sacrificio y salvación, emprendiendo también la reforma de los varones carmelitanos, asociando a su obra, a San Juan de la Cruz. Dificilísima empresa era toda ésta, y, sin embargo, la

llevó a cabo con asombrosa rapidez. Luchando con la oposición de los hombres, más formidable que la de los elementos, recorre Castilla y parte de Andalucía, levantando esos castillos sagrados, fortalezas de la Iglesia y de la Patria. Así lo reconoció solemnemente el Papa Gregorio XV en la Bula de Canonización: *«En nuestros tiempos ha hecho Dios una gran obra de salud por medio de una mujer..., la cual, aspirando siempre a lo más alto, y superando con la magnanimidad de su espíritu la natural flaqueza de su sexo, ceñido de fortaleza, con mano poderosa y firme, organizó un ejército de fuertes, que pelearan con armas espirituales por la casa de Dios, de los Ejércitos, por su Ley y por la observancia de sus mandamientos.»* Así lo han reconocido los mismos extraños. Un historiador inglés afirmó, que el Protestantismo no ha ganado una pulgada de terreno desde mediados del siglo XVI. San Ignacio de Loyola y Santa Teresa son el alma y el cerebro de la reacción católica (1). Y un renombrado profesor racionalista del Colegio de Francia no ha vacilado en afirmar que Santa Teresa ha contribuido más que San Ignacio y Felipe II a impedir el desarrollo de la Reforma protestante (2).

Mas Santa Teresa no limitó su esfera de acción al campo protestante con la Reforma carmelitana, sino

(1) Macaulay. Ensayos.

(2) No recuerdo dónde leí esta cita, pero respondo de su exactitud.

que la extendió al mismo campo católico, ya por su influjo personal, ya por medio de sus escritos. Cuando el Papa León XIII afirmó que en los escritos de Santa Teresa «*hay una virtud más bien divina que humana, maravillosamente eficaz para promover la enmienda de la vida,*» no hizo una afirmación puramente filosófica o teológica, sino también histórica. Las historias de la Compañía de Jesús y de la Orden Dominicana, nos refieren con frecuencia, la transformación que obraban en muchos de sus individuos las instrucciones personales de Santa Teresa. Y quizá se debieron a los trabajos de Teresa aquellas hermosas manifestaciones de religión y piedad aquí, en Avila, a las que ella alude en carta a su hermano don Lorenzo, y por las cuales mereció nuestra ciudad el honrosísimo y glorioso dictado de *Ciudad de los Santos*.

Tán grande es el influjo de Santa Teresa, que hasta sus adversarios en religión, se rindieron ante ella. El venerable Palafox y otros autores refieren las conversiones al Catolicismo, operadas entre los protestantes mediante la lectura de los escritos de Santa Teresa. Leinitz afirma: «*que aprendió en Santa Teresa los principios de la más alta filosofía; que los libros de Santa Teresa son los únicos verdaderos, científicos y filosóficos*», afirmación que hicieron suya otros filósofos protestantes. El célebre protestante Tailor, famoso orador inglés, convertido al catolicismo, citó con loa a Santa Teresa en un discurso pronunciado ante el Parlamento, en Irlanda, en 1661. Es que Santa Teresa tiene una poderosa fuerza, un

imán secreto que insensiblemente atrae hacia sí los corazones y los encadena con suave imperio y celestial dominación, premio cumplido a la rendida que tuvo siempre su voluntad a la suprema y amorosísima de Dios.

Santa Teresa ha sido la bandera de combate que han enarbolado los defensores de la fe y de la piedad contra la perturbación de los errores.

Cuando el funesto sistema del quietismo, inventado por el tristemente célebre Molinos, trastornaba a Francia en tiempos del Rey Luis XIV, ¿a quien acudió el insigne Obispo francés Bossuet para combatirle y aniquilarle? A las obras de Santa Teresa. Y cuántas veces ese funesto sistema quiso erguirse con altivez, ¿a quién han consultado los adalides de la Iglesia para humillar su arrogancia? A las obras de Santa Teresa. Y cuando el espíritu privado quiso introducir novedades en el campo de la ascética y de la mística, prescindiendo de la autoridad de la Iglesia, ¿en quién se apoyó Pío X para señalar las sendas de la verdadera santidad, sino en los escritos de Santa Teresa? Y apenas el Modernismo, la más formidable herejía de los actuales tiempos, asomó su altiva cerviz, ¿no fueron los ejemplos y escritos de Santa Teresa el martillo con que el mismo Papa le asestó el golpe de muerte? En estos tiempos—decía—de fe vacilante, hay que recordar la inmovible de Teresa.

Hubo un heresiarca que quiso impugnar a nuestra Santa. Después de tres años empleados en esta abominable empresa, leyendo, escribiendo y borrando lo

escrito, convencido de su impotencia, arrojó de sí pluma y papeles, exclamando: *¡Oh, incomparable Teresa, maestra de los sabios, torre y castillo inexpugnable de la verdad! Tu doctrina no es tuya, sino dada a tí por los ángeles, o robada por tí a ellos; no es de la tierra, sino emanada del cielo. Me confieso vencido por tu diestra, todo lo escribiste sabiamente, porque todo lo has ejecutado con sabiduría.*

Los Santos mismos han experimentado el influjo teresiano. San Francisco de Sales, decía que jamás se acordaba de Santa Teresa sin que hiciera mucho provecho a su alma. San José de Calasanz, la veneraba como Patrona especial. San Alfonso de Liguorio, entre otras pruebas de su devoción hacia ella, encabezaba sus cartas con su nombre.

No debe maravillarnos que el V. Palafox afirmase que entre todos los que con sus luces y escritos han ilustrado a la Iglesia, no se hallará fácilmente quien haya persuadido tan dulcemente las almas como Santa Teresa de Jesús. Ni tampoco causarnos asombro que la crítica más severa haya formulado los más favorables juicios de Teresa, de sus escritos y de sus instituciones, honrándola con los más sublimes elogios, como cuando la apellida *Maestra de los sabios, Apóstol, Profeta, Doctora, Conquistadora, Oráculo del Cristianismo, Asombro de su siglo, Serafín del Carmelo, Mártir de amor, Alondra de las riberas del Adaja, Gala y Ornamento de la literatura nacional, Honra de España, Prez de Castilla, Honor de Avila, Decoro de la Historia, la Santa, la Heroína, el*

Genio, la Mujer Milagro, Ruiseñor del cielo y Sol de las mujeres españolas.

Gloria de Teresa y de España es aquel decreto, que las Cortes generales del Reino, celebradas en Junio de 1812, formularon declarando a Santa Teresa Patrona de España, después del Apóstol Santiago; decreto que ya había sido dado por las Cortes de Castilla, celebradas en Madrid en 1617 y 1626, reinando Felipe III y Felipe IV. Este Patronato fué sancionado por el Papa Urbano VIII en Bula de 21 de julio de 1627. Y por Patrona la tiene el Cuerpo de Intendencia Militar, así como algunas casas de la más rancia nobleza española, que ostentan con ufanía su imagen en escudos y blasones, juntamente con otras Instituciones, Congregaciones y Colegios, que son gloria del benemérito magisterio español.

Y ahora, en este III Centenario de su canonización, los reyes de España toman la Presidencia honoraria de las Juntas centrales de Damas y Caballeros para las fiestas en que bulle la nación. Y en las Juntas provinciales forman la nobleza y lo más florido de la sociedad española. Y acuden entusiastas peregrinaciones a visitar la cuna y el sepulcro de Teresa de Jesús. Muy en breve, la Real Academia de la Historia, ha de venir a nuestra ciudad para celebrar *Junta pública* en obsequio de la Santa. Y se celebrarán en su honor, un Congreso nacional, certámenes científicos, literarios, poéticos, juegos florales, concursos musicales y exposiciones artísticas. Y aquella Mujer, que un día se arrodillaba ante el Gran Rey Felipe II,

cuando fué a pedirle protección y amparo contra el imperio de la fuerza, vé ahora desde el cielo a los Reyes de España arrodillarse al paso de su venerada imagen, allá, en la Atenas Española, la gloriosa Salamanca. Y es allí donde la Reina de España coloca sobre la cabeza de Teresa el áureo abrigantado birrete de los Doctores. Es allí donde el Rey Alfonso XIII coloca la áurea pluma, regalo regio, en la mano de Teresa, símbolo real de aquella pluma que trazó órbitas a las almas. Es allí donde el rey besa emocionado la mano de Teresa. Y aquel beso no era solo testimonio de la fe personal del rey de España, sino también de la fe de la realeza española a través de los siglos; era el testimonio de la fe de España; aún más; aquel beso real era expresión acabada del ósculo ferviente que, en aquellos momentos, y desde todas las latitudes del orbe, imprimía en la mano de Santa Teresa de Jesús, por medio de su rey, la invicta, heroica e inmortal Raza española.

¡Oh! Bien podemos decir que, con respecto a Teresa, tienen perfecto cumplimento estas palabras de Isaías: «*Se alegrará la tierra... y saltará de contento... y florecerá como lirio*» (1). Sí; vedla glorificada por la Santidad y el Pontificado, la realeza, la aristocracia de la sangre, la aristocracia del talento, las aristocracias sociales y el pueblo a su manera; los Santos, los Pontífices, los Reyes, Cardenales, Príncipes, Nobles, Obispos, Sacerdotes, Sabios, Escritores, Reli-

(1) C. 35, v. 1.^o

giosos, Teólogos, Psicólogos, Pedagogos, Militares, los hombres, las mujeres ofreciendo a Teresa flores de fe, flores de esperanza, flores de amor.

La impiedad ha celebrado centenarios de los hombres más perversos de la Historia. ¿Qué méritos tenían esos hombres para hacerse dignos de este homenaje? Vedlos aquí: arrancaron de los corazones los nobles sentimientos y les infundieron inclinaciones ruines y perversas; rompieron los diques de la Moral y sobrevino la inundación del vicio; derribaron tronos, asesinaron reyes, persiguieron a la Iglesia, provocaron tumultos, sediciones, rebeliones, guerras, huelgas, motines, que destrozaron la dicha de familias, pueblos y naciones. De las más fuertes guerras y revoluciones y de la mayor parte de la sangre derramada en el mundo ellos fueron los responsables, y como consecuencia de ellas, de las epidemias, hambres y miseria general. Ellos han hecho odioso el trabajo, y han tejido, en cambio, una enmarañada red de vicios que han causado la ruina, la desesperación y el suicidio de muchos. En una palabra; todas las desgracias del mundo son obra suya en todos los órdenes de la vida; en el religioso, moral, social, político, histórico, artístico, literario, científico y económico. Revestidos de iniquidad, llevaron por bandera la incredulidad, y por instrumento el odio. Por donde ellos pasaron, pasó la barbarie, por eso produjeron obras de muerte, porque la incredulidad y el odio acarrearán la muerte.

De aquellos que, a semejanza de Jesucristo pasaron por el mundo haciendo bien, dice la Escritura: *su boca es un manantial de vida* (1), y *sus obras son como los frutos del árbol de la vida* (2). Este III Centenario de la Canonización de Santa Teresa nos recuerda que su nombre va asociado a importantísimos servicios en pro de la Iglesia y de la sociedad. No sólo prestó a la Patria el beneficio de haber enriquecido la literatura nacional, sino que dispensó además a la Iglesia, a la Patria y al mundo un beneficio mucho más importante, el bien religioso, moral y social con sus ejemplos, sus libros y sus instituciones. Revestida de la justicia, llevando por bandera la fe, y por armas el amor ennoblecido por la Religión, por donde ella pasó, pasó una civilización. Por eso produjo obras de vida, porque la fe y el amor de Dios son germen de vida.

La idea y el sentimiento de la Patria son los más grandes y hermosos después de la idea y el sentimiento religioso. Nada hay comparable al orgullo con que los antiguos romanos pronunciaban: *Civis romanus sum. Soy ciudadano romano*. La mayor aspiración de los pueblos vencidos por los romanos era obtener tan preciado título.

En aquellos gloriosos tiempos de grandeza de España no había en nuestras posesiones ultramarinas ningún súbdito español, que no profiriera con altivez,

(1) Prov. X. 11.

(2) H. XI. 30.

soy español. Los filipinos, hasta que fueron sometidos al yugo norteamericano, repetían con orgullo, *soy de Castilla*. Con cuanta mayor razón, nosotros, los hijos de España, al ver en Teresa simbolizadas todas las virtudes y grandezas de la Raza, y al considerar los juicios que, del lado allá de las fronteras se han emitido al descubrir el genio divino de Teresa, afirmando que ella pertenece a la Humanidad, no hemos de exclamar: *¡Soy español!* Y los que hemos tenido la dicha y el honor de haber nacido en esta ciudad, o en tierras de Avila, qué ufanos podemos añadir: *¡soy avilés!* Más para serlo dignamente es necesario amar a Teresa en todo lo que simboliza y representa. Ella es la sublime encarnación de los valores espirituales. La vida de Teresa es la vida del alma humana ennoblecida, sublimada por la Religión. Por eso allá, en la Ciudad Eterna, en Roma, Capital del mundo católico, y en la Basílica de San Pedro del Vaticano, entre las estatuas de los Santos Fundadores, se alza majestuosa la de Santa Teresa con este áureo título: *Mater spiritualium. Madre de los espirituales*.

Hoy, en que una concepción materialista de la vida coloca en gravísimo peligro de perecer a la sociedad, es urgente la empresa y prosecución de la reconstitución cristiana de la sociedad, fortaleciendo los resortes espirituales. Cual poderosos brazos, la ahogan codicias de riqueza y ansias del placer. Se ha predicado por los apóstoles de la impiedad, que se debe ir únicamente a la conquista de los bienes ma-

teriales, prescindiendo de la Ley de Dios, y apelando a la violencia. Y esta predicación se ha convertido en hecho. Una gran parte de la masa social vive al margen de las normas del Evangelio. Sabe que el hombre vive de pan; pero no sabe que *no vive sólo de pan, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios*, como afirmó solemnemente Jesucristo (1).

Quando los hombres ponen un ideal en la tierra, se realiza lo contrario de lo que persiguen. Reparad en la serie de crímenes, cohechos, malversaciones, robos, asesinatos, escándalos que, con frecuencia aterradora, presenciemos. Observad la indisciplina general. No debe sorprendernos lo que sucede y lo que sucederá, porque cuando el ideal del hombre se cifra en la vida presente, entonces sobra en el mundo la generosidad, el desinterés, la justicia, el amor, el deber, la conciencia y el honor; y entonces ejerce su imperio el egoísmo, y el egoísmo enjendra los odios; y los odios, las luchas de todos contra todos. Y éste es el programa de la revolución. ¿No habéis oído decir muchas veces, y hasta de labios de personas de orden, que se hace necesaria la revolución para poner las cosas en su lugar? Pues yo os digo: sí; es necesaria la revolución; no esa revolución de sangre pregónada por los locos, los insensatos y los malvados, sino la revolución que arrolle al materialismo de la vida. Esta revolución se hace vigorizando los resortes religiosos y morales; afirmando solemnemente todas

(1) Evangelio de San Mateo, IV. 4

las virtudes cristianas para contrarrestar, abatir y pulverizar los vicios del positivismo y las negaciones de la incredulidad. ¿Qué sucedería si los astros gozasen, como el hombre, de libertad moral y quisieran caprichosamente modificar sus rumbos? ¡Ah! si los astros pudieran y quisieran alterar o cambiar la trayectoria de sus órbitas prescindiendo de las leyes mecánicas de sus movimientos, principalmente de la ley de la gravitación universal, que les comprende a todas, chocarían unos contra otros, y el universo sería destruido y quedaría sumido en la noche eterna. Del mismo modo, así como el hombre no puede racionalmente oponerse al funcionamiento orgánico y fisiológico de su cuerpo, prescindiendo de sus leyes, sin renunciar a la vida física, así tampoco puede racionalmente renunciar o modificar, según su capricho, las leyes de su espíritu, contenidas en la *Ley de Dios*, que es la Ley de la gravitación universal de las almas, sin exponerse a morir religiosa, moral, moral social y eternamente.

Es absolutamente necesario que las almas se dejen iluminar por las luces que descienden de los cielos; luces bienhechoras de la vida, porque regeneran al mundo encendiendo en los espíritus las llamas suavísimas del amor divino, luces que vivifican, porque son resplandores de Dios. Si las almas no son iluminadas por esas luces divinas, entonces lo serán por otras luces, luces siniestras porque serán las llamadas del volcán de la revolución. Si se prescinde de la Ley de Dios, si no se oye la voz amorosa de la

Iglesia, si se vive de espaldas a la Cruz, no hay salvación para la sociedad.

Gloriosa Teresa: aquel Protestantismo contra el cual tan valerosamente peleaste, no ha muerto. Si en algunas partes ha muerto o está próximo a espirar, como culto, no ha muerto como principio filosófico, como principio político, como principio social, y es mortal veneno que corre por las venas de la sociedad. El es quien ha dejado en el mundo un fermento de revolución que, del orden religioso, ha extendido gradualmente sus estragos al orden filosófico, político y social.

Que este III Centenario de tu Canonización, sea presagio de las misericordias divinas sobre el mundo, y en particular sobre España. Haced que todos, los que nos regocijamos con estas tus fiestas centenarias, nos alimentemos también del espíritu de tu celestial doctrina e imitemos tus ejemplos.

Y así, los que ahora por Teresa decimos *soy español, soy avilés*, podremos decir con mucha mayor verdad: *soy cristiano, soy católico ferviente, soy amigo de Cristo*, para que llegue un día en que oigamos aplicadas a nosotros estas palabras del Apóstol San Pablo: *Jam estis... domestici Dei. Ya sois domésticos de Dios* y ciudadanos del cielo. Amén.





Ramillete de pensamientos y recuerdos

OFRENDADOS

a

SANTA TERESA DE JESÚS

por el

M. I. Sr. Dr. D. Ignacio Navarro Canales,

Canónigo Magistral de Cádiz, Capellán de Honor

y Predicador de Su Majestad.

Harto más me valiera callar, que pretender escribir sobre aquella mujer santa, que fué el corazón de España cuando España era el corazón de Europa, cuyos escritos corren parejas y a veces pasan de vuelo a los más celebrados del cristiano saber, y cuya alma, rica mina de levantados pensamientos y precioso relicario de muchas y heroicas virtudes, constituye manantial perenne de sobrehumana inspiración para moralistas y teólogos, predicadores y poetas, filósofos e historiadores, escritores y polígrafos, místicos y ascetas.

No puedo dejar de confesarlo: ante la figura excelsa de Teresa de Jesús, como ante los misterios sublimes de nuestra Religión augusta, las facultades to-

das del alma se extasían y anonadan: el espíritu se declara ruín, menguado el entendimiento, desmañada la pluma, pobre el léxico, tibios y hasta glaciales los más encandecidos afectos de la voluntad, y aún todo lo escrito sobre la hidalga magnanimidad de su cristiano pecho, con ser mucho parece poco, para la grandeza de los deseos en que se deshace el ánimo de enaltecerla y sublimarla al grado más eminente de la fama y de la gloria.

Yo quisiera en este ramillete de pensamientos y recuerdos ofrendado a la Virgen de Avila como remate y coronamiento del *Homenaje* que la he preparado en mi modesta Biblioteca, recoger, no ya la pobreza de aquellos que vertí en el novenario, que tuve la honra de predicarla en Avila el año 1918, ni los que insinué en los Panegíricos pronunciados en la parroquia de San Juan (cuando tan brillantemente honró la pila en que fué bautizada la Santa) y en el Convento de la Encarnación el día de la Transverberación de la Seráfica Doctora, ambos en el año 1922, en que Avila entera bullía en fiestas con motivo del III Centenario de la canonización de su paisana y Protectora ilustre; sino vaciar la flor y nata de las ideas más geniales y robustas que campean en los magistrales discursos pronunciados en Salamanca el 23 de octubre de 1882, por don Elías Ordóñez Álvarez de Castro, Párroco de la de San Bartolomé de aquella ciudad, y por el Rdo. P. Luis Martín, jesuíta; realzarlas con el colorido y delicados matices que tan agradable hacen la lectura de «La Reformadora del Car-

melo, de doña Isabel Cheix; completarlas con la semblanza que de Teresa de Jesús hizo don Fernando de Brieva y Salvatierra como prólogo a la obra médica de Arturo Perales y con los varios retratos que presentó don Eduardo González Pedroso en el juicio que hace sobre las obras de Santa Teresa, editadas por el aragonés don Vicente Lafuente; unirlas con las pastorales enseñanzas de los ilustrísimos de Vich y de Avila, Doctores sapientísimos y virtuosos, psicologías hermanas y espíritus gemelos, señores Torras y Bages y Pla y Deniel; sazonarlas con las sentencias, afectos y máximas más notables de la Santa, que tan acertadamente metodizaron los presbiteros don Enrique Ossó y don Miguel Mir; iluminarlas con los mil variados pormenores en que abundan las ediciones y trabajos críticos de los teresianistas ilustres Fr. Silverio de Santa Teresa y Excmo. Sr. Marqués de San Juan de Piedras Albas; engarzarlas poéticamente en el teresiano e inspiradísimo romance del escolapio P. Jiménez Campaña, quien juntamente con el gran Duque de Rivas es uno de los primeros romanceros del siglo XIX; enriquecerlas con el inapreciable filón de noticias que atesora la copiosísima y mejor biblioteca teresiana del mundo, propiedad del mencionado señor Marqués, quien tan bondadosamente se ha dignado prologar este libro; avalorarlas con los encomios de Lope, León, Calderón y Cervantes y otros eminentes polígrafos como Mayans, Valera y Menéndez Pelayo; autorizarlas con las graves y encomiásticas afirmaciones de los Papas;

y todo ese caudal imponderable de elogios, alabanzas y vítores, presentarlo en clásico y castizo lenguaje castellano, ya que, en frase del Doctor don Francisco de Avila (1), «no hay música como la plática concertada ni manzanas de oro en platos de plata, que así parezcan, como las cosas de valor, provecho y precio puestas en estilo casto, limpio y liso». Y hecho todo esto, me declararíá siervo inútil de la Santa, panegirista impotente de sus glorias, torpe discípulo de los grandes maestros, que apenas acertaron a descifrar ese blasón, el más noble de España, y a seguir en sus místicos rumbos tan encumbrada estrella, viéndose constreñidos a confesar que el corazón de Teresa de Jesús, aun abierto y transverberado, es misterioso y celestial arcano cuya llave sólo existe en las manos de Dios.

Mas, como la gratitud, hondamente sentida, no acierta a ser llamada, ni el amor, mudo, voy a consignar aquí algunos apuntes teresianos, recuerdos varios y pensamientos diversos relacionados con la Santa, que guardo en el archivo de mi memoria o en el clasificador de manuscritos y recortes, enderezados unos y otros a glorificar a nuestra sin par Teresa de Jesús.

(1) *Diálogos en que se trata de quitar la presunción y brío al hombre* (1576).

Visitando la Catedral de Córdoba.

Después de orar ante una imagen de talla de la Mística Doctora, obra maestra de Alonso Cano (que me impresionó mucho, porque en ninguna otra había advertido tan primorosamente veladas las suaves líneas de la fresca y lozana virginidad con el cendal severo de la austera penitencia), reparé en cierto cuadro que ostenta un autógrafo de la Santa. Era la carta dirigida, el 19 de noviembre de 1581, al Doctor Castro, Canónigo de Avila y después Obispo de Segovia, de la que trasladé a mi cuaderno de apuntes el siguiente pensamiento: «Su Majestad no quiere sino castigarme con mercedes, que no es pequeño castigo para quien se conoce».

Lo cual concuerda con estas palabras que leemos en el capítulo VII de su *Vida*: «Con regalos grandes, Rey mío, castigábades mis delitos, que es el más delicado y penoso castigo.»

Y en ambos campea con eminencia aquel su señorío de corazón, delicadeza de afectos e hidalguía de alma que tan íntimamente nos encantan y enamoran.

La afición a leer.

Luminosísimas son las obras todas de la Seráfica Doctora abulense. En cada una de sus páginas acertó a dejar impreso, junto con el sello de su ascética sublime, el carácter peculiar de su virtud alegre y de su expansivo corazón.

Abro al azar uno de los tomos de sus obras inmortales, y me brinda esta afirmación ingenua: Siempre tengo deseo de tener tiempo para leer porque a esto he sido muy aficionada.»

No es mala, pues, *la afición a leer*, puesto que la tenía la Santa. El peligro está en *lo que se lee*.

Tan levantado debía ser el linaje de pensamientos estampados en los libros de su uso, que añade (*Relación I*) a renglón seguido: «Leo muy poco, porque en tomando el libro, me recojo, y así se va la lección en oración».

Libros que *recojan* el espíritu y no lo disipen llenándolo de vanidades, cuando no de pensamientos, que son un peligro para la integridad de la fe y la moral católicas han de sernos familiares, procurando sacar de sus páginas *oración*, es decir, elevación de alma a la región pura y celestial de los principios sobrenaturales.

Podrá ser la materia indiferente moralmente; pero el defensor de los derechos de Jesucristo saca partido aun de los hechos, ideas, términos y frases de la literatura, de la ciencia y de la historia para dar brillo y realce a los conceptos de sus cristianas apologías.

Esa lectura lleva a Dios, une a Dios, engendra oración.

¡Qué consuelo tan grande para el periodista católico que consume lo mejor de su vida racional, que es la vida de su pensamiento, en redactar artículos que inculquen verdades de sana doctrina católica, que destruye el error, enemigo de Jesucristo, y lleva a Dios, Verdad eterna!

Da tales bríos esa lectura piadosa, que la Santa pudo decir en la segunda de sus «Relaciones»: «En cosas de la fe me hallo, a mi parecer, con muy mayor fortaleza. Paréceme a mí que contra todos los luteranos me pondría yo a hacerles entender su yerro».

Y es que la lectura sólida da formación, y la formación es sinónima de constitución intelectual robusta, y esa robustez de ideas es fuerte contra el error, que es la enfermedad del entendimiento. Añádase a la solidez del raciocinio la intrepidez apostólica que comunica el espíritu de Dios, y se tendrá la fortaleza de que habla la incomparable virgen avilesa.

Lectura asidua para fortalecer la fe, que es formalmente intelectual, como dice la Teología, es lo que necesita hoy el mundo para emular, según expresión del Papa Pío X, «la fe inconvencible de Teresa».

Yo, hombre de mi siglo, en la exaltación de mi vida, en su capítulo 55, hablando con su

¿"Inicuo,, el Santo Tribunal de la Inquisición?

Tan denigrante e injurioso calificativo se le aplica en cierta lápida que existe en la Plaza de las Cortes, de Cádiz. La puso el Ayuntamiento de 1855.

Semanas pasadas estuvo reconcentrada en la tal lápida la atención pública gaditana.

Redactóla con criterio archiliberal el insigne literato gaditano don Adolfo de Castro. Esto es de no pocos conocido. Pero lo que muchos ignoran es que don Adolfo de Castro se arrepintió de ello, y hubiera hecho añicos la tal lápida si en su mano estuviera; pues reconoció sus errores. Y no de cualquier manera, ni atemorizado por la hora de la muerte, sino en plena salud y con meditado discernimiento, escribió un libro titulado *La libertad por la Fe* (1), en el cual, con muchas sentencias admirables de los Santos Padres de la Iglesia (son sus palabras) pulveriza las ideas de falsa libertad liberal contenidas en la lápida, para que todos se persuadan de «cuál es el verdadero espíritu del cristianismo, y conociendo que en la Fe está la libertad, aspiren a conseguir libertad por la Fe y no contra la Fe».

Nadie tiene derecho a dudar de la sinceridad de su conversión después de leer estas palabras de oro contenidas en el prólogo de la citada obra, escrita cinco años después que la lápida:

«Yo, hombre de mi siglo, y en la exaltación de mi razón, de la ciencia y de la historia para dar brillo y gloria a las ciencias humanas, he escrito estas palabras cristianas apologias.

(1) Cádiz, *Revista Médica*, 1860.

» juventud, y del entusiasmo de mis primeros estudios, me dí también a algunos errores del día. Pero ni al ver traducidos libros míos a lenguas extranjeras, ni el aplauso fugaz con que se recibieron, han sido poderosos para mantenerme en ellos. Felizmente para mí, he logrado triunfar de mi orgullo de hombre en esta parte, y lamentarme de lo pasado, y reprobar lo digno de reprobación, y engrandecerme, sino para el mundo, para mi conciencia, procurando seguir el camino de la verdad y de la vida por el estudio constante de la filosofía del Evangelio. ^{sup} Tengo a la vista un folleto titulado «Reflexiones del Venerable Padre Fr. Diego José de Cádiz, Misionero Apostólico, sobre la utilidad del Tribunal de la Santa Inquisición», impreso en Cádiz el año precisamente de 1812, del que datan las funestísimas Cortes liberales.

En él califica el Beato, gloria la más ilustre del gaditano suelo, de *santa* la espada de la Inquisición (página 15), aludiendo a la que dió en visión el Santo Jeremías al insigne Judas Macabeo. Y en la 22 afirma: «Diremos, si no estamos fascinados o la pasión nos ciega, que la misericordia, clemencia y compasión de este santo Tribunal es, sobre todas las demás, su principal excelencia».

Pues bien, este folleto tiene en la página 28 una «Nota», que empieza así: «Hasta aquí el V. P. Y la Santa Madre Teresa de Jesús, compatrona de España, en el libro de su vida cap. 33, hablando con su discreta sencillez del miedo que le querían poner con

la Inquisición, dice: «A mí me cayó esto ven gracia y me hizo breir (porque en estes caso jamás yo temí, que sabía bien de mí que en cosa de la Fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia, que alguien viese yo iba por ella o por cualquiera verdad de la Sagrada Escritura, me ponía yo a morir mil muertes); y dixé que de eso no temiesen, que harto mal sería para mi alma, si en ella hubiése cosa que fuese de suerte que yo temiese la Inquisición: que si pensase había para que, yo me la iría a buscar, y que si era levantado que el Señor me libraría y quedaría con ganancia». Y tratando en sus cartas de que este libro de su vida estaba en los inquisidores, dice que *lo tentan los ángeles*, dondè, como en contraste de la verdad y crisol de la Fe, mereció la decorosa calificación que nota sobre este lugar su comentador el R. P. Fr. Antonio de San José».

« Grande y generoso espíritu. »

De tal califica el Beato Diego José de Cádiz el de Santa Teresa de Jesús.

Leyendo su obra « El hermitaño perfecto ». libro II, cap. XII, §. 1) me encuentro con estas palabras relativas al biografiado:

« Había leído en los escritos de la Seráfica Doctora y Bendita Madre Santa Teresa de Jesús, aquella valiente expresión, propia de su grande y generoso espíritu, *al fin, Señor, soy hija de la Santa Iglesia*, y no pocas veces se valió de ella para dar esfuerzo a su esperanza, y agradecerle al Señor el bien imponderable que en esto le había hecho ».

«No amilanan los pensamientos.»

Con este título escribí el 15 del pasado octubre, en *El Siglo Futuro*, las siguientes líneas:

«Romper con impávido corazón por las mil y variedades dificultades que ofrece la acción católica en la empresa nobilísima de asentar sobre fundamento sólido el reinado social de Jesucristo, labor es árdua, de caracteres firmes y de pechos bizarros.

El descaecimiento de muchas voluntades arguye vileza de ideal o apocamiento de ánimo.

«No amilanan los pensamientos», escribía la Santa en el capítulo XIII de su «Vida», y aquella su hidalguía en el pensar fué, sin duda, la causa de la proverbial magnanimidad que se advierte en sus obras.

Su corazón mostrábase de continuo grande, generoso, amplio y dilatado como las arenas de la playa que bordean la mar. Las olas de muy embravecidas persecuciones no pudieron descantillar jamás la roca de su firmeza.

Con desbordado regocijo leemos estos días las fiestas extraordinarias que, en su obsequio, celebra la ciudad de Avila.

Coronémosla sus devotos con nuestros propios corazones, abrasados en el deseo y propósito firmísimo de mirarnos en el clarísimo espejo de su fortaleza magnánima.

CONTRA TODOS LOS LUTERANOS—exclamaba la Santa—ME PONDRÍA YO SOLA A HACERLES ENTENDER SU YERRO.

Si tal espíritu nos animase, lejos de claudicar vergonzosamente, haríamos rostro al enemigo, emprenderíamos lo árduo, miraríamos de frente y con gallardía la dificultad, mostraríamos, en una palabra, aquel señorío y alteza de corazón, tan propio de la hidalga tradición española como de la Virgen avilesa, que tan primorosamente acertó a encarnarla.

Ese y no otro es el camino de la victoria, la ruta luminosa de los señalados triunfos.

Por sendero tan cubierto de gloria cruzaron nuestros antepasados, los colosos de la historia patria, que supieron esculpir con buril de fuego en los fastos de la prosperidad nacional, los bríos clásicos, esplendurosos, fecundos, dominadores, de la castiza, genuina y abnegada bizarría española.

¡Teresa de Jesús, cifra y primoroso compendio de ideal tan sublime, alientanos en la pelea contra el error, guía nuestra pluma, robustece nuestros brazos, aleja de nuestra alma toda sombra de pesimismo, enciende y aviva nuestro fervor, dilata de día en día las ansias generosas por la divina gloria!

Como a maestra y Protectora amadísima te bendecimos el día de hoy, renovando nuestra adhesión entusiasta a los ideales encumbrados de tu soberano y celestial magisterio».

Discípula aprovechada.

Tengo entre manos, para un trabajo biográfico, la Vida de la Madre Joaquina de Mas y de Vedruna, Fundadora de la Congregación de Hermanas Carmelitas de la Caridad, escrita por el Excmo. e Ilmo. señor don Benito Sanz y Forés, Arzobispo de Sevilla. Y hablando de los hijos de la sierva de Dios, cuenta que ésta solía referir de su hija Teresa Joaquina, que «desde muy niña profesaba una devoción especial a Santa Teresa de Jesús; en términos que cuando se le mandaba alguna cosa que naturalmente le era repugnante, preguntaba con infantil candor si su Santa también hacía aquello, y diciéndola que sí, al punto lo hacía por imitar a su Patrona». Así pudo observar su madre que «esta niña adelantaba rápidamente en la piedad».

Teresa Joaquina, como Ana, su hermana, ingresó en el Monasterio de Franciscanas de Pedralbes. Santa Teresa nos dejó escrito en el capítulo XVI de su *Camino de perfección*: «Los Santos ermitaños... ¿qué pasarían de dolores y qué a solas!... ¿Pensáis que eran de hierro? Pues tan de carne eran como nosotros; y en comenzando a vencer este corpezuelo, no os causará tanto... Si no os determináis a tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca haréis nada... Dejaros todo en Dios y venga lo que viniere».

Este y otros pasajes en que abundan los escritos de la Santa, debió tener presentes tan aprovechada discípula; pues según refiere la Superiora del Monas-

terio, «la vida de esta ejemplar religiosa fué un tejido de dolorosas enfermedades. Tenía malo un ojo, que perdió desde muy joven a fuerza de dolores, que le continuaron por toda la vida con más o menos intensidad... Con la violencia de estos dolores y de las enfermedades que sufría con ejemplar paciencia, se le habían estirado unos músculos y la precisaban a sostenerse la cabeza con las manos, cuando no podía apoyarla en la pared, pues la producían fuertes sacudidas y continuos movimientos, que daba lástima verla. Tenía también perdido casi del todo el oído. En medio de tanto sufrir, jamás se la oía una queja, y apenas un gemido. A pesar de todo era muy dada a la oración...»

Ansioso, no obstante, de señalar a los investigadores de las glorias teresianas aún tan precioso, consigno a continuación los números de la mencionada revista, en que, repasando los índices, veo que se habla de la Santa Teresita.

Año 1872. — Bibliografía. SANTA TERESA DE JESÚS (número correspondiente al 19 de octubre).

Año 1873. — ORACIÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS (número del 28 de junio). — GRACIAS SINGULARES QUE DIOS HIZO A SANTA TERESA DE JESÚS (número del 11 de octubre).

Año 1874. — A SANTA TERESA DE JESÚS. — Poesía.

Índice teresiano de la «Revista Popular».

Empezó a publicar el egregio y eximio periodista católico don Félix Sardá y Salvany, presbítero, esta verdaderamente *popular* y muy católica revista, el 1.º de enero de 1871.

Debiera haberse insertado en este *Homenaje*—si no hubiera desaparecido de mi vista, trasapelado entre millares de opúsculos, folletos, libros, periódicos y revistas que atesora la muy rica y sabrosa biblioteca de mi fraternal amigo don Juan Marín del Campo—el índice teresiano de la «Revista Popular», preparado con paciencia benedictina, hace algún tiempo, por el referido amigo y publicista infatigable; más, aunque mucha fué la diligencia de ambos en encontrarla, escapóse a nuestro detenido y minucioso rebusco, dándonos al fin por vencidos en tan prolija tarea.

Ansioso, no obstante, de señalar a los investigadores de las glorias teresianas filón tan precioso, consigno a continuación los números de la mencionada revista, en que, repasando los índices, veo que se habla de la Santa Avilesa:

Año 1872.—Bibliografía. SANTA TERESA DE JESÚS, (número correspondiente al 19 de octubre).

Año 1873.—ORACIÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS, (número del 28 de junio).—GRACIAS SINGULARES QUE DIOS HIZO A SANTA TERESA DE JESÚS (número del 11 de octubre).

Año 1874.—A SANTA TERESA DE JESÚS.—Poesía.

(número 199, página 249.—Este número no tiene fecha).

Año 1876.—SANTA TERESA DE JESÚS (número del 14 de octubre.)—DISCURSO DEL MUY REVERENDO ARZOBISPO DE GRANADA EN EL ACTO DE PRESENTAR AL PADRE SANTO LA PEREGRINACIÓN ESPAÑOLA (número del 25 de noviembre. En este discurso se citan y comentan varias frases de la Santa).

Año 1877.—PEREGRINACIÓN TERESIANA-ALBA DE TORMES (número del 11 de agosto).—EL PENDÓN DE SANTA TERESA.—Poesía (número del 18 de agosto).—PEREGRINACIÓN GENERAL EN HONOR DE SANTA TERESA DE JESÚS; CÁNTICO DE LOS PEREGRINOS TERESIANOS (ambos artículos en el número del 29 de septiembre).—PEREGRINACIÓN TERESIANA (número del 6 de octubre).—OFRECIMIENTO DE LA SERÁFICA MADRE Y MÍSTICA DOCTORA SANTA TERESA DE JESÚS.—Poesía (número del 13 de octubre).

Año 1878.—A SANTA TERESA DE JESÚS, ¡TERESA DE JESÚS!—Poesías (número del 10 de octubre).

Año 1881.—A LAS JÓVENES TERESIANAS DE CATALUÑA (número del 13 de octubre).

Año 1882.—EL CENTENARIO TERESIANO (números del 1 y 9 de febrero; 2, 23 y 30 de marzo; 22 y 28 de junio; 6, 13 y 27 de julio; 3 y 31 de agosto; 21 y 28 de septiembre; 12, 19 y 26 de octubre, y 16 de noviembre).—SANTA TERESA DE JESÚS COMO ELLA FUÉ (números 31 de agosto; 7, 14, 21 y 28 de septiembre. SANTA TERESA DE JESÚS (número del 12 de octubre) — FLORES TERESIANAS (números del 7, 14, 21 y 28 de septiembre). FECHAS MÁS NOTABLES DE LA VIDA DE SANTA

TERESA DE JESÚS.—(número del 12 de octubre).—FISONOMÍA, ASPECTO PERSONAL Y CARÁCTER DE SANTA TERESA DE JESÚS (número del 19 de octubre).—BREVES DE SU SANTIDAD CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE SANTA TERESA DE JESÚS (número del 3 de agosto y del 21 de septiembre).—SANTA TERESA ESCRITORA (número del 26 de octubre).—A SANTA TERESA DE JESÚS.—Poesía (número del 12 de octubre).—EL CORAZÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS.—Poesía (número del 19 de octubre).—HIMNO DE LA PEREGRINACIÓN TERESIANA A MONTSERRAT.—Poesía (número del 26 de octubre).

Año 1883.—LA TRANSVERBERACIÓN DEL CORAZÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS.—Poesía (número del 11 de octubre).

Año 1884.—LA CELDA DE SANTA TERESA (número del 9 de octubre).

Año 1885.—LAS HERMANAS DE LA COMPAÑÍA DE SANTA TERESA DE JESÚS EN ORÁN (número del 21 de mayo).—A SANTA TERESA DE JESÚS EN EL DÍA DE SU FIESTA.—Soneto (número del 15 de octubre).

Año 1887.—PEREGRINACIÓN TERESIANA A MONTSERRAT (número del 13 de octubre).

Año 1888.—TESTIMONIO DE SANTA TERESA ACERCA DEL VALIMIENTO DE SAN JOSÉ (número del 15 de marzo).—DECRETO DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DE OBISPOS Y REGULARES, ALABANDO Y RECOMENDANDO LA COMPAÑÍA DE SANTA TERESA DE JESÚS (número del 22 de noviembre).

Año 1890.—MÁXIMAS DE SANTA TERESA (números del 13 de febrero; del 17 de abril; del 9, 16 y 23 de

octubre).—A SANTA TERESA DE JESÚS.—Poesía del siglo XVII.—(número del 9 de octubre).

Año 1892.—A SANTA TERESA DE JESÚS.—Poesía.—(número del 12 de octubre).

Año 1893.—MÁXIMAS DE SANTA TERESA. (números 5, 12 y 19 de octubre).

Año 1894.—SANTA TERESA DE JESÚS; hermoso artículo de fondo de don Fernando S. Brieva Salvatierra (número del 11 de octubre).—A SANTA TERESA; poesía (en el mismo número).—LO QUE NO FUÉ Y LO QUE FUÉ SANTA TERESA.—número del 4 de octubre).—BOSQUEJO DE LAS MORADAS (número del 11 de octubre).—JOVIAL AMENIDAD DE LOS ESCRITOS DE SANTA TERESA (número del 18 de octubre).—ARREBATO MÍSTICO DE SANTA TERESA (número del 25 de octubre).—EL SUPERNATURALISMO DE SANTA TERESA Y LA FILOSOFÍA MÉDICA, O SEA, LOS ÉXTASIS, RAPOTOS Y ENFERMEDADES DE LA SANTA ANTE LAS CIENCIAS MÉDICAS, por el doctor Arturo Perales y Gutiérrez; nota bibliográfica (número del 11 de octubre).

Año 1897.—LA BASÍLICA TERESIANA; artículo de fondo de don Félix Sardá y Salvany (número del 14 de octubre).—MÁXIMAS ESPIRITUALES ENTRESACADAS DE LAS OBRAS DE SANTA TERESA DE JESÚS, PUESTAS EN VERSO POR UN DEVOTO SUYO CARMETITA (números 14, 21 y 28 de octubre).

— **Año 1898.**—DE SANTA TERESA DE JESÚS (número del 13 de octubre).

Año 1900.—SANTA TERESA (números del 11 y 18 de octubre).

Año 1901.—SANTA TERESA EXTRAORDINARIA EN TODO,

del P. Antonio de Vieyra, S. J. (número del 10 de octubre).

— **Año 1902.**—A LAS JÓVENES TERESIANAS DE CATALUÑA (número del 2 de octubre).—LA MUERTE DE SANTA TERESA, artículo del P. Fr. Ezequiel del Sagrado Corazón (número del 9 de octubre).—DIANA TERESIANA, poesía (en el mismo número).

— **Año 1903.**—ENSEÑANZAS DE SANTA TERESA A LOS PADRES DE FAMILIA (números del 1, 8 y 15 de octubre). SANTA TERESA Y LOS CATÓLICOS PUSILÁNIMES; artículo de don José Polo Benito (número del 22 del octubre).

— **Año 1904.**—PENSAMIENTOS DE SANTA TERESA DE JESÚS SOBRE LA SAGRADA COMUNIÓN (número del 9 de junio).

— **Año 1905.**—SANTA TERESA DE JESÚS Y LAS «CONFESIONES DE SAN AGUSTÍN» (número del 24 de agosto).

— **Año 1906.**—SANTA TERESA DE JESÚS (número del 11 de octubre).

— **Año 1907.**—SANTA TERESA DE JESÚS; artículo de don Fernando Brieva Salvatierra.—GRACEJO DE SANTA TERESA; artículo de don Francisco Belda y P. de Nueros (ambos artículos en el número del 10 de octubre).

— **Año 1908.**—LAS POESÍAS DE SANTA TERESA DE JESÚS; artículo de don S. Rodríguez Salcedo.—AMOR; poesía de don Serafín Tella (número del 15 de octubre).—SANTA TERESA Y LA ORACIÓN POR LOS DIFUNTOS; del boletín de santo domingo de silos (número del 12 de noviembre).

— **Año 1909.**—PENSAMIENTO DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOBRE LA EUCARISTÍA (número del 9 de junio).—**SANTA TERESA EXTRAORDINARIA EN TODO**; fragmento del Padre Vieyra, S. J.—**ALBA DE TORMES**; artículo de don J. Menéndez Pidal (ambos artículos en el número del 14 de octubre).

Año 1910.—**SANTA TERESA HABLANDO DE SAN JOSÉ** (número del 17 de marzo).—**GRACEJO DE SANTA TERESA** (número del 13 de octubre).

Año 1911.—**SANTA TERESA DE JESÚS**; artículo de don José I. Valentí (números del 12 y 19 de octubre). **FISONOMÍA DE SANTA TERESA**; artículo del Padre Fray Silverio de Santa Teresa (número del 12 de octubre).

Año 1912.—**SANTA TERESA Y LAS ALMAS DEL PURGATORIO** (número del 28 de noviembre).—**LA DOCTORA DEL CARMELO**; artículo de Fr. F. de Archidonas (números del 10 y del 17 de octubre).

Año 1913.—**SANTA TERESA DE JESÚS** (números del 9 y 16 de octubre).—**CANCIONERO DE SANTA TERESA POR UN SU AMIGO**; poesía de don Antonio García Maceira. (número del 9 de octubre).

Año 1914.—**CARTA DE S. S. PÍO X SOBRE EL III CENTENARIO DE LA BEATIFICACIÓN DE SANTA TERESA** (número del 30 de abril y 7 y 14 de mayo).—**RECUERDOS DE AVILA, SANTA TERESA DE JESÚS**, por don Teodoro Baró (números del 15 al 22 de octubre).

Año 1915.—**CUARTO CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE SANTA TERESA DE JESÚS.**—**UN CONCURSO DE LA REAL ACADEMIA DE LA LENGUA.** (Número del 18 de marzo).—**EN PRO DE SANTA TERESA Y LA COMPAÑÍA.**—**UN DOCUMENTO INÉDITO DEL P. ISLA**, por el Padre Constancio Eguía,

S. J. (números del 29 de abril; 6, 12, 20 y 27 de mayo, y del 2 de junio).—LA MÁS ILUSTRE ESPAÑOLA, artículos de Sardá y Salvany (números del 8, 15 y 22 de abril; del 6, 20 y 27 de mayo).—SANTA TERESA DE JESÚS, artículo de don José I. Valentí.—GRACEJO DE SANTA TERESA DE JESÚS, artículos de don F. B. y P. (Ambos en el número del 14 de octubre).

Año 1916.—HIMNO A SANTA TERESA, de don Miguel Rb Seisdedos (número del 12 de Octubre) (1).

(1) Se termina en este año el *Índice teresiano* de la *Revista Popular*, por haber muerto en él su fundador y ferviente teresianista don Félix Sardá y Salvany.

Los soldados de Cristo.

Con ser tan dulcemente sosegado y tranquilo el don de contemplación altísima, que el Cielo deparó a nuestra Santa, solía acuciar su ánimo con la briosa intrepidez y guerrera audacia, propia de la celestial milicia.

Teresa de Jesús respira el ambiente caballeresco de su siglo y lo realiza y sublima con los celestiales carismas de su alma privilegiada.

Así lo reconocen los mismos extranjeros. El canónigo Janvier, conferenciante de Nuestra Señora de París, en el panegírico que de las bienaventuradas Carmelitas de Compiègne, pronunció en Roma el 29 de mayo de 1906, afirmaba:

«Santa Teresa, hija de esta España caballeresca, que no conservó su religión sino a fuerza de combates y a costa de sangre, buscaba ante todo la pureza e integridad de la fe, comienzo, principio y raíz de toda justificación, de toda salud, como de todo fervor y de todo progreso en los caminos de Dios» (1).

Para ella los varones perfectos no son otra cosa que *soldados de Cristo*, tan aguerridos y esforzados, que *no ven la hora de pelear* (2).

Mr. Catulle Mendés, en su pernicioso y abyecto drama *La Vierge d'Avila*, impugna al Reverendo

(1) *Panegyrique des bienheureuses Carmelites de Compiègne*.—Rome-1906; pág. 6.

(2) *Camino de perfección*, cap. 38.

Padre Francisco de Ribera, S. J., el primero y más estimado entre los antiguos biógrafos de la Santa.

Este desdichado autor es el que ha tenido la villanía osadía de pretender retratar a nuestra patria en los siguientes abominables versos:

» *L'Espagne, fureur et deuil, dague et rosaire,
n'est qu'un torrent d'orgueil dans un val de misère.*»

Se explica; enemigo de España (1) no podía entender la Santa Teresa, encarnación la más sublime del espíritu católico tradicional español.

(1) Contestando a un artículo de *El Figaro*, en el que Federico Rivier se permitió ofender la memoria de los españoles del siglo de oro, escribió el popularísimo redactor de *El Siglo Futuro* y colaborador de esta Biblioteca, A. de Mirabal, este hermosísimo artículo:

Los españoles del siglo XVI

Quisiéramos que estas cuartillas fueran un himno a la tizona, a aquella tizona templada en las aguas del Tajo rutilante bajo la esplendorosa luz del sol que alumbra las pampas mejicanas y los pinos ingentes de los Andes, y que centelleó tantas veces en manos de los capitanes de los tercios, que en los ocios marciales ¡sombra de Garcilasol! apagaban el centelleo de los cascos guerreros con la sombra de sus laureles de poeta.

Quisiéramos que estas cuartillas fueran un himno de admiración, de amor y de patriotismo, en honor de nuestros predecesores, dueños del mundo por las armas, por la virtud y por el saber. Y quisiéramos poseer el caudal de palabras de todos nuestros clásicos inmortales, la riqueza de sus giros, la fuerza de sus frases, para que en la armoniosa lengua de Castilla, madre, gufa y educadora de naciones, quedara des-

agraviada la memoria de los españoles del siglo de oro, ofendida en las columnas de *El Figaro*, con la firma de Federico Rivier.

¡Era de esperar! Era de esperar, y ha sucedido. Y tenía que ser un periódico extranjerizante quien estampara una diatriba contra los españoles del siglo XVI, a los que el mundo entero no perdonará jamás, una supremacía, cual ningún pueblo alcanzó en la Historia, y un anhelo, que Acuña expresó en los versos que Rivier cita:

¡Un monarca, un imperio y una espada!

No queremos reproducir, lo que tomándolo de escritores de allende, dice Rivier de los españoles del siglo XVI. Bien está eso para que lo escriba quien no tenga el privilegio de haber nacido en España, quien sufra la desgracia de no sentirse solidarizado con sus progenitores, quien carezca de la fibra española sensible aún, para vibrar al conjuro en tantas popeyas sublimes. Pero conste que no se puede decir ni que los españoles del siglo XVI fueron tartarinescos, ni rendidos adoradores de la fuerza, y menos bárbaros y crueles; y que es monstruosa la figura del gran duque de Alba, «con la que todavía hay en Europa quien asusta a los niños».

.

¡Los españoles del siglo XVI! Tocár a su memoria, si no es en su alabanza, es blasfemia. Denigrarles, extranjerismo!

Acoger las calumnias sobre ellos vertidos, crimen de lesa patria.

Los españoles del siglo XVI, mal que pese a sus detractores, son los que dejaron a España la ejecutoria de nación, por la cual puede campear en el concierto universal de los pueblos.

¿Qué español puede manchar sus labios con una sola diatriba contra los hombres de entonces? Eso sólo pueden hacerlo, o judaizantes o anglicanos, o calvinistas o herejes flamencos. ¡Un español, no!

Rasgar el velo de calumnias y de injurias arrojadas sobre la España del siglo XVI, es asomarse a la época de más esplendor que ha adquirido jamás nación alguna. El siglo XVI, que es uno de los más grandes de la Humanidad y de la Iglesia, es el siglo de España. Y de tal forma es el siglo de oro de España, que si se borrara este nombre, la historia

del mundo tendría un vacío de cien años, quedaría sumida en las mismas tinieblas de algún siglo de la Edad media.

Todo en el XVI, lo llena España, En armas, en letras, en ciencia, en santidad, en arte. Da a la civilización un continente, cierra el paso a una herejía, redime millones de almas de la esclavitud idólatra, coloniza razas salvajes y da para regirlas ese monumento imperecedero de legislación que se llama «Leyes de Indias». Y cuando alborea no más su dominio en las Américas, el faro del saber español tiene un reflejo vivísimo en la Universidad de Lima, primera Universidad americana.

Salamanca y Alcalá son cerebro del mundo; el duque de Alba, espejo de gobernantes y de capitanes; Cortés y Pizarro, héroes mitológicos; el joven de Austria, salvador de Europa, hundiendo al temido poder otomano... y mientras Herrera levanta la maravilla de El Escorial, Ignacio de Loyola escribe sus Ejercicios Espirituales, Teresa de Jesús, sus libros áureos, toca las cumbres de la oratoria Fr. Luis de Granada; las de la poesía Fr. Luis de León; las de la dramática Calderón, Tirso, Lope de Vega; y Miguel de Cervantes da a luz el *Quijote* que queda como cumbre de la Literatura universal.

Y en tanto surcan los mares los galeones españoles cargados del oro de Indias, tremolando el pabellón de España por las nuevas latitudes, es temido el almirante don Alvaro de Bazán; manda la flota española en Flandes Pedro Menéndez de Avilés, el Adelantado de la Florida, que enajenó sus bienes para costear empresas militares de España, y para dar mayor espacio al imperio español para que quepa toda su grandeza, Vasco Núñez de Balboa descubre el Océano Pacífico y arroja a él su espada en señal de dominio...

¡Los españoles del siglo XVI!

Una sola manopla de sus férreas armaduras vale más que todas las plumas que se han dedicado a «europeizarnos» en el lamentable siglo XIX.

Los que españolizaron al Universo, los que hicieron que la distinción, la riqueza, la elegancia, el buen gusto, fueran vestir, comer y vivir a la «española», ¿cómo ha de poder ser objeto, ni siquiera de discusión, por parte de quienes hoy viven bajo la influencia de todas las exóticas costumbres de fuera?

El mismo *Figaro*, que para censurar cosas de España no

se muestra corto, habla del espectáculo que dan en las terrazas de unos de los cafés de Madrid varios señoritos que toman a broma, durante la hora del «vermouth», a una infeliz perturbada que vive de la limosna. Y dice que esas escenas nos avergonzarían en Europa.

No, donde avergüenzan es en España. Porque los que tal hacen, repare en esto *El Figaro*, están en la terraza, como él consigna, del «Ideal Room», se dicen niños «bien», toman «cok-tail», visten a la inglesa, usan trabilla en la americana, llevan remangado el pantalón Charlot «muy yankee», fuman cigarrillo «Kedive», juegan al «football» o al «tennis», tal vez usen del opio que transporta a los «paraísos artificiales» y comen «rosbif».

¿Y esos son españoles?

Habrán nacido en España, pero de españoles no tienen más que la circunstancia del nacimiento.

Y perdóneseme si en los terminuchos extranjeros empleados hay alguno ortográficamente mal escrito.

No he querido comprobarlos en los diccionarios.

Me conformo con saber escribir nuestras palabras castellanas, como me satisfacen y llenan, porque me hablan del alma de nuestra raza, el pardo yermo de Castilla, los vergeles andaluces, la olla podrida de la cocina cervantesca, los caldos dorados de las vides jerezanas, y el presenciar, bajo la intensa luz del sol de España, la lidia de reses bravas, sintiendo la nostalgia de no haber presenciado cómo en la plaza Mayor los alanceó Villamediana.

De aquel espíritu nada conciliador es muestra palmaria la siguiente frase: «Desmenuzaría los demonios sobre una verdad de lo que tiene la Iglesia muy pequeña.» (1)

Hoy priva entre muchos cristianos el criterio nada teresiano de que hay que disimular, transigir con el error, huir la pelea y arrojar las armas y abandonar las posiciones de lucha, cambiando la acometividad propia del catolicismo militante por una pasividad

(1) *Vida*, Cap. 25.

dulzarrona y acaramelada, saturada de sonrisas y sugestivas propagandas, que es el vistoso ropaje con que se cubren y ocultan vergonzosas claudicaciones.

«Dios os libre—decía la Santa—de muchas maneras de paz que tienen los mundanos: nunca Dios nos la deje probar que es para guerra perpetua. Cuando uno de los del mundo anda muy quieto, metido en grandes pecados, y tan sosegado en sus vicios que de nada le remuerde la conciencia. Esta paz... es señal que el demonio y él están amigos.» (1)

Es el mismo pensamiento que nos dejó consignado el Cardenal Monescillo, al hablar de las *malas paces* y de las *buenas guerras*.

(1) *Conceptos del amor del Dios*, Cap. II.

Santa Teresa y la prensa liberal.

Hace tres años, con motivo de la imposición del birrete y muceta doctorales a la Santa con que la Universidad de Salamanca determinó honrarla en el III Centenario de su Canonización, se le ocurrió a un periódico liberal de Madrid, salir por el siguiente desafinado registro:

«Uno de estos días—decía el *Heraldo de Madrid* (para que otro no pierda) en su editorial de 29 de Abril de 1922—se celebrará en la Universidad de Salamanca una extraordinaria ceremonia. Los doctores (algunos doctores) de aquel claustro pondrán el birrete y la muceta doctorales en los hombros monjiles y carmelitanos de la virgen de Castilla, Teresa de Jesús. Santa Teresa será, pues, oficialmente, doctora en la Universidad de Salamanca. Se paseará la imagen por los claustros; los pollos bien y los doctores guapos de aquella casa, a la que llamó el mai educado de Carlyle «asilo y fortaleza de la ignorancia» se pasearán ufanos con sus mazas de plata, se hará una moji-ganga cívico-académico religiosa, y la mujer peregrina tendrá que achicarse demasiado para tolerar tal compañía, o los doctores encaramarse muy mucho para ponerse a la altura de la neófita que hacen compañera suya, a su imagen y semejanza». «Los doctores de la Universidad de Salamanca—añade más adelante—si fueran discretos, suprimirían, desde luego, esa moji-ganga que preparan, tan poco respetuosa para el sentido de la obra de Teresa de Jesús.»

El articulista no se contenta con llamarles *mojigatos*; les llama también *memos*, dignos sucesores de los *memos salmaticenses* del siglo XVI. Sólo que la niñez aquella de nuestro siglo de oro era *mayor* todavía, según el articulista. «La Universidad—la de ahora, *cuanto más* la del siglo XVI—es la matadora (añade) de todo anhelo espiritual..., fabrica bachilleres, que no son santos ni pícaros; son algo peor, son *memos*».

En otro párrafo del artículo, llama a la Salamanca del siglo XVI, *cominera y ridícula*.

Tan mal parada como aquellos doctores salmanticenses del siglo de oro, sale de la pluma del articulista del *Heraldo de Madrid* la figura excelsa de Teresa de Jesús; porque si bien afirma que *nadie le gana en cariño, en devoción y en hondo y consciente respeto a Santa Teresa*, tales desatinos dice de ella, que hace dudar del tal cariño, devoción y respeto, a no ser que en el espíritu del articulista se despierten tan nobles sentimientos, teniendo ante su vista y consideración una mujer histérica e iliterata.

Porque es muy de advertir que de ésta y no de otra suerte nos presenta a Teresa de Jesús el articulista del *Heraldo de Madrid*.

De una parte, sostiene que *su espíritu está hecho para el sueño y para la divagación*; que en ella *todo lo que no es amor, es vana ciencia*; que ella *se queja continuamente de que los Letrados de tal Escuela, no son Letrados, y, por no serlo, cambia de confesor a cada paso, quejándose de tales mudanzas,*

que tanto perturban la marcha serena de su corazón y de su piedad; de otra, que su estilo está repleto de localismos, de provincialismos, que no es sabihonda, que es una autodidacta, una intuitiva, o como reconoce la Iglesia en el proceso de su canonización, una inspirada por el Espíritu Santo; si acaso, entiendo a Fray Luis de León (a quien llama dos veces el articulista amigo de la Santa), porque ni las matemáticas le interesan, ni la física, para quien todo es metafísica...; ni el derecho procesal, para quien nada tiene que pleitear en el bajo mundo, etcétera, etcétera.

El audaz articulista liberal dice más. Afirma que prepara un libro para cierta Biblioteca, titulado *Misticismo y picardía*.

Y en él cree «demostrar suficientemente—son sus palabras—que el místico (como el pícaro, su hermano espiritual, en muchos respectos) es incoercible y retuso a toda clasificación y escuela. En el místico habla la ciencia del amor, que no se aprende en los libros ni se cierne en las aulas, ciencia de libertad y ciencia puramente de intuición. En el pícaro la ciencia de la necesidad que es academia de listeza y de soluciones desconcertantes, e intuitivas también. Toda la obra de la Santa es una diatriba formidable contra la razón, como lo es todo anhelo místico y toda sed de eternidad. Todos los actos del picarismo son también cabriolas y saltos mortales contra la razón tiesa, agotada y universitaria. Los místicos aman y luego viven. Los pícaros viven y después filosofan, y, si

viven, filosofan para vivir, al revés de los doctores que neciamente viven para filosofar...

Para Lázaro o para el Buscón o para la buena madre Celestina, *todo lo que no es vivir, gozar, pasarlo bien*, es calentarse los cascos.

«Aut pati, aut mori» *¡o padecer o morir!* es el divino lema de Teresa.

«Primun vivere deinde filosofare» es el mote o leyenda de nuestra muy castiza y simpática picaresca nacional».

*
*
*

Vamos por partes.

Empecemos por la *memez superlativa* de la Salamanca *cominera y ridícula* del siglo XVI.

Uno se pregunta instintivamente entre indignado e irónico: ¿pero en qué manual de Historia de España estudiarán la poquita que saben estos señores liberales? ¿O es que basta ser liberal para escribir lo que a uno se le antoje y echar por tierra la veracidad de los hechos?

Porque esos «memos» salmanticenses que formaban discípulos tales, a su imagen y semejanza, eran nada menos que aquellos maestros que contribuyeron a la formación de las Partidas y Tablas alfonquinas, que honrarán siempre la memoria de la Universidad a que pertenecían, así como la del sabio rey, su protector; son Clenardo, cuya gramática griega tanto influyó en la inteligencia de esta lengua; el célebre Alonso de Madrigal, el abulense, más cono-

cido con el sobrenombre de el «Tostado»; el afamado gramático Antonio de Nebrija, cuya gramática castellana fué la primera que vieron formar las naciones en lenguas griega, hebrea y latina; su discípulo el Cardenal Cisneros, quien, con otros maestros de las aulas salmanticenses, publicó, ya en el siglo XVI, la primera Biblia políglota que tuvo la Iglesia, y se imprimió en Alcalá; fueron Arias Montano, que dirigió la segunda edición de la Políglota en Amberes; Victoria, Soto, Melchor Cano, Fray Luis de León, Pedro Ponce, inventor del arte de hablar los mudos; Antonio Agustín, que restableció el estudio de la jurisprudencia civil y eclesiástica; Pedro Monzón, Pinciano, Fernando Núñez, conocido por el «Comendador griego»; Pedro Ciruelo, que salió de las aulas salmanticenses para ser en París el primer catedrático de Matemáticas, como en el siglo anterior había salido Bartolomé Ramos, para serlo de Música en Bolonia; fueron Pedro Chacón, Fernán Pérez de Oliva, Francisco Sánchez de las Brozas, Azpilcueta, Zurita, Covarrubias, Salgado, Laguna, Medina..., todos ellos maestros *elementales y oscuros, dignos de lástima* para el eminente y profundo conocedor de la historia patria que firma el artículo del *Heraldo de Madrid*...

Este llama a Carlyle, que calificaba a la Universidad salmanticense «asilo y fortaleza de la ignorancia», *mal educado*.

¿Acepta él tal calificativo, después de colgar el sambenito de «memos» a aquellos doctísimos profesores salmantinos?...

Prosigamos con la *altura de la neófito*.

En primer lugar, de derecho procesal entendía no poco la Santa; porque, cuando tuvo lugar la primera de las fundaciones, que fué la de Avila, abandonada de letrados en un pleito ruidosísimo con el Concejo de la ciudad, se defendió a sí propia, en concepto de abogado, y el pleito no pasó a sentencia porque se allanaron de buen grado a los propósitos de la Madre Reformadora.

A Fray Luis de León, ni siquiera le conoció. Dice así este insigne agustino en el prólogo de las obras de la Santa, que imprimió completas (excepto el epistolario) por primera vez en Salamanca en el año 1588: «Yo no conocí ni ví a la Santa Madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra; más ahora, que vive el cielo, la conozco y veo... en sus hijas y en sus libros.» El articulista, sin duda, confundió las especies; quizá quiso aludir a Fray Luis de Granada, a quien felicitó Santa Teresa cuando el insigne dominico y verdadero Crisóstomo español tradujo el *Contemptus mundi*.

No era su espíritu apto para el sueño y la divagación, antes lo tenía muy despierto y avisado; y así, según ella afirma en el *Camino de perfección*, escribió este libro para detener en nuestra frontera en cuanto estaba de su parte, los estragos de la reforma protestante, que perturbaban a Francia.

En cuanto a su estilo, véase lo que escribía el cultísimo Fray Luis de León a las Carmelitas Descalzas del Monasterio de Madrid, quejándose de los que

habían hecho algunas mudanzas en sus escritos: «Fué error muy feo querer enmendar las palabras; porque, si entendieran bien el castellano, vieran que el de la Madre es la misma elegancia.» En este juicio abundaba el insigne polígrafo Menéndez y Pelayo, cuando, en el prólogo a las Poesías de Evaristo Silió, añadía: «Y tanta verdad es esto, que por una sola página de Santa Teresa pueden darse infinitos celebrados libros de nuestra literatura y de las extrañas, y por la gloria que nuestro país tiene de haberla producido, cambiaría yo de buen grado, si hubiéramos de perder una de ambas cosas, toda la gloria militar que oprime y fatiga nuestros anales.»

— Sí; fué una inspirada por el Espíritu Santo, pero no contraponga el articulista esta altísima cualidad a la verdadera sabiduría, porque, aparte de que entre los dones del divino y santo Espíritu se encuentran el de sabiduría, el de consejo y el de ciencia excelsa y profunda, en la misma Bula de canonización que él cita afirma categóricamente la Santidad de Gregorio XV: «El Señor la colmó de espíritu de sabiduría y entendimiento... para que su esplendor y claridad brillasen en la Casa de Dios, como estrella en el firmamento, por perpetuas eternidades.»

El cambio de confesores no se debió nunca a que la Santa anduviera *quejosa* de ellos *por no ser letrados* (y retamos al articulista que nos diga en qué pasaje de sus obras ha leído tamaños dislates), sino que, habiendo recorrido toda Castilla y gran parte de Andalucía, y siendo las estancias tan largas, forzosa-

mente tenía que variar de confesor. Entre sus confesores, elegidos con tanto acierto, figuran los dominicos Bañez y Pedro Ibáñez, los jesuitas Baltasar Alvarez, Ribera y otros insignes, como Prádanos y Cetina, sin contar a sus consejeros San Francisco de Borja, San Pedro de Alcántara y muchos más, esclarecidos por su virtud y ciencia.

Así se explica la altura y encumbramiento a que llegó la mujer incomparable, que el articulista del *Heraldo de Madrid* llama NEÓFITA, cuyas obras, lejos de ser *una diatriba formidable contra la razón* (¡cualquiera casa esta afirmación con aquella otra, *en ella todo es metafísica!*), son frutos sazoadísimos del entendimiento mejor formado que en mujer alguna contemplaron, llenos de estupor, las edades y los siglos.

**

Terminemos con la peregrina *fraternidad* que advierte el articulista entre el *pícaro* y el *místico*.

En primer lugar a nadie que esté en sus cabales, se le puede ocurrir el presentar como ejemplo de *fraternidad espiritual* a Santa Teresa, cuyo lema es *padecer o morir* y al tipo clásico de nuestra picaresca literatura, para quien—según el articulista—la vida se reduce a *gozar y a pasarlo bien*.

Nadie, que de lejos siquiera haya saludado la lógica, se atreve a inculcar en el lector la tal afinidad y semejanza, calificando la ciencia de Teresa de ciencia de *libertad*, y la del pícaro de ciencia que arranca *de la necesidad*.

El símil no puede ser más perfecto ni más estrecho el parentesco espiritual.

Necesidad y libertad, gozo y sentimiento son, para el articulista de marras, términos convertibles.

Pero hay más; los actos del pícaro son cabriolas y saltos mortales *contra* la razón; y sin embargo la ciencia del pícaro es academia de listezas.

La obra de Santa Teresa es una diatriba formidable contra la razón; sus actos son *también* saltos mortales contra la razón y cabriolas como los actos del pícaro; y no obstante su pluma, según dejó escrito más arriba, es pluma que *habla, que corre con la misma naturalidad que salta el agua por el regatón*.

Los saltos del agua en el regatón y los saltos mortales contra la razón y las cabriolas de los pícaros; todo en un mismo plano.

Y en el mismo también el salto mortal que pega el articulista del *Heraldo de Madrid* por los aires de la arbitraria invención del sofisma, sin tocar a tierra en el firme de la lógica.

Que ¿dónde aprendió la Santa su *formidable diatriba contra la razón*?...

Hable de nuevo el acróbata liberal:

«Teresa no es doctora... Con el Abecedario de Osuna, algunos libros de Caballerías, y la lectura de los Padres de la Iglesia, principalmente de San Pablo y San Agustín, tiene despachadas todas sus lecturas».

¿Todas? ¿Y el *Retablo de la vida de Cristo*, del Cartujano, y la *Subida al monte Calvario*, de Guevara, tan familiares a la Santa?

-9 Mas, aun prescindiendo de tales omisiones, San Pablo, San Agustín, y, en general, los Padres de la Iglesia, no inspiran a Teresa de Jesús, sino diatribas formidables contra la razón, según la afirmación rotunda del articulista. Y por eso no la llama doctora.

En cambio la Santidad de Pío X (en carta al Preposito general de los Carmelitas Descalzos el 7 de marzo de 1914) la llama *Maestra incomparable*, cuya «doctrina sobre la ciencia de la salvación fué tan eficaz y elevada, *que en poco o en nada cede a la de los grandes Padres y Doctores de la Iglesia... San Gregorio Magno, San Juan Crisóstomo y Anselmo de Aosta.*»

-10 Y, en este mismo áureo y teresianismo documento, afirma el Papa, que, en cierto sentido, supera a los mismos Padres de la Iglesia.

«Nada enseña que no esté rigurosamente conforme con la más sana teología católica, exponiendo sus doctrinas con tanta sencillez y claridad, que ya en su tiempo era la admiración de los más insignes doctores, que no llegaban a comprender cómo pudo esta virgen reducir con tanta maestría y elegancia a un cuerpo de doctrina lo que sin orden y confusamente enseñaron los Padres de la Iglesia.»

«b Quien haya reflexionado acerca de lo que vamos diciendo sobre la excelencia de la doctrina teresiana comprenderá con cuanta razón han tomado a Teresa por maestra cuantos después de ella han escrito sobre tan difíciles materias y cuán justamente concede la Iglesia los honores propios de los doctores a esta

esclarecida Virgen, pidiendo a Dios en la liturgia que nos sustentemos con el alimento de su celestial doctrina y recibamos con ella el fervor de una santa devoción.

Ojalá que los que se dedican al estudio de la llamada psicología mística no se aparten de las enseñanzas de esta incomparable maestra. »

Santa Teresa de Jesús, por tanto, es mística, y hasta maestra de místicos; pero no una mística ilusa atrabiliaria, que divaga y sueña, sino perspicaz, aguda, razonable y naturalísima, que llega a distinguir, en la ciencia difícil y encumbrada de la mística sobrenatural, los movimientos más imperceptibles del alma sublimada por la gracia de Cristo. Para ello no le basta el corazón, ha tenido que ejercitarse en la ciencia sublime de los Santos, ciencia que no destruye el humano discurso, antes lo perfecciona y eleva, en la que salió maestra aventajadísima, digna de que la Iglesia la aplique los encomios y loores que tributa a sus doctores más esclarecidos.

Tanto sus obras de orden histórico como las de carácter preceptivo no las ha podido desbaratar un lapso de tres siglos; y es mucho tiempo éste para que pueda prevalecer, sobre todo en épocas como la muestra, de indiferencia religiosa y de cinismo sectario, lo que el articulista liberal conceptúa de formidable diatriba contra la razón, y, por consiguiente, de invento y ficción absurda.

Por lo demás, hablar hoy de *conflictos* entre la razón y la fe es esgrimir un argumento manido, viejo

La ciudadela de Valladolid.

Tuve la dicha de predicar el año 1914 en Valladolid un Triduo teresiano en la devota iglesia de las Madres Carmelitas Descalzas, incapaz entonces para contener tantos y tan fervorosos devotos de la Santa, hasta el punto que hubo de colocarse un púlpito en la puerta de entrada a fin de que pudiera escuchar también la apiñada muchedumbre que ocupaba el anchuroso patio.

Honró el último día aquéllos solemnes cultos el señor Arzobispo, Eminentísimo Cardenal Cos.

Yo recuerdo que presenté a Santa Teresa, cuyo III Centenario de la beatificación tan solemnemente celebrábamos, como prototipo de almas sedientas de Dios.

Dijo Jesucristo que el que tuviese hambre y sed de la justicia experimentaría hartura de ella. Y esta ley se cumple indefectiblemente, no sólo en los individuos, sino también en las naciones. No ya años, sino siglos, hasta siete, dura aquel duelo gigantesco entre el mahometismo africano y el catolicismo español; y nuestra Patria, en esa lucha secular en la que sacrifica su tranquilidad, hacienda y vida, todo menos la gloria de ser defensora de los derechos de Cristo, padece hambre y sed por el triunfo de la justicia: Dios satisfará plenamente ansias tan nobles como generosas con una pléyade gloriosísima de santos de primer orden, cada uno de los cuales es capaz de en-

grandecer un siglo entero, y a los que vió casi coetáneos una misma generación.

No se conoció en nuestro suelo, por aquéllas callendas de continuo batallar, claudicación ni decaimiento en la empresa valerosa de la reconquista de la Patria, y por eso Dios premió aquélla fe y constancia inquebrantable con la gloria más excelsa que puede concebir humano entendimiento, cual es la de la virtud heroica, que merece ser celebrada con lóores eternos y es fecunda en bienes que nunca se acaban.

Con ser el siglo XVI un siglo de *hartura espiritual*, es no obstante, y aun por eso mismo, porque así lo exige inconcusa y sobrenatural paradoja, siglo de *almas sedientas de Dios*. El corazón transverberado de Jesús es misterioso cráter divino por el que, sed tan abrasada y ferviente, se manifiesta en llamadas sublimes de continuos éxtasis y seráficos arrobamientos.

* *

El Triduo tuvo lugar por el mes de junio.

Y en el mes de julio, el Excelentísimo Señor Don José María González de Echávarri, Catedrático de la Universidad de Valladolid, muy buen *amigo* de la Santa, a quien debí yo la satisfacción y honra de predicar entonces de la Mística Doctora, escribía desde Zumaya el siguiente artículo lleho de curiosidades teresianas.

Lo publicó *El Porvenir* (número 4.527) de Valladolid, y dice así:

«UNA VISITA A LA FUNDACIÓN DE SANTA TERESA

Dramatargos contra la verdad.—Las celdas del Convento.—La habitación de la Fundadora.—Sus reliquias.—La obediencia.—Caso portentoso.—El desierto.—Contestando a una objeción.—La Sala Capitular.—Santa igualdad.—Las capillas de la huerta.—La Iglesia y el coro.—Ciudadela de Valladolid.

Un escritor sectario de la vecina República francesa, dió a la escena una obra pocaz, desnaturalizando a la incomparable Virgen de Avila. Si en el orden literario su producción fué un fracaso, desde el punto de vista histórico forjó una bellaquería. La mentira adornada se derroca con la verdad desnuda y la vista de una fundación de Santa Teresa, es sencillamente la verdad sin aditamentos, capaz de llevar el sonrojo al infame corsario del engaño que en los teatros de París se convirtió en salteador de la verdad.

Al atravesar los umbrales del Convento de la Concepción, aun con la respetabilísima autorización de mi Prelado, necesitaba otra tarjeta para visitar aquellos muros adornados con imágenes del tiempo de la Santa y los limpios vidrios por los cuales pasaron rayos de sol que iluminaron su beatífico semblante. Cuando de la oscuridad se pasa repentinamente a la luz necesitamos resguardar la vista; para cambiar el ambiente del mundo por las dulcedumbres de los lugares santos es preciso rezar, lavar los sentimientos con el agua purificadora de la oración. La fundación de Valladolid es toda ella un santuario y aquellos benditos recuerdos y realidades me han impuesto el deber de descubrir la cabeza:

*Hermano, una de dos
o no entrar o hablar de Dios
que en la casa de Teresa
esta ciencia se profesa.*

Al leer este rótulo de entrada, viene a mi memoria una obra escénica española que no es ningún triunfo para su autor, *Canción de Cuna*. Un mal aconsejado escritor, que jamás debió ver sino salones de baile, tuvo atrevimiento de querer esbozar las interioridades del Claustro, y ¡vive Dios que erró a dos manos! Invitaríale yo a que me acompañase en esta visita y haría mil añicos su producción mediocre.

Una fundación de la mística Doctora es algo así como la consagración de todos sus ideales, el arquetipo de la privación y penitencia, la quinta esencia del aseo material y del acicalamiento y limpieza de alma. Las casas del Corregidor Argüello que desde la época de Teresa de Jesús son el albergue de sus abnegadas hijas, rebosan aires regeneradores para el cuerpo y para el alma. Tazas de oro son las celdas, donde las religiosas sólo tienen una madera para descansar, una jofaina sobre el suelo para su aseo corporal y una cruz. ¡Bendita Cruz! Aun antes de ser santificada en el Gólgota, Moisés, al extender sus brazos para orar, enarbola ya la cruz en la cima de la montaña. Un insigne escritor francés del pasado siglo, dando libertad a la imaginación escribe: «El ave que vuela dibuja la cruz, el hombre que nada dibuja la cruz, el mastil del buque dibuja la cruz por medio de las vergas, el arado con su reja dibuja la cruz». Estas aves carmelitas tienen la cruz para volar al cielo, y en sus trabajos para salvarse y salvar la humanidad hacen los surcos en su alma con el arado de la cruz. Dejad en sus celdas este sublime adorno del signo de la redención.

Con la máquina fotográfica he sorprendido la humilde celda que fué de Santa Teresa, pero la sensibilidad material de la película no podrá jamás registrar las impresiones de un alma cristiana enamorada de las angélicas virtudes de quien

la habitó. Allí están las reliquias que con sigular cuidado conservan las monjas carmelitas. Un pedazo de aquella carne tantas veces lastimada por la penitencia colocada en un relicario de plata que regaló la Reina doña Margarita de Austria; tres decenas de su Rosario, mudo testigo de oraciones y elevadas comunicaciones con Dios; un cilicio en relicario de bronce con pedrería. Al dorso he leído una inscripción que dice: «Este cilicio es de Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, el cual dió la misma Santa a don Francisco de Medina Peru, Prior de la Colegial de Medina del Campo, siendo confesor de las Carmelitas descalzas de dicha villa, y al dárselo la Santa dijo: «Tome, hijo, que las Carmelitas descalzas no tenemos otras dávidas que dar.» Después vino este cilicio a poder del licenciado don Francisco de Medina Peru y hermano del P. Fray Alonso de San José lo adornó con este relicario y aplicó a este nuestro Convento de Valladolid año de mil seiscientos noventa y ocho.» La tosca cruz de madera que se esmaltó de piedras preciosas en las manos de Santa Teresa perteneció a este Convento, pero en época de revolución se entregó a un capellán y actualmente no se conoce su paradero.

A He visto un estuche de plata conteniendo una de las joyas más admirables de la Reforma carmelitana, fruto de una pluma que cautivó las riquezas del lenguaje castellano, escrito primeramente para sus monjas, pero más tarde aplicado a las necesidades de otras almas, *El Camino de Perfección*. Allí están las cuartillas originales en forma de cuaderno, casi exento de tachaduras. También conservan cerca de cincuenta cartas de la mística Doctora, regaladas como *El Camino de Perfección* por el ilustrísimo señor Obispo de Valladolid don Francisco Sobrino, hermano de las Madres María de San Alberto y Cecilia del Nacimiento. Acompaña a este cuaderno, desgraciadamente conservado sin estuche ni relicario, el documento que a la letra dice así:

«Todas estas cartas aunque no contienen cosa de particular importancia de doctrina ni historia, por sólo ser todas

firmadas de la Madre Santa Teresa y todas escritas de su propia mano, sino son dos o tres que son de mano ajena, y por la veneración que se debe a todas sus cosas, se recojieron aquí en este libro y en estas hojas, el cual libro por que quede en lugar y reverencia que se debe le entrego hoy a la M. Priora y Convento de Ntra Sra. de la Concepción del Carmen de las Descalzas Carmelitas de esta ciudad, como a casa suya para que en él se guarde con la veneración que se debe a tan santa Madre Fundadora. En Valladolid a seis días del mes de Agosto de mil seiscientos catorce años, Dr. Francisco Sobrino.»

En tiempos anteriores Madres plétóricas de celo sufrieron la equivocación de transformar la celda de la Santa en Oratorio con tres nichos, en los que se veneran el Salvador en el Sepulcro, San Juan de la Cruz y San Elías. Aquí tiene su apropiado lugar una custodia de gran mérito, regalo de la marquesa de Camarasa y acabado modelo de orfebrería del siglo XVII. Al descender la escalera que da acceso al que fué cuarto de la fundadora, puede leerse la siguiente inscripción: «Asiéndose a esta reja N. S. Madre en una ocasión en que no se tañó con puntualidad la campana, dijo con severidad: «SI VIVIENDO YO SE HACE ESTO ¿QUÉ SERÁ DESPUÉS DE MUERTA?»»

Un caso cuenta la Madre Petronila en un documento refiriéndose a la Madre Ana de San Bartolomé, que bien merece la pena de referirse como demostración cumplida de que en el Convento de la Concepción de Valladolid, para el cual la Fundadora tuvo los más extraordinarios elogios, el cumplimiento de los mandatos debe ser norma no discutida. En los últimos momentos de aquella insigne religiosa modelo de virtudes durante su vida y asistiéndola la Superiora, un Padre Carmelita y toda la Comunidad, creyendo durase la existencia de la moribunda más de lo que efectivamente duró, indicó la Priora que la Comunidad asistiese como de ordinario a las horas canónicas, y Dios permitió que durante este tiempo falleciese la Madre Ana de San Bartolo-

mé, recogiendo sus últimas palabras el Confesor y la enfermera. Mientras practicaban la operación de amortajarla, comentaron desfavorablemente dos religiosas el que se hubiese ordenado el rezo en el preciso momento de la muerte, pero heladas quedaron de estupor, cuando vieron que la mano derecha de la difunta se levantaba imponiendo silencio con el dedo índice. Colocaron el brazo en su puesto y por segunda vez repitió la orden y en esta posición la halló la misma Madre Petronila que lo escribe y que penetró en la estancia pocos momentos más tarde.

Nada ha turbado el silencio de mi visita, y, sin embargo, indícanme hay dentro del convento un lugar de retiro donde las monjas descansan con tormentos corporales y se regalan con castigos. Le llaman el *El desierto*. El amor de Dios se prueba en este lugar con la soledad y el sufrimiento. Está cercano al tejado, con una pequeña ventana con reja a la capilla y solo participa de la luz cenital insignificante y tenue. No hay otro descanso que el duro suelo, ni más adorno que algunas estampas en las paredes. El alimento se les facilita por un agujero abierto en la pared y aun así muchas religiosas han prescindido varios días del sustento. En medio de estas privaciones ¡cuántas almas habrán sacudido la capa del polvo de las cosas humanas! En cárceles y presidios he visto celdas de castigo que la disciplina interna de aquellos establecimientos impone a reclusos desobedientes y malvados, pero yo no había visto cárceles como ésta en que los prisioneros están más libres cuanto más pesadas son las cadenas y los cuerpos viven sin carga cuanto más cargados se hallan. En nuestros tiempos se encontraba retirada un día una religiosa ya difunta, en este lugar de sufrimiento corporal, cuando la Madre Superiora le indicó pidiese al Cielo para ayudar a una familia vallisoletana, en la cual, y por la muerte del jefe de la casa, habían nacido controversias harto graves y dolorosas. Los valores, que sumaban riqueza grande, no se encontraban, y unos hermanos acusaban a los otros.

Los que eran víctimas de una sospecha injusta, acudieron

a la Comunidad en demanda de oraciones, y la Madre Priora creyó lo más oportuno poner el ruego en los labios de la entregada a vida más perfecta. Con humildad y modestia la olvidada religiosa pudo decir a la Madre Priora que ella entendía por luces espirituales recibidas, que los valores se encontraban en un lugar que designó completamente desconocido para ella, y efectivamente allí se hallaron.

Si algún incrédulo de las cosas santas y que sin embargo fía de nigromantes y cartomancias, lee estas líneas, no será difícil se maraville de la inocencia del autor y atribuya a la ignorancia su certidumbre de los auxilios sobrenaturales. Pudiera suceder que arguyera con fuerzas naturales desconocidas y si es algo leído y tiene atisbos de erudición barata, hablará como cosa sabida de adivinación hipnótica y visión al través de cuerpos opacos. Sin hacer mofa del argumento, pero sin darme un ardite de sus burlas, diréle que en unas experiencias que practiqué y tengo publicadas de fenómenos trascendentales de hipnotismo, aprendí a distinguir lo ordinario, lo sobrenatural y diabólico, y de ellas saqué forradas en risa las tres potencias del alma al ver la facilidad con que creen en *adivinaciones naturales* los sabios de laboratorio que desdeñan el agua bendita.

En el altar de la Sala Capitular se conserva el primitivo retablo de la Iglesia mandado hacer por la Santa, según sus indicaciones y diseño. Representa Cristo a la columna y arrodillada a sus pies, vestida de beata, está la patrona del Convento, doña María de Mendoza. La pintura es estilo flamenco pero no de gran valor, aun cuando el parecido de la protectora de la Reforma carmelitana es grande, pues el retrato que de su hermano el Obispo de Avila se conserva en esta población, tiene extraordinaria semejanza.

De la Sala Capitular demos un salto hasta la cocina y el lavadero. Aquí llamo a capítulo a los socialistas que predicán comunidad de bienes y trabajo, y a los apologistas de una igualdad que siempre acaba en encumbrar al más osado. La Priora, entendedlo bien, empuña el estropajo para lavar sus

platos y tiene, como las demás religiosas, un puesto reservado para jabonar las ropas en el lavadero.

Muy cerca de estos lugares encuentro la pequeña Capilla que mandó edificar Felipe II a instancia de la Hermana Estefanía, cuya anecdótica conferencia queda relatada en otro apartado. Dentro del recinto de la espaciosa huerta se levantan dos edificios. Es el primero la Capilla costeada por la Reina doña Margarita, mujer de Felipe III, dedicada a Cristo Crucificado. En ella oraba continuamente la venerable Madre Teresa de Jesús (Vela), hija de los condes de Castrillo y ahijada de la Reina. Sobre la mesa de altar se conserva una preciada reliquia, tal es la calavera del Papa San Honorio,

La ermita de la Santa es el otro edificio enclavado fuera del monasterio y en ella se lee esta inscripción: «Esta ermita dedicó a Nuestra Gloriosa Madre Teresa de Jesús el señor don Manuel de Tordesilla Cepeda, pariente de la Santa, Cavallro del Avito de San Juan, Comendador de las encomiendas de Benavente y rubiales zerecinos, fué cavallero de Calatrava de las galeras de Malta y embajador por su religión y recibidor de Castilla y León y gran bienhechor de esta casa acabóse esta obra año 1682.»

La escultura de la Santa, que se encuentra en esta Capilla, es una obra de arte admirable, pertenece a la misma época de la construcción del edificio. Antes de abandonar esta mansión de paz y virtudes entré en el coro bajo. Preside este lugar de oración el verdadero retrato de la Santa, pintado por Fray Juan de la Miseria y también se encuentra la silla de coro de la Fundadora, forrada de concha a costa de su pariente don Manuel de Tordesillas Cepeda, y el niño Jesús Peregrinito, acerca de cuya imagen hemos relatado hechos portentosos.

En el orden artístico se ve un magnífico cuadro de la Dolorosa sobre la tumba de uno de los herederos en el Patronato y que ordenó estuviere siempre cerca de sus restos.

La Iglesia es la misma que mandó hacer Santa Teresa y está en idéntico estado, salvo el Altar mayor, cuyo retablo

fué encargo posterior de la protectora del Convento doña María de Mendoza en los comienzos del siglo XVII. La mesa del Altar, Frontal, Manifestador y Sagrario, es donación muy posterior, debida a la munificencia del excelentísimo señor don José Meseguer, actual Arzobispo de Granada y hermano de una de las religiosas de este Convento.

La sombra de la insigne Reformadora sigue prestando beneficios inmensos a esta fundación de sus amores. Y avisos manifiestos dan a entender a las religiosas el llamamiento de Dios para otra vida.

La incomparable Reformadora, en uno de los pasajes de su existencia, creyó necesario sacudir el polvo de las sandalias; todo lo contrario ocurre al abandonar su fundación de Valladolid; arca que conserva inmutable las tradiciones de sus primeros años, Claustros donde persevera el vigor de añejas virtudes y penitencias y para cuyas religiosas no ha descaecido la obra de Teresa, ni ha perdido color ni aroma la flor de la Reforma.

Ciudadela de la antigua capital castellana, está colocada por la mano de Teresa, a la entrada de la populosa Pincia, como centinela avanzado y lugar de defensa. Para detener los castigos del Cielo, valen más cilicios y disciplinas que flechas y arcabuces, y en los ejércitos sobrenaturales son oídas mejor que voces de mando de aguerridos militares, modestas y calladas oraciones. »



La perla más brillante de la corona de San José.

Uno de los escritores josefinos más ilustres, el P. Sauv , ha afirmado que las páginas de oro de la Santa enalteciendo la protección del bendito Patriarca, han sido más eficaces que cincuenta volúmenes escritos por otras plumas para propagar la devoción de San José.

El Monasterio fundado en Avila por Santa Teresa (*las Madres*) el 24 de agosto de 1562, lleva el nombre del celestial Esposo de la Santísima Virgen.

Yo no puedo dejar de transcribir íntegra la alusión que hace a nuestra Santa el erudito y sabio P. Eugenio Cantera, agustino recoleto, el autor de la hermosa obra *Jesucristo y los filósofos*, quien en su libro *San José en el plan divino* (Monachil-1917), página 448 y 449, dice textualmente:

«En el siglo XVI adquiere nuevos bríos y más galanas formas el culto del Esposo de María. La excelsa figura de Teresa de Jesús revela al mundo las grandezas encerradas en el patrocinio del santo, y promueve entre sus hijas el amor y veneración a tan excelente Abogado. Diríase que había recibido de Dios esta misión singular y que la cumplió maravillosamente, razón por la cual se ha dicho de ella, que fué «la perla más brillante de la corona del Patriarca de Nazaret» (1), y que el gran Patriarca es deudor,

(1) *Patrignani*, lib. I, cap. XI.

en cierto modo, a Santa Teresa, de la gloria que se le tributa en la tierra (1). Desde muy niña sintió verdadera devoción a San José, y cuando salió de su casa para entrar de religiosa en el Convento de las Carmelitas de Avila, hacia el año 1555, llevó consigo una imagen de San José. Ya en el Convento túvole por singular abogado. «Tomé—dice ella—, por Abogado y Señor, al glorioso San José y encomendéme mucho a él» (2). La Santa se reconoce deudora al Santo por haberla salvado de inminentes peligros de alma y cuerpo. «Si fuera persona, —escribe—, que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo a mí y a otras personas... No he conocido persona que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud, porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan; quien no halle maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro y no errará el camino» (3). Por eso en sus viajes y conversaciones recomendaba eficazmente la devoción a San José; desplegaba el mayor celo por celebrar solemnemente sus festividades y ponía bajo su protección las fundaciones que hacía. Así se explica el éxito que obtuvo en tantas obras como llevó a cabo la sierva de Dios y la asom-

(1) Lucot, *San José*, pág. 53.

(2) *Su Vida*, cap. VI.

(3) *Ibid.*

brosa santidad a que llegó su alma. La Orden Carmelita, tuvo, además de Teresa, otros insignes admiradores de las glorias josefinas. Tales son los Padres Jerónimo Gracián, Juan de Sylveira, Cristóforo de Avendaño, Ambrosio Roca de la Serna y otros.»

De dicho artículo entresaco los siguientes párrafos:

«... y como son afrenta de nuestra patria, carididos españoles, aquellas palabras de nuestra santa patrona que antebate de dar testimonio de su fe, y su aserto en testimonio, mandábase, dice, una niña, en el libro de moros pidiendo por amor de Dios y allí la desechaban, sin que ella tener pudiese le parecer el mayor empujazo.

Sobre todo las damas españolas, tantas no tienen que aprender de la escriturizada mujer andaluza, que tanto sufre, que tanto trabaja por la honra y gloria de Dios con provecho grande de su patria España!

No nos crasemos de repetir! Las mujeres españolas tienen en Santa Teresa el modelo de la mujer fuerte, y dignamente llorada, y por estas bien necesitadas de estudiar, de copiar sus hermosos escritos de las virtudes cristianas y de la sabiduría cristiana en la gloriosa vida de la misma doctora.

Bien pueden nuestras mujeres españolas (ya dicho don Juan Vainer) hacerse de esta comparación y llamarla suya, porque a la altura de Cervantes, por mucho que yo le

(1) - Tanta preparada varios y muy hermosos artículos testigos por el publicados en la Semana Católica, con el seguimiento de Bonifacio, pero a última hora se me han extraviado, y dada la premura del tiempo, ni es posible buscarlos en la colección que no tengo a mano, ni menos transcribirlos a los que se refieren a las mismas y semejantes cosas.

Santa Teresa, modelo de la mujer fuerte.

Guardo en mi carpeta de recortes uno titulado «Santa Teresa de Jesús, Patrona de España». Lo publicó de fondo *La Unidad Católica*, de Sevilla, en su número 253. Su autor, el infatigable periodista católico don Manuel Sánchez Asensio (q. e. p. d.) (1).

De dicho artículo entresaco los siguientes párrafos:

«¡Ah, y cómo son afrenta de nuestra apatía, católicos españoles, aquellas palabras de nuestra *santa patrona* que anhelante de dar testimonio de su fe, y su sangre en testimonio, maquinaba, dice, aun niña, *ir a tierra de moros pidiendo por amor de Dios* y allí la descabezasen, *sin que el tener padres* le pareciera *el mayor embarazo!*»

Sobre todo las damas españolas, ¡cuánto no tienen que aprender de la enfervorizada *monja andariega*, que tanto sufrió, que tanto trabajó por la honra y gloria de Dios con provecho grande de su amada España!

¡No nos cansaremos de repetirlo! Las mujeres españolas tienen en Santa Teresa el modelo de la *mujer fuerte*, y divinamente ilustrada, y hoy están bien necesitadas de estudiar, de copiar ese hermoso dechado de las virtudes cristianas y de la sabiduría cristiana en la gloriosa vida de la mística doctora.

Bien pueden nuestras mujeres españolas (ha dicho don Juan Valera) jactarse de esta compatriota y llamarla *sin par*, porque a la altura de Cervantes, por mucho que yo le

(1) Tenía preparados varios y muy hermosos artículos tesisianos por él publicados en la *Semana Católica*, con el seudónimo de *Bonifacio*; pero a última hora se me han extraviado, y, dada la premura del tiempo, ni es posible buscarlos en la colección, que no tengo a mano, ni menos transcribirlos.

admire, he de poner a Shakespeare, a Dante, y quizá a Ariosto y Camoens; Fenelón y Bossuet compiten con ambos Luises cuando no se adelantan a ellos; pero toda mujer que, en las naciones de Europa desde que son cultas y cristianas, ha escrito, cede la palma y queda inmensamente por bajo, comparada a Santa Teresa.

La acción política y social que exige tantos sacrificios, tantos desvelos, tan enérgico carácter en los hombres, se resiente, languidece y casi muere en España, por mucha culpa de nuestras mujeres.

¿Se trata de propaganda católica, de empresas *periodísticas* de *asambleas*, de peregrinaciones o públicas manifestaciones católicas, a lo que llama la voz augusta del Pontífice y la salud del pueblo? ¡Pues el más decidido católico oye de labios de su madre o de sus hermanas, de su esposa o de sus hijas (salvo honrosísimas excepciones) éstas o parecidas palabras:

— ¡No te metas en eso! ¿Qué vas a conseguir? Para ser bueno y ganar el cielo no necesitas gastar dinero, tiempo, trabajo o estudios. ¡Otros son los llamados y obligados! ¡Que lo hagan ellos! Y luego, ¿para qué? Para indisponerte con unos; para perder relaciones, tal vez tu carrera o tu colocación; para que te persigan o quizás te maltraten. ¡No seas tonto! Lo que quieren de ti es sacar la brasa con mano ajena cuatro papelones ansiosos de figurar, o vivir a tu costa gana vidas y busca ruidos.

¿No es esto así? ¿No sucede, no pasa esto? La mujer española, la mujer católica, hoy, en general, cree que con ir al templo, y más y mejor si logra llevar con ella a su padre o hermano, o marido o hijo, ya lo tiene hecho todo.

¡Cómo se equivoca!

El templo cristiano es la gran escuela de la Verdad católica, especulativa y práctica y allí hay que aprenderla; más no ciertamente para olvidarla a la salida, sino para predicarla lícitamente y hacerla valer fuera del templo; en la calle

y en la plaza; en la cátedra y en el congreso; en el libro y en el periódico; ¡en todas partes, a todas horas, contra todos los enemigos de Dios y del alma! ¡Milicia es la vida del hombre!

Y no es milicia, esa *falsa paz* reducida a oír la santa misa o rezar el santo rosario, tranquilamente, como si Dios y la Iglesia de Dios, como si la verdad católica y los católicos no tuvieran más que devotos en el mundo.

Fuerza es, pues, que la mujer española se decida ya por amor a Dios y en su servicio; por amor a la verdad, a la justicia, al prójimo; por deber de piedad para con la patria, a sacrificar su amor a las criaturas, y no sólo dejar, sino estimular al padre, al hermano, al marido, a los hijos a que profesen la verdad católica, y como sea lícito y debido pongan a contribución para propagarla y defenderla, la comodidad de la vida, la tranquilidad del hogar, las dotes personales, la hacienda...

Acuérdense que,

*¡Solo Dios basta!
Quien a Dios tiene
Nada le falta.*

De lo contrario, el católico que quiera salvarse y cumplir sus deberes políticos y sociales según las enseñanzas de la Iglesia, tendrá al fin que *no hacer caso* a madre, hermana, esposa o hija, y como Lot, abandonarlas en medio del camino de la vida inactivas, inertes como estatuas de piedra.

Zaragoza por Santa Teresa.

El Pilar, semanario católico de Zaragoza, muy leído en todo Aragón, y aun extendido por casi toda España, por ser órgano del culto a la Santísima Virgen bajo advocación tan histórica y regalada, publicó en su número del 6 de junio de 1914, *con motivo del III Centenario de la Beatificación de la Santa*, el siguiente entusiasta manifiesto de la Junta de la Peregrinación:

«CATÓLICOS ARAGONESES:

Santa Teresa de Jesús es sin disputa una de las figuras más excelsas que han brillado en el Cielo de la Iglesia católica y lucido con mayor esplendor en los anales de la Patria: Su solo nombre produce en el alma la emoción de lo sublime y el sentimiento de lo grande.

En un siglo de gigantes en que todas las energías se concertaron para acrecentar los blasones de nuestra raza, en una época fecunda cual ninguna en héroes y santos, tan profundamente se anegó su alma en el Océano de la gracia y a tales alturas se remontó su vuelo en las regiones del espíritu, que la fama de sus éxtasis, de su talento y sus virtudes, rebasando las dilatadas fronteras de la monarquía española, se extendió por todo el mundo cristiano. No parecía mujer, sino un ser sobrenatural, en torno del cual se complacía el Omnipotente en realizar las más estupendas maravillas. Príncipes y plebeyos pedían con grande instancia y como gracia singularísima el verla, siquiera una vez, y recoger una palabra de sus labios, que semejaban un oráculo; talentos insignes, teólogos consumados en el estudio de la mística cristiana, ilustres dignatarios de la Iglesia, inclinaron sus frentes irisadas con todos los destellos del saber y de la virtud y se dejaron guiar por ella, como niños, en el camino de

la santidad; brotaban de los puntos de su pluma sentencias dignas de los antiguos Padres y Doctores y en sus menores actos se traslucía el espíritu de Dios que toda entera la animaba; y de tal manera se fundió el nombre y la gloria de Santa Teresa en el alma nacional, que la Patria arrastró lutos por su muerte y no sosegó hasta verla glorificada en los altares, celebrando con extraordinario regocijo la Beatificación de su hija predilecta.

España se presenta en estos días a renovar aquel devotísimo entusiasmo: una ola de júbilo teresiano va invadiendo todos los corazones; y del amor a la Religión y la Patria, fundidos en uno solo y nobilísimo afecto, ha brotado la idea de organizar peregrinaciones a Avila y Alba de Tormes, cuna y sepulcro respectivamente de la Mística Doctora; el Sumo Pontífice ha abierto a los peregrinos el tesoro de las indulgencias; nuestro amantísimo Metropolitano aplaude y bendice el proyecto: los días 23, 24 y 25 del mes actual son los señalados para la peregrinación aragonesa.

¡Católicos aragoneses! Avila y Alba de Tormes nos aguardan, abiertos sus grandiosos monumentos, llenos de recuerdos y reliquias de la Santa; allí debemos ir todos, a saturar nuestras almas del espíritu de Santa Teresa de Jesús, a caldearnos en el amor a la Religión y a la Patria, a dar con nuestra presencia el más elocuente testimonio de nuestra fe aragonesa.

Zaragoza, Mayo 1924. »

El himno oficial de la peregrinacion tenía la siguiente letra:

CORO

¡Viva, viva la gran Santa!

Luz divina, luz del cielo,

Esplendor de toda España,

Sol hermoso del Carmelo.

*Alabarte, es nuestra honra;
imitarte, nuestro celo;
aclamarte, nuestra dicha
y ensalzarte, nuestro anhelo.*

PUEBLO

*Tu corazón
de Serafín
produjo un río
de amor sin fin.
Hiere tú el nuestro
para sentir
dulces incendios
de amor a Ti.*

CORAL

*¡Cantemos, pues,
tu lema, constantes!
¡Cantemos, pues,
o morir o padecer!*

*
* *
*

El Noticiero, diario también de Zaragoza, con motivo del III Centenario de la canonización de la Santa, publicaba estos dos sueltos que conservo, encabezando las reseñas de las solemnísimas fiestas teresianas:

I.—La mística Doctora.

Hoy es Minerva, la casta diosa de los ojos verdes, quien se acerca a ofrendar a la Santa la rama de laurel y el renuevo de olivo.

Las letras honran a «la mujer más grande de cuantas mane-
jaron la pluma».

La ciencia humana se inclina ante el prodigio de sabiduría
celestial.

Nuestra Universidad, su Rector, su Claustro de doctores,
puede unir a sus limpios anales la página de hoy, su ademán
adorante en presencia de la mística Doctora.

Son los maestros de Facultad mayor quienes costean esta
segunda solemnidad del Triduo teresiano.

¡Qué ufana se mostrará hoy la Santa por la galantería de
letrados y doctores! ¡Qué bien casan el birrete y la pluma de
la virgen avilesa con las multicolores banderas de nuestros
estudios!

Esa pluma tan sublime, tan llana, tan natural, tan ele-
gante, tan flexible, tan única, sigue teniendo al mundo en
inefable encanto.

¿Quién no gustó jamás del hechizo de las Obras de Te-
resa?

Nadie dijo las cosas mejor que ella. Expresaba lo que
quería y como quería. Nada la detenía, ni el artificio litera-
rio ni la preocupación del estilo. Escribía para sus hijas, y
como sus hijas eran sencillas, escribía sencillamente.

Más esa espontaneidad naturalísima, ¡qué alteza y qué
profundidad de ciencia encubre! ¡qué vuelos hasta Dios y qué
filosofía de la vida transparente como cendal de oro!

Así han ido desfilando siempre ante la Santa y mirándose
en ella y bebiendo del raudal de su doctrina tantos hombres
ilustres, tantos varones santos, tantos prelados, tantos gober-
nantes, tantos valores de primer orden desde aquellos recios
maestros universitarios del siglo XVI hasta los modernos in-
telectuales de este siglo XX.

¡Oh, la lámpara encendida del divino magisterio de Tere-
sa, la luz radiante y diáfana de su sabiduría no aprendida, su
espíritu encendido y enhiesto como el fanal de un faro!

Hoy la Universidad zaragozana viene también a ella para
aclamarla una vez más Doctora, y con la Universidad llega-

se el pueblo fiel «para ser alimentado con el sustento de la celestial doctrina de la Madre Teresa de Jesús e informado plenamente de su tierna piedad».—(Número 7.147).

II.—La Santa del pueblo.

«Domingo. Día del Señor.

Día también éste en Zaragoza de Santa Teresa de Jesús.

Llegan hoy a su cenit esplendoroso los cultos del tercer centenario.

Nuestro Emmo. Cardenal ofrecerá en la engalanada iglesia de los Padres el Santo Sacrificio. El Obispo Auxiliar pronunciará el elogio de la Santa en la misa solemne. Los Carmelitas y la Orden Tercera de la Virgen del Carmen harán arder todas las más festivas y radiantes luminarias de su amor a la querida Madre.

Y no sabiendo ya qué hacer con ella ni cómo honrarla más, la alzarán en hombros y la llevarán en paseo triunfal por la ciudad, en plena apoteosis, porque el entusiasmo no cabrá ya en las naves del santuario y necesitará vibrar con libertad hasta los altos cielos y extenderse y crecer y convertir la misma Zaragoza en templo consagrado a la Santa.

Saldrá Teresa de Jesús esta tarde a convivir de nuevo con el pueblo.

Saldrá tan arrogante, tan hermosa, llevándose de calle a todo el mundo, conquistando de nuevo corazones.

Es la Santa más española, más popular, cuyo conocimiento y devoción por donde pasan, dejan todo impregnado con la suavidad, con la fortaleza, con el filo agudísimo de aquella su alma nacida para escalar las cumbres de la contemplación mística y para descender hasta lo más llano y humilde del humano tráfigo.

El pueblo se la imagina varonil, fanfarrona, con el gracejo y desenfado de los que nada temen—¿no es de ella el consejo aquilatado: *Nada te turbe, nada te espante?*—con la

soberanía espiritual más pura, con la transcendente hegemonía de lo definitivo, de lo único.

Y la ama como a suya, como de su entraña, como de su sangre.

Y la ve toda excelsa que para restituir a su Orden su primer esplendor eremítico, su alada descalcez, se lanzó a los caminos, a peregrinar de villa en villa, a llamar a todas las puertas, a las de los palacios y las de los labriegos, a las de los conventos y a las de las posadas, a las de los ricos y a las de los pobres.

Y presente que la monja andariega, si viviera hoy, no se hubiera asustado del fragor de los trenes y los autos; y seguiría alternando con soldados y trajinantes y artesanos por mesones y coches de tercera; y ahogaría por el amor y la justicia ante los poderosos y los nobles; y llevaría la fe de su inmortal Esposo a la gran masa de los ingratos y los ciegos.

Su silueta prócer parece que se amolda a todas las circunstancias y épocas de los tiempos.

Su endiosado y terrenal espíritu sería siempre el mismo y siempre viviría, como vive, en la instintiva simpatía del pueblo.

Hoy saldrá cara a él.

Hoy será la procesión magnífica—¡oh, Señor, da a la atmósfera serenidad completa!—en la que Santa Teresa de Jesús irá al Pilar para orar por nosotros, para orar con nosotros ante la Virgen Madre.—(Número 1.748).

*
*
*

Zaragoza, ciudad de abolengo carmelitano, que en el siglo XIV acogió en su recinto a los hijos de Elías el profeta; y en el siglo XVI recibió hidalga a los frailes de Fray de la Cruz y a las blancas palomas de Teresa; y cien años después aún dedicaba dos monasterios a la regla del Carmen, el de la En-

carnación y de las monjas que el vulgo llama todavía Facetas; y que tiene además un observante recogimiento de Terciarias y un colegio cuyas maestras forman Compañía bajo el glorioso estandarte de la Madre Teresa; esta ciudad, en la que tan maravillosamente encuadraron siempre las ideas grandes, tenía que ostentar irremisiblemente su fervor por la Reformadora de la ínclita Orden, por la española más admirable de la Historia, por la Santa más amable de los cielos.

Santa Teresa y el «Apostolado de la Oración».

¿Quién, sea religioso, clérigo o seglar edificante, no conoce las ventajas y provechos espirituales del popularísimo en España «Apostolado de la Oración»? ¡Vistoso ejército el de sus numerosos adeptos cuando pasean en triunfo por nuestras calles y plazas la imagen devotísima de su celestial caudillo, ostentando benigno las llamaradas ardientes en que se abrasa su Corazón Sagrado!

Mas ¿cómo se explica que, siendo tan nutridas las falanges de sus devotos, preponderen tanto en los actuales tiempos la inmoralidad y el cinismo de los sectarios?

Es que quizá hay mucho empeño en inscribirse en el «*Apostolado de la Oración*», pero no lo hay tanto en hacer prácticamente *de la oración un apostolado*. Lo primero, da derecho a lucir en la procesión el piadoso escapulario; lo segundo, hace que se vista el escapulario con espíritu de interna y sólida piedad. Ir a la oración con espíritu de apóstol es lanzarse a ella con generosidad de alma, dispuesto el corazón a trabajar, a luchar con Dios humildemente, aunque sea en medio de agonías y sequedades y abandonos, a trueque de salvar espiritualmente a nuestros hermanos. Levantóse Cristo de una oración en la que sudó sangre, y lo mismo fué abrir sus labios en presencia de sus enemigos que caer éstos por tierra, impotentes y confusos. Yérguese el error y permanece

altiva la maldad, porque los que creemos en Jesucristo no nos armamos en una oración *laboriosa* de su divino poder para domeñarlos. Y la oración sin mortificación es un alma sin cuerpo, como la mortificación sin oración es un cuerpo sin alma.

Santa Teresa de Jesús hizo de la oración un verdadero apostolado.

Las austeridades de su vida se encaminaban a ejercitarle con mayor perfección.

Este le movió a edificar conventos. Clásicas son las siguientes palabras dirigidas a sus hijas, las de San José de Avila:

«En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho los luteranos y cuanto iba en crecimiento esta desventurada secta. Dióme gran fatiga, y como si yo pudiera algo o fuera algo lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se pierden. Y como me ví mujer y ruín, imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor... determiné hacer eso poquito que era en mí... y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío que tan apretado le traen a los que ha hecho tanto bien... Allá se lo hayan, aunque no me deja de quebrar el corazón ver tantas almas como se pierden. Oh hermanas mías en Cristo; ayudadme a suplicar esto al Señor, que *para esto os juntó aquí*: este es vuestro llamamiento; estos han de ser vuestros negocios, estos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; estas vuestras peticiones.»

Teresa de Jesús, es, pues, clarísimo espejo en el que pueden mirarse los miembros todos del esclarecido «Apostolado de la Oración».

Cómo lo entendía y estableció la Santa, fué objeto de una hermosa *memoria*, leída en Loyola el 24 de agosto de 1916, por el hoy muy ilustre señor Arcediano de la Catedral de Avila, don Emilio Sánchez, en la Asamblea de Directores Diocesanos.

Santa Teresa y el Doctorado místico de San Juan de la Cruz.

Muchas son las personas piadosas que confunden la *Ascética* con la *Mística*. Pocas las que conocen la relación que guardan ambas con la *Moral* y las tres con la *Teología*.

El Revmo. P. Luis Martín, jesuita, en su clásico discurso teresiano ya referido, del 25 de octubre de 1882, la señalaba con gran claridad y concisión de esta suerte:

«El faro que alumbra los pasos del alma en su rumbo hacia Dios, no es más que uno, la Teología. Las partes, empero, de esta ciencia sagrada, que esclarecen tan peligroso derrotero, son tres: la *Moral*, que declarándonos el sello de bondad o de malicia, impreso por Dios en las acciones humanas, nos muestra como con el dedo cuáles son los escollos de la culpa que debemos evitar; la *Ascética*, que nos amaestra para navegar a fuerza de remos por el ejercicio de las virtudes, cuya esencia define, cuyos actos clasifica, cuyo encadenamiento patentiza; la *Mística*, en fin, a la cual incumbe dirigir el alma, cuando elevada ya a regiones superiores y engolfada en el piélago de la divinidad, corre a vela henchida, por mares desconocidos, alentada por el soplo divino, que viento en popa la acaricia. Todas estas tres partes de la ciencia teológica arrancan del Dogma y estriban en él como en sólido fundamento, siendo las verdades reveladas como otras tantas estrellas fijadas que nunca hay que perder de vista, para no extraviarse y perecer víctima de funesto engaño.»

Desgraciadamente hay que confesar que son no pocos los que se extravían y perecen víctimas de ilusiones funestas y de apariencias engañosas. Quizá en ninguna otra esfera de actividad espiritual se transfigura mejor el tentador en ángel de luz ni se reviste el juicio propio y la oculta soberbia con más luminoso y fascinador ropaje. El sacrificio a veces de las que el alma tiene por ráfagas clarísimas de resplandor divino y por emociones seráficas de subido amor, constituye difícil y meritorio holocausto.

En ningún terreno la prueba del desprendimiento en aras de la obediencia es más heroica. Cuando la razón iluminada por la fe comprende que no son ordinarios los caminos por los que Dios lleva al alma, harto debe torturarla el someterse a quien quizá no llega a entenderlos. Acertar a unir en tranquila e imperturbable vida, los cielos de la contemplación, por los que se interna el espíritu en sus elevaciones misteriosas, con las simas profundas del propio conocimiento en las que el alma siente toda su flaqueza y miseria; despreciarse a sí misma, viéndose tan apreciada y favorecida de Dios; tratar con afabilidad al prójimo cuyas imperfecciones y pecados hieren y punzan vivamente el ánimo; represar en las mallas de una vida exteriormente común y sencilla los desbordamientos internos de la efusiva y divina caridad; fundir en un solo principio de encumbrada e intensa vida sobrenatural la *acción y pasión* que prepondera respectivamente en los actos de la vida ascética y mística, labor es que no llegan a realizar sino los muy

santos y perfectos. En cuanto se compadece con la natural limitación del hombre, alcanzan, en cierto modo, a reproducir en sí, místicamente, el milagro, que, de una manera real y constante, se obró en la persona adorable de Jesucristo, en quien las dos naturalezas, humana y divina, subsistían con la subsistencia del Verbo, en un compuesto todo él armónico, celestial y bellissimo. Viadores todavía en el destierro, semejan anticipados moradores de la eterna gloria.

Mas a quienes no es dado, por secretos juicios de Dios, el entender en tales sublimidades de espíritu, fácilmente engaña el eterno perturbador de las conciencias, Satanás, jefe y caudillo de todos los condenados a perpetuo olvido en los antros profundísimos de la muerte; pero ángel, al fin, y maestro en hurdir hábilmente sutiles rebeldías ocultas. ¿Cómo explicar si no los mil variados errores místicos en que abundan el iluminismo, el quietismo, el naturalismo, el sensualismo, el teosofismo, el panteísmo, y, sobre todos ellos, el modernismo? ¿No éste el más peligroso enemigo de las almas en los actuales tiempos?

Contra todos ellos encierra maravillosa fuerza y nervio apologetico la celestial doctrina del preclarísimo, entre los místicos de buena cepa, el egregio español San Juan de la Cruz.

Se aproxima el II Centenario de la Canonización de este Siervo de Dios, hecha por la Santidad de Benedicto XIII. Y los Obispos todos del Orbe acuden a la Santa Sede, a instancias del nuestro de Segovia, cuya diócesis atesora su incorrupto y sagrado cuerpo,

repitiendo estas palabras de la Bula de Canonización: «*Vir Deo percarus... inque Mysticae Teologiae arcanis scripto explicandis aequae ac Theresia divinitus instructus*», y pidiendo que sea declarado solemnemente Doctor en la Católica Iglesia de la Teología Mística.

¡Al par que Teresa!

AEQUE AC THERESIA

¡Ella lo consiga, con su celestial y poderosísimo valimiento, para honra y gloria de Dios en su siervo fidelísimo, coautor y padre, con la Virgen Avilesa, de la meritísima descalcez Carmelitana.

«El Siglo Futuro» honrando a Santa Teresa.

Acaba de celebrar este veterano de la Prensa católica española sus *Bodas de Oro*, sus cincuenta años de *vigorosa lucha por la verdad y la justicia*, que ha dicho, con tan fausto motivo, el Cardenal Primado.

Muy honrado y favorecido se ha visto en sus fiestas jubilaires por altas Autoridades de la Católica Iglesia, que han celebrado con frases de muy enca-recido encomio sus periodísticas tareas.

Y aunque es mi propósito recopilar cuanto antes en un volumen de esta BIBLIOTECA todo lo mucho y bueno que estos días sobre él se ha escrito, no quiero, entre tanto, dejar de escribir en su honor estos ligeros apuntes que he recogido sobre sus clásicos fer-vores teresianos.

El primer año de su publicación, 1875, publicó, el día de Santa Teresa, el magnífico artículo que puede ver el lector en la página 85 de este libro.

El año 1876, llevaba a cabo la peregrinación famosa teresiana, que el Papa llamó *de cara y perdurable memoria*, y cuya crónica publicaron los señores Carbonero y Sol, Pérez Villamil y León y Domínguez, canónigo de Cádiz.

El 16 de octubre de 1879, y lo mismo había hecho años anteriores respecto de S. S. Pío IX, publicaba con grandes titulares y encuadrándola en vistosisima orla, la siguiente inscripción:

«EL SIGLO FUTURO
Sus redactores, sus lectores,
los ocho mil peregrinos de Santa Teresa
y todos los pueblos de España
que en espíritu se unieron a aquella espléndida mani-
festación nacional [festación nacional
de adhesión a la Santa Sede y amor a Pío IX,

A LA SANTIDAD

DE

LEÓN XIII

Otra vez ofrecen rendidamente
sus vidas, sus haciendas, cuanto son y valen
en el tercer aniversario

de la

Romería de Santa Teresa».

El 15 de octubre de 1880, publicó toda la primera plana con orla de día de fiesta, dedicándola a la Santa. De fondo, los versos «Vivo sin vivir en mí», etcétera, con este título «*Unos versos de la Santa Madre Teresa de Jesús, nacidos del fuego del amor de Dios que en sí tenía*». Luego la extensa carta de Fr. Luis de León a las Madres Priora Ana de Jesús y religiosas Carmelitas Descalzas del Monasterio de Madrid, de 15 de septiembre de 1587. En segunda plana el artículo «Ofrenda patriótica», que se transcribe en la página 145 y siguientes de este libro.

El 14 de octubre de 1882, publicó su primera plana con doble orla, en la que leemos estas frases:

«A SANTA TERESA DE JESÚS»

El Siglo Futuro, y cuantos a él están unidos en santa concordia de pensamiento y acción; los ocho mil peregrinos de la romería de 1876, de cara y perdurable memoria; millares y millones de españoles que entonces y después dieron, con diversos motivos, alivio y consuelo a Pío IX y León XIII en manifestaciones entusiastas de inquebrantable adhesión; los que una, dos y tres veces, en el curso de medio siglo, derramaron su sangre generosa por la gloria de Dios, por la fe de la patria, por sus tradiciones católicas; los hijos todos de la España católica y tradicional, postrados y rendidos en la presencia de Dios, claman a una voz pidiendo *amparo, auxilio, fortaleza y victoria* a SANTA TERESA DE JESÚS, en el tercer centenario de su muerte gloriosísima.

¡Animo y esfuerzo, Santa bendita,
para pelear hasta la muerte por el triunfo de Jesucristo
en las almas y en las naciones,

y cumplir su voluntad en la tierra como en el cielo!

¡Fortaleza inquebrantable para combatir contra la impiedad

como nuestros Padres combatieron
contra moros cismáticos y herejes!

¡Constancia invencible para no apartarnos jamás
de nuestras verdaderas tradiciones!

¡Santa Teresa de Jesús!

¡Ruega por la Iglesia! ¡Ruega por el Papa!

¡Ruega por España! ¡Ruega por el mundo!

¡Ruega por nosotros!

¡Ruega por todos, Santa Teresa de Jesús!»

La segunda plana se encabeza con el siguiente título a dos columnas: «PRIMERA PLANA DE UNA CARTA INÉDITA DE SANTA TERESA», con esta nota: «Esta carta, pegada a la tabla que servía de fondo de un cuadro, estaba, cuando se copió, en poder del señor don Francisco Sánchez Serrano, inspector de primera enseñanza».—Empieza de esta suerte la carta: «Sea con v. m. el Espíritu Santo hermana mía yo le digo que si anduviese a buscar mi contento que ternía trabajo en que siempre estamos...»

El 15 de octubre de 1883, se publica la primera plana con orla y se repite la súplica del año anterior.

El 15 de octubre de 1884, lo mismo; y además publica unas quintillas de doña Cristobalina Fernández de Alarcón, poetisa antequerana del siglo XVII, y están en la *Relación de las fiestas de Córdoba a la beatificación de Santa Teresa, con la justa literaria, por el Licenciado Pérez de Valenzuela—Córdoba 1615, por la viuda de A. Barrasa.*

Dice así una de ellas:

Dejóla el dolor profundo
De aquél fuego sin segundo
Con que el corazón le inflama
y la fuerza de su llama,
Viva a Dios y muerta al mundo.

El 15 de Octubre de 1885 y 1886, publica en primera plana, siempre con orla de fiesta, la súplica consignada. Este último año añade la oración de Santa Teresa, que empieza así: «Dios mío, pues sois la misma caridad y amor, haced que esta virtud se per-

feccione en mí, de manera que su fuego consuma todos los resabios de mi amor propio, etc.»

Después, todos los años, del 1887 al 1897, publica el número del día 15 de octubre, con orla y la súplica mencionada, añadiendo los años 1887 y 1895, fragmentos de las obras de la Santa, titulado el primero *De la humildad y mortificación* y *De la hermosura y dignidad de nuestras almas*, el segundo.

Del año 1897 (15 octubre) es el artículo de Botella, que se inserta en la página 169 de este libro.

Otros artículos de años posteriores, en la imposibilidad de reproducirlos todos, puede ver el lector en las páginas 137, 151, 159 y 211 de la presente obra.

El 15 de octubre de 1899, empezó a publicar la *Cronología de la Vida de Santa Teresa*, que, como curiosidad teresiana, se transcribe en la página 107 y siguientes.

Hermosos artículos de fondo publicó los años 1917 y 1918 sobre la Santa don Manuel Sánchez Asensio.

Y el 29 de marzo de 1916, escribía este mismo meritísimo redactor de *El Siglo Futuro*, con el pseudónimo *Ese*, el siguiente artículo, que, por referirse al templo nacional a Santa Teresa, próximo a terminarse y que airoso se levanta en Madrid, en la plaza que lleva el nombre de *España*, nos complacemos en reproducir, y dice de esta suerte:

«EN LA PLAZA DE ESPAÑA

EL CARMEN DE SANTA TERESA

Con estas celestiales advocaciones ¡el Carmen! ¡Santa Teresa! es ya denominada, y en su día será consagrada, la nueva iglesia carmelita, cuya primera piedra se colocó ayer en el solar que en la Plaza de España, aquí en Madrid, han adquirido los conventuales de la egregísima y españolísima Orden religiosa de los Carmelitas Descalzos.

La Revolución, poniendo en práctica con mano mendizabalesca aquel volteriano e insidioso dicho del clérigo liberal zamorano ¡lástima de ingenio! D. Juan Nicasio Gallego: *Destruir los nidos y... no volverán los pájaros* se apresuró a *desamortizar* el convento de San José que en la calle de Alcalá tenía la Descalcez Carmelita, y en cuyo solar (excepción hecha del templo parroquial) se ha construido ¡el teatro de Apolo!

No contaron aquellos... *progresistas*, tan acérrimos enemigos de frailes como rendidos cortejadores de bailarinas (sabido es que Mendizábal fué esplendísimo en gajes desamortizados con las de teatro) no contaron con que el poder de Dios, que aniquila, cuando le place, las más altas torres, los planes mejor urdidos que levantan la soberbia de los soberbios, y destruyeron el nido para por siempre espantar a sus moradores, pero... sus moradores han vuelto y consagran al Señor dedicada a la Santísima Virgen en el más dulcísimo de sus títulos el Carmen, y bajo el patrocinio de la Santa reformadora del Carmelo, y en la capital de esta católica monarquía, y sitio que, no tardando, ha de ser de los más preeminentes en ella, una nueva sagrada morada, de la que irradian las abundantes gracias espirituales del bendito Escapulario que se incrusta en la inmensa mayoría de los pechos españoles, testimonio de nuestra fe y de la inagotable fecunda protección de la Omnipotencia suplicante, Nuestra Se-

ñora del Carmen, Madre de Dios y Madre nuestra misericordiosísima.

Bendijo la primera piedra (y a honra tenemos, y muy de veras agradecemos a los RR. PP. Carmelitas, pusiera de ella, entre publicaciones católicas, un número de *El Siglo Futuro*) nuestro amadísimo Prelado.

El acto de ayer, ha sido en Madrid un grandioso acontecimiento que, sin exageración, merece llamarse popular.

La asistencia de las personas invitadas a la solemnísima ceremonia religiosa fué numerosa y brillantísima.

Su alteza la infanta doña Isabel, representando a la familia real; el ex ministro de Marina, general Pidal, con su ayudante, presidiendo una Comisión de todos los Cuerpos de la Armada; una Comisión del Cuerpo de Intendencia militar; Comisiones de las órdenes Religiosas y Clero secular; el Padre Vicario provincial; definidores de los Padres Carmelitas; los superiores de Avila y Toledo. P. Sebastián y P. Gregorio, respectivamente, y otras muchas y distinguidas personas que firmaron el Acta.

La Iglesia del CARMEN DE SANTA TERESA será de estilo gótico y tendrá entrada por la plaza de España, en los comienzos de la calle de Ferraz; y como el terraplén que separa a ésta de la de Cadarso medirá de seis a ocho metros, se supone que la Iglesia tendrá cripta.

Calcúlase que costará millón y medio de pesetas.

Tendrá 52 metros de longitud por 17 de ancho.

La altura será la de una casa de tres pisos, y se calcula que la construcción durará de dos a tres años.

La *primera piedra* que se colocó ayer tan solemnemente y en medio del más delirante entusiasmo, tiene estas inscripciones: C. D. (Carmelitas Descalzos), en una de las caras o lados; L. D. B. M. en otra, que en castellano quiere decir: «Gracias («laus») a Dios y a su bendita Madre». En otra la fecha de la colocación.

Madrid, el católico pueblo madrileño, está de enhorabuena. Recíbanla también los humildes Religiosos de la Des-

calcez Carmelita, porque su obra está asegurada bajo el patrocinio de *la Santa*. ¡Es obra de Teresa de Jesús y Jesús quiso ser y nombrarse un día JESÚS DE TERESA!

¡Es obra, pues, de Dios!
¡Que sea por siglos y siglos el nuevo templo carmelita para mayor honra y gloria de Dios reinando sobre España!

*
*
*

En el número extraordinario de este año, publicado con motivo de la Semana Santa y correspondiente al 10 de abril, publica el M. I. Sr. Arce de Avila, extenso artículo titulado *Santa Teresa de Jesús y las Soledades de Cristo*.

Fisonomía de la Santa, según Ernesto Hello.

Ernesto Hello, en su obra *Fisonomías de Santos*, traducida del francés por Juan Maragall (2.^a edición Barcelona-Juan Gili-1904-cap. XXXI) habla de Santa Teresa. La compara con San Agustín. Y dice que ambos «no aparecen ridículos como otros Santos a los ojos de los hombres, porque desde la altura de su santidad muestran con estos relaciones evidentes y constantes; y los hombres les ven menos aislados que a otros en la tierra. Efectivamente, ambos cuentan sus debilidades. San Agustín y Santa Teresa explican también sus flaquezas, que establecen un lazo de unión entre el lector y ellos. Las vanidades de la Santa, los errores del Santo permiten al que los lee, reconocer en uno y otra cierta semejanza consigo mismo. Ambas conversiones, diferentes como las respectivas faltas, parecen salvarles sin separarles, y en el fondo del Santo y de la Santa persiste algo que, sin adular a la naturaleza humana caída, la invita, sin embargo, a la contemplación.»

Francamente, no me convence el argumento.

En primer lugar, no comprendo cómo lo que es rasgo *común* de un Santo, pueda ser nota *particular* de la fisonomía de otro.

Además, el contar las propias debilidades no es nota de simpatía para quien las lee y mucho menos lazo de unión para quien se ve dominado de ellas; porque los Santos las cuentan *detestándolas* y *abominándolas*; y el lector, a quien no se supone santo,

las *sobrelleva, cuando no las fomenta o acaricia*. Si el lazo de unión de que se habla, son las *debilidades*, otros Santos distintos de San Agustín y de Santa Teresa las tuvieron; y el que las cuente o no, poco influye en el lector que las conoce, si lo que a éste halaga es el que en realidad de verdad las tuvieron.

Según mi modesto juicio, el propio de Ernesto Hello sobre la materia es bastante inexacto.

Lo que más llama la atención en la Santa es lo amable y simpática que hace la virtud.

Por eso, según mi humilde parecer, ha estado mucho más acertado, al hablar de la *personalidad de Santa Teresa de Jesús*, el autorizado y muy docto lectoral de Toledo, Muy Ilustre Señor Doctor Don Agustín Rodríguez, cuando afirma:

«Rara vez se ha visto más estrecho consorcio entre los dones de la naturaleza y los de la gracia. En la maravillosa urdimbre de la vida de Santa Teresa, aquellos y estos tan armónicamente se entretienen, que se prestan mutuo realce y esplendor. Fué una gran mujer y una gran Santa. Sobrenaturalizó y sublimó las perfecciones naturales, enseñándonos con su ejemplo que, a pesar de nuestro cuerpo de barro, podemos emular la vida de los ángeles; mas al mismo tiempo—si vale la frase—*humanizó* la virtud, haciéndola amable y simpática. De aquí aquella manera de fascinación, aquel poder de atracción que ejercía sobre cuantos la trataban y que unas buenas monjas de Madrid expresaron diciendo: ¡*Bendito*

sea Dios que nos ha dejado ver una Santa a quien todas podemos imitar, que come, duerme y habla como nosotras, y habla sin ceremonias.» (1)

*
*
*

Y con este reparo o anotación crítica, doy por terminado tan desaliñado *Ramillete* de pensamientos y recuerdos en honor de Santa Teresa, lamentando el no conservar ningún ordenado apunte, que hubiera podido servir para reconstruir algún panegírico predicado en su honor, y bendiciendo del fondo del alma a Dios Nuestro Señor que, en el Cerro de los Angeles, lábaro de reconquista espiritual de nuestra amada España, colocó, por medio del elocuente panegirista de la Doctora Avilesa, en sus últimas fiestas Centenarias, Dr. Eijo Garay, Obispo de Madrid-Alcalá, un *palomarcico* de la Santa, como precioso imán de las divinas misericordias y para honra y gloria de la gran Sierva suya, la imponderable y benditísima Teresa de Jesús.



(1) *Santa Teresa de Jesús en Toledo*, discurso leído en la solemne sesión celebrada por la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, el día 18 de marzo de 1923, por el Académico de número Doctor Don Agustín Rodríguez y Rodríguez.



Sermón de la Transverberación del corazón de Santa Teresa de Jesús,

predicado

en el

convento de la Encarnación, de Avila,

el

24 de Agosto de 1924,

por el

M. I. Sr. Dr. D. Teodoro Molina Escribano,

Canónigo de la Catedral de Cádiz (1).

*Incerta et occulta sapientia tua
manifestasti mihi. Ps. 50/8.*

Me manifestaste lo incierto y lo oculto
de tu sabiduría.

Excmo. Sr.: (2)

Fervorosa Congregación de obreros de Santa

Teresa de Jesús:

Devota Comunidad:

Dignas representaciones y comisiones:

Amados hermanos en C. J.:

Asistimos a la conmemoración de un hecho inaudito en la vida de los santos, a la transverberación del corazón de Santa Teresa de Jesús.

¿Por qué Dios la traspasa el corazón? ¿No pudo traspasar su nobilísima inteligencia, chispa rutilante

(1) Hoy, previas brillantes oposiciones, M. I. Sr. Abad de la Real Colégiata de Jerez de la Frontera.

(2) El Gobernador civil, D. Emilio Gámir.

que eleva a Teresa de Jesús por encima de muchas inteligencias próceres? ¿No pudo traspasar sus benditas manos que jamás se extendieron a la iniquidad y siempre se aplicaron a obras de heroica virtud?... ¿No pudo traspasar aquellos pies que siempre caminaron por las sendas de la justicia y de la paz, pies que recorrieran los caminos de la patria en todas direcciones, para fundar palomares de inmaculadas almas y sembrar planteles de lirios al Esposo?...

Pudo Dios hacerlo, sí, mas no convenía. Más bien convenía traspasar el corazón de aquella elegida mujer y, así traspasado, presentarle a las venideras generaciones cristianas como soberana lección espiritual, para que supieran que ese mismo Dios que supo formar de frágil barro el vaso de nuestro corazón, sabe también llenarle del suave óleo de la virtud. Convenía, con soberana conveniencia, la transverberación del corazón de Teresa, porque, así como en los cruces de las amplias carreteras que surcan el suelo patrio en todas direcciones se levantan postes indicadores que señalan al viajero el recto sentido de su marcha, Dios ha levantado en el camino de la vida el corazón traspasado de esta gran mujer, como porte indicador de una feliz eternidad, porque, en nuestra marcha hacia Dios, el corazón desempeña un papel definitivo, un sagrado ministerio.

Yo me maravillo, señores y hermanos míos, de que Dios haya encerrado en un vaso tan pequeño como nuestro corazón aspiraciones tan grandes, ansias tan divinas, energías vitales tan arrolladoras.

Porque el corazón es la tierra fecunda, preparada para recibir la semilla de los mandamientos divinos: *Paratum cor ejus sperare in Domino* (Ps. 111'7). La primera palabra buena que pronunciamos, esa palabra que nos aleja de las cosas de aquí abajo y nos acerca a Dios, trata del corazón: *Eruclavit cor meum verbum bonum* (Ps. 44'1). ¿Qué palabra es esa? Es una profesión de viva fe que confiesa la grandeza de Dios y sus maravillas. Esa profesión trata no de la inteligencia, sino del corazón: *Confitebor tibi, Domine, in toto corde meo* (Ps. 111'1). No es la inteligencia, sino el corazón, el que se reviste del ropaje de la gracia santificante y las virtudes infusas que hacen al hombre inmaculado en la observancia de los divinos preceptos: *Fiat cor meum immaculatum in justificationibus tuis, ut non confundar* (Ps. 118'80). Pero ¿qué más? En el sermón de la montaña, soberano código de divinas leyes, palpitan con vida divina ocho bienaventuranzas. Ninguna se promete a la inteligencia. Una de las más bellas se ha prometido al corazón: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt* (Math. 5'8). ¡Si será importante el corazón en la marcha de la humanidad hacia Dios!

Yo no pretendo romper lanzas a favor del corazón, con detrimento de los respetos que a la inteligencia le son debidos, no. Para llegar a Dios, es necesario el acto de fe, y el acto de fe es un acto esencialmente intelectual que presupone los motivos de credibilidad, motivos que en parte son intelectuales, y la Iglesia docente esmalta su corona con una pléyade brillante

de Santos Padres, Concilios, Apologistas, Teólogos y escritores eclesiásticos que hablan muy alto de los fundamentos intelectuales de nuestra fe.

Pero, señores y hermanos míos, a Dios se llega como se puede y son legión los que no pueden llegar por los esplendores de la inteligencia. En cambio, por el corazón llegamos todos a Dios, porque ¿quién es el hombre que carece de corazón? ¿Quién el que no siente esas palpitaciones que son misteriosas llamadas a la felicidad? ¿Quién no lleva en su corazón esas infinitas ansias de una vida mejor que tiene por objeto y término la posesión de Dios? El corazón es el centro, el corazón es el motor, el corazón es el que nos despierta, y por eso el Rey Salmista, anhelando arrojar las escamas del hombre viejo y revestirse del hombre nuevo, pide a Dios no una limpia inteligencia, sino un corazón limpio: *Cor mundum crea in me, Deus* (Ps. 50'12). Y Dios aprueba la exactitud del concepto davidico, cuando dice por Ezequiel: *Auferam cor lapideum de carne vestra, et dabo vobis cor carneum* (Ezeq. 36'26). Demos un paso más en la vida del corazón. Al llamar a Dios David con sus ansias de santo, le llama *Deus cordis mei* (Ps. 72'26). ¡Dios de mi corazón! y no ¡Dios de mi inteligencia!

Tan importante es el corazón del hombre en el problema de la salvación, que Dios ha querido elevarle a los altares, para santificar sus latidos en el Sagrado Corazón de Jesús, y la Iglesia, nuestra madre, ha consagrado un día a la fiesta de la transverberación del corazón de Santa Teresa de Jesús.

Un soldado abrió el costado de Jesús con una lanza, y luego brotó agua y sangre. Un serafín traspasó el corazón con un dardo a Santa Teresa de Jesús, y de él brotaron virtudes y enseñanzas. De sus virtudes haremos caso omiso al presente para consagrarnos a considerar sus enseñanzas. Ellas culminan en *Las Moradas*. En ellas pueden espigarse toda clase de piadosos afectos. Son en la ley de gracia, algo así como el Salterio de David en el Antiguo Testamento.

He propuesto. *Ave María*

*
**

En tres grupos pueden clasificarse los escritos de Santa Teresa. La historia de su vida, que se contiene en su autobiografía. La historia de su obra, narrada en el *Libro de Fundaciones* y en sus *Cartas*. La historia de su conciencia, perfectamente reflejada en sus libros *Camino de Perfección*, *Conceptos del Amor Divino* y *Las Moradas*.

Es cosa puesta fuera de toda discusión que la obra maestra de la mística doctora es *Las Moradas* o *Castillo interior*. En ella podemos investigar el pensamiento cabal y el corazón de la Santa, porque fué la última de sus obras, su testamento espiritual. Compuesta a los sesenta y dos años de su vida y cinco antes de su muerte, descubre las riquezas del amor divino que atesoraba en su transverberado corazón.

Con una agudeza psicológica, no igualada por los grandes místicos de su tiempo, con ser de tan subido valor como Fray Luis de Granada y San Juan

de la Cruz, como Fray Luis de León y Malón de Chaide, ha dividido el alma en esa obra en siete compartimientos o *moradas*. Son como siete escalones que va subiendo el alma hambrienta y sedienta de justicia y en el más empinado de ellos se abraza con Dios mismo que habita en el centro del alma. Como el Dante llegó al Paraíso, conducido de la mano de Virgilio, aquí el alma se encuentra con su Dios, conducida de la mano de Santa Teresa. Son esas siete moradas como siete místicos sacramentos, al través de los cuales va el alma tamizándose, arrojando lejos de sí sus escorias, purificándose, hasta llegar a desposarse con Dios. Esas son las siete moradas de Santa Teresa.

En el frontispicio de ellas, declara la excelsa mujer su impotencia para hablar de tan soberano asunto. Así nos lo dice al comienzo del capítulo primero de las primeras moradas: *Estando hoy suplicando a Nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba a cosa que decir, ni como comenzar a cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré...* (1).

Se trata de hablar de los eternos destinos de las almas. Y ante ese pavoroso problema, callen los filósofos y juristas, callen los literatos y hombres de ciencia. Dejad a Dios que hable por boca de esta santa mujer. No de otro modo se condujo David, al

(1) Todas las citas de *Las Moradas* que se vayan haciendo en este trabajo, se refieren a la edición publicada por *La Lectura* en 1916, con notas de Navarro Tomás.

sentirse impotente para cantar las grandezas de Dios desparramadas por la creación y pedir al mismo Dios que le abriese los labios: *Domine, labia mea aperies, et os meum annuntiabit laudem tuam.* (Ps. 50'16). Nadie ha cantado con tanta elocuencia como Teresa de Jesús las excelencias del alma. Ella compara al alma con la gloria de los cielos, en donde hay muchas mansiones o moradas. Ella compara al alma del justo con un paraíso en el que Dios tiene todos sus deleites; ella, en fin, la compara con el palacio de un rey poderoso y, desbordándose su cristiana imaginación, acaba por no saber con qué cosa compararla, porque dice que no comprende su grandeza, y no comprende su grandeza, porque el alma está hecha a imagen y semejanza de Dios, cuya grandeza no cabe en el humano entendimiento (1).

Exactamente lo mismo que David, para quien el alma es el sagrario de Dios: *Quoniam elegit Dominus Sion: elegit eam in habitationem sibi. Hæc requies mea in saeculum saeculi; hic habitabo quoniam elegi eam.* Porque el Señor eligió a Sión—el alma justa, según el sentido místico—eligióla por morada para sí. Este será mi descanso, por los siglos de los siglos; aquí habitaré, porque la he elegido (Ps. 131'13-14).

Exactamente lo mismo que el Profeta Rey, que en el salmo 8.º canta las grandezas del alma humana: ¡Señor, Señor nuestro! Cuán admirable es vuestro nombre en la tierra toda... ¿Qué es el hombre, para

(1) *Las Moradas*, pg. 5.

que penséis en él? O ¿Quién es el hijo del hombre para que os dignéis visitarle? Hicistéisle poco menos que los ángeles, le coronásteis de gloria y honor y le disteis la realeza sobre las obras de vuestras manos. Todas las pusisteis bajo sus pies... (Ps. 8'2'5-8) (1).

¿Qué diferencia existe entre la *primera morada* y el salmo octavo de David? En cuanto a la grandeza del asunto, riqueza de imágenes, épica entonación y maravilloso estro poético, yo no hallo ninguna. Teresa canta las bellezas del alma, David canta la sublimidad y elevación del hombre sobre las cosas de la creación visible, elevación que dimana del alma. David y Teresa cantan al unísono un himno de alabanza a Dios, criador del alma humana. Solamente hallo en sus notas una diferencia: que los escritos de la Santa no figuran en el canon de los Libros Sagrados, mientras que el salmo octavo de David, como los demás salmos, hasta el número de ciento cincuenta, están inspirados por el Espíritu Santo y forman parte del canon definido por la Iglesia.

Las *moradas primeras* resultan además un grito de indignación, de palpitante actualidad contra el reinante positivismo. ¡Ah, señores y hermanos míos, si la Santa levantase su cabeza, solo por un momento, y viese el olvido en que se tienen las cosas que atañen al alma, volvería a repetir con mayor ardor aún

(1) La versión española de los salmos que se van citando está tomada de la obra *El nuevo psalterio del Breviario Romano*, por Gomá-Fillión. Barcelona-1914.

las frases aquellas: ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es, y no se conociese, ni supiese quien fué su padre ni su madre, ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras, cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y así a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos almas... (1) «¿Qué diría Santa Teresa de esta sociedad aferrada a la materia que mide el valor del hombre por el valor de su fibra muscular, por lo que puede producir en una hora; de esta sociedad en que el hombre tanto vale cuanto tiene, de esta sociedad que vive la vida exterior con un vértigo que pasma, y que nada sabe de la vida interior? ¿Qué diría de esta sociedad, cuyo símbolo de máxima cultura culmina en los *trust* industriales, en los rascacielos que pretenden humillar a los campesinos y en los palacios de hormigón armado tan vacuos e inconsistentes como el pensamiento de la época que los erigió? Con pena en el corazón, repetiría la Santa. «Todo se nos va en la grosería del engaste u cerca de este Castilo, que son estos cuerpos.» (2)

Describe Santa Teresa en las *segundas moradas* las vacilaciones y dudas del alma en seguir adelante. Tal aparato de fuerzas ha desplegado el enemigo,

(1) *Las Moradas*, pg. 6.

(2) *Ibid.*, pág. 7.

que a ratos flaquea la virtud del alma y tiene por imposible la conquista de las segundas moradas. Allí el demonio representa «estas culebras de las cosas del mundo y hace los contentos de él casi eternos»

Con la vista fija en aquel puerto de feliz eternidad, todo lo teme de su propia inconstancia. Alma gemela del alma de David, siente sus ansias cuando exclamaba: «*Cor mundum crea in me Deus...*» Crea en mí, Dios mío, un corazón nuevo (Ps. 50'12). Los gemidos de Teresa en sus segundas moradas, son los gemidos de David, cuando exclamaba: «Un alma siente la sed del Dios fuerte, vivo ¿Cuándo iré yo y compareceré a su presencia» (Ps. 41,4). Los deseos ardentísimos de Teresa, son los mismos deseos de David: «Una sola cosa pido al Señor, y esta reclamo: el poder yo morar en la casa del Señor toda mi vida, para contemplar las delicias del Señor y visitar su templo» (Ps. 26'4).

Y llegamos a las *terceras moradas*, a la sequedad de espíritu. Santa Teresa podrá mejor que nadie hablarnos de esa sequedad, porque fué el horrible tormento que padeció por espacio de largos años.

¡Con qué viveza de colorido describe un naufrago la visión dantesca de la tempestad, y cómo se percibe en su relato el rugir de la procela, el mugido del velamen y el estruendoso chocar de las olas!... Así se percibe en las terceras moradas los dolores y tribulaciones de esta sequedad espiritual. Aquel esconderse Dios entre las nubes, para que el alma no se regocije con su presencia, aquel caminar de las almas

por la noche oscura de su hastío y desabrimiento, lo ha descrito con frase magistral Santa Teresa en sus terceras moradas, pero lo ha cantado veinte siglos antes David. Escuchad aquellos lamentos del Profeta Rey: «Por qué estás triste alma mía, y por qué me llenas de turbación» (Ps. 42'5). Y en otro lugar: «*Exurgè, quare obdormis, Domine. Exurge et ne repellas in finem!*» Levantáos, Señor, ¿por qué dormís? Levantáos, no nos desechéis para siempre. ¿Por qué volvéis vuestro rostro, os olvidáis de nuestra miseria y tribulación?» (Ps. 43'23-24). Frases son paralelas a esta de Santa Teresa: «Muchas veces quiere Dios que sus escogidos sientan su miseria, y aparta un poco su favor, que no es menester más, que ausadas (a fe) que nos conozcamos bien presto» (1).

*
*
*

Tan elevadas cosas dijo Jesucristo de la oración, que los Apóstoles sintieron un vivo deseo de aprenderla y practicarla. *Domine, doce nos orare*. Señor, enseñadnos a orar, le rogaron los Apóstoles. Y Cristo Señor Nuestro enseñó a la humanidad la más hermosa de las oraciones, el Padre Nuestro.

Santa Teresa de Jesús cantó de tal modo las excelencias de la oración que sintieron sus hijas un voraz apetito de darse a las secretas delicias de la oración y la rogaron también: *¡doce nos orare!* Enseñanos a

(1) Ibid. pág. 53.

orar. Esa fué la sublime misión de nuestros grandes místicos; enseñar a orar. Por eso en España se ora y se invoca a Dios como en ninguna parte.

Y en efecto, escuchando la Santa la súplica de sus hijas, las enseñó los diversos modos de oración en las cuartas, quintas y sextas moradas. ¡Y qué manera tan consumada de enseñar a orar! Distingue Santa Teresa tres clases de oración. Oración de recogimiento, expuesta en las *cuartas moradas*, oración de unión, tratada en las *quintas moradas*, y oración de raptó, explicada en las *sextas moradas*.

¿Cómo explica la Santa la oración del recogimiento? El Señor vive en el centro de nuestra alma, como su propio tabernáculo. Las potencias del alma y los sentidos del cuerpo son como las gentes de este castillo. Viven las potencias desparramadas en lo exterior, viven los sentidos disipados en las cosas externas y visibles. Abandonaron a su rey, a ese rey que puso su trono en lo íntimo de nuestro corazón. Pero ese rey, convertido en pastor, silba amorosamente a sus ovejas, y luego se recogen en su redil, que son las *cuartas moradas*. Allí escuchan la voz del pastor. Hé ahí la oración de recogimiento. El erizo y la tortuga se defienden, refugiándose sobre sí mismos. El alma se defiende por la oración y comienza a orar, refugiándose en sí misma. Exactamente lo mismo que David. El ha sentido y pedido esta oración de recogimiento. Pidió que Dios apartase sus sentidos de la vanidad de la vida: *Averte oculos meos, ne videan vanitatem* (Ps. 118'37.) Buscaba dentro de sí mismo la

oración que en sí misma llevaba. *Apud me, oratio Deo vitae meae.* (Ps. 41'9.)

Para declarar la oración de unión en las *quintas moradas*, háse valido Teresa de un símil harto expresivo y exacto. Nace un gusanillo sobre la hoja de una morera y de su boca comienza a arrojar un hilillo con el que va fabricando su envoltura, en la cual se esconde y muere. Es el gusano de seda. Fabrica su vivienda a costa de su vida. Pero al morir se cambia en bella mariposa el que antes era feo gusano. Y aquí viene la aplicación del símil ¡Descúbranse los místicos de todos los tiempos y rindan honor a la santa mujer española! Gusanillos somos nosotros. Al darnos a la meditación, fabricamos el hilo de seda que nos sirve de mortaja. Esa mansión que fabricamos es Cristo, centro del cual morimos a nuestra antigua vida de pecado y en Él nos escondemos, conforme a aquello de San Pablo: «*Mortui enim estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo.*» (Coloss. 3,3.) Después de esa oración de unión con Cristo, muere el gusano, el hombre pecador y brota la mariposa, el alma toda bella, toda ágil, veloz y rápida, que ansía volar cada vez más alto, buscando las bendiciones amorosas de su Dios. A esta oración se refería David, cuando cantaba: *Ibunt de virtute in virtutem, videbitur Deus Deorum in Sion.* Irán de virtud en virtud, hasta ver al Dios de los dioses en Sión. (Ps. 83'8). Por ella suspiraba, cuando decía: *Quis dabit mihi pennas sicut columba, et volabo, et requiescam* ¿Quién me dará alas como a paloma, para

echarme a volar y hallar reposo? (Ps. 54:7.) David era un gusano que fabricaba su mortaja con sus lágrimas. Con ellas borraba su pasado. Al través de ellas veía un cercano porvenir en que la mariposa de su espíritu triunfaría sobre el gusano de su cuerpo. Y el profeta desea ya con impaciencia tener alas, alas de poloma, para elevarse sobre su corrupción y ascender a la serena región de Dios y de la virtud. Deseaba la oración de unión, magistralmente expuesta en las *quintas moradas* por Teresa de Jesús.

En las *moradas sextas*, el Esposo quiere desposarse con la esposa, antes de introducirla en su estancia real, que son las *moradas séptimas*. Quiere el Esposo darse a conocer a la esposa, para que sus bodas sean conscientes y fundadas en puro amor. Para ello se va revelando al alma con toda su belleza, hermosura y resplandor. Mas, para que el resplandor de la divinidad no ciegue a la esposa, la arrebatada y como privada, la une consigo mismo en altísima oración de raptó. ¿Cómo explicar ese místico raptó de la esposa? La Santa lo explica así en el libro de su *Vida*, XX, 1: «arrobamiento o elevamiento o vuelo que llamamos de espíritu o arrebatamiento, que todo es uno... coge el Señor el alma... a manera que las nubes cogen los vapores de la tierra, y levántala toda della, y sube la nube al cielo, y llévala consigo: comiéndala a mostrar cosas del reino que le tiene aparejado. No sé si la comparación cuadra, mas, en hecho de verdad, eso pasa así.»

A esos místicos desposorios aludía el Rey Salmista, cuando cantaba: *Audi, filia, et vide et inclina aurem tuam...*, *et concupiscet Rex decorem tuum...* (Ps. 44'11). Oye, hija mía, mira, inclina tu oído... y quedará el Rey prendado de tu beldad. Ese rapto y privación de facultades y sentidos ha sentido David y le ha cantado, inspirado por el Espíritu Santo: *Defecit in salutare tuum anima mea... defecerunt oculi mei in eloquium tuum...* (Ps. 118'81). Desfallece mi alma aguardando vuestro socorro... desfallecen mis ojos esperando vuestras promesas. Y cuando mueren los sentidos y potencias de aquel gran Rey y comienza a gustar su alma las dulcumbres de la oración de rapto, el gozo inunda su espíritu y le hace exclamar: *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum, concupiscit et deficit anima mea in atria Domini.* (Ps. 83'1). «¡Cuán dignas de amor son vuestras moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma suspira y desfallece por los atrios del Señor!»

Y aquí es donde Dios, aprovechándose de la suspensión del alma, la muestra secretos altísimos del cielo, la da a probar inefables dulzuras, como una parte del dote que le corresponde como esposa, la concede visiones de cosas secretas. Aquí es donde la Santa distingue tres clases de visiones, sensitivas, imaginativas e intelectuales. El alma recuerda con toda viveza, fuera ya del rapto, las visiones sensitivas e imaginativas, mas no las intelectuales. Mas de todas sale el alma tan aficionada a Dios y tocada

de su amor, que con gusto emprende mil empresas y toma sobre sí los mayores trabajos, por tal de llegar a unirse con él para siempre jamás.

✓ Aquí es (pg. 186) donde la Santa, para explicar la visión intelectual, trae aquella naturalísima comparación del gabinete de la duquesa de Alba, el cual ella vió una vez. Había en él «infinitos» géneros de vidrios y barros y muchas cosas, puestas por tal orden, que casi todas se ven en entrando... Y aunque estuve allí un rato, era tanto lo que había que ver, que luego se me olvidó todo, de manera que de ninguna de aquellas piezas me quedó más memoria que si nunca las hubiera visto, ni sabría decir de qué echura eran: más por junto acuérdase que lo vió. «Así le sucede al alma en la oración de raptó, cuando en ella tiene visiones intelectuales. Ve en Dios infinitas y bellas cosas que cautivan su espíritu, acábase la visión y el alma no recuerda el detalle de las cosas vistas, pero recuerda que las ha visto y ese recuerdo es un fortísimo lazo que la retiene junto a Dios y la hace sentir hambre y sed de tornar a verle. Grande es la imaginación de David, cuando apela al símil para esculpir sus ideas. Al fin, esa su imaginación ricamente oriental. Mas la abundancia, riqueza y exactitud de símiles de Santa Teresa no cede ni a la de David ni a la de ningún místico que se haya propuesto hablarnos de lo espiritual por comparaciones materiales.

Hemos llegado a las *moradas séptimas*. Son una continuación de las sextas, ya que, según el sentir de la Santa, entre éstas y aquéllas no hay puertas. Aquí

el alma, unida ya a su Esposo, gusta las dulzuras de una paz y sosiego extraordinarios. Aunque sigan las fieras de las pasiones, no teme. Aquí exclamaría David: «Si consistant adversus me castra, non timebit cor meum. *Si exurgat adversum me praelium, in hoc ego sperabo.* Si acampare un ejército contra mí, no temerá mi corazón. Si se iniciare contra mí el combate, en medio de él esperaré (Ps. 26'3) ¿Cómo no estar segura, si descansa en Dios que todo lo puede y con el cual se ha desposado? *Dominus illuminatio mea et salus mea ¿quem timebo?* El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré. (Ibid. 1).

Aquí vive el alma en el palacio del Rey. ¿Qué importan las guerras exteriores? El Rey se está tranquilamente en su trono. Las pasiones están domeñadas y no se alzarán contra el alma en las *moradas séptimas*.

Aquí murió la mariposa con alegría, porque vive en Cristo. De esta muerte y de esta nueva vida se siguen maravillosos efectos. Porque aquí el alma se olvida de sí misma, de su gloria, de su dicha, de su honor, de su bienestar, para no pensar ni querer sino lo que Cristo piensa y quiere. Aquí se encienden en el alma los deseos de padecer por Cristo, de sufrir y penar por Cristo, haciéndola prorrumpir en aquella frase que es la divisa de la Santa «*Aut pati, aut mori*». O padecer, o morir. Aquí es aquel gozarse en las persecuciones y sentir todas las delicias de la alegría en medio de las espinas, aquí es el negarse a sí misma para vivir con Cristo en esta última morada.

Es la cumbre de la montaña mística. Las moradas anteriores fueron escalones. Vergüenza nos debiera dar a los hombres que una mujer nos mostrare ese camino lleno de luz y de gracia. Mujer con su alma templada al unísono con el alma de David. Si éste iluminó a su pueblo y le enseñó a cantar las glorías del Señor, Teresa iluminó al suyo, al pueblo español, Israel de los tiempos modernos. Si David volcó su alma encendida en los salmos, Teresa nos mostró los repliegues de la suya en *las moradas*. Si el libro de los salmos es un monumento literario, por su épica entonación, en los fastos de la literatura sagrada, *las moradas* son una obra maestra de estilo popular, sencillez y espontaneidad en la historia de la literatura española, que es la más grande de todas las literaturas.

**

Para rastrear de alguna manera la grandeza de Teresa de Jesús, sería menester colocarla al lado de las grandes figuras femeninas de todos los tiempos. No podemos conocer el valor absoluto de las personas ni de las cosas. Necesitamos referirla a un término de comparación.

Para ello, haría yo desfilar ante vuestros ojos, en luminosa y solemne procesión, a todas las grandes mujeres del Antiguo y del Nuevo Testamento. Así podríamos elegir el lugar que a Teresa corresponde en esa cabalgata. En ella veríamos a Sara, Raquel y Rebeca, mujeres virtuosas, esposas de grandes pa-

triarcas, madres de numerosos hijos que dieron honra a su pueblo y gloria a Jeovah; allí figuraría Ruth, la graciosa morena espigadora; allí Abigail, la bella esposa del anciano David; allí la heroína Judit, empuñando el alfanje libertador, y rompiendo las cadenas de un pueblo; allí la bellísima Esther, suplicante a los pies de Asuero; allí la valiente y esforzada madre de los Macabeos, precursora de la virgen Dolorosa; allí las mujeres del Evangelio, María Magdalena, María Salomé, María de Cleofás y María de Santiago... Allí las mujeres del Nuevo Testamento, ya ennoblecidas por la sangre de Jesucristo, que se llaman Elena y Mónica, influyendo sobre la conversión y salvación de sus hijos; allí Clotilde e Isabel, reinas y santas que difundieron desde el trono el aroma de su belleza y el incienso de su virtud; allí doña Berenguela, doña Blanca de Navarra y doña María Molina que supieron unir a su femenil delicadeza la reciedumbre varonil y la santidad del anacoreta. Allí, aquella gran mujer Isabel la Católica, que en el claustro hubiera sido una Teresa de Jesús, como Teresa de Jesús en el trono hubiera sido una Isabel la Católica... ¿Quién preside esa luminosa procesión de santas y grandes mujeres? La Virgen María, las más bendita entre todas ellas, la que arrancó de sus frentes la maldición del paraíso, convirtiéndola en bendición. Pero después de la Virgen María, ocupando el primer sitio de honor, sigue una mujer española, una Virgen de Avila. Sus contemporáneos la llamaban Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada, la Iglesia la llama Santa Teresa de

Jesús. Nosotros la llamamos la honra del pueblo español.

Sí, Santa Teresa es propiedad de España, pertenencia de España, honra de España, porque es una creación genuina de la raza. Porque yo sostengo que los grandes personajes que alumbraron con su vida, con sus escritos, con sus hechos, la época en que vivieron no son un producto esporádico de la especie, sin nexo ni relación alguna con las generaciones precedentes y la sociedad en que viven. Por vigoroso y pujante que sea el espíritu de un hombre, no puede sustraerse al influjo del ambiente social en que vive; no puede tampoco sustraerse a la ley de herencia que acumula en su cuerpo las virtudes y defectos físicos de sus antepasados, que vincula en su alma las virtudes morales y los vicios de sus ascendientes. Newton no sería Newton si hubiera nacido en otra sociedad que no fuese la inglesa, con su tradición científica. Cervantes, Lope y Calderón no serían astros de primera magnitud si hubieran nacido fuera de la sociedad española, sin aquella poderosa tradición literaria que culminó en ellos.

Pues yo concluyo, *a pari*, que Teresa de Jesús, fuera de España, o dentro de ella, pero nacida en otra época, no hubiera sido Teresa de Jesús y en ese sentido sostengo que es una creación de la raza. Porque no puede dudarse de que el carácter de la Santa era un carácter formado, firme, constante, homogéneo. Yo diría que en la formación de su espíritu influyó aquel cristianismo defendido durante ocho si-

glos con la tizona y la lanza, y aquellos hombres del Romancero que hablaban poco y obraban mucho y recio, y aquellos grandes santos de nuestra Edad Media, que eran mansos como corderos y fuertes como robles, y aquellos nobles que eran compasivos con el menesteroso y se erguían tiesos ante los reyes, y aquellos literatos y poetas que desparramaban por sus ojos el fuego sagrado de la inspiración y andaban del brazo del hambre, y aquel pueblo que llenaba las iglesias y sabía de teología más que todos los pueblos del universo. Esas poderosas y nobilísimas corrientes espirituales no podían, no debían perderse. Y aunque no las heredaron todos y cada uno de los ciudadanos, porque no todos fueron Cervantes, ni todos Lopes, ni todos Calderones, ni todas Teresas; pero, por una ley de herencia y atavismo moral, debían resultar repartidas entre todos, o quizá reunidas en uno solo. Y por modo maravilloso se juntaron en una mujer el espíritu cristiano de ocho siglos, y la reciedumbre de los hombres del Romancero, y la sólida piedad de nuestros santos, y la nobleza de nuestros próceres, y la galanura de estilo de nuestros literatos, y el Espíritu Santo, por medio de su gracia, descendió sobre esa mujer, elevó todas sus excelentes cualidades al orden sobrenatural, y colocó a esa mujer sobre el pedestal de nuestra historia. Esa mujer es Santa Teresa de Jesús, creación genuina de la raza, obra de Dios que santifica las buenas cualidades de la raza española.

¡Mujer excelsa, Teresa de Jesús! Ester suplicante

a los pies del rey Asuero, logró la liberación de su pueblo a quien amenazaba un decreto de exterminio. Tú vales más que Ester y tu Rey, Cristo Jesús, infinitamente más que Asuero. En las alturas de la gloria, donde triunfas feliz, hínicate de hinojos ante el Rey de los siglos y pídele con fervor por la salvación de tu España, de ésta tu amada España que ha nutrido de palomas tan sagrados palomares, para que un día todos sus ciudadanos compartan contigo la eterna alegría de esa celestial *morada* en donde vives dichosa, contemplando y amando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Amén.





La Aureola de la Santa.

LIGEROS APUNTES

sobre la aureola que en el tercer centenario de la cano-
nización de Santa Teresa de Jesús, fué ofrendada por
suscripción popular a la imagen que se venera en la
Iglesia de la Santa, en Ávila, el 15 de Octubre de 1924.

«La aureola que circunda la cabeza de los santos, es
un símbolo de su irradiación vital divina.

Irradian los santos: 1.º, virtudes; 2.º, hechos estu-
pendos; 3.º, frutos de las mismas virtudes a lo largo de
la vida.

La aureola de Santa Teresa debe ser símbolo de su
peculiar irradiación vital divina.

Ella, la Santa, es la hija predilecta de España, y su
gloria el ser hija de la Iglesia.»

*De la carta escrita por don Antonio García, Canóni-
go Penitenciario de la Catedral de Málaga, que sirvió de
norma para esta obra.*

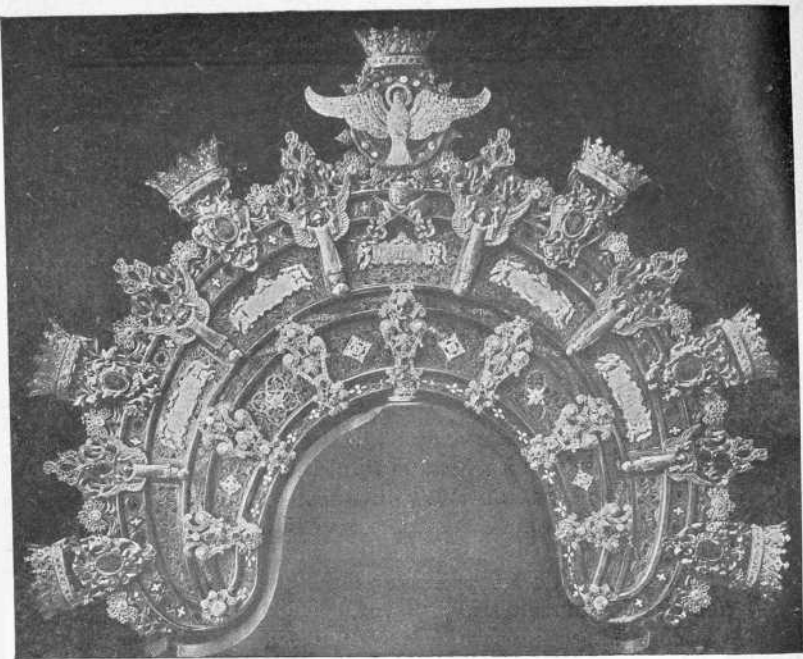
*
* *

La aureola, en su forma exterior, remeda la silueta
de los bastiones y torres que cercan a Avila.

Coronas cobijan escudos, en los que se representan
virtudes de la Santa, y pueblos de España.

El amor de la Santa a la Iglesia, a España y a sus
reyes fué su distintivo, y esa misma tradición siguen
sus hijos, la Iglesia la cuenta entre sus santas predilec-
tas y sus doctores.

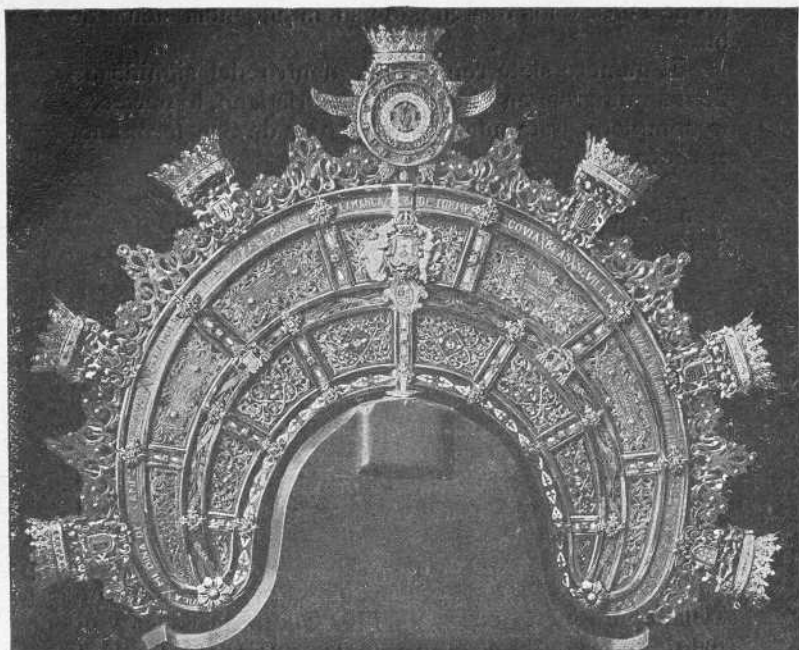
De la Santa irradió la pureza de su ciencia y vida,



el amor entrañable a Dios y los hombres; por eso la crestería que enlaza los escudos, es a modo de llamas de fuego y luz con el rojo de los rubíes y el destello de los brillantes.

En el anverso simbolizamos las virtudes en los campos de los escudos. Representan sus emblemas: la castidad, la azucena; la hacendosidad, la abeja; la sabiduría, el sol; la caridad, la llama; la oración, el incienso, y la fecundidad de su obra la rama llena de retoños.

En el centro, la paloma simbólica sobre la tiara y las llaves, indica lo inspirado, puro y celestial de su doctrina y lo conforme que está con las enseñanzas de la Iglesia; ese temor y amor la hizo exclamar en sus últimos momentos: ¡Al fin, Señor, soy hija de la Iglesia!



Figuras aladas sobre pequeños mundos, muestran cartelas con los nombres de sus obras: *Vida, Camino de perfección, Moradas, Fundaciones, Cartas, Poesías, Exclamaciones, Conceptos del amor de Dios, Relaciones, Avisos.*

Las siete coronas están en el eje mayor del círculo; en el menor, debajo de éstas, unos temas ornamentales remedan la lira; están recamadas estas pequeñas joyas de pedrería, las dibujan los zafiros, descuellan las perlas, brillantes y esmeraldas; el zafiro simboliza el cielo, lo celeste; perlas y brillantes, lo puro, la luz, lo precioso, lo escogido, y las esmeraldas, la esperanza.

En sus obras y vida, vibra de una manera perfecta y conmueve las almas los latidos de su corazón henchi-

do de Dios, y los destellos de su inteligencia llena de luz.

El número siete representa, dentro del significado de los números, en el simbolismo cristiano, lo perfecto, lo completo. Este número, a los ojos de San Jerónimo, es santo.

¿Quién no sabe que San Ambrosio y San Agustín usan constantemente del sentido simbólico de los números en sus homilías?

Cinco cartelas, también sostenidas por ángeles, muestran algunos episodios de su vida en relieves muy pequeños: 1.º Cristo le entrega un clavo a la Santa. 2.º Santa Teresa orando delante de un Ecce-Homo. 3.º Santa Teresa extiende su manto sobre su familia religiosa. 4.º La Santa escribiendo. 5.º Aparición de un Santo de su orden, que le muestra un libro. 6.º Transverberación de la Santa. 7.º Muerte de la Santa.

En el reverso las coronas cobijan los escudos de Avila, como punto de partida; los cuatro cuarteles y el real de España indicando que su obra se extendió a toda España, y termina con el de Alba de Tormes, que significa el ocaso de su radiante vida. Siguen el de la orden, el de su familia, el del Obispo Mendoza y el del actual.

Los nombres de las fundaciones: Avila, Medina del Campo, Malagón, Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba de Tormes, Segovia, Beas, Sevilla, Caravaca, Villanueva de la Jara, Palencia, Soria, Burgos.

En cuatro cartelas y en la cinta que se retuerce alrededor de unas ramas de laureles, temas tomados de los himnos y versículos del oficio de la Santa.



APÉNDICES

Santa Teresita del Niño Jesús.

Retrasada, por causas ajenas a la Dirección, la publicación de este *Homenaje a Santa Teresa de Jesús*, tiene lugar la canonización de la carmelita de Lisieux, hija predilecta suya, y honra señaladísima de tan esclarecida Madre.

En cuyo obsequio y alabanza me complazco en transcribir la siguiente *hoja de calendario*, que, con su habitual pseudónimo *Chafarote*, publicó en *El Siglo Futuro* (18 de Mayo), el castizo, popular y devotísimo don Juan Marín del Campo:

«Gloria, alabanza y honor a la nueva santa; gloria, alabanza y honor a SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS; gloria, alabanza y honor a su santa Madre Santa Teresa de Jesús, digno tronco de palma tan floreciente y tan gentil; gloria, alabanza y honor a la sagrada religión del Carmelo, digno solar de varones tan excelsos y poderosos como Elías, de divinos embajadores tan extraordinarios como San Simón Stock, y de heroínas tan famosas como la española Teresa de Jesús que, si no me engaño, es justamente con Santa Elena, emperatriz, con Santa Mónica y con Santa Gertrudis, una de las cuatro mujeres más grandes de la Historia Universal.

¡Válgame Dios, y cómo le bebió los alientos a la Santa Fundadora o Madre Santa Teresa ésta que es ya una de sus hijas más ilustres!

En plena probanza de lo cual, oid, oid ahora mismo dos párrafos de oro y de perlas y diamantes que dejó escritos en sus famosos apuntamientos la seráfica santa del Carmelo de Lisieux:

—«Parece que debería contentarme, ¡oh, Jesús mío!, con ser esposa vuestra... No embargante lo cual, yo siento otros llamamientos de nuestro Divino Corazón. Sí; yo siento otras vocaciones amén de aquélla. Porque ¡en qué anhelos tan hervorados arde mi alma de ir peregrinando, como un apóstol, por las cinco partes del mundo, para predicar vuestro

amorosísimo Nombre, y plantar, ¡oh, Amado mío!, en tierras infieles vuestra gloriosa Cruz! Pero con una sola misión (como generalmente le toca a cada misionero) no se contenta mi alma; porque yo quisiera predicar vuestro Evangelio día y noche, y predicarle en todas partes a un mismo tiempo. Mas no quisiera yo ser misionera durante unos cuantos años, sino que quisiera haberlo sido desde la creación del mundo, y quisiera perseverar en este oficio de apóstol hasta la consumación de los siglos...»

.....
¡Oh, palabras divinas de tallarse en perdurables bronces!
¡Oh amor de la gloria divina! ¡Oh bizarría sublime! ¡Oh anchura de corazón!

Dame licencia, ¡oh magnánima Virgen de Lisieux!, para que, acordándome de tu excelsa Fundadora y Madre, te diga en castellano, y acomodándome a su lenguaje y estilo, que *el que lo hereda no lo hurta*; porque a nadie hurtaste esas grandezas que a tu pluma de oro dictó tu corazón de fuego, sino que de Ella las hubiste por línea derecha, por juro de heredad, y como hija dilectísima y mejorada, entre infinitas otras, en tercio y quinto.

Y Dios que prometió al humildísimo portero San Alfonso Rodríguez, darle en el cielo un trono de gloria correspondiente a los merecimientos de quien ha convertido millones de almas (*sólo por los fervorosos deseos que tuvo el santo de convertirlas*), ha premiado también con la acostumbrada divina bizarría las referidas seráficas ansias de SOR TERESITA, como lo está cantando este otro párrafo famoso de la santa:

—«Amor con amor se paga; y yo sé que después de muerta, Dios me va a pagar con amor el amor que le he tenido, ya que nada más que amor ha sido lo que le he estado dando durante mi vida entera...»

Después de mi muerte, yo haré llover sobre el mundo una lluvia de rosas... Ahora, dentro de poco (y no digo más que lo que siento), dentro de poco, después de mi muerte voy a comenzar el oficio de mi vocación, que es encender en las almas el mismo fuego de amor de Dios en que yo ardo. Allá arriba, en la mansión de la gloria quiero ocuparme en derramar bienes sobre la tierra, a lo cual no empecé, la visión beatífica; porque también los ángeles la gozan, y no por eso dejan de velar por los mortales. Y en esta apostólica faena perseveraré hasta la consumación de los tiempos, hasta el día del Juicio; y acomodándome a lenguaje humano, puedo decir que hasta ese día no descansaré. No, no descansaré ya hasta que el Angel del Apocalipsis diga *«tempus non erit amplius»* (ya se ha acabado para siempre

.....
¡Oh, por las cinco partes del mundo, para predicar vuestro

el tiempo); no, no descansaré hasta que esté completo el número de los predestinados.»

*
*
*

A cuento de esta santa canonizada hoy, y a la cual yo me complazco en llamarla *el brazo derecho y vivo de San Francisco Javier*; a cuento de esta santa que tantos auxilios está acarreado a los misioneros en todo el mundo, ha escrito un precioso artículo la *Hoja de propaganda misionera*; aquella *Hoja* que en Valencia (apartado de Correos, número 184) se publica; aquella *Hoja* popularísima y preciosísima que os enviarán a cambio de cualquier limosna chica o grande que mandéis para las misiones; aquella que reciben ya varios lectores de *El Siglo Futuro*, a los cuales (dicho sea entre paréntesis), ha dado públicamente dicha *Hoja* testimonio de alabanza y agradecimiento.

Del referido artículo, titulado *La Patrona de las misiones de infieles*; entresaco, para gloria de la santa y edificación de mis lectores, los siguientes párrafos:

«El día 17 de este mes de mayo de este Año Santo, será canonizada la Beata TERESITA DEL NIÑO JESÚS. Sólo dos años se la ha podido llamar Beata. El Señor tiene prisa de glorificar a esa alma tan escondida durante su vida.

«La Beata TERESITA del Niño Jesús es la PATRONA DE LAS MISIONES DE INFIELES, título que le concedió el Santo Padre el mismo día de la beatificación.

«Sor TERESA fué una monja carmelita, que entró en el convento a los 15 años y murió a los 24. Cuando hacía ocho que estaba allí, quiso ir como misionera a otro convento nuevo de carmelitas fundado en Hanoi, en China, y poder así recibir el martirio, que con tantas ansias esperaba. Ella no lo pidió, pero pensaron las superiores en enviarla, aunque luego eligieron a otras, quedando ella en casa. No obstante, la monjita carmelita de Lisieux fué una gran misionera.

«Muchos, al oír esto, han dicho: es una manera, que me gusta, esta de ser misioneros, sin dejar la patria, sin pisar la arena caliente de las playas y desiertos tropicales, sin morir de frío, bajo un hielo casi perpetuo, sin oír los aullidos de las fieras del bosque, sin aguantar el repugnante trato de personas incultas. No comprendo cómo esa monja, por muy santa que sea, haya merecido el título especial que sólo se puede atribuir a un heroico e intrépido misionero.

«La Beata TERESA fué un misionero heroico e intrépido. Heroico, porque ofreció por las Misiones actos heroicos de virtud; intrépido, porque su valor era tan grande, que no tenía miedo a la enfermedad y a la muerte.

«¿Qué nos dice ese acuerdo del Papa de nombrar a la nueva santa, *Patrona de las Misiones de Infieles*?

«Nos dice que todos podemos ser misioneros.

«Uno reza por las Misiones, y esa oración mueve al Corazón de Jesús a convertir un alma que ha oído un sermón del misionero.

«Uno sufre una contrariedad, y piensa en las Misiones; ese acto de paciencia mueve al Corazón de Jesús a convertir un alma que estaba metida en el oscuro camino del infierno.

«Apostolado de oración y sacrificio. De esa clase de misionero fué la Beata patrona de las Misiones de Infieles. No fué su misión la de los pies que corren muchos kilómetros al día, ni la de la garganta que se hincha de tanto hablar a los entes, ni la de la mano que se rompe, se marea de tanto estudiar. Su misión fué el amor; amar mucho con un amor suplicante y sacrificado, con ese amor con que se ofrecería, si pudiera, un corderito que se quema en el altar; amor de víctima que sufre y pide.

«Para eso es la Beata TERESITA DEL NIÑO JESUS Patrona de las Misiones; para que todos, todos los que amamos a Cristo Nuestro Señor y a las almas, seamos, sin salir de casa, misioneros; misioneros que rezan y comulgan por las Misiones; misioneros que sufren con amor y en silencio por el triunfo de las Misiones.

«Dijo SOR TERESITA del Niño Jesús que haría caer desde el cielo una lluvia de rosas.

Nosotros le pedimos que caigan sobre nuestras almas los pétalos frescos de un fervoroso entusiasmo misional.»

Hasta aquí son palabras de la referida revista valentina.

Señores y amigos míos: ¿Queréis ser acreedores privilegiados de esta Santa? Pues dad en su nombre alguna limosna para las misiones, porque cosa cierta es que estas limosnas la roban el corazón. Y si enviáis por ejemplo, esa limosna a la referida popularísima *Hoja de Valencia*, haréis de un camino dos o tres mandados; porque amén del agradecimiento y bendición de la santa, recibiréis dicha revista; y luego con su amena y edificante lectura os encenderéis en amor de las Misiones, y lloverán sobre vosotros nuevas bendiciones y gracias de esta celestial Patrona de las Misiones.

¡Admirable heroína! Nace el año de 1873; muere en 1897 a los 24 abriles; a los trece años de su muerte se abre el proceso de su canonización; a los otro trece años de abrirse este proceso, la beatifica el Papa; y hoy, conviene a saber, dos años después de la beatificación la canoniza solemnemente en medio de los esplendores del *Año Santo* Su Santidad.

¿Cuándo se ha visto una maravilla como ésta en los modernos tiempos.

Pero ¿qué mucho, si son tantas las mercedes, los favores, las gracias, los prodigios y los milagros que está haciendo, que los folios en donde se escribe la relación de los mismos forman ya *muchos volúmenes* que se van archivando como rico tesoro en el afortunado Carmelo de Lisieux?»

II

Santa Teresa y la prensa.

Sermón predicado en la parroquia de Santiago, de Valladolid, a la Asociación de la prensa, el 15 de octubre de 1915, por el M. I. Sr. Dr. D. Ricardo Gómez Rojí, Canónigo de la Metropolitana de Burgos (1).

«*Ne auferas de ore meo verbum veritatis usquequaque.*»

SALM. 118, v. 43

Excmos. Sres.: Ilmos. Sres.: (2)

Ilustres periodistas:

Amados H. H. míos en N. S. Jesucristo:

1.—Dos objetos se presentan hoy unidos el uno al otro a pesar de parecer tan distintos. Una vez más la relación, ese mundo de abismos, nos muestra junto lo que creíamos separado.

2.—De una parte, contemplamos aquí la figura de aquella Virgen castellana, que, como mujer, se llamó Teresa de Cepeda, y como santa se llamó Teresa de Jesús; ser excelso y sublime, cuyo espíritu fué espíritu de Serafín celeste, y cuyo cuerpo, amasado con tierra española del solar de Castilla la Vieja, la heroica Castilla, al unirse a aquel espíritu, vino a formar en carne viviente el ideal humano de la santidad de nuestra patria, el ideal de la fe, el ideal del amor caballeresco y Santo!

¡Oh deleitosa y pura, suavísima visión de su semblante, de su ingenio y su amor! Teresa de Jesús, la niña de los ideales eternos, de los anhelos del martirio, la que en su

(1) A punto de cerrar la edición de este *Homenaje*, llega a la Dirección este notable trabajo de orador sagrado tan elocuente, quen, a petición del Cardenal Cos, Arzobispo de Valladolid, disertó, en la fecha indicada, sobre tema tan original como interesante.

(2) Asistían todas las Autoridades eclesiásticas, civiles y militares, jefes y representaciones de todos los organismos sociales.

— Cuando se ha visto una maravilla como ésta en los malos tiempos.

jardín leía vidas de Santos y edificaba ermitas; la joven de las vagas vanidades, la que se llegó a preocupar de la blancura de sus manos y aderezo de sus cabellos y perfume de sus trajes, pero no con intención de ofender a aquel Dios de la eternidad, a aquel que coronaba de rosas inmortales a los mártires! Teresa de Jesús, la doncella que sin manchar su honor ni dejar el amor de su Dios, se acercó a la zona de los naufragios e inclinó su mirada hasta el primero levísimo roce del vértigo; la doncella de los limpios pensamientos y del honor invencible a la deshonestidad por honor y por religión, la que huyó del peligro con susto de paloma inocente y voló hacia la santidad con alas de águila intrépida; la Virgen de los castos arrullos, de los místicos desposorios, de los éxtasis y las visiones; la Doctora de las celestes moradas y de los siete castillos y del palacio divino de limpiísimo cristal; la Santa, cuya alma se levantaba con placidez serena sobre las cosas del mundo, como la nube sobre la planicie de los mares, como el cóndor sobre la altura de las montañas; la Mística, que escuchó el silbo del divino Pastor, y sin ruido en los sentidos y con silencio en las potencias gozó del recogimiento infuso, y con vista quieta contempló a su Dueño y Esposo celestial, y saboreó los gustos de Dios en la soledumbre de ese silencio, y en seráficas comunicaciones sintió una manera de embriaguez divina, y por un *glorioso desatino* y *celestial locura* llegó al sueño de sus potencias, que quedaron todas ocupadas en Dios, y el espíritu unido y la santidad madurada, y el ser todo como deificado; tal es, señores, el primer cuadro que me ofrecéis.

3.— Y en frente, me presentáis una hoja húmeda en tinta y esmaltada con letras; una hoja, que sale todos los días como el sol, que sale para llevar luz y vida a las inteligencias como el sol sale para la luz y la vida material; hoja extraña, Señores, en que con sudor y trabajo, sus progenitores de cada día han impreso la imagen de la historia del día de ayer y dibujado las líneas del día de mañana, en que han recogido el sentir de todos los pueblos de la tierra, el eco de los palacios, la voz de las leyes que nacen, el fragor de los cañones que disparan, el ruido de los trenes que cruzan la tierra, el rumor de las olas que rompen los buques en los mares, el vuelo rápido de los aeroplanos que se lanzan a los espacios; hoja en que han pintado sus autores el fúnebre ciprés de la tumba que se abre, y la cuna que empieza a mecer vagidos, y la flor de azahar que se rinde a un esposo de la tierra y la corona virginal que se ofrece al esposo de los cielos; hoja que habla, que informa, que alaba, que reprende, que lucha, hoja que vuela y en su vuelo cubre al mundo y da sombra a la frente de los hombres de nuestro siglo.

4.— Señores, y esa hoja viene hoy a ponerse al amparo de Teresa de Jesús: Este es el hecho; la hidalguía y la nobleza y los ideales de la pluma del periodista digno buscan los prestigios y el amparo de la pluma de Teresa de Jesús.

5.—Imposible sería hablar de la pluma que escribe sin hablar antes del corazón que dicta. Ya Séneca en su abstracta moral, dijo al escritor. «*Quaere quid scribas non quemadmodum et hoc ipsum non scribas, sed ut sentias.*» Epist. 115. Mira lo que escribes, no precisamente para que lo escribas, sino para que lo sientas. Pensamiento que en forma más gráfica expresó el ingenio de San Agustín, diciendo: «Cuando escribimos, nuestro corazón ha formado el primero nuestra escritura, después la ejecuta nuestra mano.» Trac. 18 sup. Joan.

6.—Ahora bien; si hemos de hablar del corazón y de la pluma de los que escriben, es preciso buscar el punto de apoyo y el fin de la palabra escrita.

¿Será el error? El error, que es negación, el error, que podrá ocultarse entre macizos mármoles y mentir ficticia imagen en realidades vivas, pero que en su concepto esencial formal es la nada, ¿el error podrá ser en sí mismo apoyo ni fin de la palabra escrita? No, Señores y H. M. Ese apoyo y ese fin es la verdad; vosotros escribís por la verdad y para la verdad y por eso en esta solemne fiesta parece que se impone a vuestra consideración este pensamiento: «El corazón y la pluma de Teresa de Jesús en su unión con la verdad son el modelo y el ideal del periodista noble y digno del mundo civilizado.»

Una súplica sagrada ante el altar, y chispas de luz divina, de aquella luz con que el mundo fué hecho y regenerado, descenderán sobre nosotros por ministerio de la Reina de las Vírgenes y Madre de los hombres.

AVE MARIA

7.—En el orden intelectual la verdad es la vida; por eso todo ser inteligente vive de la verdad como de alimento propio. La verdad, Señores, es una, pero siendo nosotros varios, esa verdad se nos comunica con distintas impresiones, con distinta fuerza y con distintos matices. Como el sol en un campo hace que la grama crezca, y en otro hace que florezca el lirio; así en las inteligencias humanas, que viven de la verdad, brotan las ideas en gradación más variada que la que admiran los sabios en la flora universal de la creación. Si hay indefinida variedad de flores y arbustos bajo el calor del sol, hay también indefinido número de ideas bajo la radiación de la verdad.

8.—Es la verdad, señores periodistas, una columna luminosa y eterna, firme en medio de los tiempos y del espacio, en cuyo pedestal grande, inmenso, de innumerables gradas y peldaños rodeado se sientan los hombres dignos que pasan por el mundo. Todos los que estamos en algunos de esos peldaños somos amigos de la verdad, y cuando de la verdad se trata, los de más arriba y los de más abajo, los de un lado y los de otro es justo que nos abracemos en la fraternidad de un mismo ideal, del cual todos participamos, aunque en medida diversa. Pero esa medida diversa más bien indica en los hombres una suerte a ellos extrínseca y como accidental, que una ordenación intrínseca hacia la verdad y una pureza interior en el amor a esa misma verdad. Y puede suceder que alguno colocado en un peldaño inferior, ame internamente con más pureza la verdad y la sirva con mayor celo y trabajo. Así, pues, dejando a un lado la mayor o menor participación de la verdad en cada uno de nosotros, yo siento sobre mí y vosotros sin duda la sentís, el honroso deber de igualarnos aquí todos en el amor que profesamos a la verdad y en la pureza interna de este amor.

Nos gloriamos todos de no vivir en la sombra, de no vivir en el error, de aborrecer la falsedad; y nos felicitamos mutuamente al encontrarnos sentados en uno de los peldaños que sostienen la columna de la verdad. Todos somos flores de un mismo jardín, cada cual con sus matices propios, pero al fin todos flores del jardín de la verdad.

9.—Cuáles fueron los pasos de Teresa de Jesús en subir esos peldaños, cuál fué su vuelo en su ascensión hacia la verdad y cuánta la pureza con que floreció su amor a todo lo verdadero, lo sabéis vosotros que la habéis elegido por Patrona en vuestra carrera de periodistas. No fué su inteligencia de niña pequeño nido de puerilidades infantiles, sino inmenso horno donde siempre ardieron las llamas de las grandes ideas y los maduros pensamientos. Ella a través de los árboles de su jardín vislumbró la eternidad, y esa idea, hija primogénita de la verdad infinita, guió sus pasos todavía menudos por la edad, pero firmes ya por su férrea convicción y ardiente amor a lo grande y verdadero, y se dispuso, señores, a comprar la verdad eterna y su inmutable posesión, dando en precio a la cuchilla del verdugo su cuello tierno todavía como flor en capullo, su sangre todavía esmaltada con blancuras de la leche de la primera infancia, su vida que se mecía en la aurora de los años.

10.—Y quien así empieza, buscando con tanto ardor la verdad, ¿a dónde pensáis que llegará? Lo podemos afortunadamente saber, porque Teresa de Jesús, en su admirable ascensión hacia la verdad, nunca perdió la vista; siempre vió

y supo mirar y ver con claridad y con método. Si habla del humano corazón, ella baja a todas las profundidades y ve en aquella oscuridad; si sube a las maravillas sobrenaturales, no queda deslumbrada en el piélago de luz; por eso, Teresa de Jesús, escribiendo siempre la verdad, nos pinta sus regiones diversas y señala dónde las unas acaban y comienzan las otras, y traza los caminos y las sendas, y apunta los escollos y tropiezos y dibuja los atajos y veredas y nos re-trata el ambiente y la vida de cada lugar y morada y nos cuenta las maravillas de cada sitio, y con abrazar en su viaje los esplendores de la verdad en la tierra y en el cielo, sus escritos vienen a ser como un mapa espiritual, sobre el cual, en brillante panorama, se contempla con claridad y precisión el cuadro vivo de los amores de Dios, verdad infinita, y de los amores del hombre elevado a las altas regiones del espíritu en alas de la gracia y de la santidad.

11.—Voló el alma de Teresa de Jesús de verdad en verdad, y subió de peldaño en peldaño hasta la cumbre de toda verdad, es decir, de la verdad divina, de aquella, que en fuerza de ser verdad, es vida, y en fuerza de ser vida verdadera, es infinita y eterna. Llegó Teresa de Jesús al Dios verdadero y eterno, y con él se desposó. Se desposó con la verdad.

12.—Señores periodistas, ese deber de desposarse con la verdad es deber de todo hombre. Ya Aristóteles nos dejó escrito que «el entendimiento humano *indiget robore, lumineque sursum inmisso*, necesita una fuerza divina y una luz de lo alto para subsistir y para ejercer sus actos, *ad consistentiam promotionemque*. Lib. 7-Hed. c. 6. Y Hugo Cardenal, examinando más íntimamente la unión de esa luz que exige Aristóteles con la inteligencia humana, exclamó: *Intellectus noster est sponsus summæ veritatis*, «nuestro entendimiento es esposo de la suma verdad». Super Pro. e. 2.

13.—Pero la profesión escogida y hecha pública, obliga al periodista digno a que sus desposorios con la suma verdad lleven un sello de amor más fuerte y un lazo de unión más íntima. La verdad, dice San Bernardo, debe ser amada castamente, santamente, ardientemente. (v. Serm. 7 in Cant. v. etiam e. 17). «*Caste, quæ ipsum quem amat quæret*». Es preciso amar con castidad a la suma verdad. Así la amó Santa Teresa de Jesús, porque no adulteró su mente aceptando la falsedad conocida o escribiendo la mentira. Y el periodista a sí mismo debe reputar como adulterio que comete su pluma toda defensa y aun todo halago prestado al error y a las pasiones innobles. *Sancte, quia non in concupiscencia carnis sed in puritate spiritus*. Santamente

se ama la verdad, cuando se la sirve no por bajas concupiscencias sino con pureza de ideales. Y se la ama ardientemente, no sólo cuando se venera su majestad, sino principalmente cuando se pugna por llegar al ósculo de sus labios.

Teresa de Jesús, al desposarse con la verdad, esto es, con el Dios verdadero, le pidió es cierto comunidad de bienes, cual la debe haber entre esposos, una misma herencia, y una misma casa, y una misma mesa; pero sobre todo pidió el ósculo de sus labios y el beso de su boca. Así el periodista, señores, tiene derecho también a «*una hæreditas, una domus, una mensa, unus lectus, una caro*». Son palabras de San Bernardo hablando de la unión esponsalicia del alma con la verdad divina, pero él de por sí debe pedir, debe anhelar el ósculo de la verdad. Que la verdad bese vuestra frente con beso eficaz, y así vuestro espíritu sea espíritu de verdad, y vuestra mano, mano de la verdad y vuestra pluma, pluma de la verdad.

La herencia condigna, la mesa condigna, la morada condigna, es la Sociedad, son los poderosos y los pueblos los que tienen ante la Historia y ante Dios la obligación de ofrecerlas a los que, esposos de la verdad la aman sin adulterarla, y la explican al mundo para regenerarle, y así todos los elementos cooperarán a la dignificación material y moral del periodismo.

14.—Para Teresa de Jesús la verdad llegó a concretarse en Jesucristo, y con razón, señores, porque Jesucristo, como Dios y como hombre, viene a ser el punto céntrico de todos los mundos, del metafísico y del físico, del cósmico y del social, de las ideas y de los amores.

Un día, ese Dios oculto en los velos sacramentales de una hostia consagrada, iba a ser dado a Teresa de Jesús; más.... Teresa de Jesús en su amor al Dios de su alma se eleva sobre la tierra y la mano del Obispo celebrante no alcanza a aquella altura. Oh prodigio! Oh atracción de los amores! La hostia, ella sola voló a los labios y al pecho de Teresa.

15.—Si es lícito comparar lo humano con lo divino, permitid, Dios mío, Vos que en todo sois verdad, en el cielo y en la tierra, en los Serafines y en el infusorio, en vuestra luz inefable y en nuestra luz finita, permitid, Dios mío, que al ver en nuestro siglo a la verdad perseguida de unos, y olvidada de otros, me figuré contemplarla en manos de la religión que discutida a su vez y relegada hoy a confines estrechos, dice a ese nuevo apostolado de la verdad mundial, de la verdad en todas sus fases, a los periodistas nobles y dignos, «tomad, vosotros la verdad para que la defendáis cada día en todos los extremos de la tierra.»

15 (bis).— Y si cuando Jesucristo dió a Teresa de Jesús en señal de desposorios un clavo divino para unirla a sí firmemente, le dijo «de hoy más, esposa mía, celarás mi honor»; creed, señores periodistas, que cuando la Religión y la Sociedad os dan a vosotros una pluma, os la dan con la misma obligación de defender la gloria y los prestigios de la verdad.

16.— Y como el clavo divino fué para Teresa señal no sólo de unión, sino además de trabajo y de honor; así vuestra pluma es a un tiempo mismo señal de vuestros esponsales con verdad, instrumento de vuestro trabajo y blasón de vuestro honor.

17.— ¿Y qué honor ni más grande, ni más digno, ni más noble, que servir a la verdad? Pero qué trabajo tan árduo, oyentes míos, ¡Trabajo árduo y sólo de corazones esforzados!

Porque si bien, como indica Séneca (Epist. 24) es torpe y bajo sentir el bien y escribir el mal, pero hay un género de malicia de que habló ya San Jerónimo (Epis. 21 ad Paum. et Marcell. lib. 1) que es o escribir la falsedad o temer el escribir la verdad, y ese género de malicia tiene hoy en el mundo corrompido un ambiente de simpatía muy dulce y cómodo y plegue a Dios que no tenga prometidos honores y bienestar.

18.— Pero no fué ese el camino de la Reformadora del Carmelo. Teresa de Jesús en las cartas que escribió, en las reglas que dictó, en todos sus escritos tuvo por fin elevar el nivel de las costumbres, vivificar los espíritus y levantarlos a más alta perfección. Ahora bien, si la prensa ha de ser en realidad una institución de cultura dentro de los pueblos civilizados, es preciso que la pluma del periodista escriba para corregir las costumbres, para elevar los pensamientos, y para educar la voluntad de las masas y los pueblos.

19.— Y todos los amantes de la verdad hemos de levantar nuestra voz a favor de una prensa consciente de su destino, y viva con la vida de la verdad; como hemos de protestar contra esa prensa cuyo estilo puramente mecánico es un mosaico de palabras forzadas, un arreglo de frases ya hecha, un ramillete mustio de rosas mil veces manoseadas. Una prensa cuyo estilo fuera un producto artificial, una yuxtaposición de cosas prestadas, sería un maniquí que, moviéndose a compás y por resortes sabidos, lejos de educar arrastraría las inteligencias y los corazones a la superficialidad, a la vanidad, al hastío.

20.— El estilo de la prensa ha de ser orgánico, es decir, vivificado por el fuego de la verdad, que es vida, debe ser personal, porque ha de nacer de convicciones arraigadas, debe ser lleno porque nace de la realidad sentida, y debe ser

casto y santo, porque, como dice E. Hello. «lleva en sí el pudor de los grandes pensamientos y de las emociones profundas.»

21.—¡Qué estilo el de Santa Teresa de Jesús! Estilo llano y sencillo, pero rico, lleno de vida y elegancia natural; salpicado de adagios populares, esmaltado con frases de originalidad divina, brillante por el colorido local, fuerte por la trabazón de sus razones, espejo claro de las luces del cielo y de las profundidades psicológicas del corazón humano; tal, en fin, como sabido, dice F. Luis de León, de «un pecho en quien Dios vivía.» Las cartas de Teresa de Jesús, el libro de sus Fundaciones, las moradas, sus poesías, sus cantares, todo era, como ella misma llamó a la relación de su vida, todo era *su alma*, porque cada capítulo y cada estrofa era un pedazo vivo de su corazón de Serafín.

22.—Por eso, los escritos de Santa Teresa de Jesús fueron fecundados, y ella con ser virgen es llamada madre por millares de corazones puros y de almas angélicas. Así, señores, la pluma del periodista, amando castamente a la verdad, sin jamás adulterarla, será fecunda en el seno de la sociedad y creará generaciones de corazón sano y de ideas generosas.

23.—Saludemos con honor esos periódicos diarios que salen como el sol para prestar luz y vida. El sol es la luz del mundo visible, la prensa es la luz en nuestro siglo de los mundos invisibles, pero reales del pensamiento, el sol nos deja ver los seres de la creación material, la Prensa nos señala los acontecimientos de la vida diaria.

24.—Pero saludemos sobre todo a los creadores de ese sol, a los que le llenan de luz y le coronan de arboles, a los que le señalan su órbita en los espacios del mundo civilizado. A vosotros saludamos, nobles y dignos periodistas, a vosotros sus subalternos en la complejidad de sus trabajos, y para ofreceros algo grande, algo sublime, yo me vuelvo desde esta inclita ciudad de Valladolid, reina de Castilla la Vieja, y de una parte miro a Avila de los Caballeros, a Avila del Rey, la muy leal y noble, cuna de Santa Teresa de Jesús, y con los derechos que da el ser admirador de la Santa, y más aún coterráneo suyo, recojo las flores de su infancia para coronaros a vosotros; y de otra parte, contemplo a Burgos, la *Caput Castella*, la de San Fernando y Alfonso VIII el de las Navas, mi segunda patria, y recojo los últimos frutos de Teresa de Jesús en la última de sus fundaciones, que quiso legar a Burgos, y os los ofrezco, señores en prenda de vuestro culto a la verdad, que es Dios, a la verdad que es Cristo, para que luchéis nobles y esforzados, y cuando cubiertos con el polvo glorioso de vuestras lides os presentéis delante del Juez Eterno, seáis por El

INDICE

recogidos y premiados, y aquel Señor que, oyendo decir a Teresa «yo soy Teresa de Jesús», le respondió, pues «yo soy Jesús de Teresa», al decirle vosotros en el postrero día: *Yo soy la Prensa de la Verdad*», El os diga: «*Venid a mí porque yo soy la Verdad Eterna de la Prensa*», y la verdad eterna de la eterna bienaventuranza que a todos os deseo.

1		CARTA DE SU SANTIDAD PIO XI con motivo de...	
		A. M. D. G.	
		VERSOS ANTIGUOS Y NUEVOS en honor de Santa Teresa de Jesús por D. ANICETO CASTRO ALARCA. Poesías. I.—Versos antiguos (1740).—C...	
		Wopuio de la Sta. María. II.—Versos nuevos en fiestas y alegrías del III Centenario (1933).—Tercer...	
		Romería.—Las uindas de plata.—Jopuñ-Mata.—Pfor de la Rana.—Ejuntio nacional del III Cent...	
3		uario de la Canonización de Santa Teresa de Jesús.	
		DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. JOSÉ M. GONZÁLEZ DE BACHAVARRI, Catedrático de la Uni...	
		verdad de Valladolid, con motivo de la concesión del Título de Doctor «honoris causa» a Santa Ter...	
33		sa de Jesús.....	
		TERESA DE JESUS.—Única composición premiada por la Real Academia Española en el certamen del Gran Certamen Internacional con motivo del III Centenario (marzo 1933) de D. Be...	
45		poesía Mexicana y García Lora.....	
		SANTA TERESA Y EL VENERABLE JUAN DE ÁVILA, por el Excmo. P. MOSTAZA, DECANO DE LA ROTA ESPAÑOLA.....	
49		LA ROTA ESPAÑOLA.....	
		POR LA SANTA DE LA RANA. Tríplice poesía de la Sta. María Cristina de Artaga.....	
53		SANTA TERESA DE JESUS LODA Y ENALTECIDA POR LA SANTIDAD DE Pío X. Carta sobre el III Centenario de la Beatificación de Santa Teresa de Jesús (7 marzo 1914).....	
61		de Jesús (7 marzo 1914).....	
		EL HUERTO DE LOS CEPEDAS. Poesía de don José María Peña.....	
70		José María Peña.....	

ÍNDICE

	Págs.
<i>Prólogo del Excmo. Sr. Marqués de San Juan de Piedras Albas</i>	I
CARTA DE SU SANTIDAD PÍO XI con motivo del III Centenario de Santa Teresa de Jesús.....	1
VERSOS ANTIGUOS Y NUEVOS en honor de Santa Teresa de Jesús, por D. ANICETO CASTRO ALBARRÁN, Presbítero. I—VERSOS ANTIGUOS (1740).—« <i>Colloquio de la Sta. Mare</i> ». II—VERSOS NUEVOS en fiestas y alegrías del III Centenario (1922): <i>Voces de Romería</i> .— <i>Las andas de plata</i> .— <i>Jaque-Mate</i> .— <i>Flor de la Raza</i> .— <i>Himno nacional</i> del III Centenario de la Canonización de Santa Teresa de Jesús.	5
DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. JOSÉ M. ^a GONZÁLEZ DE ECHAVARRI, Catedrático de la Universidad de Valladolid, con motivo de la concesión del Título de Doctor «honoris causa» a Santa Teresa de Jesús.....	33
TERESA DE JESÚS.—Única composición premiada por la Real Academia Española en el tema poético del Gran Certamen Teresiano Internacional conmemorativo del III Centenario (marzo 1923) de D. FEDERICO MENDIZÁBAL Y GARCÍA LAVÍN.....	45
SANTA TERESA Y EL VENERABLE JUAN DE ÁVILA, por el EXCMO. P. MONTAÑA, DECANO DE LA ROTA ESPAÑOLA.....	49
POR LA SANTA DE LA RAZA. Tríptico poético, de la STA. MARÍA CRISTINA DE ARTEAGA.....	55
SANTA TERESA DE JESÚS LOADA Y ENALTECIDA POR LA SANTIDAD DE Pío X. Carta sobre el III Centenario de la Beatificación de Santa Teresa de Jesús (7 marzo 1914).....	61
EL HUERTO DE LOS CEPEDAS. Poesía de DON JOSÉ MARÍA PEMÁN.....	79

UNA DE LAS PRIMERAS GLORIAS ESPAÑO-	
LAS. Artículo de D. MANUEL PÉREZ VILLAMIL...	85
GLOSA AL «NADA TE TURBE». Composición poé-	
tica de la STA. MARÍA CRISTINA DE ARTEAGA...	91
DISCURSO DE SU SANTIDAD PÍO IX a los pere-	
grinos españoles el 15 de octubre de 1876...	95
EN UN MESÓN DE CASTILLA. Del retablo espa-	
ñol. Por D. GERARDO REQUEJO...	103
CRÓNICA DE LA VIDA DE SANTA TERESA,	
por D. FERNANDO GARCÍA ESCRIBANO...	107
LA SANTA DE LA RAZA. Pensamiento del REVE-	
RENDO P. FR. SILVERIO DE SANTA TERESA...	135
A TERNO SECO. Artículo de D. JUAN MARÍN DEL	
CAMPO...	137
A LA SANTA DE ABRASADO CORAZÓN. Poe-	
sía de D. JOSÉ MARTÍNEZ DÍAZ...	143
OFRENDA PATRIÓTICA. Notable artículo teresia-	
no publicado el 15 de octubre de 1880...	145
EL SIGLO DE TERESA DE JESÚS. Artículo de	
DON MANUEL SÁNCHEZ ASENSIO...	151
MUERTE DE STA. TERESA.—Versión de una poe-	
sía de Verdagner, por el EXCMO. CONDE DE CEDILLO.	157
LA NIEVE DEL LIBANO. Artículo de FABIO, Ca-	
nónigo Archivero de Málaga...	159
SANTA TERESA, ESCRITORA. Pensamiento de	
D. ROBERTO ALCOVER...	165
LA CARIDAD, SEGÚN LA DOCTORA AVILE-	
SA, Diálogos sociales. Por el M. I. Sr. D. LUIS AL-	
MARCHA, Chantre de Orihuela y Director de «La	
Lectura Popular»...	167
ENSEÑANZAS POLITICAS DE LA REFORMA-	
DORA DEL CARMELO. Artículo de D. CRIS-	
TÓBAL BOTELLA...	169
PENEGIRICO DE LA SANTA predicado en la Ca-	
tedral de Avila el 15 de octubre de 1882, por el MUY	
ILUSTRE SEÑOR MAGISTRAL, D. JACINTO BUENO...	177

UN LIBRO DEL PADRE EMILIO SÁNCHEZ MARTÍN. Artículo bibliográfico de DON JUAN MARIN DEL CAMPO.....	211
SANTA TERESA DE JESÚS, GLORIA DE LA IGLESIA Y DE ESPAÑA. Panegírico pronunciado por el Presbítero D. FRANCISCO MARTÍN JIMÉNEZ.	221
RAMILLETE DE PENSAMIENTOS Y RECUERDOS, ofrendados a Santa Teresa de Jesús, por el MUY ILUSTRE SR. D. IGNACIO NAVARRO, MAGISTRAL DE CÁDIZ. <i>Introducción. — Visitando la Catedral de Córdoba. — La afición a leer. — «¿Inicio» el Santo Tribunal de la Inquisición? — Grande y generoso espíritu. — «No amilantar los pensamientos». — Discípula aprovechada. — Índice teresiano de la «Revista Popular». — Los soldados de Cristo. — Santa Teresa y la prensa liberal. — La ciudadela de Valladolid. — La perla más brillante de la corona de San José. — Santa Teresa, modelo de la mujer. — Zaragoza por Santa Teresa. — Santa Teresa y el «Apostolado de la Oración». — Santa Teresa y el Doctorado Místico de San Juan de la Cruz. — «El Siglo Futuro» honrando a Santa Teresa. — Fisonomía de la Santa, según Ernesto Hello.....</i>	245
SERMON DE LA TRANSVERBERACION DEL CORAZON DE SANTA TERESA DE JESÚS, predicado en el Convento de la Encarnación de Avila el 24 de agosto de 1924 por el MUY ILUSTRE SR. D. TEODORO MOLINA, CANÓNIGO DE LA CATEDRAL DE CÁDIZ.....	327
LA AUREOLA DE LA SANTA. Ligeros apuntes sobre la artística aureola que ofrendó el pueblo de Avila a Santa Teresa el 15 de octubre de 1924.....	349
APÉNDICES	
I.—Santa Teresita del Niño Jesús.....	
II.—Santa Teresa y la prensa.....	

Precio: CINCO pesetas.

G 34025

BIBLIOTHEQUE
CANTON
ILLINOIS
★